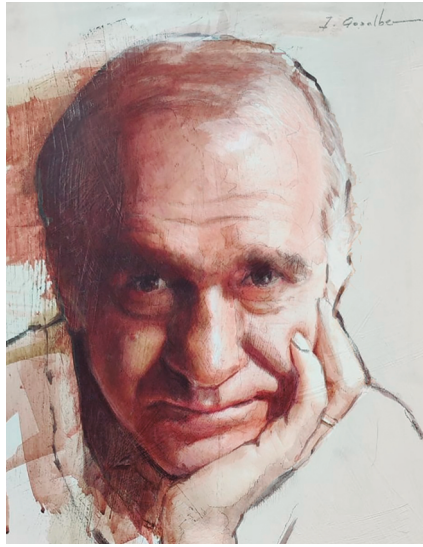


Pólvora mojada

ficciones y relatos



ANDRÉS BERLANGA

Nació en Labros (Guadalajara) en 1941 y murió en 2018, en Madrid. Novelista y periodista, casado con la también escritora Enriqueta Antolín. Durante siete años fue profesor de la Escuela de Periodismo de Madrid, mientras colaboraba en el diario *Ya* y con la agencia de noticias Logos, hasta que en 1974 se incorporó a la Fundación Juan March, donde dirigió durante cuarenta años el Servicio de Comunicación y el boletín literario *Saber Leer*. Recibió los premios Club de España de Méjico de periodismo y Familia Española de cuentos. Su obra más celebrada es su segunda novela *La Gaznápira* (1984) pieza magistral en el uso del lenguaje de la comarca de Molina de Aragón y en la construcción del personaje protagonista, Sara; antes había publicado los cuentos *Barrunto* (1967), a los que seguirán otro par de colecciones de relatos: *Del más acá* (1987) y *Sucesos* (2013).

Con esta publicación de *Pólvora mojada* (1972) rescatamos su primera novela incorporando cuanto la censura retiró de su primera edición e incluso anotaciones del propio Berlanga sobre el original y, para cerrar la narración, alguna de la documentación que le sirvió para recrear los hechos de su trama.

Pólvora mojada

ANDRÉS BERLANGA

PRÓLOGO DE
SOLEDAD ALCAIDE



DRÁCENA
ficciones y relatos

MADRID
2024

EDICIÓN DE:
Nieves Rico García

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. NINGUNA PARTE DE ESTA PUBLICACIÓN PUEDE SER REPRODUCIDA, ALMACENADA O TRANSMITIDA EN MANERA ALGUNA NI POR MEDIO ALGUNO, YA SEA ELECTRÓNICO, QUÍMICO, MECÁNICO, ÓPTICO O DE FOTOCOPIA, SIN PERMISO PREVIO DEL EDITOR.

© DEL TEXTO: HEREDEROS DE ANDRÉS BERLANGA

© DEL PRÓLOGO: SOLEDAD ALCAIDE, 2024

© FOTO DE CUBIERTA: REVUELTAS ESTUDIANTILES
EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE, 1965. EUROPA PRESS

© RETRATO DE A. BERLANGA: ISIDRO GOSÁLBEZ, 2024

© DE LA EDICIÓN: DRÁCENA EDICIONES, 2024

ISBN: 978-84-127062-8-4

DEPÓSITO LEGAL: M-1 1691-2024

DRÁCENA EDICIONES S.L.

FELIPE IV, 9, 1º IZQ.

28014 MADRID

Prólogo

de Soledad Alcaide

Nunca supe muy bien por qué Andrés Berlanga (Labros, Guadalajara, 1941-Madrid, 2018) no se dedicó plenamente a la literatura o al periodismo. Eran sin duda sus dos pasiones, vivía rodeado de periodistas y escritores —como su esposa, Enriqueta Antolín, Kety, que ejercía ambas profesiones— y en cada uno de sus trabajos literarios aparece un reportero, una redacción o un periódico, aunque sea con un papel secundario. Desde su última obra, *Sucesos* (Amarú, 2013), un libro de cuentos cortos basados en la crónica negra de los diarios, a su primera novela, esta que se edita por primera vez completa y sin censura, *Pólvora mojada* (1972). En ella, el protagonista, Loren, se atisba como un incipiente escritor, tras haber abandonado, desencantado, el periodismo.

Pero nunca tuvimos esa conversación en profundidad, así que no puedo explicar por qué Andrés Berlanga no quiso ser del todo periodista, cuando nunca le faltaron las aptitudes, la pasión, las ganas de comprender el mundo o los contactos. Aunque trabajó en la agencia Logos y en el diario *Ya*, y fue profesor en la Escuela de Periodismo durante siete años, la mayor parte de su carrera profesional, cuatro décadas, la volcó en el departamento de Comunicación de la Fundación Juan March. Es decir, se pasó muy pronto a lo que los periodistas llamamos *el lado oscuro*, trabajar en distribuir y dirigir información para que se hable de lo que uno quiere —en su caso, de las actividades de esta fundación—, una tarea opuesta a la concepción de que el periodismo es revelar un hecho relevante que alguien no quiere que se conozca.

La explicación que encuentro es que quizás este trabajo le permitía observar en primera fila sus dos pasiones, sin ponerse él bajo los focos, lo que era más acorde con su carácter. El conocimiento profesional le sirvió para editar con su acostumbrada pulcritud la revista literaria *Saber leer*, que distribuía la fundación, y le permitía ejercer un periodismo cultural más pausado, basado en su propio criterio y sin tener que rendir cuentas sobre la difusión o la venta en quiosco. Además, le facilitó un contacto estrecho con la mejor representación del arte y la intelectualidad española. Él, que había nacido en una pequeña aldea del señorío de Molina, en Guadalajara, en una familia humilde, adquirió un conocimiento casi erudito a fuerza de leer mucho, viajar con frecuencia y colmar como fuera una curiosidad innata por el mundo, que le acompañó toda la vida.

Hay también una faceta que apenas se conoce y es su estrecha vinculación a los inicios del diario *El País*. Berlanga era el íntimo amigo de mi padre, Julio Alonso (Granada, 1940-Madrid, 2009), uno de los fundadores del periódico y el primer redactor que entró en plantilla. Fue también el autor de las dos primeras ediciones del *Libro de Estilo* de *El País*, el manual que refleja las bases del trabajo de los periodistas. Se habían conocido en las aulas del instituto de san Isidro de Madrid y, ya desde la época en que eran estudiantes, dedicaban mucho tiempo a conversar en largos paseos por Madrid sobre cómo sería el periódico ideal en el que trabajarían, a ser posible en un futuro próximo en el que ya no hubiera dictadura y en el que España tendría, por fin, una democracia.

Ambos tenían economías tan modestas, que no les daba para sentarse frente a un café y, a menudo, la animada conversación los llevaba a hacerse varias veces de ida y vuelta el paseo entre la casa de Berlanga, en la calle de Fernando González, en el barrio de Carabanchel, al piso de la familia de Alonso, en la calle de Narváez, junto al Retiro. De estas charlas, surgieron muchas ideas, especialmente

sobre las normas de redacción, para el primer boceto del *Libro de Estilo*, que mi padre se dedicó durante años a volcar en fichas con su primera máquina de escribir, una Olivetti de color verde. Luego, como rememoraba Andrés en una carta que me escribió en 2016, «se recogieron cientos de sugerencias de la Redacción, de otros manuales, de viejos periodistas ajenos, etc.», hasta que aquellos sueños formaron las primeras versiones de un manual hoy tan conocido.

Berlanga tuvo todas las papeletas para haber formado parte de aquella primera joven redacción, cuya media de edad apenas superaba los treinta años. Pero la oportunidad no llegó a cuadrar con sus circunstancias vitales. A mediados de los setenta, como periodista ya tenía cierto nombre, por ser el autor de una columna que distribuía la agencia Logos entre los medios de la Editorial Católica. Las opciones, por tanto, de entrar en el diario en ciernes pasaban por ocupar un puesto de responsabilidad, pero él rechazó todas las propuestas. Sí se mantuvo vinculado por amistad y generación con muchos de aquellos reporteros y no dejó de leer jamás este diario, en el que publicaría en 2010 una hermosa carta al director sobre la destrucción del Portegao de su querido Labros: «Un ejemplo de la destrucción callada de nuestra arquitectura popular y rural de siglos».

Su otro amor, la literatura, fue más bien una amante esporádica. Cinco años separan su primera obra publicada, una colección de cuentos bajo el título de *Barrunto* (1967), de la novela *Pólvora mojada*. Y 12 años más tardaría en escribir la que está considerada su mejor obra y la que le dio un efímero éxito: *La Gaznápira* (1984). Ahora se cumplen justo 40 años de su publicación, pero la novela ni ha perdido vigencia ni se ha quedado anticuada. Al contrario, fue pionera en mostrar cómo la emigración provocaba el vaciamiento de la España rural y, por tanto, su destrucción. Sorprende también la sensibilidad feminista de todo el relato, que es muy adelantada a su tiempo.

Es justo el personaje principal, Sara Agudo, *la Gaznápira*, lo que evoca quién fue Andrés Berlanga. La narración se sitúa en Monchel, una aldea inventada de Guadalajara que recuerda a Labros y se convierte a la postre en el protagonista de toda la historia. De allí saldrá Sara, alumna aventajada en la escuela rural, lectora empedernida de todo lo que cae en sus manos y con una ambición de aprendizaje que la llevará a probar fortuna en la ciudad.

Pero el pueblo, y sobre todo sus vecinos, han tejido un hilo que tira de ella con fuerza a medida que va abriéndose camino como periodista y ascendiendo en sus sueños hasta la dirección de un periódico. Este éxito personal —que a la vez es la liberación final del yugo que como mujer la somete a una vida destinada a cuidar a otros— contrasta con la agonía y la decadencia de la aldea. Está condenada a desaparecer del todo, a medida que pierde a las generaciones jóvenes que ya no tienen futuro en el campo. Sara es, al fin y al cabo, una de ellas. Tan libre como culpable del desenlace.

Berlanga logró con este libro no solo narrar un drama que hoy persiste, sino mostrar que el valor de las sociedades que se van perdiendo con el éxodo del campo está tanto en los elementos materiales, como la arquitectura y el arte, como en un patrimonio que muere con ellos, que es el habla. El léxico rural que el autor logró retratar muestra el fino oído que Andrés tenía para el lenguaje. Más aún, que esos hilos invisibles que ataban a su personaje de ficción, también lo anudaban a él de la misma manera con su tierra y sus paisanos. La diferencia con su personaje es que siempre trató de impedir que Labros agonizara y se esforzó en mantener y habitar la casa familiar, crear vínculos entre las familias de vecinos emigrados y llenar de arte los veranos en el pueblo para devolverle la vida.

Como ocurre muy pocas veces, la crítica se volcó con la obra y en los años siguientes *La Gaznápira* se mantuvo en las listas de libros más leídos. El director de cine José

Luis Garci, que ya había ganado el primer Oscar español en 1983, compró los derechos para hacer una película, lo que supuso la cima del éxito. Sin embargo, esta nunca se haría y Andrés tuvo que acudir a la justicia para recuperar los derechos a principios de los noventa, al enterarse de que el cineasta planeaba revenderlos.

Este logro literario no cambió su vida ni tampoco lo enganchó a la vida solitaria de escritor. Muchos de sus amigos sospechamos siempre que no se volcó en la literatura, ni tuvo interés en ser autor a tiempo completo, por su gran generosidad y por amor. Dejó ese papel a su esposa y puso todo su empeño en que ella fuera una escritora de éxito. Por eso, tardaría cuatro años más en publicar un libro de cuentos, *Del más acá* (1988), y veinticinco años más en dar forma a su última obra, también una recopilación de relatos, *Sucesos*.

Regresar a su primera novela, *Pólvora mojada*, nos muestra mucho de lo que Berlanga sería después. Ya en esta primera obra, que se puede leer por fin completa y sin los cortes de la censura, da señales de su ávido interés por el lenguaje. En realidad, es otro ejemplo de la sensibilidad especial que tenía para retratar mundos hoy desaparecidos, como si los cubriera de ámbar y los preservara para siempre.

Cuando Andrés publica este libro en 1972, acaba de superar la treintena. Todavía no ha formado una familia y está más cerca de los jóvenes universitarios que retrata en el libro que de la generación en el poder, que aún arropa al dictador Francisco Franco. Es una novela bien encajada en su tiempo, en una España todavía humilde y empobrecida, pero en el que empieza a sonar la melodía de la democracia. Aunque ya han transcurrido dos décadas de la Revolución cubana, la juventud española la tiene presente y vive muy de cerca lo que sucede en Chile, con el joven presidente marxista Salvador Allende, o la agitación de la calle en Italia, con manifestaciones de estudiantes y huelgas de obreros, durante los Años de Plomo. Son también los años

en los que la guerra de Vietnam ha desencadenado una ola de pacifismo internacional.

Y, sobre todo, los jóvenes españoles beben de la ola que el movimiento estudiantil ha levantado en Francia en mayo de 1968, que acaba por empujar la sublevación obrera y se extiende rápidamente por toda Europa. Muchos de ellos creen entonces que la dictadura de Franco puede implosionar con una acción similar, que provoque la inestabilidad del régimen y emita señales a los países cercanos de que hay una oposición interna que quiere libertad.

Es así como se sostiene el argumento de la historia: un grupo de amigos universitarios se prepara para hacer estallar una de las facultades de la Ciudad Universitaria, donde día sí y día no, corren los grises (en alusión al color de los uniformes de los policías) detrás de los estudiantes, armados con porras y, no pocas veces, subidos a caballo. Mientras llega la oportunidad y se hacen con los explosivos y el material necesario, asistimos a las conversaciones, a los preparativos y a los anhelos de cinco jóvenes: Loren, *el Rácano*, el protagonista, periodista desencantado e indeciso entre el amor de Chon y el de Laura; Paco, de condición humilde y estudiante de beca que perderá por la falta de estudio; Güili, niño pera, hijo de buena familia y tan bien hablado que no se quita los adverbios terminados en mente de la boca; y Pedro Luis, *el Batallitas*, madrileño castizo, el mayor y el más versado en la lucha.

En la novela están las asambleas estudiantiles, los encierros, las reuniones clandestinas y los centenares de siglas de organizaciones amplias o escindidas, con las palabras propias de la lucha (los núcleos productivos, el derecho inherente, la oligarquía dominante, la electividad de los cargos...), un léxico que hoy suena pedante e intenso, pero que era entonces una forma de hablar nueva, propia de la juventud, y señal de estar entre entendidos y a la vez de modernidad. Con sus gestos propios, como no dar la mano al saludar, porque es de burgués.

También hay un atisbo de lo que luego sería clave en *La Gaznápira*. A través del origen humilde de algunos personajes y de su forma de hablar —en Paco, en Joaquina, la patrona de la pensión, en los secundarios de la calle—, se muestra ese mundo rural que ha invadido desde finales de los años cincuenta las calles de Madrid. El autor lo retrata en crudo, pero le proporciona el poder del sentido común. Son estos personajes los que, a través de la experiencia vital, los refranes o los consejos, proporcionan la templanza que contraponen la vitalidad y ganas de rebelión de los protagonistas. En definitiva, la cordura.

Aquí hay un guiño a un divertimento propio de Berlanga. Tenía un cuadernito para anotar las expresiones equivocadas con las que los hablantes más humildes pretendían elevar su vocabulario. «No todo el monte es orégano» (por orégano); «El engranaje de las plantas» (por drenaje) eran expresiones que le divertían muchísimo y que aparecen de vez en cuando en el texto, como unas miguitas dejadas por el autor que son prueba sin duda alguna de su autoría.

Y está, finalmente, el retrato que más nostalgia me despierta. El humo del tabaco, los tacos, los machos alfa que plantaban los zapatos en lo alto del escritorio, entre los timbrazos del teléfono y el repiqueteo de las máquinas de escribir. La descripción de la redacción donde ha trabajado Lorenzo Luján es como encontrar un fósil que revive todo un mundo desaparecido, rico en un léxico de palabras en desuso. Los tubos neumáticos que llevaban los originales hasta la planta de composición, las tiras de teletipo, las holandesas y las cuartillas (formatos de papel que ya casi nadie usa), hasta los listines de teléfono, los magnetófonos o las tijeras para recortar las crónicas son hoy especies extinguidas en el salto tecnológico que han experimentado los medios en los últimos veinte años.

Es justamente en este ambiente, junto al universo estudiantil en lucha de la trama principal, el que mejor mues-

tra el enorme desengaño que destila la novela. Berlanga describe así las razones por las que Loren ha dejado su incipiente carrera de periodista: «Se dijo cruz y raya y adiós buenas —como el que deja de tomar un veneno lento— por algo simple, doloroso, inaguantable e inadmisibles, por puro pronto. Pero el desencanto venía de atrás, de pequeños desencadenantes que fueron desinflando la ilusión primeriza, antes de encamarse también en el cálido nido de víboras». Y así, en esta novela de galeradas escritas a máquina, con correcciones del autor en tinta azul, y la tinta roja castradora de la censura, encontramos a través del personaje principal un avance de a dónde nos llevará el final de la historia. Al desencanto, a la traición, a tomar conciencia repentina de que todavía no es la hora. Pura pólvora mojada.

Soledad Alcaide es ahijada de Andrés Berlanga.

Pólvora mojada

Martes

Sobre los chafarrinones blancos del muro enfoscado Güili escribe «fuera polici» hasta que se reseca la esponjilla del Kanfort rojo. Antes de entrar en la facultad se vuelve para remirar, como un pintor, la pared sobre la que se confunden sus letras de palotes con las viejas negras y churretosas, «fran... ..ón»,¹ malamente tapadas con los restregones municipales de cal.

Unos que suben del bar le gritan que si lo sabe. Llega al cuartocho (delegación el curso pasado) cuando aún no huele a goma de pegar, ni a tintas de colores para los murales, ni a colillas de rubio. Pedro Luis le golpea el hombro por delante y le vuelve a retar.

—Son unos cabritos.²¿A que no sabes a quién han trincado?

Güili aparta una pila de hojas listas para el ciclostil y así poder sentarse en el banco de puntas sin remachar. Está, quizás, ansioso por enterarse, pero disimula ante el jugueteo satisfecho de Pedro Luis, el Batallitas.

—Date por rajado y toma nota, macho: los grises³ han pescado al delegado de cuarto cuando bajaba del autobús. Habrá que hacer algo, ¿no?

El Batallitas se sienta en la esquina de la mesa, con un pie en el suelo y el otro balanceado.

—Si cedemos estamos perdidos. Hay que armarla o nos desloman. ¿Te queda un negro, Güili?

¹ «fran... ..ón»; expresión suprimida por la censura en la edición de 1972.

² «Son unos cabritos»; expresión suprimida por la censura en la ed. de 1972.

³ «los grises»; expresión suprimida por la censura en la ed. de 1972.

Los dos saben que quien decide en el grupo es Paco. En la pensión contestan que se marchó a primera hora. Güili cuelga y deja un duro, tintineante, en la caja de zapatos, bajo el teléfono donde han escrito «Aquí pela, cala, rubia, piastra, calandria, leandra, rupia, chucha, castaña, peseta...». Cuando llega Paco con Lorenzo, el Batallitas se sienta en el banco. Paco saca unos folios sobados.

—Echa el cerrojo.

La pelusilla del mentón parece a contraluz una nube flotante. Los veintiún años de Paco son más en el corpachón rematado en manazas encallecidas; y son menos, son apenas ocho años de niño tímido, en su voz tartaja cuando se acalora.

—¡Y caiga quien caiga! Si esos taraos del Sindicato siguen con sus vo votaciones, sus asambleas y sus chorradas, allá ellos. No hay más solución que la lu lucha.

El Batallitas pensó lo que tantas veces había escrito en los panfletos. «No existen escalones intermedios entre la universidad tradicional y la popular, y para llegar a esta hay que destruir la otra».

—Propongo unos comandos de acción bien céntricos y estructurados, concienzudamente —aventuró Güili—. Paco hizo rebotar las tijeras del puñetazo en el hule descolorido.

—¡Ni co comandos ni leches: gue guerra total! Nos lo han puesto a huevo; ahora es el momento de conseguir el cierre de una vez pa para si siempre.

Con el silencio llegaron los latigazos pacíficos y monótonos del regadero mecánico en el campus. Lorenzo, el Rácano, se escurrió un poco más en la silla, voluptuosamente. Pedro Luis se removió.

—¡Se dice pronto, macho!

—¿Hay algo imposible para un FAT?

—¿Tienes planes?

—El sábado.

—Pero volar ¿el qué?

—El pabellón de gobierno, el viernes.

Güili se rehízo.

—Se nota que no has oteado los alrededores.

Intentaron abrir la puerta y al taco desde dentro siguió otro desde fuera, con el anuncio de que empezaba una asamblea de facultad.

—En los comedores, a las tres. Llevaos ideas. De esta no pa pasa. Tiene que ser algo definitivo, un golpe de gracia: cargarnos al rector y a dos o tres de sus mangantes. Con conseguiremos el cierre antes del sábado. Ese día el país sa sabrá quién es el FAT.

—¿Presentamos una adecuada moción a la Asamblea?

—Guillermo —le dijo al Güili—, tú estás majara. Secreto total o esos nos soplan el plan. Y a los del Sindicato, menos que a nadie.

Guillermo se achantaba a pesar de los pesares, de ser hijo de quien era, porque la voz cantante la llevaba el rabioso, el paleta («el satánico», decía su patrona, Joaquina), cerebro volcánico de Paco. Pedro Luis el Batallitas ⁴ ni chicha ni limoná; era mañoso, boceras y metomentodo, poco más. Loren, abúlico a rachas, según soprase el corazón y el ánimo, ni sombra de la lagartija entusiasta capaz de comerse el mundo que Paco conoció en el instituto, cuando el rabioso, el paleta, el volcánico Paco era por fuera una hermanita de la caridad.

Loren, el Rácano susurró con deje que el Batallitas ni lo olió:

—¿No crees que nuestra lucha se inscribe en el marco de las luchas populares dirigidas por la clase trabajadora?

El Batallitas, sin dos dedos de sesera, no pasaba de ser un vaina, chisgarabís, con mucha fachada que se descascarillaba nada más rascar. Aunque no sudaba el quilo por la causa —más que Loren desde luego— todos sabían que conseguía lo que se proponía. Mantenía en vilo

⁴ Andrés Berlanga anota sobre el original «el Batallitas» sin que aparezca en la ed. de 1972.

a cualquiera con unas historias enhebradas con hilo de seda. Y cuando le faltaba un detalle o le fallaba la memoria, Pedro Luis seguía mintiendo, sin echarse atrás, sin dar su brazo a torcer como buen madrileño. Entre los pegotes que se tiraba había destellos de certeza o al menos verosímiles y así podía hacerse escuchar casi siempre.

Si la mente del Batallitas daba poco de sí, sin los reflejos de Loren el Rácano, ni la costumbre civilizada de Güili, ni la viveza e intuición de Paco, su capacidad para adaptarse a cualquier aire, como un camaleón, su machaconería hasta deglutir cualquier idea indigesta para su mollera, se podían comparar con su habilidad para relacionarse y para trabajar con las manos, a pesar de ser más fortachón que Paco. Se contaba del Batallitas que su libro de calificación escolar tenía más raspaduras invisibles que una operada de matriz. Sabía falsificar un carné con puntillosidad de monja.

Cara o no, Pedro Luis culebreaba para meterse por cualquier rendija, y lo conseguía. «¡Anda tu menguil; para el Cachas todos son amigos», solía contestar a quienes se extrañaban de sus relaciones, lo mismo con un director general que con uno de comisiones, con uno del Ministerio, que con la pipera.

«No es por fardar, pero lo que no logre uno del foro, macho...» Vendía su palabra al diablo, chaqueteaba, era un tierno corderito cuando escuchaba a quien le podía hacer un favor. Entonces barnizada de rosa su vocabulario, retorciéndolo, pescando palabras chocantes.

Pedro Luis Bravo Larramendi, el Batallitas, el Cachas, podía haber entrado en el grupo por tener una experiencia más, por presumir el día de pasado mañana. Pero en Güili, ni Paco ni Loren lograban tocar fondo. De no haberle conocido desde que no les dejaban entrar a las no toleradas para menores, podría pensarse incluso que era una cuña soplona. Se esforzaba por cumplir pero siempre había un último retraimiento, un poso de desagrado en ese muchacho ancho de espaldas, bajo y fofete al que de

toda la vida le repugnaba lo brusco, nada se diga de la violencia. «Querrá que su padre se entere de lo que vale un peine», apostilló una vez Pedro Luis cuando salió la conversación. Su padre viviría su vida de ex, al acecho de nueva oportunidad, retirado para atender solamente los diversos consejos de administración, desentendido de las andanzas de Güili. En todo caso, se preguntaría por qué usaba menos los trajes de chaqueta cruzada y mucho más esos jerséis modernos con el cuello subido como si tuviese anginas.

Güili era la caja fuerte, el paganini. También el transportista, con su utilitario. Podía haber sido *dandy* pero su estatura retaca le colgaban las piernas en todos los taburetes, su aire rechoncho no le acompañaba por más que se acicalase y fuera «don Guillermo» una vez cada veinte días, o menos, para los muchachos de blusón —verde una semana y amarillo otra— que le cuidaban, redondeaban, cortaban a navaja, lavaban con champú de huevo, masajeban, secaban con secador, atusaban y marcaban su cabello liso y lustroso.

El bien hablado Güili —te prevengo, no te percatas, advierte bien en esta tesitura, hagamos la oportuna distinción, mente, mente, mente...— desentonaba. Desde luego podía ser el niño lavado con Nenuco que un día decide mearse fuera de la taza y al rato se arrepiente; el bienmimado que pintarrajearía de frases el Palacio de Correos y luego lloraría. «¿Qué querrá cambiar este?», se preguntaba Loren, intuyendo que si últimamente se había hecho uña y carne de ellos sus motivos habría, no sería sin qué ni por qué.

—Cógelo, Pedro Luis.

—¿Qué hay? (). Oye, si no te importa, llama dentro de un rato, que no ha llegado aún la de actividades culturales. Sí, ella lleva lo de las invitaciones. (). No sé, porque esto parece una casa de... eso.

—Sé fino, aprende de Güili, se dice una casa de don Licinio.

—(). Sí, creo que el recital es el sábado a las siete, aquí o en el Paraninfo, pero no te preocupes, en serio que no te lo pierdes. Te lo juro.

Sin colgar marcó el uno, esperó línea y mientras giraba los siete números en el disco, comentó:

—Alguna fan histérica del burgués ese medio marica. ¿Oye? ¿Delegación de Políticas? ¿Cómo está el ambiente?

El esmirriado Loren se imaginó a los cuatro con el teléfono cinco años después: Pedro Luis, el Batallitas,⁵ el Cachas, el que decía «mai diar» cada dos por tres, sería secretario general en un sindicato o administrador de los taxis de su tío a golpe de telefonar con el trasero del bolígrafo para chulear —«jo macho, el dedo se desgasta»—. A Paco le serpentearía menos la venilla por la derecha de la frente y hablaría ya con naturalidad al aparato, sin gritar. Güili tendría tres o cuatro grises o verdedoncella ordenaditos por la mesa del despacho y se pondría el micrófono bajo la barbilla. Lorenzo, ¿Lorenzo?, no tendría necesidad de teléfono; estaría solo, perdidamente solo, roto el viejo y tibio noviazgo que arrastra con Laura, preguntándose si Chon (el ascua que aviva), si Chon (mi poesía), si Chon (la soñada) se acordaría aún de él, ¿oíste? Dentro de cinco años Loren quizás tendría que agarrarse también por una vez al teléfono —esa barquichuela escorada, negra, hundida, quilla arriba—, empuñarlo aferrado como su tía Carmen poco antes de pasar lo que pasó, cuando se sentía tan sola, «tan sola me siento, Lorenzo, que llamo a la hora para oír una voz humana». «Al oír la última señal serán...».

¿Y diez años después? Paco dando clases, mordisqueándose las uñas. Pedro Luis el don del barrio, todavía el Juanito verbenas, caprichito de las nenas, Loren vegetando, escribiendo poesías al minuto, zarandeado de velador a

⁵ Ibidem.

velador de algún café ya museo; retorciendo frases hechas, o regando manzanos, intentando injertos. Güili, como antes, esperando que le abran la puerta para bajar; esperando que un pelota de fácil reverencia le guillotinasen el habano. Adiós, Guillermito, adiós Güili, ya don Guillermo para toda la vida, con su raya a la derecha sacada a tiralíneas.

O a lo peor —solía decirlo Loren— el camino, esta encrucijada en la que se habían encontrado (Paco, Loren y Güili desde hace tiempo, Pedro Luis últimamente), les llevaba de la mano en amor y compañía, argolla con argolla, hasta un pudridero, pared con pared de celda, si les salía treinta años y un día a cada uno. O, como ya se temió la primera vez que hablaron del petardazo, les freían con una ensalada de tiros, caían con las botas de los héroes puestas ese ansiado, temido, desvelador día D, viernes, mayo.

Cuando bajaban hacia la asamblea, antes de abrir la puerta del aula abarrotada, Pedro Luis se paró como quien encuentra la fórmula-rayito-de-luz de un problema de química.

—No doy abasto, Loren —sujetó al Rácano—, y si eso de las luchas populares lo decías por los de Comisiones, te juro que no he tenido ni tiempo para leer el último boletín. Es duro esto ¿no crees?

—Durísimo, Pedro Luis, durísimo.

—Y aún dicen...

—Si dicen que dizan, no fuéndolo.



La mesa se desgañitaba para hacerse oír sin el micrófono. Seiscientos o setecientos golpeaban acompasadamente Madrid con Pa-rís, Ma-drid con Pa-rís.

—Aquí huele a chotuno, ¿nos largamos? (sugirió el Batallitas).

No contestaron ni se movieron. Llovieron unas octavillas de letra menuda.

—Son del PeCé.

Al acabar los gritos votaron algo a mano alzada. En el pizarrón algún habitado había escrito con letra como de Letrasset.

- Análisis crítico de la situación
- Estrategia estudiantil
- Propuestas

La mesa recontaba votos afanosamente, a ojo de buen cubero. «Aprobado por mayoría!» Más gritos y abucheos. El que parecía presidir concedió la palabra a un orador de frases manuscritas.

—La experiencia de los últimos meses ha demostrado que la coordinación tiene que estar en función de las iniciativas y del trabajo de base. (Buscó en el papel) Hay que concienciar la base desde los más amplios niveles, cámaras o asambleas de curso, plataformas, todo antes de que la universidad siga sirviendo para formar los mejores y más serviles lacayos para la explotación de nuestro pueblo.

El final y el que el orador se sentara arrancó más aplausos.

Mientras, borraron lo del pizarrón y escribieron «por el frente obrero», «por la destrucción de la estructura capitalista», «universidad y no libertad son incompatibles». Uno de bigotazos, con las puntas juntándosele por debajo, se separó de la mesa y desde el centro ensartó con soltura unas frases que a los de los primeros cursos sonaron a nuevas.

—Nuestra universidad es como merecemos porque su gran mal somos los propios universitarios. Si los universitarios luchásemos de *verdad* (remachó) por lo que vemos que es justo ¿qué duda cabe que la universidad sería diferente?

Pero hoy era burocrática y jerárquica —decía—, en la que se han institucionalizado todos los métodos de pasividad y dependencia «a la vez que tratan de lavarnos el cerebro con una enseñanza que a nada responde, sino a los intereses de esa minoría dominante que ocupa los centros de decisión del país».

—Para que nuestra universidad no sea una fábrica de técnicos de explotación seguiremos con más fuerza y con

más razones que nunca tras nuestro objetivo: la universidad popular surgida de la lucha revolucionaria.

Echó mano de una cuartilla de estadísticas para ver que de los que acudían a esta universidad no popular, «por ser recinto de la clase dominante e instrumento a su servicio», solamente el cero coma cuarenta y seis por ciento eran hijos de obrero sin cualificar.

—Pero incluso los pocos hijos de obreros y campesinos que acuden a la universidad por medio de unas becas exiguas están condicionados en su comportamiento; y así, siendo ellos los más llamados a la protesta en nombre de sus hermanos de clase que no pueden asistir a la universidad, se olvidan de su procedencia para integrarse en un nuevo estamento social que les convierte en cómodos burgueses.

«¡Tú qué sabes, señorito!», gritó Paco y uno, anónimo, le apoyó imponiéndose al cuchicheo: «Menos hablar y menos criticar. Haz algo. Y si no haces, aguántate. Hablar lo sabemos hacer todos porque no cuesta trabajo. Muchos de nuestros catedráticos en sus tertulias privadas se llaman demócratas, socialistas, progresistas, radicales de izquierdas o cualquier otro calificativo in, mientras son unos déspotas con sus alumnos y chupan de la bicoca como consejeros de empresas supercapitalistas. Nuestras autoridades académicas presumen de estar de acuerdo con las «justas inquietudes de la juventud» cuando en realidad no son más que perrillos falderos de su amo. Pero nosotros no debemos nada a nadie y estamos contra la hipocresía, la corrupción y la pasividad».

—¡Propongo declarar al rector persona no grata!

El empollón de Derecho se sintió en el deber de aclarar que «en nuestro país no existe esa figura jurídica». Se iban imponiendo los de más pulmones.

—¡La farsa de los capitalistas con sus medidas más humillantes y recrudescidas...!

—¡¡Cuécelas, no te las comas!!

Creció el jaleo por zonas, con gritos y contragritos. Paco se concomía: «Escuchad toda esa diarrea mental».

—¡Expulsemos de una vez para siempre a la policía!

—¡Incorporémonos al proceso democrático con la elevación del nivel reivindicativo!

—¡Obreros y estudiantes!

Quien presidía manoteaba hacia abajo pidiendo silencio.

—Antes de pasar al tema de ruegos, preguntas y propuestas quisiera una vez más hacer una llamada a la perspectiva global, unitaria y política en la que todos estamos comprometidos. Con carteles reaccionarios y disgregantes como los de esos señoritos de Defensa, nuestra tarea seguirá condicionada por las actuales estructuras en contradicción con los intereses del pueblo. Debemos pasar a votación una propuesta mía para que se decida si vamos a permitir que esos reaccionarios se opongan a nuestra lucha por una estructura autónoma y democrática. Que levanten la ma...

—Venga, Güili, saca tu voz de trueno.

Güili se subió al asiento para sobresalir un poco y de espaldas a la mesa, a la que señalaba, voceó:

—Son tan carcas como los de Defensa, fijaos bien. Podéis seguir recontando votos y leyendo hojitas de solidaridad, mientras otros experimentan en su carne el zarpazo de la oligarquía dominante. (Respiró expectante). ¿Acaso no os dice nada el hecho consumado de que el delegado de cuarto haya sido detenido esta mañana de manera ignominiosa?⁶ La lucha está en la calle, la oficina, aquí. —Indudablemente, la frase era de cuño ajeno—.⁷

Se alborotaron. A los sonos primeros de «eficacia, sí; burocracia, no» siguieron los de «fuera policía», con

⁶ «manera ignominiosa, indudablemente»; expresión suprimida por la censura en la ed. de 1972.

⁷ «—Indudablemente, la frase era de cuño ajeno—;» expresión añadida por Andrés Berlanga a mano y que no parece en la edición impresa.

el palmoreo de siempre. Desfilaron hacia la salida con el cántico archisabido que parecía rancio hasta a los de primero: «No nos moverán, no nos moverán; igual que al río junto a la ribera, no nos moverán».

Cuando la pira de periódicos empezaba a consumirse a la puerta, llegaron los *jeeps*. A los tres primeros les habían colocado rejillas metálicas delante de los cristales. Por detrás, las lonas se entreabrieron para vomitar cinco guardias cada uno: nerviosos mientras se ajustaban el casco y daban una vuelta en la muñeca a la correa que sujetaba la porra. Cuando el ronco busi o botijo tomó la curva no quedaba nadie para poderse estrenar mojando —hoy en azulina— con las dos mangueras de la torreta delantera del aljibe gris.

Los que se echaron al montecillo distanciaron rápidamente a quienes les seguían, escurridizos en la hierba tierna con sus botazas de goma reglamentarias. El Batallitas, por la senda abajo, sentía aproximarse al que le dio el alto. Apretó los codos y sin volver la cabeza la cuesta le agrandó las zancadas sin querer. Se estrujó el costado cuando el flato le empezó a punzar, mientras el corazón quería salirse en bocanadas ¡más aprisa, más aprisa! Las piernas que se le doblaban hubieran cedido para rodar por la frescura de la hojarasca tierna aún del rocío, para llenarse del aire tibio que ahora le ardía en el pecho, pero ¡más aprisa!, sentía otras pisadas cerca, unas pisadas que eran las suyas taconeándole en el culo. Acompasó el respiro cada dos pasos —uno-dos, aspirar; uno-dos, espirar— como aconsejaba en el colegio el de educación física. Y al primer alivio siguió una sensación extraña de flotar, sin piernas, congestionado, empapado, seca la lengua como el esparto.

En el «palacio del hambre» el Batallitas, que se había medio dislocado una muñeca al escapar por el terraplén, confió ufano que «la vida de líder es muy dura».

—Tú te creías que todo el monte es orgasmo, como decía el fino. (Loren)

—Si no llego a estar en forma...

—Corrías que te las pelabas.

—¡Toma, no! A uno que se ha caído delante de mí, creo que de segundo, lo han medio desriñonao.⁸

—Hoy han untado bien, pero que muy bien con el quitamanías.

—¿De qué coño estarán hechas esas porras? Tengo que birlar una un día.⁹

—Desde luego hoy no; no te he visto muy decidido.

Paco sacó los planos del pabellón de gobierno que hacía meses se había agenciado Pedro Luis. Los desarrugó sobre la mesa salpicada de agua y de granos de arroz pasados.

—El viernes a las doce se reúne la Junta de gobierno. Esta es la sala de juntas. Por este balcón segundo hay que lanzar la castaña para que estalle en medio de la mesa o donde se coloquen los capitostes; hay que averiguarlo. El viernes por la tarde habremos con conseguido el cierre de la u universidad.

—¿Quién prepara el material?

Se volvieron hacia Pedro Luis el Batallitas.¹⁰ Paco le dijo «tú eres más mañoso que nadie». Loren apuntó que con un molotof no habría ni para quemar los cortinones.

—¿Y una casera?

—Es muy expuesto.

—En tus manos queda, Pedro Luis. ¿Tienes cacharros?

Al Batallitas le oprimía la nuca, con un alfilerazo agudo, punzante. Bomba, granada, molotof, casera, detonador, dinamita, pólvora, fulminante, mezcla, explosión.

—¿Tienes o no tienes?

⁸ Las frases: «A uno que se ha caído delante de mí, creo que de segundo, lo han medio desriñonao»; al ser censuradas fueron sustituidas por A. B., en la ed. de 1972 por: «Pregúntale a uno que se ha caído delante de mí».

⁹ Las frases: «—¿De qué coño estarán hechas esas porras? Tengo que birlar una un día»; al ser censuradas, fueron sustituidas por el autor, en la ed. de 1972 por: «Tengo que enterarme de qué material están hechas».

¹⁰ Ver nota 4

—Luego miraré y esta tarde decidimos. Dejadme que por lo menos piense.

—Cuidado no se te calienten los cascós.

—Déjate de chuminadas, Loren.

Paco explicó con cierto aire peliculero.

—Loren y yo intentamos entrar por la puerta trasera para llamar la atención y mientras discutimos con los grises, Güili aprovecha para lanzarlo. Pedro Luis da el queso.

Güili se aflojó el nudo de la corbata que hoy sí se había puesto.

—Sabes que no es lo mío, indudablemente. No llevo ni a quince metros con una piedra. Debes recapacitar, Paco, tú eres de pueblo y sabes tirar, y Pedro Luis es tan alto como tú.

—Cuidado, que nos miran esos del FES. Seguimos esta tarde en la pensión. Tú, Pedro Luis, dinos qué hará falta para el regalito.

Güili se excusó. El tufo de los comedores —del Palacio del Hambre—, de aquellas lentejas con arroz y chorizo sebón y estadizo, le daban arcadas. Su «seiscientos» —rectificado, cilindros especiales, calcomaniado, franja amarilla, tapa del motor entreabierta— arrancó con reprimis, al volante los guantes calados y sin dediles de Güili. Al Batallitas le dio rabia sentir envidia y se engañó pensando que lo más burgués de todo era que el cacharro no pasaba de ser el regalo del conocido político, hecho a su hijo único por haber aprobado el preu, en septiembre, por supuesto.



El camastro, la mesa de patas curvas, el armario sin luna, lo alto del armario, la silla de anea —desencolada—, la mesilla, el alféizar y dos rincones rezumaban papeles y librotos. La patrona le trajo una carta.

—Paco, hijo.

Se sabía la historia. Las mismas palabras o la callada por respuesta.

—Del día diez no pasa, pa palabra; pero no se lo diga a mi padre. Cualquier día de estos me pagan una clase, Joaquina.

La Joaquina se secó en el mandil las manos fregonas.

—No es eso; ya sabes que nunca he sido una cagaprisas, y contigo, menos.

Paco se sobresaltó de que su vieja paisana, tía lejana de Dios sabe qué familiar, de que su algo cegata y encorvada paisana no hablase del dinero.

—¿Han preguntado por mí?

La otra historia —la segunda y eterna canción de Joaquina, la tía lejana de todo el pueblo, la que puso la pensión el año de la República— empezaba de nuevo.

Paco atendió fuera de la persiana y escuchó unos sollozos como los de toda mujer que no ha perdido un hijo, ni un padre, ni un pariente lejano sino un marido. «Ya es raro, morir con el verano en puertas». Plof, plof se estrellaron unos goterones de la que en el piso de arriba regaba las macetas de geranios y clavellinas con el solazo. Y la Joaquina concluyó como el que en las verbenas pregunta al espejo por dónde se sale del laberinto.

—Pero dime, hijo, ¿qué es lo que queréis, de qué os quejáis? ¿No estáis bien? Estudiantes, tunantes, siempre se ha dicho. ¡Pero si no os falta de nada; se vive mucho mejor y no hay guerra! ¡Tú qué sabes de aquello, hijo, si no lo has vivido!

Joaquina sermoneaba como siempre, con su manita derecha cortando el aire en pequeños tajos. Paco la escuchaba como siempre, como todos, como se soportan los cuadros de fotos ovaladas del comedor: con aire lejano, respetuoso, sabido, irónico. La confianza del paisanaje se ensañaba con Paco pero para nadie era un secreto que el ojito derecho se llamaba Lorenzo.

—¡Aprende, aprende, y no tú que acabarás siendo un golferas, so gandumbas!

Loren le escribía los sobres de las cartas y si era para el misionero de la India, le hacía un borrador cuidado, con comas y haches, y ella lo copiaba, casi lo fotocopiaba, comiéndoselo con los lentes a cuatro dedos. Loren arreglaba las perillas de la luz, los plomos y si era más complicado le decía «esto lo arregla mi amigo Pedro Luis en un voleo». Le decía no riegue los claveles así, quite un esqueje, cambie esa tierra, más estiércol. Apreciaba la gramática parda de Joaquina porque siempre descubría algo nuevo, de aires apolillados, incambiables: Y especialmente Loren la estimaba¹¹ porque Joaquina no sabía fingir con sus historias.

—Mira, hijo, el que dice la verdad ni peca ni miente.

—Pero escuece, abuela.

Algunos se iban de la pensión porque estaban muy a gusto, muy en familia, pero el rancho era punto y aparte. A ella le decían que habían aprobado unas oposiciones, que empezaban a trabajar lejos y se buscaban algo más cerca, pero Joaquina no tenía un pelo canoso de tonta y en dos o tres días aquello era la gloria: mayonesa, pescadilla, chuletillas, filetes rusos, patatas con carne o japuta. Al cuarto, volvía a las judías pintas, a las lentejas, a las sopas y a las patatas.

—Claro, os creéis que aquí se puede vivir estilo Patro, que se pasó al tenedor y no volvió a probar cuchara. ¡Tenedor, tenedor, tenedor; milagros tengo que hacer en la plaza para no poner todos los días alubias! ¡Me vais a llevar entre todos al Este, desagradecidos, más que desagradecidos!

Lloriqueaba.

—Una no escatima cuidados y aún andaréis diciendo por ahí que soy una hebrea, como si lo viera.

Deudas, pocas; ahorros, ninguno.

¹¹ En la edición de 1972 imprime «apreciaba»; A.B. había corregido sobre el original «estimaba».

—Os creéis que no cuesta nada la contribución y la luz y todo. Soy más pobre que las ratas y toda la vida hecha una esclava. ¿Quién me paga las medicinas si un día me pongo mala?

Ni los más viejos de la vecindad le conocían un mal dolor de cabeza.

—Venga, abuela, está usted hecha una mocita.

—Sí, sí, consuelo de viejos, Lorenzo. Mientras otras tan repantingadas,¹² dándose la gran vida y ahí me las den todas, una sacrificada a todas horas. ¿Por qué no dejaría esto empantanado cuando la guerra y me iría al pueblo?

Por la pensión completa cobraba tanto como en otros cuchitriles solamente por dormir. Pronto se encontraban aspirantes que, de no ser amigos de pupilos de confianza, eran rechazados, o todo lo más, sometidos al visto bueno de los tres más veteranos y de Loren. Se les leía la cartilla. Esto no es el Palace aunque digamos que es el Palas, aquí nadie se hace viejo, de toda confianza; mujeres, abstenerse, ni de visita; prohibido blasfemar con razón o sin ella, nada de despertadores; ducha obligatoria una vez por semana, a peseta en los baños municipales de Embajadores o los más alejados de Bravo Murillo o la avenida de los Toreros; toallas por cuenta propia, propina a discreción por el planchado, de patitas en la calle si te lustras con la colcha; se permite casi todo si no se molesta al vecino.

Uno era admitido. El del trastero, con el ventanuco junto al retrete del corredor,¹³ ganaba puestos; y se instalaba al nuevo en su cuartucho. A la semana se había habituado a dejar la puerta abierta, la maleta sin echar la llave, el

¹² En la edición de 1972 imprime «repanchigadas»; A. B. había corregido sobre el original «repantigadas».

¹³ En la ed. de 1972 imprime «comedor»; A. B. había corregido sobre el original «corredor».

dinero en la mesilla, el ventanuco cerrado y las llamadas de teléfono anotadas. Joaquina se volvía a sentir como en sus mejores tiempos, cuando circulaba el medio céntimo y los tranvías de mulas, y la noche de cada domingo aguardaba una sorpresa: natillas, sémola o arroz con leche.

La carta empezaba como casi siempre y Paco la respondió para que la comprendiera, aunque nunca la entendieran.

«Queridos padres, hermanos y demás familia: al recibo de la presente desearía que se encuentren bien, por esta todos bien y sin novedad G. A. D.».

«El tiempo es bueno, al primo Eusebio no le veo de continuo y la Joaquina me cuida mucho y bien». Llegó Loren el Rácano y Paco se vio en cueros sobre el papel rayado.

—Los viejos, ya sabes.¹⁴

Releyó «dinos a vuelta de correo si te han pagado ya la beca». Paco carraspeó un asma extraña. Sin dolor ni añoranza, igual que si rompiera con la familia, igual que si rompiera a llorar por dentro, rompió el papel rayado.

—¿Les decías lo de la beca?

—Será mejor de palabra, este verano.

—Diles que ha sido porque te han cateado. O que se han equivocado los del Ministerio.

—Se enterarán por la Caja.

A Paco se le confundieron las dos caras: la del ventanillero de Protección Escolar cuando le dijo aquello con aquella sonrisita triunfante y la del canónigo que le abofeteó. Una ristra zigzagueante llenaba cada frente de sendos hormigueros hasta que se veía la luz a través, por la nuca.

—Oye, venga, Paco, que a las siete quiero ir a ver si encuentro a Chon.

—Hasta las siete tienes tiempo. ¿Qué tal vais?

—Bien, sin más.

¹⁴ En la edición de 1972 imprime «me entiendes»; A. B. había corregido sobre el original «sabes».

- ¿Te acuestas?
—Sí, a las once, como tú. Pero ¿hay algo?
—Estamos a gusto.
—No lo entiendo, palabra. ¿Lo sabe Laura?
—Hace días que no la veo.
—¿Habéis roto o no?
—No, señor comisario; ni sí ni no, señor comisario...
—¡Lo Loren, déjate de...!
—Te lo he dicho mil veces.

A Loren le irritaba el asunto; le desazonaba la inseguridad, el seguir atado a Laura, el no saber si significaba algo para Chon, el tener que dudar en eso cuando casi todo lo demás le importaba un comino. Chon podría ser el clavo ardiendo, pero tenía que agarrarse a algo, lo necesitaba. Lo del viernes era una excusa más para encontrarse una justificación, para no sentirse solo, para ayudar a Paco; en espera sin esperanza, de unas sensaciones nuevas que no le llenarían, que a ratos le dejaban frío.



Los hombres del guardapolvos gris y el paso cansino empujaban la escalerita rodante, comprobaban la signatura en la ficha y sacaban hábilmente de los anaqueles los libros parcheados en el lomo con la misma letra y números. Chon aguardaba sin prisas, dibujando cenefas en el bloc cuadriculado. Lunes, miércoles y viernes en la biblioteca de la facultad; martes y jueves en la del Ateneo. Tardes y tardes el reloj daba la media desde la pared frontal y Chon salía sola. Pero de ciento en viento, más a menudo hasta la última vez, hace un mes, antes del viaje de ella, el Rácano la esperaba fuera. Ahora ya no se decían al cruzarse, como el segundo día, ¡qué casualidad!, porque los dos sabían que no era casualidad. De estar al tanto Güili, tan redicho, hubiera explicado: «una cita tácita, ciertamente».

Resultaba más cómodo, menos comprometido, que llamar ansiosamente hasta que ella respondía al teléfono —¡alooo, ¿síí?!—y quedar con cualquier excusa. Se encontraban como dos compañeros que preparasen la tesina juntos, como dos camaradas en el umbral de algo distinto, sin más allá ni deseos aparentes de traspasarlo.

El Rácano pidió una tónica en la cafetería de la rubia desdentada, haciendo tiempo, para la media, dudando en si contarle a Chon todo lo de la bomba, o callarse como un puto. Quién es, qué es, cómo es, es honrado, no es oportuno, somos amigos, somos sinceros, le entusiasmará la confianza, no le gustará, no hay nada, hay algo más entre los dos. Convendría hablar claro, ha sido un mes absurdo-terrible-insoportable-vacío sin ti, Chon. Dirá tontito, como la primera vez que entraron allí mismo, siete meses atrás, la tarde de perros en que se conocieron.¹⁵

Sacudió de dos manotazos las gotas de la gorra impermeable, el portero le dijo: «la salita de ahí arriba, a la derecha». Sillas rojas, divanes por las paredes, unos doseles empolvados, deshilachados, una tarima con tres sillones ducales y no más de ocho personas. A sus espaldas, el organizador animaba al conferenciante, este maldito día, muchos actos a esta hora, televisan no sé qué en diferido, demos diez minutos de cortesía para los rezagados.

La voz dijo: ¿está ocupada?, y Loren retiró el impermeable del respaldo. El conferenciante ordenó unas fichitas, bebió agua a sorbitos, guardó las gafas y de otro estuche sacó unas de medio cristal y siguió abrumando con datos y más estadísticas. Perdona, ¿ha oído usted lo que ha dicho?, ¿el tres o el cuatro por ciento? El Rácano dijo no le oye ni su dentadura postiza. Sonrieron. Chon siguió tomando apuntes y el Rácano intuyó de reojo que llevaba mechas. Garrateaba con nervio, acostumbrada, sin escribir las

¹⁵ «la tarde de perros en que se conocieron»; suprimido por censura.

palabras completas, olvidándose de los ques, por qué, las acabadas en mente, ada y anda, para más ponía + y PNB para el producto nacional bruto.

Los aplausos sonaron a bofetadas huecas, el conferenciante se inclinó y el Rácano la miró de frente al apartar las sillas.

—No te has perdido palabra.

—No tanto —dijo ella.

—¿Eres periodista?

—Frío.

—¿Ayudante de cátedra, auxiliar, adjunta, PNN, encargada?

—Más frío.

—¿Te interesan los apuntes? Si quieres se los pido, le conozco.

—Gracias, no se moleste.

Tímidamente el Rácano extendió la mano pero ningún brazo se apoyó para bajar las escaleras del portalón oscuro.

—¿Estudiante?

—Caliente.

—Y por el acentillo y porque no has parado de tomar apuntes, hispanoamericana. Déjame... venezolana, cubana, eso cubana.

Chon sonrió, tembló el cocodrilo bordado sobre el pecho izquierdo.

—Frío, como el día.

—Me rindo, no doy una.

—Soy del foro —remedó en madrileñismo falso, a lo Pedro Luis. Echaron a andar.

—¡Venga ya!

—Pero he vivido en Las Palmas hasta hace un par de años.

Qué vulgar, eres un don Juan callejero, pareces un ligón, la cara de avinagrada que pondría Laura si se enterase, rompíamos definitivamente, seguro. Loren se convenció de que no, de que era la primera vez.

—¿Estudias?

—Vuelvo a estudiar, lo dejé hace siete años.

En la plazoleta de San Miguel un urbano —después de llevarse los dedos al borde del casco— ponía una multa a un *dos caballos*.¹⁶

—¿Económicas?

—¿Por la conferencia? ¡Qué va! Historia.

—¿Te has fijado en el salón?

—Está pasadito.

—¿A que no sabes que esa sociedad matritense se fundó hace dos siglos y que en esa torre dicen que estuvo prisionero Francisco primero, rey de los franceses?

—¡Qué guía se ha perdido el Ministerio!

El niqui amarillo de cuello vuelto resaltaba lo resaltable, debajo del cocodrilo.

—¿Tienes prisa? Si quieres tomamos unos vasos. (Ligón, ¿cuándo has sido tú tan obsequioso?) Déjame hacerte el artículo: pulpo a la gallega nada más bajar la escalinata, un mero rebozado al que llaman Juanito en la esquina, junto al pasadizo, o unas sardinas para chuparte los dedos. Conozco una cueva donde ponen queso Cabrales y sidra bien tirada, como Dios manda.

Con la mano enguantada Chon sujetaba el otro guante y la carpeta de plástico-imitación-cuero.

—Se me hace, tarde.

—¿Un café rapidito, exprés?

Pasaban por delante de la puerta de cristal. Loren se paró, sujetó el picaporte. Desde dentro la rubia desdentada secaba el fondo del platillo de arriba y, como una máquina, lo ponía el último del manajo, que abarcaba con la mano izquierda. Lo hacía todo sin mirar.

—¿Y si luego no duermo?

—Escuchas otra conferencia como esa y te caes de sueño.

¹⁶ Modelo de Citroën 2 CV, llamado popularmente el *dos caballos*.

El Rácano palmeó la puerta y se hizo a un lado.

—Yo, un zumo de pomelo.

—Yo, un tinto con aprovechitivo; aunque suelo tomar sólo leche, ¿sabes?

En qué curso estás, creo que cambian la facultad de local otra vez, a los veintitrés años se aprovecha más, pero tienes otras preocupaciones, también soy estudiante no sé de qué, apenas ejerzo, cómo te puede gustar ese zumo amargo, te gusta el cine, te gusta la literatura, yo he escrito algo, tonterías, cuentos y cosas así, te gusta Aldecoa, te gusta Delibes, te gusta Fraile, ¡no me digas que no conoces nada de Medardo Fraile!, te presentaré unos cuentos suyos.

Chon se quitó el guante y el Rácano advirtió primero algo que en su vida había visto: un meñique la mitad de largo que el anular; luego miró y volvió a mirar un aro aplastado y labrado que oprimía el dedo de Chon.

—¿Estás casada? (Recuperó un ligero aturdimiento). Es muy joven.

El cocodrilo volvió a temblar.

—Me casé muy cría pero ya no cumplo los veinte, mi niño, ya te dije veintitrés.

Loren quiso intuir un «mi niño» afectuoso y un «me casé» arrepentido. Ya te dije, ya te dije, me llama de tú por primera vez.

—¿Y por qué dices «es muy joven»? No seas tontito, ¿oíste?

Creí que me tuteabas.

De pedir un sangüich o una copa o algo de más de cinco duros, hubiera tenido que pagar Chon. Desandaron el camino hasta donde ella tenía su «mini».

—Es de mi marido pero muchos días se lo cojo.

Se despidieron, encantado, encantada, espero que algún día nos veremos, es difícil encontrar conferenciante tan rollo, qué dirás de los que no conoces, el cocodrilo volvió a agitarse, me llamo Chon, yo Loren pero me conocen por

Rácano, ¿qué es eso?,¹⁷ algún día te lo explicaré, ¿te llevo?,¹⁸ gracias, vivo en una pensión de aquí al lado.

Sin mirar, echó la carpeta y los guantes en el asiento de atrás, pegó dos acelerones de acostumbrada y cuando ya salía de la fila se acordó del intermitente.

A la altura del Rácano la bocina afónica —mííí-mííí — sonó dos veces y se dijeron adiós con la mano.



—Hasta las siete tienes tiempo —le dijo Paco.

—Es que no sé si va a esa hora, hace un mes que no la veo.

—Si no has ido a buscarla.

—Bueno, venga.

El Rácano tiró de carpeta y sacó seis folios diferentes y tres más iguales, verdes, grapados y escritos en ciclostil. Paco los ojeó.

—Vamos a olvidarnos de estos.

—Tú dirás.

—Debemos preparar uno para tirarlo el viernes, en cuanto la cerremos. Explicando que lo ha hecho el FAT, hasta dónde estamos dispuestos a llegar y por qué.

—Se podría tocar de pasada al FeLiPe y al Sindicato.

—Les haríamos el juego. Si ellos quieren diálogo, allá ellos. A esta sociedad podrida y burguesa hay que barrerla de una puñetera vez. O le echamos un par de eso o seremos toda la vida unos mi mierdas. Hay que cargársela.

—Podemos preparar una hoja sin florituras.

Paco separó un panfleto.

¹⁷ Signos de interrogación introducidos por A.B. que no parecen en la edición de 1972.

¹⁸ Idéntico caso a la nota anterior.

—¿Tú te crees que así se va a alguna pa parte?

Leía en el verde: «Aterrada por el mayo francés y el septiembre mejicano, dispuesta a todo, necesitada de una tecnocracia que reemplace a la incompetente burocracia fascista, la burguesía, por medio del títere de turno...»¹⁹

—Le sobra palabrería y le faltan agallas.

—Son unos chorras.

Güili estrenaba jersey.

—Creo que me ha seguido un sujeto, intuyo que debe ser de la brigada social, probablemente.²⁰

—¿A ti un social? Tú ves donde no hay.

—Tú riéte, Lorenzo, pero esto es delictivo, bien lo sabes.

Más de tres es reunión y nos pueden detener, *ipso facto*.

—Más de cuatro, ¡Diego Valor!

—No hables, Lorenzo, que tú también tienes.

—¿Canguis? ¡Venga ya, que no estás en el Pilar!

Las agarradas de Güili con el Rácano llevaban más veneno que las de Güili con el Batallitas; se conocían bien. ¿Por qué se iba a avergonzar Güili si pudo ir a un colegio donde había un profesor para cada asignatura, para cada clase, grupo escénico, equipo de hockey, revista escolar, coches en doble fila a la salida y orlas doradas para los diez en aplicación, asistencia, urbanidad y comportamiento?

—¡Pobre Guillermito, contaminado por juntarse con niños desaliñados y malas compañías!

Güili tragaba quina, respondía que los padres no se pueden escoger y si el asunto olía a chamusquina —como contaba Paco— le salía al Rácano que mucho peor que ir al colegio de lujo o a la escuela nacional es quedarse a medias tintas en una academia.

¹⁹ Suprimido por censura: «fascista, la burguesía, por medio del títere de turno...»

²⁰ Las frases: «[...] intuyo que debe ser de la brigada social, probablemente.»; al ser censuradas A. B., en la edición de 1972, anota solo: «de la brigada social».

Pero oír «academia» no suponía para Lorenzo recordar aquellas aulas para quince o veinte, en habitaciones todavía con el borde del zócalo, los agujeros de los cuadros retirados, el sombreado donde estuvo la cabecera de la cama. No suponía recordar aquellos servicios con la bañera churretosa y el bidé amarillento, que, según la mitad o más de los alumnos, servía para lavarse los pies. Ni al de gafas como culo de vaso que daba matemáticas, ciencias, formación del espíritu nacional y dibujo; ni el día del santo del director, cuando cada cual debía poner cinco duros para comprarle unos gemelos de oro. Decir «academia» era representarse el cartel del balcón frente al aula grande, la que daba a la calle; un cartel sujeto a los barrotes con alambre, en el que se leía «medicina general, Rayos X». La imaginación de Loren urdía mil historias con los que esperarían en la consulta.

Su tía Carmen, antes de que ocurriera aquello, le contaba a Loren que también ella se acordaba de muchos detalles de cuando tenía cinco, doce, veinte o más años y de otros, en cambio, aunque fuesen más recientes, no conseguía hilar nada por más que se devanase los sesos. Los que recordaba perfectamente tía Carmen los unía y entretejía como si se hubiesen sucedido en una tarde: una manzana verde que chascaba al morder, el escaparate de ataúdes, el primer bocadillo de calamares —«después he comido otros y en ningún sitio, ni en el mismo merendero, me han vuelto a estar como aquel»—, la novela de un misionero, la cara de su madre en jarras cuando la insultó, la escupió, la llamó de todo para que no fuera tan bobalicona y remilgada de dejar escapar la ocasión de casarse con el hermano del señor Luján.

—Entonces ¿tú no querías a mi tío Darío cuando os casasteis?

—Anda, riega los geranios, Loren. Una jarra para cada ventana. Otro día seguimos, ¿quieres?, me duele la pierna terriblemente.

A los diez días la operaron y Lorenzo se fumó la odiosa última clase del odioso gafotas para poder ir a verla al sanatorio. Compró unos bombones a granel y los colocó en una cajita vacía de dátiles, entre papel de seda, todo envuelto en celofán. La tía Carmen le sonrió como lo hubiera hecho la madre de Lorenzo. Fue aquella tarde que les dio plantón a Güili y al pibe, el hermano de Laura.

Apenas eso quería decir para él «academia».

Paco sacó los planos de la mañana. El Rácano propuso aflojar diez duros por cabeza para gastos y Güili se ofreció a pagar todo si le cambiaban por alguno a la Hora H del Viernes V; a la hora de pegar el zambombazo.

El Batallitas llegó con la noticia de que el Sindicato había decidido ocupar la facultad después de la asamblea de distrito de mañana.

—Tú deja que nos preparen el terreno.

—¿Bajaremos?

—A las once en el bar, pero es escaqueaditos. Nosotros, como si nada. ¿Qué hay de la bomba?

—No tendré bastante chatarra.

Pedro Luis se había documentado.

—En la cuesta Moyano he encontrado esta ganga.

—¿El breviario del buen anarquista? (Loren)

—Como aquel que dice, los cuentos de Calleja. (Paco)

Los dos recordaron, al mirarse sin decirse nada, al viejecito de la Cuesta.

—Es una historia de los explosivos. Las bombas «empleadas por primera vez en el sitio de Constantinopla en 1453».

—Déjate de historias. (Loren)

—Según un manuscrito del año 1538 consiste en un artificio con madero hueco, partido en cruz y relleno de pólvora, con pedazos de vidrio, plomo o alambre.

—¿Y no podrías encontrar algo más moderno, del siglo dieciocho, o así? (Loren)

—Te aseguro que todas las granadas llevan trozos de hierro y alambre por dentro; son las que hacen pupa, macho.

—Yo he leído alguna vez que se pueden hacer con un trozo de manillar de bicicleta. (Güili)

—¿De burra? Me extraña. (Pedro Luis) ²¹

—¡Sois pis pistonudos, queréis so sopetas y se os olvida el vi vino!

—Tú, Paco, lo ves todo tan fácil. ¿De dónde sacamos la pólvora? No te la venden así como así.

—¡Si no hay se inventa, con un par de lo que hay que tener, y si no se pinta! La pólvora somos nos nosotros.

—Yo conozco una armería donde abastecen a mi padre y nos hacen descuento indefectiblemente. (Güili)

—Lo mejor es ir a seguro.

—¿Cómo? ¿Robando en un cuartel?

—Algo de eso. Loren echa un vistazo a ver si está el Leo en su habitación. (Paco) ²²

Pegó el oído a la cerradura y escuchó un transistor dentro.

—Esta noche, mientras duerma.

—Habla clarito de una puñetera vez. (Pedro Luis)

—Lo que habíamos planeado cuando intentamos lo de la Telefónica, ¿te acuerdas, Loren? Cuando el Leo volvió del campamento se trajo una granada que se había agenciado en unas maniobras; con una cinta larga y una bolita sobre el muelle de un cachirulo.

—Le faltará el detonador. (Pedro Luis)

—Eso es cosa tuya.

—Como sea una pe-o-uno sólo sirven para meter ruido. Y si la tiramos y sólo pega el pedo se van a descojonar los del Sindicato.

—Mañana veremos, y menos canguelo.

—Hay que atar cabos, simple precaución, macho. (Pedro Luis).

²¹ A. B. anota sobre el origina este «(Pedro Luis)» y siguientes de la página que no aparecen en la edición impresa de 1972.

²² Idéntico caso al anterior con «(Paco)»

—Atar cabos y sargentos y por ti sobre todo policías rasos. ¿Había fuego esta mañana, que corrías tanto? (Loren)

Güili argumentó que si el Batallitas no tenía que fabricar nada podría encargarse de lanzarla.

—Tengo que mangar un detonador ¿no?

—Os aseguro que en mi vida he lanzado una piedra, ni tan siquiera en Biarritz. (Güili)²³

—Y menos una bomba, te creemos, no insistas. Vete ensayando y punto en boca.

¿Sería una explosión de caldera, un fogonazo, un tronar repiqueteado, un petardazo? Los cuatro callaron y alguno sintió un cosquilleo en el velo del paladar.

Pedro Luis propuso ir por la noche a uno de arte y ensayo, y Güili se ofreció rápido a sacar las entradas. Dos timbrazos y al poco uno más largo. Güili, pensativo, se estiró el belfo hacia arriba y lo mordió.

—¿Por qué no sale a abrir la dueña?

Loren se encogió de hombros: «la Joaquina se irá a por la leche; será tu social, Diego Valor». Paco saltó como un resorte.

—Ya voy yo.

Era una chica feaza, de bata azul, que le regalaría una pastilla de jabón, un champú y un tubito de pasta dental si le compraba a mitad de precio un lote de detergentes.

—Dile a tu amo, maja, que a robar a Sierra Morena.

Respiraron. «Cuando no son los testigos de Jehová, son los mieleros y cuando no un pobre, los gitanos o las hermanitas». «La escoria». Paco volvió sobre la hoja-panfleto.

—Tú guardas el cliché, Pedro Luis —dijo al Batallitas—, y lo tiras mañana por la noche.

—¿Lo habéis pedifactorado ya? Que lo haga Loren que tiene costumbre y se le dan como hongos.

—No me parece normal que le carguemos el mochuelo cada vez que tenemos que escribir algo. (Paco)

²³ Idéntico caso al anterior con «(Güili)».

—Como es tu compañero de pensión le defiendes estratégicamente. No obstante... (Güili)

—No seáis vagonetas, hay que arrimar el hombro. (Paco)

—Además, en la variación está el disgusto. (Loren)

Se pusieron los cuatro manos a la obra. Discusiones. Acabaron por intentarlo cada cual por su cuenta y luego ver qué salía. «Una situación injusta y opresiva nos impulsa a la rebelión...» «No somos esa minoría de agitadores...». «Todo régimen y todo sistema nefasto en cuanto tales...». «Frente a la tibieza de ciertos grupos bien conocidos...».

Echaron la culpa al calorón. Por las rendijas de la persiana racheaba el sofoco, el humo pastoso y alquitranado, el taconeo desmadejado de las que iban seguras a cualquier cita. Casi todas las que empujaban cochecitos de niño y alguna más que se resistía a la madurez, casi todas esas a la sazón —decía Loren— empezaban a estar tentadoras, por el escote de las mangas. Paco terminó de manuscibir y se lo pasó a Pedro Luis.

—Siempre acabáis hablando de lo mismo.

Cuando Loren el Rácano se marchó —«voy a buscar a Laura»—, Güili se estiró el jersey nuevecito y la despreció en voz alta porque ni estaba concienciada ni nada.

—Ni vale un pimiento, ¿hace mucho que no lo sueltas? (Paco)

Güili enrojeció.

—¿Le tienes manía, macho? (Pedro Luis)²⁴

—¿A Laura? La conozco desde que llevaba calcetines: está incapacitada para rebelarse.

Está incapacitada, resulta obvio, existe una predisposición innata, indefectiblemente. Güili lo decía ya hace años, cuando él y Loren salían de intentar estudiar en casa del pibe, el hermano de Laura. Era un piso del bloque de los militares, junto al río, lleno de fotografías y salitas

²⁴ Ver nota 21.

de estar, de persianas graduables, de alfombras raídas y ceniceros de pie. La escalera olía a repollo cocido, a la humedad del río mosquitero, a la lejía mañanera.

—Aunque se ponga sujetador seguirá siendo una tabla, Loren.

En el cuartito del pibe cada cual ronroneaba ante sus libros, por libre. Abrían la ventana, fumaban y aventaban el ambiente sacudiendo una toalla, espantando el humo como a invisibles moscones. Una hora sin levantar los codos, se prometían, pero uno cambiaba de sitio, el otro se desesperaba, el tercero —el primero en abandonar— salía.

—No te eternices, Loren.

—Sólo un capítulo, jopá.

—Lee en la cama.

—Sentadito en la taza es divino, probad un día. Y si no queréis taza, taza y media.

Se tomaban las lecciones, Güili decía que en el colegio ya habían dado eso pero luego le pedía a Loren que le explicase lo de la función clorofílica. Al oscurecer, entre dos luces, el pibe buscaba los juegos reunidos, sacaba la ruleta y organizaban la timba para desplumar a Güili (Loren y el pibe no podían perder un céntimo).

—El que quiera merendar, que se la prepare (asomaba Laura).

Pero ella ya había extendido el foie-gras para Loren. Cuando decidían echar un tute de parejas o jugar a los barcos, Laura miraba a Loren. Cuando bajaban al parque de chopos raquíuticos y bancos maltratados, Laura iba a pachas con Loren o procuraba estar cerca si se trataba de quitarse la pelota.

—Venga, déjate de juegucitos de niñas, sed serios (se enfadaba Güili).

Quizás le hubiera gustado que Laura le enredase los dedos en su pelo. O sentir dos bultitos en la espalda como debía de ocurrirle a Loren, cuando ella le cogía por detrás, por la cintura (¡la ligas, no te escapas!). Quizás por su sangre fina de

niño habituado a esperar dentro del coche de papá hasta que el mecánico se bajaba, abría la puerta y le arrebatava la cartera de cuero con libros de texto forrados plásticamente; quizás por su rayita blanquecina que abría un pelo de maniquí, tieso, engomado y lustroso; quizás por su flotar en lavanda fresca, a Güili le repateaba las tripas correr, sofocarse, despeinarse, sentarse en el suelo con las piernas cruzadas.

Laura no tendría permiso para ir a la excursión si no era con su hermano, y el pibe se quedaba si no iban Loren y Guillermo para repasar por el camino. Laura se lo pidió a Loren con los morritos salidos, y con malagana a Güili, dándolo por hecho.

—No sé si iré. Papá ha tomado en alquiler un apartamento en la costa para toda la semana.

Claro que fue Güili.

El barrigudo se quitó la chaqueta para subir la cuesta. Se caló el pañuelo con las cuatro puntas anudadas.

—No diga usted, don Luis, que es propio de este tiempo.

—Los cambios atmosféricos y la proliferación de experiencias atómicas han trastornado, que duda cabe, todo un complejo...

En lo alto del cabezo, el Jesús abría los brazos y, enfrente, se imaginaba otro Jesús sobre la peana cancerosa carcomida a balazos.

—Qué bestias fueron, don Luis.

—La barbarie no conoce límites, es evidente. Pasiones desatadas, lo dijo el clásico.

A la umbría de la ermita cada cual sacó de su bolsa de deportes. Los cuatro extendieron en medio el *Ya* de la mañana. Laura, la más alta en la cuestecilla, torcía las piernas, juntaba las rodillas, se remetía la falda por las corbas. A Güili, sentado a la izquierda, con el jersey por la espalda, las mangas vacías anudadas por delante del cuello, se le iban los ojos por la canalilla oscura de los muslos juntos. Loren, desde abajo, apoyaba el codo.

—Loren, ¡ojito con mirarme, que te veo!

Loren siguió desenmarañando si *Las ratas* era anterior a *La caza de la perdiz roja* y al cabo creyó que le hablaban.

—¿Decías?

—Laura, que es de imaginación calenturienta (quiso tirar con bala a Güili).

—¿Tú qué sabes, guapo? Y mira una cosa, a ti nadie te ha dado vela en este entierro.

El pibe cambiaría, sin más, un filete empanado, que le sobraba por dos naranjas. Nadie rebulló.

—Te lo prometo, no parece Semana Santa. Chicos, ¡qué sol, divino! En cuanto abran la piscina me saca un abono. Loren, si me pelas la naranja te doy medio plátano.

—Gente pobre, ya sabes lo de los criados.

—¡No soy gente pobre!, ¡estúpido!

—Te gotea en la falda. Verás la coronela cuando vuelvas, dos azotitos por desaplicada, ¿se dice así, Güili?

Laura saltó por encima del periódico y Loren la esquivó. Le apretaba la muñeca.

—Pide perdón, bruja.

—¡Suelta, burro, suelta; me vas a cortar la circulación! Forcejeaban.

—¡Ríndete!

—Me rindo. Mira, me has marcado tus dedazos, burro. Eres un burro, te lo prometo.

El gordinflón gritó a medio carrillo «¡a ver si voy yo a ese corrito!».

—¡Laura Laurita eres una lorita!

—¡Y tú una envidiosa, piojosa!

—Está muy desenrolladita esa amiga tuya, ¡eh, Laura!

—Grosero, contigo no me hablo.

¿Quién se paga un helado?, preguntó el pibe y todos se hicieron el soca. Retumbaban los camionacos en las callejuelas. El gordinflón encabezaba la fila y don Luis, bajado de la acera, vigilaba con algún que otro capón. Corrieron en tropel para quitarse el sitio en los bancos listados de la estación vacía.

—Seguro que sólo sirve para que los americanos vengan a rodar películas del Oeste.

Don Luis le contestó que la rentabilidad óptima en un futuro inmediato estaba en los caminos de hierro. Si Güili hubiese ido al instituto de Laura, hubiera hecho buenas migas con don Luis.

—¿Estás enfadado?

Loren cortó una margarita lechosa que nació torcida entre dos losetas. Sí, no, sí, no, fue deshojando y enseñó a Laura el corazón amarillo con la única hojita blanca.

—Sí.

—¡Pues eres estúpido si no lo entiendes, te lo prometo!

Los demás se sentaron dentro, en los asientos de tablas. En la plataforma, los cuatro se apoyaron en la baranda, de espaldas a la marcha. Unas hebras de anuncio de champú, una mata de pelo dúctil, un manojo²⁵ de hilillos limpios y frescos golpeaban la cara de ella. Se volvió, se apoyó en la pared del vagón, frente a Loren y los dos se miraron. Loren no descubría esa mirada miope, ese ojo extraviado de no ver a un palmo. (Güili aseguraba que eso le ocurría a Laura pocas veces, solamente cuando se quedaba quieta, que ya era difícil).

—A que aguanto más que tú sin parpadear.

—¿Qué te apuestas?

—Te lo prometo que los cierras tú antes.

Trac-trac y al poquito la vía trac-trac. Loren se dejó ganar, «me rindo», acercó su nariz y apenas fue un roce.

Más tarde Laura canturreó. Güili, o don Luis, chistaron.

—En Semana Santa es pecado cantar.

El pibe pensó al ver la pareja de su hermana y Loren que, de buena o mala gana, desde ese mismo instante en que el tren corría tanto como un coche de la carretera de abajo, desde ese parpadeo, Güili no tenía ya chance, como

²⁵ En la edición de 1972 aparece «una mano» mientras A. B. corrige sobre el original «un manojo».

él hubiese dicho. Laura y Loren, el uno para el otro por los siglos de los siglos.



Se tomaron dos bocadillos de calamares y una caña a medias, y después de esta cena echaron camino del cine donde habían quedado para ultimar detalles y de paso para patear la última de Saura, que según decían era de lo más reaccionario. Al hilo de las palabras se preguntaron si lo suyo no sería también una reacción sin más, o contra algo concreto.

—Tú contra los curas y yo contra los que piensan, viven y engañan como mi padre.

—Mejor, Loren, di tú contra tu padre y yo por mi padre. (Paco)²⁶

—Tanto como contra mi padre... Él no tiene la culpa de mucho, y menos de aquellos exámenes patrióticos que le hicieron abogado.

El padre del Rácano se sentía un intruso en la profesión y soñaba con añadir a su nombre de la placa del portal en esa capitalilla provinciana el complemento del «e hijo».

—Mi padre sería feliz con que heredase su bufete, cuando él fuese viejecito y después de haberme tirado treinta años haciéndole de pasante. Se huele²⁷ que su fama y sus negocios se pueden venir abajo con una racha de mala suerte o con que les hurguen un poco. Por eso confía en mí, por eso no aguanto su mundo honorable como el cascarón reluciente de una nuez pocha.

—¿Y por qué te matriculas de Derecho si lo que te gustan son las plantas, o escribir?

²⁶ A. B. anota sobre el original: «(Paco)» que no aparece en la ed. de 1972.

²⁷ A. B. anota sobre el original: «Se huele» por «Sabe» que aparece en la ed. impresa de 1972.

—Ya te lo he contado, porque si le hablo de botánica o le digo que dejo Derecho, se acabó la teta.

—Y llevas cuatro años con el civil segundo y tres sin aparecer por Derecho.

—En cuanto pueda mando el giro a tomar viento y corto por lo sano.

—De haberte gustado lo del periódico...

—Me dio la basca.

El Rácano, que no usaba agenda ni billetero —«ni falta que me hace»— ni nada, apuntaba en un cuadernillo las palabras raras de Paco, a quien envidiaba por encima de todo el que hubiese nacido en un pueblo. (También anotaba las palabras que le gustaban: lamelibranquio, bracamonte, memorándum...). Paco lo sabía, lo mismo que descubría al vuelo cualquier palabra cazorra que el Rácano metía de matute con afán de llaneza.

El no verse las caras, sentados en la plazoleta de madroños tiernos con las raíces en el techo de un estacionamiento, les fue abriendo las intimidades.

—Lamelibranquio. ¡A veces tienes unas caídas que pa qué! Volvieron a los padres y a Paco la voz se le tomaba.

—Palabra que todo lo hago por él. Recordarlo me subleva.

Habló del fin del seminario.

—Yo creía que te habías salido por lo del canónigo aquel. (Loren)²⁸

—Venía de viejo. Allí dentro vivíamos en otro mundo.

—Como secuestrados, ¿no?

—Llenos de miedo, y a la vez convencidos de que éramos los elegidos. Un día a la semana los «teólogos» soltaban el carrito desde el púlpito —los «filósofos» escuchaban— para practicar, para hablar a los labradores, a los que como mi padre no necesitan palabras sino ejemplos a todas horas.

²⁸ A. B. anota sobre el original: «(Loren)» que no aparece en la edición impresa de 1972.

Paco y Loren engarzaban como cerezas ejemplos de hipócritas. También de los otros.

—Cada vez hay tíos más sanos. (Paco)²⁹

—A ese mismo bar venía yo con el curilla del periódico a tomar tintos, el que luego se casó con una misionera.

—¿Cuánto hace de eso?

—¿Que se salió? Dos o tres años.

—¿Aún trabajabas tú en el diario?

De haber seguido cobraría ahora un quinquenio. Y no pudo empezar mejor. La primera vez, después de esperar en la sala de visitas, entre repartidores de agencia que ofrecían carpetones de fotos, le parecía de ayer mismísimo, por la mañana.

—Que pase.

Allí estaba el redactor-jefe, con una camisa rozada por el cuello, recostado en un sillón de tres ruedecitas. Fumaba emboquillado en boquilla y el ordenanza de pelambarrera roya le cambiaba el café tibio por otro tanto o más, con el azúcar disuelto ya, sin cucharilla ni platito.

—¿Así que usted es un amigo del hijo de don Jorge, según me dice el director? Siéntese, perdone que tengo que despachar; un momento.

La mesa, vuelta hacia otras mesas con máquina de escribir en medio, bien podía ser de formica de haberse visto. Tiras de teletipo a la derecha, hojas en el centro, un cenicero sujetando unas fotos, un manojo grapado de cuartillas con anotaciones, fichas de corresponsales, un mapa en papel vegetal, dos grabados de imprenta a línea, los periódicos de la tarde todavía vírgenes, clips, un lápiz rojo, el montoncito de originales y una bandeja de red metálica con boletines, comunicados de prensa, atentos saludos, invitaciones, invitaciones, más invitaciones, una

²⁹ A. B. anota sobre el original: «(Paco)» que no aparece en la edición impresa de 1972.

carpeta de gomillas, a cada lado un teléfono, el polvillo hecho costra entre las diez cifras, el disco giratorio con un muelle quejica y maullero. En el suelo, escupitajos alrededor de una escupidera de porcelana. Meses después iría entendiendo dentro de los cajones almanaques, informatodos, diccionarios, anuarios estadísticos, guías de las poblaciones con las provincias a que pertenecen, listines de teléfonos, original en reserva, un frasco mediano de Nescafé lleno de bicarbonato.

—Perdone, aquí no se puede parar un segundo; los correos no esperan. ¿Decíamos? Ah, sí. Bueno, yo podría decirle como a todos los que llegan: tráigame un reportaje sobre el zoo de la Casa de Campo o sobre los pasos elevados, ¿Para cuándo? Para ayer. Perdone, sí, al aparato, póngame. (Tapó el micrófono y cuando iba a sonreír a Loren se ajustó el auricular). Bueno, dígame que le ha llamado el redactor jefe y que nos envíe un folio de la visita; los discursos no hacen falta, ya los tenemos aquí, los mandaron ayer. De acuerdo, de acuerdo, cuanto antes, llámele a la oficina.

Los redactores saludaban, decían eso me da para un par de holandesas, era una castaña, ya está bien de camuflar publicidad con ruedas de prensa, ha dicho cosas interesantes, lo de siempre, sabéis que han robado el coche del ministro del Ejército. Se sentaban, escribían, dejaban todo empantanado y se iban al bar, al archivo, a murmurar dos mesas más allá. O recogían, todo y se largaban hasta el día siguiente. Uno delgadito estaba emperrado en explicar por qué las ordenanzas del Área Metropolitana eran ilegales; los demás bajaban la cabeza, hacían que hacían y el escuchimizado tenía que hablar al aire. Uno vociferó que le habían vuelto a birlar las tijeras.

—¿Decíamos? Perdone. Bueno, así que mejor me trae un guion con dos o tres temas, se los paso al director y que él decida. Algo vivo, con datos y hechos. Eso sí, con una buena percha; nada de cifras muertas, para eso nos basta y nos sobra con los boletines. Y un buen arranque,

es fundamental, no lo olvide. Bueno, encantado, y cuando lo tenga, lo trae y ya hablaremos.

Le pusieron otro café en tacita desportillada. Extendió un folio, le cortó lo blanco con el filo de la mesa, escribió en las mayúsculas «a 2 col» y lo envió por un tubo neumático.

Loren vio de pasada a dos ordenanzas de palique con las telefonistas. Ya en la calle, por otra puerta entraba un camión con bobinas de papel. Olía el edificio como solamente huele en algunos periódicos: a benzol, tinta, papel tierno y leche fresca sin hervir.

Un borrador y otro y al fin la idea.

—Vale; muy original, dice el director.

Documentarse, entrevistar, patear calle, siéntese allí, el papel encima de los cajones, bajo la mesa, esa máquina está libre.

—Dice el director que quite ese comentario, no añada nada y se pueden molestar en el Ministerio. Póngale cabeza y un par de sumarios.

(No todo se agrió después. El recuerdo queda limpio, agradando el gesto de aquel muchacho, Loren no sabe si se llamaba José Luis o quizás Alberto, cuando le explicó que no se decía epígrafe sino titulares, o cabezas y sumarios, todo a la pata la llana sin darle importancia, ni sonriendo maliciosamente, sin llamarle negro, experto o pipi, como todos motejaban a los que empezaban. Imberbes aspirantes a Walters Lippmans o Raymondes Cartiers que las pasaban canutas extractando discursos de sesenta folios; seleccionando recortes deslavazados para una biografía o tomando con el magnetófono las crónicas por teléfono de corresponsales o enviados especiales; crónicas que luego —calados los auriculares— los pasaban a máquina, sudando la gota gorda cuando se perdía cualquier palabra o párrafo entre ruiditos de la transmisión o baches de las cintas magnetofónicas desgastadas).

—Bueno, *okey* —lo enrolló dentro del tubo, pulsó un timbre y la tubería se lo chupó—. Dice el director que nos

proponga otros temas. Andamos muy mal de espacio pero procuraré meterlo al menor hueco.

A la mañana siguiente la cuerda aún ataba fajos de periódicos cuando pidió uno. De delante para atrás, del anuncio último a la portada, nada.

Tres días más tarde el corazón se le espesó. A tres columnas, arriba, a la izquierda de la página. Degustó los titulares, la letra que manchaba más, después la que manchaba menos, despacio glotón, leía sin leer, saboreaba el copete sin atreverse a bajar. Una línea, otra más; la intuía, la palpaba borrosa cuatro renglones más abajo, bajó, bajó y allí estaba rematándolo todo; una línea negra suelta: Lorenzo, Lorenzo, LORENZO LUJÁN.

Compró tres ejemplares.

—Mejor, deme cinco.

En la plazoleta algún cobrador ordenaba la cartera y dos golfetes limpiabotas se jugaban algo a los chinos. Cruzó el vestíbulo rojizo del Ateneo Científico, Literario y Artístico con aire de socio, con un «buenas!» sonriente. Por la escalera de madera y alfombra sintética llegó al piso primero y en esta mañana destemplada entró en la sala de lectura, tan familiar en tardes muertas en las que se embebía con los periódicos apesados en cartapacios de cuero sobado, mugriento y brillante, como suavizador de barbería pobre; periódicos cogidos por el lomillo con una barra antirrobo, cerrada con candado. El asmático asiduo, uno de barbas y otro indefinido, ojeaban. Loren disimuló frente al que cogió justo el diario, su diario. Pasa una página, otra y al cabo se para, como si se eternizase, en las tres columnas. Le hubiera dicho «soy yo, si quiere conocer al autor soy yo, si le interesa le puedo contar más cosas de eso».

Compró un tubito de pegamín. En casa, tía Carmen le miraba hacer, orgullosa. Tijereteó el recorte y lo pegó en un folio de papel satinado. Publicar no era tan difícil, llegaría a tener una carpeta con dos mil, con diez mil recortes, si había que ir a la escuela, se iba; Lorenzo Luján.

- ¿Pensabas en lo de la misionera?
- ¿Qué?; no, en otro sacerdocio. Es curioso, somos dos rebotados.
- No exageres.
- Eso dicen del periodismo.
- Ahora caigo en lo del cura aquel y la misionera, ¿fue el que me contaste una vez, que se conocieron de paisano, en un tren, durante las vacaciones?
- El mismísimo. La llamada de la carne.
- Eso es lo de menos, Loren. ¿Son de piedra? *Nequáquam*. Son como tú o como yo, ¡nos ha jorobao!³⁰
- Paco disculpaba esa debilidad que no era la suya.
- En casa tengo un recorte curioso, ya te lo enseñaré cuando volvamos. Para que veas si hilan fino.
- Todo eso se les perdona, pero la soberbia, la injusticia, el egoísmo, el que los auténticos valores... ¿cómo dirían en la facultad?... el que los auténticos valores queden marginados. (Paco)³¹
- ¿Lo harán a conciencia?
- Se les educa poco a poco para sentirse el ombligo del mundo, para sentirse siempre servidos. ¿Tú conoces, alguno que dé algo que no sean bendiciones? Cuando sale uno que renuncia a vivir del sueldo, que quiere dejar el palacio, todos sabemos que otros muchos no lo harán jamás. El chófer de mi arzobispo solía contar ingenuamente: hoy estoy de fiesta, don Antonio me ha dicho que no saque el Mercedes, porque quiere ir al barrio de los obreros conduciendo su seiscientos. Si yo tuviera una escoba...
- Menos mal que muchos jóvenes...
- Algunos sí son sanos; pero otros es pura pose.
- ¿Tú crees?

³⁰ Signos de exclamación anotados por A. B. en el original que no parecen en la edición de 1972.

³¹ A. B. anota sobre el original: «(Paco)» que no aparece en la edición impresa de 1972.

—Si lo he visto, ¿cómo no lo voy a creer?

—No; digo que si tú crees. (Loren)³²

—¿En quién?

—Ya sabes. Yo creo, a mi aire. ¿Te he dicho alguna vez por qué no voy a misa? En el fondo porque me resulta más cómodo.

—Te creo, Lorenzo.

Ese mismo martes un sociólogo escribía que «el noventa y tres por ciento de las universitarias españolas se consideran creyentes, católicas y practicantes. Ante esta religiosidad pujante choca el hecho de que sólo el seis por ciento esté informado acerca de las conclusiones del Concilio».

—La fe de Trento.

—Ni por asomo te imaginas tú, Paco, cuál es la ilusión más grande de mi padre.

—Esa de pasarte el despacho de abogado.

—No, digo por dentro, en lo religioso.

Se encogió de hombros.

—Que le pongan en la esquela que murió bajo el manto de la virgen y con la bendición apostólica de S.S., ya ves.

Callaron, cada cual en su recuerdo, cada cual en su padre. El abuelo de Paco, hombre de mundo, que había amasado hasta quinientas pesetas por temporada esquilando por tierras de Alcolea para poder ir luego a los baños de Alhama, siempre tenía dicho que en haciendo el bien, Dios está contento y que no hay que ir a buscarle ni ahora ni en la hora de la muerte, amén. El hijo, Dimas, fue a casar con la casera del señor cura, buena, apocada y más pobre que los sapos, y Paco —el mayor de ocho hermanos— vivió una infancia de sobras de vino mistela sin consagrar, de vinajeras rotas y de juegos sin más juguetes que las casullas

³² A. B. anota sobre el original: «(Loren)» que no aparece en la ed. impresa de 1972.

que se fabricaba cogiendo con imperdibles dos toallas por dos puntas.

—Con esa vocación, está predestinado (decía gozoso el señor cura).

La vista perdida del Rácano flotaba cerca de un quiosco. Se fijó.

—Venga, baja del púlpito. Te echo una, mira.

—Pensaba en mi abuelo; lo otro me deja frío. Vale, quien falle dos pierde.

Olvidaron infancias, padres y abuelos.

—Ese, *Pueblo*.

—Ese, ese, *ABC*.

—No puede, por la tarde no venden los de la mañana.

—Entonces *Blanco y Negro*.

—Ese barbas pedirá *Le Monde* y no habrá entrado.

—Ese...

—*El Caso*, seguro; no ves la facha que tiene.

—¡No marras una, Loren!

Pasaron un rato en uno de los entretenimientos preferidos del Rácano: adivinar por la pinta de cada uno que se echaba mano al bolsillo al llegar al quiosco el periódico que compraría.

—Esa compra el *Vogue* o el *Marie Cler*,³³ como Laura.

—Te llamó esta tarde, se me olvidaba.³⁴

—¿Qué quería?

—Dijo que verte, que hacía mucho. Parecía muy interesada.

—¿Le dijiste algo de Chon?

—A mí déjame de líos. Cogí el recado, le conté que solías bajar por la facultad y Santas Pascuas.

³³ Obsérvese que el coloquialismo es intencionado como líneas abajo se demuestra.

³⁴ «se me olvidaba» anotado por el autor en el original y que no figura en la ed. impresa de 1972.

La orgullosa Laura, el rabo de lagartija Laura, la lejana, la ajetreada, el piquito parlanchín de Laura lorita ¿se acordaría de Loren? Será un apuro, un favor para el pibe, o quizás una racha nostálgica, o el rompimiento formal para acabar con ese ser y no ser. Loren preguntó la hora y pensó que a las diez y diez estaría despidiéndose de alguien a la puerta de la residencia, haciendo la cama de la prima Luci, poniéndose los rulitos o leyendo *Vogue*, quizás *Marie Claire*.

Sentado en la escalinata en desnivel del cine les esperaba Güili. Era lo democrático, aunque se ensuciara el trasero de los pantalones de tergal auténtico, que después lavaría una de las dos «empleadas de hogar», según su madre. También había visto Güili una película donde un negro —sería Sidney Poitiers— se compraba la cena fría en una tienda para comérsela después por la calle: Güili sujetaba el paquete como a un bebé, sacaba las patatas fritas y luego una naranja, a la que hincó el pulgar. Todo, descuidadamente, poniendo los cinco sentidos en que debía poner cuidado para que no se notase que ponía cuidado.

—Se dice si gustas, ¿no, marqués?

—Perdonad, creí que habíais cenado.

—Ya hemos cenado, y también desayunado por mañana.

—Os invito a un café.

Hizo ademán de incorporarse, Loren ni se movió.

—En esa está reservado el derecho de admisión, no se puede pedir un café con leche y picatostes. Hay que llamarse don Guillermo o llevar corbata, trajecito limpio y el pelito lavado no una vez cada dos meses sino recientito como tú.

Paco apaciguó las miradas comentando la tardanza de Pedro Luis. Estaban tensos por dentro, tirantes como las gomas a punto de escurrirse de un lado y dar el latigazo. Recelaban sin querer; más que nerviosos se sentían enervados, con el cansancio de una extraña tensión interior —en Lorenzo, menos— que les hacía susceptibles, irritables, más aún al recocerse en el bochorno. Loren se

sintió incómodo, como si le hubiesen prestado el pellejo y le quedase holgado; como si nada tuviera que ver con aquel Loren entusiasta, deslenguado,³⁵ fabulador y emprendedor que en aquella misma escalinata se había sentado años atrás para discutir lo que acababa de leer de Camus o de Pavese. Para discutir y —entonces aún virgen— para calificar las piernas de las que cruzaban: «a esas patorras un seis», «con esas bielas un ocho», «a ese par de palillos un dos».

Paco todavía se desasnaba en el instituto, aún se le subía el pavo si hablaban de lo buena que estaba la fulana. Güili, después de la excursión apenas bajaba por casa de su primo el pibe, si acaso cuando no estaba Loren o cuando sabía que estaba, para que le echase una mano en el problema de química. Siempre en jueves, cuando los compañeros ponían un ladrillo en el suburbio en aquella humanitaria labor de hacer caridad de diez a doce, y después pasar por el colegio para que todos, sin rechistar, se duchasen, se restregasen con cepillo de raíces y fuesen rodados con pulverizador.

Güili pagaba el problema invitando —ya— a uno mañanero de sesión continua; primero los tres y después con Paco cuando Loren le conoció en el instituto.

Loren comprendía ahora que Güili hacía así su suburbio, como si el director espiritual —el del colegio o el particular— le hubiese puesto de penitencia rezar tres padrenuestros, una salve y sacrificarse yendo con los descarriados. Si hubiese pecado más, mucho más, puede que hasta le hubiera castigado a ir con los descarriados y además a un cine de mañana, que ese sí sería un buen sacrificio para cualquier vecino de la casa alhajada de Güili.

¿Cómo entender que la penitencia de uno era un placer —una gozada, diría Laura— para otro? Loren no podía elegir

³⁵ A. B. corrige en el original «deslenguado» por «parlanchín», que aparece en la edición impresa de 1972.

si por entonces le gustaba más quedarse hasta las tantas (hasta oír a los mangueros regar la calzada entre coches y coches) leyendo un libro, o mejor aún, sentirse embelesado con la sábana grande de aquellos cines «continua desde las 10».

Era un triple espectáculo: el del programa doble y el de fuera. Los que se sentaban al lado y decían «chato» metiendo el codo, en el Carretas; las que ofrecían «un servicio»,³⁶ en el Pleyel; los que rumiaban con las pipas en el Sol. El interminable pasillo del Alba, la entrada de espaldas a la pantalla del Benavente; el batacazo en la butaca sin asiento del Alexandra, donde el chorrillo de la linterna acomodadora solía guiar de soslayo, desde las cortinas, a quienes querían entrar y sentarse sin dar propina; los dos pasillos finales de butacas, como dos cuernos, del Imperial; las risotadas con las vampiradas en tomatecolor del Rex; el gallinero alborotado del Postas; la pantalla remendada del Montera. Al salir, cuando eran las dos casi siempre, cegaba un resol callejero en nada parecido a esta noche mustia. Güili se ducharía después en uno de los tres servicios de su casa; pero, antes, su buena educación, sus principios, la obediencia santificante, le hacían llevar cortésmente esas correrías; Lorenzo diría que incluso con entusiasmo. Pasado mañana, jueves, Lorenzo pensará quizás algo más y distinto sobre la buena disposición de Güili para estar entre ellos.

Los tres comentaron³⁷ que Pedro Luis andaría dándole vueltas a la fabricación del fulminante; los tres hablaron de la cartelera sin poder apartar lo del viernes; los tres callaron mientras la matraca empezó a golpear por dentro obsesivamente: la bomba, el viernes, nos pescarán, la bomba, la bomba.

³⁶ Las comillas anotadas sobre el original no parecen sobre la edición impresa de 1972.

³⁷ A. B. corrige en el original «comentaron» por «pensaron en», que aparece en la edición impresa de 1972.

—Va a ser so sonada.

Al rematar de mordisquear todo, Güili arrugó el cartucho y le atizó un puntapié piernicorto.

Miércoles

A las nueve, plataforma de curso; a las diez, cámara de curso; a las once, asamblea de curso; a las doce, asamblea de facultad; a las doce cuarenta y cinco —¡acude, asiste!— asamblea de distrito en el vestíbulo. Los grupos de fuera titubeaban, de cartel en cartel, como rebaño asestado sin saber dónde triscar. Un periodista diría luego que los extraños se notaban en que preguntaban por los servicios.

Paco tuvo que esperar a que llegara Güili para pedir un pincho de tortilla. No se sabía si el Rácano estaba desmirriado por tomar vaso de leche tras vaso de agua, o a la vici. Aseguraba que antes de comer en el «palacio del hambre», y repetir hasta tres veces del primer plato, ni sabía lo que era un mal dolor de estómago. («Todos los líderes las han pasado canutas», animaba Pedro Luis el Batallitas³⁸). Y a ninguno, a ninguno, a veces ni a Paco, les cabía en la mollera que si Loren dejaba de cenar o de bocadillar, en menos ocasiones era por falta de unos duros que por la pereza de ponerse a comer.

Güili pidió una trenza que mojó con tenedor en un café con leche, largo de leche.

—Los del Sindicato nos lo están poniendo a huevo. Un par de asambleas más y van a saber quién es el FAT.

—Te prevengo que habría que ganarse simpatías antes con algún golpe espectacular —apuntó Güili al arquear las cejas y sacudirse una mota de su camisita ceñida.

³⁸ Ver nota 4.

—¿Acabará bien lo de arriba?

—Andan tibios a última hora.

—¿Pero les apoya la base, o no les apoya? —y Güili se relamió lo blanco de los labios.

—La base lo que quiere es aprobar y lo demás le trae al fresco, desengañaos. (Loren)

«Yo me subo», dijo Güili cuando ya chirriaba la silla de culo duro.

En la balaustrada del vestíbulo tres montoncitos de cuadernos y libros, como tres mojones para la presidencia, esperaban oradores. La marea de despistados se serenaba, se apretaba y el murmullo se desvanecía. Hubo un desespero con el manojo de octavillas deshojadas desde el segundo piso.

El más bajito de la balaustrada habló de la cacareada revolución cultural. Se embarulló, acudió a las Comisiones, a la solidaridad, a todos los vocablos restallantes y fue como una vacuna que les inmunizase, hasta que el cuchicheo se impuso a la voz aflautada del bajito con pantalones de pana color miel. Se apresuraba, se pisaba las palabras para que no hubiese ningún tiempo muerto. El de vozarrón de su izquierda le cortó.

—En el fondo el subdelegado de actividades culturales quiere decirnos que ese continuo intento de pseudo-democratización con el cambio de personas en la titularidad de los cargos sólo puede interpretarse lisa y llanamente así: algo ha cambiado pero todo sigue igual.

El bajito de pana le sonrió por el quite. El de vozarrón firme y manos temblonas repasó el auditorio y sobre la marcha se desvió de lo que pensaba decir. («Aquí hay mucho pipiolo aún sin destetar»)

—...Y en definitiva lo que el Sindicato Democrático reivindica —repentizó como si leyera— es el derecho a la libertad de expresión, para lo que considera necesario disponer de información objetiva y veraz sobre la vida universitaria y de la actividad socioeconómica del país.

Considera el derecho de reunión como necesario e inherente a toda asociación; reconoce el derecho de huelga y manifestación como instrumentos de reivindicación. Su objeto fundamental es el logro de la reforma democrática de la universidad; de una universidad abierta a todas las clases sociales, que mantenga el carácter representativo y democrático del Sindicato, que asegure el ejercicio de la libertad de enseñanza, investigación, expresión y asociación. Una universidad capaz de dominar los problemas técnicos y sociales de la época y por lo tanto al servicio de la sociedad y no de intereses minoritarios sino de los núcleos productivos que constituyen mayoría de la misma.

De la presidencia y de la masa surgieron peticiones y el ambiente se fue animando. (Que la libertad de reunión nos lleva a un congreso democrático de estudiantes; que se concrete la autonomía de la universidad en la electividad de los cargos académicos y en la convocatoria inmediata del claustro general...)

Güili bajó hasta las puertas reversibles del bar y les hizo señas para que subieran. «Habrán unos dos mil».

Al ver los trescientos o cuatrocientos holgados el Rácano sentenció:

—¡Y a lo peor te has quedado corto, Guillermito!

El de turno señalaba a los pasillos como un predicador:

—...porque los exámenes no pasan de ser simples satisfacciones personales ante la lucha por la libertad.

Uno de la escalera levantó el brazo y esperó muy democráticamente hasta que el de aires presidenciales le concedió la palabra.

—Ante la perspectiva de fracaso de la simple huelga de exámenes propongo convocar una huelga activa, con contenido, con actos culturales en su lugar para que nuestros padres, las autoridades gubernativas y académicas y la opinión pública en general nos comprenda, nos...

—¡Esquirol!

—¡Carca!

—¡Rector, que eres un rector!

Pidieron silencio. «Si no respetamos las opiniones de los demás no podremos hablar de democracia». El de vozarrón suplicó:

—Repito una vez más que las propuestas no pueden pasar a votación si no vienen firmadas por cinco consejeros de curso. A ver, tú, habla tú.

—Todos sabemos que la prensa, la radio, y nada se aluda a la televisión, al servicio de la oligarquía financiera y terrateniente, falsean, informan a medias, no dan una versión exacta de los acontecimientos, ni una interpretación imparcial y ajustada.³⁹

—¡Menos rollo!

—¡Nada de rollo! (Se sublevó como si le escociera). Hablo consciente de que solamente hechos concretos que no pueden interpretarse nada más que de una manera llevarán a todos la noticia y el convencimiento de que luchamos abiertamente. Propongo celebrar una sentada aquí mismo.

Entre el guirigay, uno se puso la mano de perfil en la boca y gritó para abajo, sin dar la cara: «¡ocupación, ocupación!». El coro se extendió hasta desacompararse. La votación a brazo en alto —algunos con los dos— dio unanimidad. Sin saber cómo, la masa se clarificó, en una desbandada de los que huían de la previsible quema, sumidos por las puertas de salida. («Jóvenes carcas, revolucionarios de doce a una, con la barriguita llena hasta mañana», pensó Paco).

—¡Un momento, un momento, por favor! —el vozarrón presidencial aquietó—. Seamos consecuentes: no se puede votar ocupación y desaparecer. No me parece serio en un universitario.

Se cerraron las puertas, se atravesaron bancos, arrastraron dos anaqueles-vitrinas, corrieron un armario hasta

³⁹ Suprimido «no dan una versión exacta de los acontecimientos, ni una interpretación imparcial y ajustada» de la ed. de 1972.

el montón. Bancos y más bancos crecieron basta el quicio, volaron dos lunas hermosas de veinticinco mil pesetas, se desparramó la tierra de dos tiestos sin flores; del gimnasio subieron unos travesaños descomunales y cimbreantes, mientras los bedeles miraban sin rechistar.

Paco se secaba con las yemas el sudor de las manos. Las escarpías de los tablones de anuncios cedieron a su peso; pisoteó los cristales y corrió a su aire garrihueco para arrastrar una percha metálica con garfios para cincuenta abrigos. Güili deshizo pulcramente el «rómpase en caso de incendio» y tiró de la manguera plegada hasta llevar el extremo sin punta junto a una ventana; con el cerquillo pulverizó los cristales. El Batallitas dirigía la «operación arrastre de bancos». Pronto el pequeño grupo dominó la situación.

Sin respiro, Paco y Pedro Luis el Batallitas ensancharon el sonsonete de «¡al decanato, al decanato!». Primero se les pegó una pecosa de pantalones que intentaba vocear el «hijos sí, maridos no» (con ella no había cuidado). Después la cuña se agrandó, Paco en cabeza provisto de un par de trancas.

El ordenanza de levita del señor decano también se escabulló. Cedieron las mamparas de cristal traslúcido («¡se van a arrugar, que se van a doblar!»,⁴⁰ ironizaba el Rácano ante los cristalitos). Toda derecha, la avalancha cruzó el antedespacho. La secretaria fue cogida con las manos en las teclas, amagó levantarse hasta palidecer, palidecer... y volverse a sentar. Paco arrancó de cuajo los hilos del teléfono, Güili despegó del mármol jaspeado el tintero de plata —¡plat!, sonaba la tapa, en tiempos, al cerrarse— y lo escurrió sobre el cuero avinagrado y mullido del sofá, con la intención de escribir «fuera pólico» con el aire de un niño al mear.

Rodó el pergamino de la lámpara de pie, se vino abajo con un estallido de mil cacharros la vitrina de trofeos

⁴⁰ A. B. anota los signos de exclamación en el original que no aparecen en la ed. de 1972.

mohosos. Todo por los suelos, todos apretujados, divertidos, desorientados y asustados, satisfechos y extrañados. A Paco se le hinchó la venilla que le culebreaba por la derecha de la frente, con una calentura destrozona, con un amago de estallido violento que acabó con el pisapapeles al otro lado de los vidrios ya hechos añicos.

La marejada se desahogó en un par de envites. Algunos revolucionarios aprovecharon para llevarse dos o tres resmas de papel rayado y sellado, por si la huelga de exámenes se iba al carajo: a lección por pliego, con copiar todas siempre había posibilidad de dar el cambiazo por la hoja en blanco en el momento del trago final. Los sentimentales, fanáticos o presumidos —Pedro Luis entre ellos: «¡Mai diar, menuda joya!»— se guardaban objetos quizás históricos algún día: el capuchón de la pluma del decano, la firma del retrato oficial, la manecilla del reloj de números romanos —con la primera patada al costado, el péndulo se puso como un loco: «Parece que lleve cagueta», copió Loren las palabras de Paco—, una esquinita del cristal verdoso y grueso de la mesa señorial, un tampón, el cerrojo...

La brazada de libros le llegaba el Batallitas hasta la barbilla. Hubiera arramplado con más, de caberle en los bolsillos, en las sobaqueras, metidos en cuña como un revólver bajo el cinturón. Después de esconder la primera tanda en un rincón de la capilla, volvió ansioso para tirar más y más de los estantes, primero sin molestarse en abrirlos, luego sin mirarles el lomo.

Viendo a Pedro Luis, Loren el Rácano se hacía una idea de la fiebre que debe de desatarse ante la ocasión de un saqueo. Loren el Rácano repasó la pieza destartalada, medio vacía, con cachivaches (destrozados y casi sanos) y buscó algo que llevarse. Lo encontró, se miró el color del pantalón de franela con rodilleras y se agachó para saquear, para robar su botín: un botón de dos agujeros que alguien había perdido en la refriega y que le venía pintiparado para el ojal viudo de la bragueta.

Por el pasillo de fluorescentes fundidos regresaron, desperdigados, a la puerta atrancada. Monjitas, vocaciones tardías, niños y niñas con el colegio y el diez en asistencia aún en los ojos, chicas feas o tímidas o empollonas salían entonces de clase. Se dieron ánimos yendo juntos de un lado para otro.

—En la lucha contra la dictadura ⁴¹ os quedáis aquí como nosotros.

—¡No es justo, y menos democrático! —gritó un gafitas que se quiso esconder.

—¡Basta de sentimentalismos! Las puertas no se abren porque el pueblo ha tomado esta facultad y ahora la universidad es libre y nuestra. ¡Viva la universidad libre!

—¡No nos moveraaan, no nos moveraaan, igual que el ríííío junto a la ribeera...!

Después de *¡Ay, Carmela!* vino *Puente de los franceses* —mamita mía—, y otra y otra cantadas por gargantas desentrenadas ⁴² que apenas si empezaban a mamar por los años cincuenta. Sentados en los peldaños, en el suelo, a lo largo del poyo limpio de la balaustrada, canturrearon, mirándose, desafinando, sin oído ni intención: desde fuera un ciego hubiera dicho que la facultad era un autocar al mediar la excursión.

El encierro desasosegaba a los cumplidores que acabaron en el follón sin arte ni parte. Se corrió la voz de que por la biblioteca del primero se podía saltar a un techado, a dos metros y medio de la calle. (Las ventanas cedían si se encontraba el truco del pestillo). Uno que acabó por quedarse dentro, fue destrozando cristales a codazos, por donde escaparon los de las clases rezagadas.

Dos voluntarios —voluntariosos y buenos compañeros— recogían desde la calle, con mucho tiento y

⁴¹ Suprimido por censura «contra la dictadura».

⁴² La censura anota sobre el original «desentoadas» por desentrenadas.

parsimonia, desde los tobillos hasta arriba, a cuantas se descolgaban (tres monjitas, una gorda y dos de pantalones bastante escurridas, cayeron en picado). Por allí se coló el Batallitas hacia dentro. Apartó a Paco.

—Lo del viernes está hecho. Me acaban de soplar donde se sienta el rector durante la junta: al fondo a la derecha.

—¿Es grande la mesa?

—Como para ocho, calcula; uno por decano. O quizás se metan doce, con el oficial mayor, la secretaria y los vicerrectores.

—Hay que asegurarse. ¡Jospe, habla más alto, no te oye ni el cuello de la camisa!

Por Pedro Luis hubieran hablado en clave, sin parar de mirar de reajo, aun estando solos. Se acercó Güili y quiso devolverle lo del delegado detenido:

—Te has perdido lo del decanato. Ha sido fenómeno, evidentemente.

—¡En primera línea, macho, que te diga Paco! Vengo de darme una vuelta para espiar por ahí fuera.

—Esto se desinfla, habrá que hacer algo, consecuentemente— (cambió Güili).

—¡Güili! Te busca uno de esos periodistas que no paran de meter el morro —voceó alguien.

El Batallitas le echó sorna y mala uva:

—Luego dice el gachó que si la prensa fascista.

—Si le chifla salir en los papeles.

—¿Habéis visto ya al francés? (Pedro Luis)⁴³

—Hemos quedado en el Quinto Toro.

—Tengo informes fetenes.

Entreabrió el libro del Che, forrado en un papel de regalo con florecitas, para leer una cuartilla sin sacarla.

—Presidente de la Federación Libre...

Se asomó Paco:

⁴³ A. B. anota sobre el original: «(Pedro Luis)» que no aparece en la ed. de 1972.

—Con uve, burro.

—Yo estudié inglés ... *et anarquiste*. Ha estado dos veces en chirona, y en las barricadas fue tan popular como Dani.

—¡Te las inventas como templos!

—Me lo han contado en la Embajada.

—¡Se necesita estómago, meterse en un antro de derechas!

—La causa es la causa, qué quieres; si no fuera por mí y por mis relaciones.

Se acercó Güili, a quien llevaba del brazo cariñosa, confianzudamente, un periodista alto y bien trajeado, de su edad o poco más, patillas de hacha, a quien había conocido apenas cuatro días antes, cuando lo del incendio del autobús.

—No sé si conocéis...

—Sí, de vista, por lo menos. (Nadie estrechó la mano, burguesamente).

—Yo soy un redactor de...

—...de cualquier capitalista. ¿Y para qué vienes si luego, ni una línea?

—No creáis, este es de los buenos, de confianza indubitavelmente.

—Se da lo que se puede. Yo hago confidenciales para conocimiento de mi director —arqueó la mandíbula y centró el nudo de la corbata—. ¡Qué!, ¿hay algo?

—¿Te parece poco la facultad ocupada? Mañana dirás: «con absoluta normalidad transcurrieron ayer las clases...», ¿no?

—¿Se prepara algo?

Los tres se miraron. Güili y el Batallitas con ganas de contar planes. Paco tartajeó:

—Lo vis visto; pregúntales a los del Sindicato.

—Pero, ¿quién ha llevado esto de hoy? ¿Vosotros?

—Unos más.

—¿Tenéis algún panfleto?

—Por ahí anda uno del PeCé; una birria, lo de siempre. Siguen en el treinta y seis.

—Si no os importa, por favor, ¿queréis guardarme los que tiren?

—¿También los coleccionas tú, como el Bigotes?

Los cuatro se volvieron hacia los que llevaban una tira grande de la pantalla del aula magna, con pretensiones de pancarta. La descolgaron por el ventanal de la fachada y los corrillos curiosos de fuera se eclipsaron leyendo FACULTAD OCUPADA.

Laura levantó la mano como saludo y preguntó por Loren.

—Hace un momento estaba aquí. Habrá ido a la mezquita.

—¡Eres un grosero, Pedro Luis!

—¿Prefieres que diga que está cambiando el agua del canario? Retiro lo de la mezquita de Ben-a-mear. Te mosqueas por nada, ¡tú!

—No creo que tarde —dijo Paco.

—Si viene decidle que estoy en el bar.

—Espera, que bajamos todos (hizo intención Güili).

—Gracias, es que tengo prisa, chao.

Bajó las escaleras en un trotecillo.

El periodista abrió los dedos y apretó fuerte al despedirse.

—Si no te molesta, por favor, llámame cuando haya algo (le alargó a Güili una tarjetita con el nombre abultado en azul).

—Vale, no te doy los míos porque apenas como en casa habitualmente. Si quieres llama a este, toma nota, dos veinticinco cero seis... Es un colegio mayor, pregunta por Tony y él te pone en contacto conmigo inmediatamente. Lo mejor es que nos veamos, para hablar; creo que los teléfonos están intervenidos.

—Sabes un montón.

—Por mi padre, de su época.

—¡Ah, claro! Hasta el del arzobispo (aventuró el periodista para congraciarse).

Hubo sonrisillas.

—Bueno, o si no, me localizas por aquí o en el bar.

—Vale.

—Mira, ahí llega un colega tuyo. Ha estado buscándote Laura, te espera en el bar. Este, un periodista, amigo de Güili.

El Rácano imaginaba la cara del periodista, cuatro años atrás, y seguía sin serle familiar.

—¿De qué promoción eres tú?

—¿Tú también eras de la oficial o de Pamplona?

—Sólo trabajé una temporada, pero no te recuerdo.

—Soy de la promoción de Eznaola, que fue número uno; ya hace de eso. He estado en París y organizando algunas corresponsalías por provincias.

Podía ser verdad, era mentira.

—¿No haces nada ahora?

—El Rácano vale —terció Güili sin malicia, a conciencia, con ganas de conciliar y agradar— pero dejó el periódico cuando más porvenir tenía, ostensiblemente.

—Escribo algo, para mí; nada, prácticamente.

—Ya lo decía el gran Ernesto, papá Hemingway, gran virtud la del periodismo, si se sabe dejar a tiempo. Está podrido y más aquí. Esto no es trabajar, créeme, ¡si yo os contara! Hay que emigrar, aquí no hay nada que hacer.

El patilludo también era de los muchos que estaban en posesión de la verdad. Loren había conocido periodistas, o lo que fueran, dueños del mundo, o poco más poco menos que parlanchines excátedra que todo lo tocaban y de todos los palillos sabían. Gente de corrillo y pasillo, de peña y una insignia de brillantes al mérito de no sé qué, porque tuteaban a los procuradores o porque el excelentísimo señor don les sonreía con el saludo. Se creían los fiscales de todo, el fielato obligado. Inocentes, matas de habas, no eran los peores.

Loren conoció verdaderos taimados, retorcidos, sanguinarios, apuñala-por-la-espalda, cínicos, hipócritas ejemplares de fachada beatífica. Claro que si Loren había dejado el periodismo tampoco fue por eso. Se dijo cruz y raya y adiós buenas —como el que deja de tomar un veneno lento— por algo simple, doloroso, inaguantable o inadmisibile, por un pronto. Pero el desencanto venía de atrás, de pequeños desencantos que fueron desinflando la

ilusión primeriza, antes de encamarse también en el cálido nido de víboras. Ilusión cuando tras los reportajes del comienzo le empezaron a encargar una informacioncita de nada, que para él lo era todo.

Como un redactor más, como un hombre de confianza, acompañado del fotógrafo malas pulgas con treinta años de servicio, trabajó a fondo el primer encargo sin firma, el que suponía decir «Lorenzo Luján igual a periódico». De regreso, en el taxi, garrapateó el comienzo en la cuartilla doblada, hizo un guion, subrayó lo destacable, pasó una ola de bolígrafo sobre lo desechable. Se atrevió, y sin manuscrito tecleó directamente original y copia. Le ilusionaba perfilar, encontrar la palabra justa, ser conciso y dejarse de florituras; algo vivo, había dicho el jefe de la camisa ajada.

Nacieron días nuevos, distintos, días en los que ocurría cualquiera sabe qué acontecimiento al que Loren era enviado. El primer cóctel, saber quiénes asisten, no dejarse a ningún embajador, probar el caviar y el *whisky*, quizás con soda, con agua o solo, la primera vez haz lo que veas.

Llamaban ruedas de prensa a unas extrañas reuniones en las que le tomaban el nombre al entrar, le saludaban efusivamente, le daban una carpeta de plástico con un bolígrafo grabado. El rezagado palmoteaba a los compañeros.

—¿Os han largado el contable?

—Las palabras del presidente, nada más. Pídeselas al calvo ese que anda cambiando los letreritos de la mesa; ¡como si luego no nos sentáramos donde nos apetezca, está apañado!

Los nuevos escuchaban, los habituales rajaban, los presurosos pedían un teléfono, los de la radio —como si el micrófono fuera un ramal imantado— tiraban, hacia un rincón, de quien querían entrevistar. Al terminar, los con coche llevaban a los sin, o cogían un taxi a escote. En ocasiones pagaba el último. Loren perdió en seguida la vergüenza y pasaba los taxis por el cómodo procedimiento de fabricar un «vale por» en una cuartilla de papel peseta.

Ya habían destinado a Ceuta al padre de Laura, y Loren escribía cartas casi informativas donde contaba sus andanzas: a quién había conocido, dónde había estado, qué bolígrafos, qué banderines o qué regalitos guardaba para cuando Laura volviese. Ella contestaba con su letra picuda, salpicada de alguna que otra barrabasada ortográfica —robaba las haches pasmosamente— y explicaba que aquello era como una isla con palmeras, mar y un paseo marítimo «de fábula, chico».

«Te lo prometo, aquí puedes comprar todos los cacharros que quieras. Dicen que luego esto se anima, cuando vuelven los estudiantes de vacaciones, pero ahora te aburres como una ostra. Mira una cosa, hasta que no venga el pibe y nos busquemos unas clases de inglés para que la vieja nos vea con unos libros bajo el brazo, me paso las tardes escuchando *longplays* que ha comprado una amiga y me los presta. Algunos días come con nosotros el ayudante de papá, un tenientillo recién salido, muy tímido y muy poquita cosa».

Loren llamaba al pibe: recibí carta de tu hermana, están bien. Tengo dos invitaciones para esto o para lo otro, ¿te apuntas? Y el pibe decía sí a todo. Si había una carrera en el Jarama o una película francesa en cualquier cine-club, especialmente si era el de la Casa del Brasil, el pibe le llamaba por si habían enviado entradas y podía mangarlas.

Pero el proceso de filtración era largo y tupido en el periódico. Si el director no quería ir él o su mujer o sus chicos o si no quería quedar bien con cualquiera, pasaba las invitaciones al subdirector, después al redactor-jefe y por último al cajón del que preparaba las convocatorias de la «agenda» con los actos del día. No obstante, muchas entradas y cartulinas acababan en el «abismo insondable», en los «tiburones», en el «archivo ideal», sencillamente: en la papelería.

Dos buenos competidores, siempre al acecho, eran Crispín y Félix. Crispín, corresponsal durante quince años

en Londres, soltero, joven de cuerpo y alma a pesar de las faenas, solitario, «Gómez Cortezo» de la sección de extranjero —goma, cortar y pegar telegramas del teletipo—, asiduo de piscina y campos de deportes, suscriptor de las revistas más seleccionadas y más caras, rata temida en el archivo en el que entraba a saco,⁴⁴ se ahorra una cena de casa de comidas en cuanto podía. Félix buscaba amistades, relaciones, ligues. A quien quería oírle —que no eran muchos, como le sucedía al delgadito del Área Metropolitana y su rollo— explicaba el «método infalible del doctor Labusín» para empezar a comerse una rosca:

—A las primeras de cambio tú la sueltas a bocajarro: oye nena, ¿de qué color tienes las braguitas? Aguantas a unas cuantas ñoñas pero a la primera que sonrío y no te deje plantado te la llevas al motel y con cualquier pretexto,⁴⁵ ¡zas!, te la tiras.⁴⁶

Cuando Félix andaba pachucho o la resaca le retenía en casa con cuarenta de fiebre, el hígado hecho cisco, arrepentido hasta que le dieran el alta, Loren le sustituía en la entrevista de actualidad. Primero sin magnetófono, después sin separarse de él, desde que aquel catedrático protestó porque «donde digo que dije lo que digo no digo lo que dije». Entrevistas al minuto, a la carrera, o largas entrevistas donde se tocaba lo divino, lo humano y lo de entretiempos.

Los hombres se desnudaban y la vanidad quedaba a flor de labios. Modestia aparte, aunque el éxito no ha sido suficientemente resaltado como debiera, puedo aportar algo que humildemente puede ser único en el mundo, por lo menos en Europa: tengo ofertas de diversos países, es el resultado de

⁴⁴ A. B. anota en el original «en el que entraba a saco» sin que aparezca en la ed. de 1972.

⁴⁵ A. B. corrige «excusa», que aparece en la ed. de 1972, por pretexto.

⁴⁶ A. B. anota sobre el original «te la tiras» aunque no aparece en la ed. de 1972.

un gran esfuerzo por mi parte. La máxima concesión de Loren fue acabar escribiendo «nos dice amablemente».

Entrevistados había que ellos se guisaban todo. Aquel arqueólogo que le dijo:

—Siéntese. Bien, usted viene y me pregunta: ¿cómo van las excavaciones? Y yo le respondo: «verá usted, últimamente hemos adelantado mucho». Y usted vuelve a preguntar: ¿podría tener la amabilidad de decirnos cuándo regresará? Y yo le respondo: «con sumo gusto. Si las previsiones se cumplen...»

O aquel otro *ejecutivo* que a la vuelta de un viaje a Nueva York recibió a Loren, salió de detrás de la fortaleza-mesa del despacho, le indicó un butacón y mientras él paseaba empezó a dictar:

—Todavía se escucha el antipático pitido y el⁴⁷ rugir de los motores que han traído a este magnate de la industria desde la capital neoyorquina coma cuando le hacemos la primera entrevista nada más pisar tierra española punto viste impecablemente coma y en su cara se refleja el esfuerzo de unas fatigosas negociaciones a punto y aparte guion entre interrogaciones...

O aquel gobernador que le palmeó con cinismo político: «Somos colegas; yo también fui periodista una larga temporada». Crispín le aclararía que la mitad de esos «yo también» hubieran querido serlo y de hecho se fabricaron un carnet profesional; y que la otra mitad lo eran porque ellos decidían en el periódico provinciano, a ellos se consultaba, ellos tachaban, encarcelaban o vetaban, daban las consignas, o pedían que a tres columnas, en primera y con fotografía recuadrada se escribiera: a los tres años de activa gestión del señor gobernador, queremos saludar a nuestra primera autoridad...

⁴⁷ A. B. anota sobre el original «el antipático pitido y el...» aunque no aparece en la ed. de 1972.

La sensación más putrefacta, antes del desencanto final, no la encontró Loren en los que presumían de carnet y le llamaban intruso, velada o descaradamente. Esos redimidos del teletipo o de los galones de ordenanza que se colaron por el resquicio, por la rendija por la puerta falsa, por el portalón de una siembra de carnés a voleo. Tampoco le olía tan a podrido que el redactor jefe fuera director de una revista comercial y jefe del gabinete de prensa de un Ministerio. También se justificaba el que rebotados del derecho o de otros menesteres compensaran la falta de olfato perdiendo el culo por los pasillos para ir a chismorrearle al director. Tampoco podría criticarse la vanidad de los que se hacían su nota informativa multicopiada y enviada a todos los colegas-jefe cuando recibían uno de los ocho mil cuatrocientos quince premios periodísticos del país o daban una de las treinta y siete conferencias que cada día se anunciaban en la capital.

Cuando a Loren, que todavía no era el Rácano ni se había despedido aún a la francesa, se le cayeron los palos del sombrero —en palabras de Félix— fue a entrevistar a la artista aquella. Pregunta, respuesta, pregunta, respuesta, y cuando encapuchó el bolígrafo, la mujer le preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—Esto no es publicidad, es una entrevista.

—Ya lo sé, pero todos sus compañeros me han cobrado siempre. ¿Cuánto es?

Por primera vez —«cuando salga ¿quiere enviarme un recorte?»— Loren cumplió su palabra y se gastó las trescientas pesetas del recibo de caja, menos el catorce por ciento de descuento, en mandar un ramo de azucenas, con la entrevista publicada dentro de un sobrecito. Era el comienzo.



Llegó Laura del bar cuando ya el periodista se había despedido. Besó las mejillas de Loren, volvió a saludar en un recorrido de la mano al aire, indecisa como si hubiera sido cogida robando manzanas.

—¿Querías verme?

Loren echó a andar despacio para separarse, pero ella no se movió, azorada, igual que si se le hubieran caído los pantalones en medio de todos. Pidió un rubio, que sacó Loren, y Güili —que no fumaba— le dio fuego.

—No corre prisa, es que quiero hablarte de un asunto.

Repasó a todos y a cada uno, más nerviosa que de costumbre.

—Bueno, os dejo, que aquí no se me ha perdido nada y vais a tener jaleo.

Pedro Luis dijo «más bien, vamos a repartir jalea real, para rejuvenecer a los grises de ahí fuera».⁴⁸ Paco propuso darse una vuelta. Con dos chupadas Laura estrujó el rubio.

—Bueno, *ciao* a todos, ya nos veremos. ¿Bajas mañana?

—A esta hora, calculo. (Loren)⁴⁹

—Quedamos en el bar; tengo prisa, lo siento, te lo prometo.

Malanduvo, como todas las mujeres que se sienten observadas, taladradas; Loren adivinó lo mal actriz que seguía siendo («ahora tengo prisa») pero no encontraba razones para que no le hablase si lo estaba deseando, para que estuviese como un flan, para que desde la vuelta de Ceuta ya no fuera la misma. ¿O habría cambiado él?

Sin jaleo, la euforia de la ocupación se enfriaba. Se agostaban por las escaleras o volvían a los canturreos.

En un corrillo se arremolinaron más y más. Gritaban al del centro: estatura media, rubito, de piel sonrosada, mirada asustadiza y goterones de sudor que frenaban las cejas.

⁴⁸ A. B. sustituye «los grises» por censura por los «de ahí fuera» en la ed. de 1972.

⁴⁹ A. B. anota sobre el original: «(Loren)» que no aparece en la ed. de 1972.

—Estudio medicina, os lo juro, mirad.

Les enseñó la cartulina plastificada, con todo en regla: su foto, su nombre, el sello.

—¿Quién da anatomía?

—Yo es que... es que estudiaba en Murcia.

—¡En Murcia no hay facultad, soplón!

—Confiesa que eres de la social.

—¿Yo, yo... de la social? ¡¡Ay, madre!!

—¡Con él a la delegación!

Le llevaron casi en volandas. Acabó por confesar que él no había confesado que fuera de la social. Ocho o diez se quedaron custodiándole y los demás se desparramaron por los pasillos con el vocerío de «¡Fuera policía!» y «¡tenemos a un social de rehén!». Paco aprovechó para llevar el entusiasmo hasta el bar. Le dijeron al encargado «¡ocupación!», mientras las chicas, de uniformes claritos, ribeteados de blanco, desaparecían —asustadas, intrigadas, remolonas— por la puerta de la cocina. El encargado terminó por no protestar ni discutir. Una decena pasó por dentro de la barra y sacaban al mostrador cuanto encontraban, comestible o bebestible.

—¡Que no se escape nadie por la cocina!

Atrancaron las puertas. Alguien hundió los zapatos en una caldereta llena de ensaladilla rusa. Los bocadillos eran desentrañados y las cervezas y las colas se abrían sin abridor, en el cerradero sin pestillo de las puertas o golpeando el gollete de cristal.

Mientras unos reían, otros vaciaban los botellines de un trago, otros tapaban los de cola, los agitaban y soltaban el chorrillo espumeante; otros —como Loren— se retiraban discretamente, íntimamente en desacuerdo. Pedro Luis⁵⁰ lo contemplaba como un general victorioso cuando Güili

⁵⁰ A. B. anota «Pedro Luis» en el original y no «Paco» como aparece en la ed. de 1972.

—uno de los distinguidos— le dijo a Paco⁵¹ que era la hora, tras mirarse su Omega *automatic* y *waterproof*. Se descolgaron por la ventana de la biblioteca.

En el Quinto Toro el francés tomaba su segundo tinto. Se identificaron y Güili chapurreó lentamente en un lenguaje que el otro comprendió a la tercera.

—Se monami, le ché de notr organisasion. ¿Ti compran?

Se saludaron. El francés levantó el vaso, cárdeno a la transparencia.

—*Bon, c'est merveilleux le vin!*

El Málaga ponía de aperitivos unas cortezas de torrezno, bien saladillas.

—¡Málaga, una de bravas! ¡Málaga, dos palos cortados y unos boquerones fritos!

A Güili le daban náuseas las mollejas o el ajopuerco que solían comer los jornaleros de una de las fincas de su padre, pero le pidió al Málaga una ración de sangre encebollada, fría y en cuadratines. El francés repasaba las paredes llenas de fotos de rugby y de toreros antiguos. Al escuchar las conversaciones animadas o apagadas —siempre en voz alta, casi a gritos— de los grupos que llegaban hasta la acera, o, mejor dicho, que se remansaban en la acera e iban llenando el bar, comentó el francés:

—*C'est fantastique! Ici la jeunesse discute davantage les problèmes et il y a beaucoup plus de solidarité que dans mon pays.*

(«Seguro que me catean en economía segundo». «Chico van a sacar un *spid* biplaza como para correrse». «Majos, ¿habéis visto por aquí a Leoncio?». «Eres un cachondo; donde se saca ligue, que te lo dice mi menda, es en los cursillos de extranjeras de Filosofía; déjate del American Express, el Museo del Prado y los mesones». «Tú, mira ese, ¡chuleta!...»)

⁵¹ A. B. anota «a Paco» en el original que no aparece en la ed. de 1972.

—Lo mejor será hablar con este en un lugar tranquilo. Su experiencia nos puede valer de mucho para lo del viernes. Venga, os invito a almorzar.

Güili sacudió al aire el manojito de llavecitas y le hizo el gesto universal de mano —picotazo de cisne— que significa comer en todos los idiomas. Dejaron el seiscientos en el estacionamiento privado del restaurante. Buscaron una mesa con empujamiento encima.

—Preferiblemente un rincón, nunca se sabe, te prevengo.

—Aquí tranquilos, Guiller.

Paco se fijó en la clientela: señores sudorosos, de corbata y negocios, parejas otoñales, silenciosas y ricas; parejas por una temporada, de edad desigual; familias con niños mimosos, consentidos y malcriados...

—Burgueses, Guiller, no pierdas cuidado.

Con aires de habitado Güili pidió sin mirar la carta: una de pulpo y otra de empanada y una de sangría, para abrir boca. Quiso ayudar al francés.

—¿Puason u vianda?

—Bah!, *c'est la même chose*.

—Te recomiendo la tortilla paisana, Loren.

Recomieron el pan en la espera, sin saber qué hacer. Güili hubiera querido presumir de idioma pero no se atrevía a preguntar.

—Pregúntale algo por sus métodos, por la lucha. (Paco)⁵²

—Monami ildeman coman vu travaiye an Fran.

—*Le boulot?*

—Ui.

—*Je ne comprends pas*.

El camarero esperaba, bolígrafo a punto. Cuando se fue, volvieron a la carga. Güili malamente podía lucir un francés entrecortado e indigesto.

—¿Du yu espikinglis?

⁵² A. B. anota «(Paco)» en el original que no aparece en la ed. de 1972.

—*Excusez-moi, je ne sais que l'allemand.*

—¿Te das cuenta qué mierda de francés tenéis en esos colegios de pago?

—Todo memoria. ¡Y conjugar verbos para esto! Yo de vocabulario estoy muy bien, francamente, pero me pierde el acento, hasta que no se habitúa el oído. Quizás sepa latín, como tú.

A Paco se le colorearon los granitos.

—¡No seas capullo! Nos van a tomar por dos del clero, ¿Pero tú no veraneas de siempre en Biarritz?

—La nurse era española, ¡abracadabrante, figúrate!

—Díselo por escrito.

En la servilleta Güili escribió: «nos gustaría saber vuestros métodos de lucha». El francés se concentró; cuando lo tradujo, escribió debajo:

«Les étudiants protestent contre les mesures autoritaires parce qu'ils rejettent une université dont l'unique but est de former les patrons de demain. Nous ne sommes pas une poignée d'agitateurs mais des masses qui luttent contre l'exploitation capitaliste».

A pesar de los finales historiados de las eses y de las aes sin cerrar, tradujeron rápidamente.

—Por escrito, lo que quieras, ya ves.

«Sí, pero ¿cómo se lucha en la calle, en las tomas de las Bastillas de nuestro siglo?».

Sacaron unas servilletitas del cucurucho del vaso.

«Nous nous rebelons d'une façon solidaire et violente car nous refusons de nous convertir en serviteurs d'un système corrompu».

—¿Te das cuenta? Ante esa tesitura, lo mismo que nosotros, Paco.

—¡No jo jorobes, Güili; ese se lo tiene aprendido co como un sacamuelas o lo ha leído en el Bu *Bulletin de Action* o como le leches se diga. Para este viaje no hacía falta alforjas, porque nos quedamos co como estábamos, va vamos a dos velas, como me lla llamo Francisco!

El silencio del inentendimiento y el apetito del francés aumentaban la furia, el cabreo de Paco. Un taf tembló sobre sus cabezas y la ráfaga de la locomotora silbó al cruzar el puente, precisamente de los franceses. El gordo del bigote desabrochó disimuladamente un pinte del cinturón; su compañera le mantuvo la mirada al francés con sonrisa profesional. Una nena de uñas pálidas —alienada, rica o lo que fuera— tenía el gusto de comer con transistor. Julio Iglesias dejaba que el coro le pidiese que no llorase —mi amor, pronto volvereee— y entraba dulcemente: «hay quien te hablaraaa de un mundo mejooor, yo solo te⁵³ hablee...»

A Paco se le subía la náusea hasta la nuez y a cada arcada mental se imaginaba vestido de gordo, de niña alienada, de cantante pelos largos, de señor de taf en primera con derecho a un metro de posapiés, de cochino burgués traidor de su clase.

—Guiller, me largo, luego os veo.

—Toma algo de postre; la copa de la casa la sirven deliciosamente.

—Dile al franchute que encantado.

—Quizás se suelte ahora, despaciosamente; la sobremesa ayuda. ¿Te ha caído gordo?

—No (mintió), tengo prisa; la clase.

Se agarraba a su clase (seiscientas pesetas, alterna, a energúmeno de cuarto y reválida con padre pluriempleado) cuando algo no pitaba. Se paró a pensar en el contrasentido de que siempre que quería escapar del asqueroso y cochino mundo se escudaba en la clase de latín, cuando todo empezó a huir de los latinajos. Otra vez el canónigo que le abofeteó —ahora como un queso gruyere por culpa de los hormigueros que Paco le añadía— le vino a las mientes con su carita de hogaza, aún risueña, en aquella víspera calurosa, cuando él, más conocido por el chico del Dimas o simplemente el de

⁵³ A. B. anota en el original «te» que no aparece en la ed. de 1972.

Sorbal, apenas sabía atarse el lazo de la banda roja que le ceñía la sotana de seminarista todavía con apresto.

—En cuanto acabemos nos iremos a la facultad para ver si sigue ocupada. ¿Quedamos donde siempre últimamente?

—Vale. Hay que rematar la hoja y preparar el petardazo.

Paco hurgó sus bolsillos, no muy decidido.

—Te puedo ayudar. Lo digo por la cuenta.

Güili manoteó al aire con su bracito de muñeco, condescendiente.

—¡Venga ya!, invito yo, faltaría plus.

—Bueno, va, vale, hasta luego.

El francés se despidió con un amago de levantarse, como si se sentara una señora y él fuera muy delicado. Se fijó en una paella tentadora.

—*Qu'est-ce que c'est?*

—An español ondi paella.

—*Merveilleux, oh!, c'est merveilleux.*

—Nada hombre, no te entusiasmes. Comida burguesa, anguepá burgua. ¡Camarero, la *not sil vu plé*, ah!, perdone, la cuenta.

—Camagueo... *garçon?*

—¡Ui, ui; indudablemente!

Y Güili paladeó el «mente» final como siempre: pastosamente, huecamente, parsimoniosamente, pedantemente.



El punto muerto de la ocupación se acabó con la llegada del decano. Recibió a una comisión que empezó a tutearle. Al terminar el repertorio de frases hechas, insultos, amenazas y exigencias, le informaron que habían pescado a uno de la social. Todos vieron cómo se llenaba de sudor el entrecejo del señor decano.

—Pero después de la barbarie, ustedes ¿qué quieren?, vamos a ver.

—Control estudiantil.

Le cortó otro más arisco.

—¡Nada de control: universidad del pueblo, donde las autoridades gubernativas no sean las académicas!

—Vamos por partes...

El más atrevido habló un poco avergonzadamente del doble juego.

—¿Es usted el delegado?

—¿Lo ves? ¿Quién es el delegado?

(Una nota del tablón de anuncios decía desde dos meses atrás que la delegación se cerraba porque no se habían celebrado elecciones legales para delegado).

—Nos reconocen bajo cuerda, pero públicamente no. Nos dan garantías, pero no inmunidad para los representantes. Nos dejan reunirnos y luego niegan que la asamblea estuviese autorizada.⁵⁴ Nos dicen hoy a nosotros blanco y mañana negro al país. ¿Te parece bonito, fantoche⁵⁵ decano?

El decano puso disimuladamente una carpeta sobre el informe de actividades subversivas controladas, que cada mañana le trasladaba el rector.

—Creo que no han interpretado bien nuestro deseo de diálogo; una minoría interesada en tergiversar...

—¡Menos historias, decano! ¿Quién engaña a quién? ¿Quién miente como un bellaco?⁵⁶ Ya no somos niños de pecho para ir de la manita. ¿Nos vamos a tragar bolas de esas de que no hay bedeles-policía?⁵⁷

El señor decano sabía que a los nueve bedeles nuevos los antiguos les había hecho el vacío. Jubilados de Cuerpos

⁵⁴ Suprimido por censura «Nos reconocen bajo cuerda [...] la asamblea estuviere autorizada...» de la ed. de 1972.

⁵⁵ A. B. intercambio «fantonche», censurado, por «decano» en la ed. de 1972.

⁵⁶ Suprimido por censura: «¿Quién miente como un bellaco?»

⁵⁷ Suprimido por censura: «¿Nos vamos a tragar bolas de esas de que no hay bedeles-policía?».

comunes, paseaban de dos en dos, quien sabe si por tradición, por miedo o por entretenerse. Bajo los galones floreados como una gala de difuntos, corazoncillos arrugados suspiraban por las peleas con maleantes, y se arrepentían de haber querido sacar unas perras durante el retiro. Ni una pizca de autoridad podía recordarles épocas mejores.⁵⁸ Deambulaban asustadizos entre el griterío estudiantil y apenas si se daban ánimos ofreciéndose algún pito, en silencio, acoquinados. No sabían nada de venta de apuntes ni de cuándo estarían, ni de horarios, ni de fichas de teléfonos, ni de pólizas para la matrícula, ni de dar luces, ni de abrir las puertas de los ascensores a los catedráticos ni la del PMM al señor decano.

Cuatro días después de los primeros rumores, desfilaron los nueve cabizbajos, entre un pasillo estrecho de voces rabiosas, crecidas sin oposición; voces duras, satisfechas y triunfantes, entre las que no sería difícil encontrar la de algún hijo o la de algún amigo de cualquier hijo de estos guardias retirados⁵⁹ que se fueron humillados, con un nudo en la nuez saliente, a esconderse en el bosquecillo. Se les buscó otra plaza y nunca más se les vio por la facultad.

—Siempre he creído que la alta misión del universitario no debe descender a detalles de trámite. Ustedes saben perfectamente —recalcó— que mi despacho ha estado siempre abierto a cualquier sugerencia.

—¡No te enrolles, Charles Boyes!⁶⁰ (Gritaron del fondo).

⁵⁸ A. B. sustituyó el censurado fragmento «El señor decano sabía [...] épocas mejores...» por «Corrían historias, por ejemplo, sobre los nueve bedeles nuevos a quienes los antiguos les habían hecho el vacío. Paseaban de dos en dos y bajo los galones floreados como una gala de difuntos, corazoncillos arrugados se arrepentían de haber querido sacar unas perras durante el retiro...» en la ed. de 1972.

⁵⁹ A. B. suprimió el censurado «guardias retirados» de la ed. de 1972.

⁶⁰ Suprimió por censura en la ed. de 1972. «Charles Boyes». Nótese que A. B. escribe en el original «Boyes», y no como era el nombre del conocido actor, «Boyer».

—Cualquier sugerencia, digo...

—Sí, y dices más, decano, «se admite la protesta pero no la pedrada». Pero ¿cómo nos dejáis protestar, si ni siquiera podemos hablar? ¿O todo lo que podemos decir, toda nuestra parte en el diálogo, todo lo autorizado es responder siempre sí padre, sí padre? ¿Y aún os extrañáis de las pedradas cuando nos engañáis como a chinos?

—¿Por qué no nos hablas a nosotros de las beneficiosas reformas para el próximo curso, querido decano?

Quiso encontrar una mirada amiga pero estaba desarmado ante el pitorreo, que venía por una conferencia de días pasados. Desde el estrado la autoridad había dicho:

«No sería lógico que una facultad tenga que habilitar como aulas hasta el reducido espacio de los pasillos, de los corredores. Para paliar el problema de la insuficiencia de espacio, el próximo curso se va a poner a disposición de esta universidad unos locales nuevos en el vecino pueblo antes mencionado». (A quince kilómetros, en medio de unos trigales, cuatro pabellones prefabricados, lisos, blancos, asfixiantes, rematados de prisa y corriendo, servían de nuevas facultades, aunque no fuera ese su primer destino.⁶¹ Cuando la autoridad confirmaba el traslado para el próximo curso, por la hora, bandadas de palomas zureaban o se recogían a dormir en el aula magna de rasilla sin revestir, en los pisos abandonados desde la guerra de cualquier vieja facultad de esta ciudad universitaria).

—Si ustedes lo dicen por la medida de limitar el número de alumnos del primer curso... (preguntó, suplicó, tanteando una salida, como un revoloteo de mosca que quiere escapar al sol por un cristal. Le escucharon)... les diré que no se ha tratado de establecer un *numerus clausus* sino de lograr el máximo rendimiento del Centro en función de la capacidad material de un edificio, de su

⁶¹ Suprimido por censura «... (A quince kilómetros [...] su primer destino...)»

plantilla de profesores y de las instalaciones docentes de todo tipo.

—¡Menudo tipo estás tú hecho! Ahora cuéntanos ese cuento de que las baldosas de la avenida se están quitando porque el color no hacía juego y no porque los caballos se escurren cuando hay que cargar.

—Yo vivo fuera, señor decano —añiñó uno la voz, haciendo pucheritos—, ¿me das tu permiso de dos días para ir a hacer las aguas a mi casa?⁶²

(El decano se había opuesto, eso es cierto, pero cuando hubo necesidad de cerrar el Centro un fin de semana, no tuvo más remedio que acatar la decisión mayoritaria de la junta de gobierno y colocar el letrero de que «las clases quedan suspendidas hasta el próximo lunes, habida cuenta de que muchos alumnos viven fuera y hay dos días festivos próximos». La superioridad es la superioridad).

—¡Todo eso se ha terminado, decanito!

—¡Date el bote, majete!⁶³

—¡La facultad es nuestra!

—¡Ya vendrán los nuestros!

—¡Viva la facultad libre!

—¡Viva el FES!

—¡Viva el SDEUM!

—¡Viva el TES!

—¡Viva el SUM!

—¡Viva el Efeelepe!

—¡Viva el PeCé!

La vaharada de lemas estrechaba cálidamente al señor decano.

—Un momento, señores, por favor, un momento...

⁶² A. B. sustituyó al censurado: «—¡Menudo tipo estás tú hecho! [...] para ir a hacer las aguas a mi casa?» por «Uno pidió permiso de dos días para ir a hacer las aguas a su casa.» en la ed. de 1972.

⁶³ Suprimido por censura «..., decanito! [...] majete!»

—¡Date el piro, aquí no pintas nada, resalao!⁶⁴

Los conatos de atropellarle no prosperaron.

Poco a poco el decano fue dialogando, a lo sordo, con los de la primera fila.

Se enzarzaron basta que por teléfono llamó el comandante de quienes rodeaban ya el edificio.

—De acuerdo, le pido un plazo de quince minutos. (Colgó). Tienen que abandonar el Centro.

—¡La facultad está ocupada y nosotros diremos lo que se debe hacer!

—Por favor, ¿quieren dejarme?, les ruego que me dejen; salgan de estas oficinas (miró las estanterías borrachas, los restos del saqueo), de lo que han dejado de este decanato. (Suspiró). ¡Ustedes qué van a ser universitarios!

El señor decano se arremangó la camisa y cuando se hubo quedado solo pidió al bedel de levitón —ahora de paisano pero tan apestoso como antes— que le pusiera con el señor rector. El señor rector estaba presidiendo un tribunal de oposiciones. Llamó directamente al subsecretario y sudó más, porque cada cual escurría el bulto y las responsabilidades.⁶⁵

—Tome las medidas oportunas.

Habló con el comandante cuando ya ocho o diez de sus hombres, corneta al frente, se apostaban en la escalinata. Güili —otra vez dentro, el francés de compras por el Rastro— dirigía desde el primer piso el lanzamiento de objetos. Arrojó un cajón sin mucho tino, seguido de una ristra de tacos devaluados, discretos y decibles, a los que contestaban los de la social con otros, siempre a vueltas con los cuernos y el cacho tal y cacho cual.⁶⁶ Los del casco miraban hacia el primer piso, sin hablar, tensos y contenidos.

⁶⁴ Suprimido por censura «—¡Date el piro [...] resalao!»

⁶⁵ Suprimido por censura «porque cada [...] responsabilidades»

⁶⁶ Suprimido por censura «a los que contestaban [...] y cacho cual».

—¡Sois unos explotados, vuestros jefes os explotan!

Güili se dirigió al del casco mellado.

—¡Desgraciado, que siempre serás un desgraciado, muerto de hambre, como tus hijos!

Las palabras acompasaron el «¡fuera policía!».

—Sí, mi comandante, diez minutos más improrrogables. Sí, mi comandante, creo que hay un hombre del cuerpo general de policía. En seguida lo averiguo y se lo comunico, mi comandante.

El rubito de piel sonrosada, alicantino, diecinueve años, movía la cabeza entre las manos. Le habían subido un bocadillo —«del pueblo, gratis»— que ni había catado. Irrumpieron en tropel los más exaltados, los más asustados también; Güili entre ellos, sin perder los modales.

—¡Si entran y nos pasa algo, te partimos la boca; óyelo bien!

—¡Yo no sé nada, no sé nada!

—Tú eres otro cerdo, pero como se te vaya la lengua te juro que te cuesta caro.

—¡Yo no os conozco, no conozco a ninguno, palabra que no diré nada!

Le dejaron, para asomarse desde la ventana de goznes enmohecidos.

—¡Queo, que nos toma ese de enfrente con objetivo!

—Será con teleobjetivo.

—¡Joder, vosotros los técnicos!

Se chungueaban como en los toros.

—¡Tú, mamón!, ¿me pongo de perfil?

—¡Envíame tres copias, tamaño carné!

—¡Cuidado que te va a salir movida! (Y ante los volanderos trozos de ladrillo, el guardia escondía su máquina tras un árbol. Asomaba, disparaba y retrocedía, libre de casco y de gorra gris con banda roja).

—¡Uhuhuhuh —relinchó uno, con golpecitos de la palma de la mano en la boca—, a los indios, que llegan los caballos!!

Por la cumbre del montecillo pelado, a la izquierda, se recortaron unos veinticinco; los jinetes, desenvainadas sus fustas largas, de casi dos metros. Los animales cabeceaban nerviosos, babeantes por el bocado del freno, demasiado tascado. El jinete de polainas más relucientes y gorra de plato con trenza galonada hizo un ademán y todos a una se echaron cerrillo abajo, entre una polvareda de película. Ya con menos ganas el del relinchito repitió un ¡uhuh! no tan entusiasta, con un falsete al final que le hizo tragar. Se alinearon en frente, a unos cuarenta metros, y los caballos escarbaban, se golpeaban los pechos con hocicadas de mal genio.

Al ver aparecer más *jeeps* con rejillas, al Güili se le ocurrió buscar al francés (creía haberle entendido que aquí los *flics* eran una eme comparados con los CRS, que aquí ni llevaban rejilla por la cara ni escudo). Luego se dijo, sin consolarse, que aquello se estaba poniendo más feo de lo que parecía. «Estos entran», se susurró con cierto canguelo.

—¡Organicemos la defensa!

—¡Propongo encerrarnos en el aula cinco!

—¡Un momento, calma. Si entran nos van a freír!

—Propongo hablar con el decano para que nos garantice la salida o no cederemos en la ocupación.

El decano repasaba acontecimientos con el secretario, los dos de pie.

—Debo informarle, señor decano, que las llaves las tengo yo en mi poder y que por lo tanto, lógica y legalmente hablando, la facultad no estaba ocupada.

—Su criterio escolástico me confunde, ¡seamos realistas!

Pidieron permiso unos sesenta; prácticamente todos los ocupantes.

—Que hable uno, el delegado o quien sea.

—Señor decano, quisiéramos exponerle...

La propuesta fue trasladada al comandante y el decano volvió de vacío: el plazo para abandonar fue de dos minutos, sin inmunidad ni nada parecido.

En un momento aquello fue un hormiguero pisoteado. Las carreras hacia la biblioteca del primer piso eran más alocadas a la vuelta, después de ver un autocar gris, inconfundible, esperando bajo las ventanas. No había escapatoria. Güili, con su miedo de niño siempre en compañía, procuraba no quedarse solo; llamó a Paco, a Pedro Luis, a Loren.

Al segundo empujón la puerta grande crujió, mientras los de dentro corrían hacia las puertas traseras del gimnasio y de la cocina del bar.

Resonaron las tachuelas y una voz acostumbrada a mandar.
—¡Por aquí! Seis por allí, llévate veinte arriba, rápido.

Las latas con las lacrimógenas quedaron sin destapar. Los iban sacando de debajo de las mesas de los seminarios, de la portería, del hueco de la escalera, de los ascensores, de los percheros, de debajo del mostrador del bar, de los confesionarios... y los reunían en un rincón. Uno se revolvió gallito y le llovieron golpes nerviosos. Una gritaba en un ataque de sollozos hipados:

—¡¡No le peguen así, peeguen!!⁶⁷

Planta a planta las puertas se abrían por las buenas o por las malas; la cerradura, astillada del patadón, los cristales en un estrépito de cacharrería. Detrás, los de paisano entraban, encendían las luces, echaban un vistazo y se llevaban todas las octavillas o folios escritos que encontraban. El sonrosadito abrió los brazos —«¡por fin!, ¿a qué esperabais para entrar?»— y se abrazó al primero que encontró, con las piernas desfallecidas.⁶⁸ Las palabras parecían engordar en extraños ecos. En el cuarto piso a la única puerta que cedió sin violencia le sobresalía la banderita de un cartel negro: «SERVICIO ALUMNAS». En el tercer cuartito Güili esperaba sentado en la taza, castañeteándole los dientes.

—¡A ti te quería encontrar yo, enano! (y le largó una buena).

⁶⁷ Suprimido por censura «Uno se revolvió [...], peeguen!!».

⁶⁸ Suprimido por censura «y se abrazó [...] piernas desfallecidas».

- ¿Yo?, ¿yo?, ¡si yo no he hecho nada!
 —¡No me rechistes, que te meto un meco...! A ver ¿el carné?
 —Sí, señor.
 —¿Por qué no gritas ahora, eh, valiente?
 —Yo no he sido, se lo juro.
 —¡Te tenía ganas yo a ti!

Hasta la última chica de la facultad pasó después, con excusa o sin ella, por el tercer cuartito del cuarto piso donde alguien —dicen que Loren el Rácano— había escrito sobre los azulejos:

*En este lugar miserable
 donde entra tanta gente
 hace fuerzas el más cobarde
 y se jñña el más valiente.*



Al ministro le aguaron la siesta. Mandó un motorista de botas de media caña para citar a los colaboradores convenientes. «Acaba de llegar», «ya está», «está arriba» fue saludando el portero a cada uno, a medida que atravesaban el molinete que les aspeaba dentro del Ministerio. No había ascensoristas, ni colas en las ventanillas, ni estudiantes rellenando impresos, ni secretarias fondonas de cháchara por los pasillos alfombrados. Solamente el reloj electrónico vivía su vida aséptica en el Ministerio marmóreo de escalinata palaciega.

- ¿Y bien?
 —Han tenido que cerrar, señor ministro.
 —Hasta ahí aún llego. Detalles.
 —Hemos mandado llamar al decano.
 —Avisen a prensa, para que no se dé una línea.⁶⁹

⁶⁹ Suprimido por censura «para que no se dé una línea».

—Sí, señor ministro.

—Llaman a Seguridad para confirmar si ese detenido es el hijo del que fue ministro.

—Parece que sí, señor ministro.

—¿Y fuera?

—Nada notable en otros distritos; alguna algarada en Barcelona, dentro del campus, y en Valencia sigue al parecer la huelga, quiero decir la inasistencia.

—¡Estoy harto de parecer, al parecer, creo... quiero detalles concretos, no rumores!

El ministro se peinó con los dedos distraídamente, se subió la pretina del pantalón con el que tapar el pijama y se reflejó aviejado en el marco de la foto familiar.



Al exministro le enfriaron el coñac cuando le localizaron en una sobremesa del Club 41. Cuando le abrió el ayuda de cámara, la mujer tomaba una tila calmosamente. Al verle entrar quiso ponerse nerviosa pero apenas pudo balbucear «qué bochorno, qué vergüenza, Jorge, nuestro hijo, tu hijo! ¡Quién pensaba!».

—Llama a Ricardo, quizás esté ya en el bufete. Que no le importe la fianza que sea. Voy a llamar al ministro, por teléfono las cosas tienen siempre arreglo.

Desde cada despacho la «operación rescate» se llevaba amistosamente: el abogado de la familia escuchaba a la madre, el ministro —sin noticias concretas aún— daba largas.

—Lo siento, Jorge, compréndelo, no es cosa mía. Haré todo lo que esté en mi mano. Te llamo en cuanto hable con Seguridad, un abrazo.

El exministro se decía «este Guillermito» como si Güili acabase de hacer la primera comunión, recogida en la foto recostada en marco de plata labrada, que ahora miraba

eclipsadamente. La madre moqueó con cuidado de no doblar la puntilla del pañuelo chiquito.

—¿Te das cuenta?, ¡qué escándalo! A nosotros. Dios mío, haz algo, ¿me oyes?, Jorge. Si siempre lo dije, lo sospechaba, lo sabía que esas malas compañías no eran convenientes. Haz algo, ¿me oyes?

Jorge sabía, por sus tres años, siete meses y cuatro días ministeriales que al rumor no se le combate con el rumor. Pero hacer ¿el qué? Ahora tocaba el timbre y venían dos criados, o un ayuda, pero su estado mayor se había desparramado. Era un ex-excelentísimo sin coche con la bandera nacional metálica ni policía de servicio a la puerta y secreta a todos los sitios; con veinticinco mil pesetas de retiro para recordarle cada mes los servicios prestados al país, que él no podía olvidar.

Ahora presidía esos consejos de administración, ocupaba a tres o cuatro secretarías, volaba —de ida y vuelta— en el día, pero todo era distinto, sin estilo, sin cachet, decía don Jorge. Aquellos cinco teléfonos directos, las alfombras amortiguantes, los cuadros en las paredes señoriales, el motorista a punto, el ejército ministerial pendiente de su voz y no el ritmo frío de una sociedad, anónima o limitada, con dividendos, no con divisiones ni con directores generales y subsecretarios.

Antes todo moría o empezaba en él. Decretos ley, disposiciones y órdenes, que al día siguiente daría con el desayuno la gaceta oficial, para cambiar a una treintena de sillones de compatriotas, se cocían en su despacho, en sus sueños, en el duermevela de un estado mayor reclutado entre antiguos compañeros de colegio, de cómplices de tertulias, de familiares que le recordaron favores cuando el sillón ministerial cambió de posaderas para que don Jorge lo calentase.⁷⁰

⁷⁰ Suprimido por censura «Decretos ley, disposiciones [...] que don Jorge lo calentase».

¿Cómo olvidar cuando las conversaciones se cortaban a su paso, los corrillos se difuminaban para darle cara sonriente; cuando levantaba la mano y una mujer con el hijo a horcajadas sobre la cadera se acercaba, se acercaba y luego lloraba porque ya toda su vida, todas sus experiencias se encerrarían en la misma cantilena: haber dado la mano al señor ministro? «Me sonrió, juraría que hasta me ha llamado por mi propio nombre».

Todavía es joven, suena en las listas de pasillos, en las combinaciones ministrables del rumoreado cambio. «No voy a tirar ahora la toalla por una chiquillada. No soy el primero a quien le ocurre ni seré el último. Un poco de tierra al asunto y en un mes todo olvidado». Sonó el telefonazo del director general.

—Me he ocupado personalmente del asunto por encargo expreso del señor ministro. (Hablabla meloso y distante, como un «saluda» pelotero a cualquier desconocido). Le puedo informar que su hijo se encuentra bien, perfectamente bien. He recibido seguridades de que será puesto en libertad una vez haya prestado declaración; cuestión de horas. Realmente no ha sido una detención, medidas preventivas de trámite, según nos comunican. El señor ministro me ruega les transmita a usted y a su señora esposa sus atentos saludos.

Quedaba la operación más peliaguda: los periódicos. Con la televisión no había problema; con la radio tampoco y además palabras al viento que nadie las retiene,⁷¹ pero si el honorable apellido de don Jorge aparecía en letra impresa, correría de despacho en despacho, de recorte en recorte, de risita en risita, de mueca en mueca.

—¡No quiero ni pensarlo, Jorge, seríamos la comidilla! Y en Biarritz, ¿te imaginas?

Fuera, en la autopista que antes fue calle de bulevar frondoso, pasaban los deportivos con motores no muy

⁷¹ Suprimido por censura «Con la televisión [...] nadie las retiene».

desiguales que los de los módulos lunares, mientras de visillos adentro la conversación hacía juego con el servicio, con la jaqueca de la madre, con los horribles frescos rocosos y las escribanías taraceadas del ochocientos.⁷²

—¡Qué sofoco, Jorge, qué sofoco! ¿Tú habías notado algo a Guillermito? Seguro que anda por medio el poeticastró medio novio o lo que sea de tu sobrina.

Don Jorge Gemelos de Oro, don Jorge de Corbata-Lazo y Perlitas, don Jorge Abrillantado y Manicurado,⁷³ avisó a su ex-director general de confianza, el servicial Gustavo. Al momento volvió con la lista de todos los directores de periódico, que don Jorge fue anotando. Les tuteaba, les preparaba el terreno, les enviaba abrazos, les sugería contactos.

—Yo soy muy amigo de don Daniel, el consejero delegado, pero no quisiera molestarle por cosa de tan poca monta, por supuesto. Además yo soy suscriptor de toda la vida y tengo grandes amigos en esa Casa.

Apelaba a la seriedad, a la probidad, a la «trayectoria sin mácula», a la comprensión.

—Son unos chiquillos, bien lo saben ustedes.

Y si el director ponía pegas, se hacía el sueco, soltaba por delante al bulldog del redactor jefe o al redactor más placeado, que salía algo terne y respondón, un último favor de componenda:

—Y si no hay más remedio que publicarlo, yo lo comprendo, mi hijo no es ningún recomendado, solamente les pido que den el primer apellido con iniciales; así: Ese, punto, y luego el segundo.

Todos lo hicieron menos uno: el diario del periodista patilludo, zanquilargo y bien trajeado, amigo íntimo de Güili desde cuatro días atrás. Al día siguiente lo daría en primera página, con pelos y señales, hasta con una foto

⁷² A. B. añade al original «del ochocientos» que no figura en la ed. de 1972.

⁷³ Suprimido por censura «Gemelos de Oro [...] y Manicurado».

donde Güili parecía más litri, más gordo y más alelado que de costumbre.



Cuando telefonearon para dar la noticia, el Rácano andaba por la cocina pasándose la maquinilla. Una pelusa o un amasijo en las coronas de las cuchillas, la rejilla atascada o quién sabe si el cambio al pasar de barba en barba habían dejado el cacharro enchufable apenas por dos minutos. Entonces Loren, cuando se le recalentaba en la mano como un pájaro que fuese reviviendo, abría el frigorífico y metía la afeitadora dentro del refrigerador.

Por eso se pasaba la maquinilla eléctrica a las ocho, cuando Joaquina bajaba por el pan; a las doce, cuando se iba a la compra; a las siete, cuando acudía a la novena que duraba todo el año, o, si no, procuraba con cualquier embuste que la patrona saliese de casa.

Paco le tartamudeó la detención de Güili.

—¡Lo que fal faltaba para el duro!

—¿Quién era? (Loren)⁷⁴

—El periodista ese amigo suyo; se enteran de todo.

—Así que le han trincado... Estamos aviados.

Pensaron en lo que podía entorpecerles el plan del viernes.

—Una golondrina no hace primavera. Además, su padre se moverá de lo lindo para sacarle.

—Cuando sepan quién es, le sueltan; seguro.

—A lo peor se va de la lengua.

—Habrá que andar con cien ojos, pero no creo. Sólo saca el vozarrón cuando nadie le chista y mezclado entre todos. A solas es un *quídam*.

—Más vale así.

⁷⁴ A. B. añade al original «(Loren)» que no figura en la ed. de 1972.

Callaron, reconcentrados, molestos.

—Un grano no hace granero, ¡qué his historias! Aunque me quede yo sólo, pasado ma mañana cierro la u universidad.

Loren perdió algo su aire de pacato.

—No amueles, di por lo menos, ¡«cerramos»!

—¿A qué es esperamos? Nos escupen en la cara, y nos quedamos de muestra, tan tranquilos. Llama al Batallitas.

Se lo contó ni preocupada ni triunfalmente.

—¿Y por qué no salió de naja?

—No le habrás enseñado tú cómo se debe correr. ¿A mí que me cuentas?

—¿Está en Carabanchel?

Tapó el auricular, preguntó a Paco y luego dijo que en la Puerta del Sol, en los calabozos. Le decepcionó un poco.

—A lo mejor puedo hacer algo, un primo mío; está de realquilado con uno de la Dirección.

—Déjate de meterte a Redentor que siempre sales pringado y no sacas nada en limpio. Además, no creo que ese tenga tanta mano como un ministro, aunque sea un ex.

—No, claro, de eso nasti. ¿Tú crees que se irá del pico? Debemos romper todas las direcciones, los panfletos viejos y todo; no hay que descuidarse porque nos pueden echar el guante; a lo mejor ya nos siguen.

—Mira detrás del teléfono Pedro Luis.

—Sí, tú ándate con leches. Jo, el Güili... ¡Pues se le van a colgar las milicias!

—No paras de pensar en la burocracia burguesa, como él diría.

—No te arriendo las ganancias; le sobarán los morros a base de bien.

—Ya conoce el remedio: ajo y agua.

—Sí; como dice Paco, tu ungüento amarillo para estas ocasiones: ajo-derse y agua-ntarse.⁷⁵ ¿Qué te parece que hagamos?

⁷⁵ Suprimido por censura «: ajo- [...] -ntarse».

—Aguarda que se lo pregunto a Paco, a ver qué piensa.

Paco y Loren no se ponían de acuerdo. Pedro Luis se desgañitaba en el otro extremo de la línea. («¡¡Oye, oye, ¿me oyes?!!»)

—¡Qué!, ¿qué haces?!, oye, lo mejor es que le digamos lo del viernes a los periodistas extranjeros. Tú sabes mejor que nadie que esos no se pierden una, así salimos por ahí, en *Le Monde*, y nos cubrimos las espaldas si tenemos detrás a la opinión pública internacional. ¡Menudo farde!

De buena gana Paco hubiera petardeado la Dirección General, esta tarde, ahora mismo. Cedió al plan del Batallitas. («Déjale hacer, no echas mano de tus conocimientos. Ese tutea a Dios y se caga en los santos»)⁷⁶

—Dame. Oye, soy Paco, de acuerdo, pero ¿cómo?

—Los reunimos.

—Mejor será mandarles una nota.

—No creas, lo escrito va a misa, con perdón.

—¿Dónde quedamos?

—Les podemos citar en cualquier cafetería.

—Se nota a la legua, espabilao.

—En un vagón del metro.

—Pareces del FeLiPe, copión.

Se decidieron por el colegio mayor de la Avenida.

—Yo me encargo de localizarles, díselo a Loren. A las ocho es una hora chanchi, ¿no?

—Vale, entre dos luces es lo mejor. Pero no les cites a todos a las ocho en punto. ¿A cuántos piensas llamar?

—De cuatro agencias, de tres periódicos, al amigo de Güili, si le localizo... nueve o diez.

—Ha sido él quien nos ha llamado para decírnoslo. Tenía que salir a hacer no sé qué información en la calle.

—Entonces, siete u ocho. ¡Ah!, lo del detonante ya os contaré. ¿Seguimos con el plan, no?

⁷⁶ Suprimido por censura «Ese tutea [...] los santos».

—¡Preguntas sandeces, Pedro Luis! Lo de la gra granada está hecho.

—Bueno, ya hablaremos del tiempo luego, si por Granada está lloviendo, creo que también en Sevilla, ¿o no oyes la clavijita del teléfono?

—Vale, a las ocho entonces. Allí te esperamos.

—*Okey*.

En el autobús especial el cobrador hizo como que les picaba una casilla de la tarjeta azul.

—De prácticas, ¿eh?

—Bueno, algo así.

—Esta tarde ha habido jaleo, ¿eh? Nos han desviado lo menos dos horas.

—Eso nos han contado, nosotros venimos ahora. Lástima de verbena.

—Por mí, mientras no queman otro. Y si lo queman que no esté yo dentro, que metan a todos los jefazos y a todos los ingenieros, ¿no les parece? Claro, bueno, quiero decir, a ver si me explico, a todos los jefazos, no a los de carrera, como vosotros, se entiende, ¿eh?

—Descuide, no somos de esos señoritingos.

Los pocos que iban fumaban descuidadamente. Dos chicas, con las chanclas, que no pasaban de ser dos suelas con dos tirillas, dejaban al aire sus talones encallecidos y sus dedos invernales contraídos y gordezuelos. Despotricaban contra un chico, un tal Suso.

—Seguro que el padre de Güili le saca con una buena fianza.

—Piden hasta setenta y cinco de los grandes, que ya es tela, Paco.

—El padre está podrido, ¿no?

—Y Güili lleva camino.

—Por eso me da cien patadas su pose. (Paco)⁷⁷

⁷⁷ A. B. añade sobre el original «(Paco)» que no aparece en la ed. de 1972.

—Pero resuelve papeletas. Sin pasta flora, ya puedes hacer la revolución a mordiscos.

—Así, como el Güili, hace la revolución cualquiera. Ahora estoy dentro, ahora me salgo, ahora juego a FAT, ahora heredo tinglado paterno. ¿Qué piensas que será dentro de cinco años?

—Eso mismo imaginaba yo ayer.

—¿Quién que queda de los líderes, como dice Pedro Luis? ¿Qué es de los rodolfos y de los ortegas, qué? A ver, tú dime.

—¡Cuando te da la basca, Paco!

—Pero, ¿dime?, tú di dime. Y además no copies lo de basca. «Se ha cambiado mucho, ahora es distinto, hay conciencia, hemos avanzado...» ¡Una eme! Si te desmandas, te cascan o acabas pordioseando en París o deslomado en Alicante. Claro que si untas y te sacas las setenta y cinco de bóbilis bóbilis...

—Estás de funeral.

—¡Lo que estoy es har harto de hacerles el juego! (repetió su frase favorita).

Se levantaron y estiraron el cordel del campanillazo.

—Lo demás son monsergas y palabrería que se queda en agua de borrajas. Fíjate bien, Loren: solamente sobre la destrucción podremos construir una nueva sociedad.

Quién hubiera pensado que aquel muchacho calladito que buscaba libros de viejo afanosamente iba a ser un ascua destructora, un carácter que al roce con lo que rodeaba echaría chispas. Loren creía que la destrucción haría saltar la costra y limpiar el pus, pero quedaría siempre una herida o un cuerpo enfermo incapaz de sanar. Una de las veces que el pibe le llamó «para salir y charlar un rato», el hermano de Laura habló como el representante del pueblo, como le hubieran respondido casi todos los millones de compatriotas con derecho a voto, uniforme, y aplastante.

—Desengáñate, serán otros perros con los mismos collares. Más vale esta tranquilidad que no andar con pistolas por la calle.

Loren trataba de dialogar con una barra de hielo, siempre con parecidas muletillas. El pibe seguía terne.

—A mí no me vengáis con eso de alienante ni quiero saber nada de política ni de esos inventos que os sacáis de la manga los que no queréis dar ni golpe. Pero si no estáis de acuerdo, ¿por qué os aprovecháis de lo que os conviene de estos? ¿Por qué gastáis las becas salidas del dinero de todos los ciudadanos?, preguntaselo a Paco, anda. ¿Por qué vais en el metro si sois unos capitalistas? ¿Por qué?

—Confundes la velocidad con el tocino.

—¡Sí, hombre; en cuanto uno no es de los vuestros ya está equivocado!

—Hablas por hablar, parece mentira. Te han lavado bien el cerebro.

—Lo que os ocurre lo sé yo muy bien. Os gustaría vivir del cuento toda la vida, porque es más bonito y más cómodo. Os pasa como a esos vejestorios que llevan doce años vistiéndose de tunos todos los sábados para dar el panderetazo y coger una mamada a costa primo.

—Más vale que lo dejemos; hablamos un idioma distinto.

Al despedirse, el pibe le pidió que le echara una mano si conocía a alguien en los servicios jurídicos de los Sindicatos porque quería hacer un cursillo «que si lo sacas no das ni golpe; un chollo».

Con puntos y comas, respiros y ademanes, Paco repitió la frase, ya en los butacones sin posabrazos del colegio mayor, ante Loren otra vez, Pedro Luis y dos periodistas, el uno extranjero: «sobre la destrucción podremos construir una nueva sociedad». Hacían tiempo.

—Si os parece esperamos diez minutos de cortesía por si llega algún rezagado.

Pedro Luis apartó a Paco.

—Me han confirmado que en el Ministerio tienen una lista de treinta y dos marcados, de todas las facultades. Seguro que estamos, mañana me lo dicen. Creo que la

tiene el subsecretario y la lleva al consejo de ministros del viernes.⁷⁸

—No les va a dar tiempo.

—Sería mejor que no nos vieran juntos.

Los dos periodistas miraban demasiado el reloj. Pedro Luis abrió el fuego:

—Nos hemos reunido en esta conferencia de prensa para que conozcan el movimiento más avanzado de la vanguardia estudiantil de este país, en su lucha contra las estructuras capitalistas. Nuestra acción se inscribe, con fuerza...

Dejaron de tomar notas. Se removieron para despegarse —como una piel despellejada al sol— de los sillones de plástico, y los periodistas encendieron pitillo y cachimba.

—*Todo está molto bene, ma ¿dove se trova cuesta achione, dove?*

—Perdón —atajó el Batallitas—, les hemos convocado porque, como máximo responsable del FAT, mi compañero —señaló a Paco— quiere hacerles una declaración.

Tartajeó hasta soltarles de sopetón que para ellos las palabras sobran y que el viernes volverían a tener noticias suyas porque...

—... nuestro movimiento conseguirá el cierre de la universidad a las bravas. Solamente el FAT será su ejecutor.

—*Io voglio sapere si la sua organizzazione es reconocida oficialmente, legalmente.*

Se miraron los otros cuatro.

—¿Cuántos días lleva en nuestro país?

—*Due semanas, ma io soy en mi agencia el especialista en temas de cuesta nachione.*

El compañerismo del periodista nacional intervino.

—Antes preguntaba mi colega por la distinta filiación de los grupos. ¿Os importaría aclarárselo? ¿De qué matiz es el PES? (y el único que tomó nota fue él, tan pez como el italiano).

⁷⁸ Suprimido por censura «y la lleva al consejo de ministros del viernes».

—Un desviacionismo de los fascistas.

—¿Y la llamada... (abanicó su bloc hasta encontrar lo anotado) la llamada Defensa?

—Un hatajo de jóvenes carcas con diarrea mental. Con decirle que entre sus teóricos anda un fascista, Bakunin y Sorel. ¿Se lo explica?

Rieron la salida de Paco, algo más calmado.

—*¿E vero que la pude* pide —leyó un panfletillo— caída de la dictadura, organizar los pueblos autóctonos, garantizar la pervivencia de las instituciones de la República, terminar con la separación de sexos y acabar con la reforma agraria *el grido, escusi*, al grito de la tierra para el que la trabaja.

La interrogación acababa en afirmación. Todos escuchaban.⁷⁹

—¿Podrían explicarnos si los estudiantes tradicionalistas y el buró político del partido obrero revolucionario...?

Los periodistas se ofrecieron a pagar los refrescos y el güisqui, y pagaron sin mucho porfiar. Pedro Luis exageró con medias palabras, susurros y aspavientos: «todas las causas necesitan un paladín»; y se ufanó cuando el italiano le elogió como experto en relaciones públicas.

—Por la causa trabajamos a cualquier hora, nos exponemos, sufrimos persecuciones y pasamos calamidades. Yo, sin ir más lejos...

Y repitió la historia de que cada domingo, desde las ocho de la mañana hasta la una de la madrugada, le explotaban como camarero en un mesón de Chinchón, por trescientas cochinas pesetas, más el billete del autobús. El Batallitas se había propuesto no sangrar más a su tío el de los taxis, (hijo de un ricachón contratista) al que había sacado dinero a troche y moche con cualquier excusa. Ahora solamente le visitaba una vez por trimestre o así, aunque le pedía lo suficiente para hacerse un traje, pagar la matrícula, comprarse unos zapatos y desempeñar la

⁷⁹ Suprimido por censura «—*E vero* [...] Todos escuchaban».

máquina fotográfica, después de airear la papeleta del Monte, que siempre era de buen tono.

El italiano no quiso herir ideales ni comprar soplones cuando propuso veladamente al Batallitas que podía convenir lo que su agenda le pagaría cada vez que hubiera «noticia» y Pedro Luis le llamase antes de que se enterase nadie. Se pizcó una aleta de la nariz —concentrado— y como el que hace cara a un chalaneo, le dijo:

—Por menos de cien, ni me molesto. El *Madrid* paga ya eso y más.

Lo apalabrarón en un santiamén.

Cambiaron de tema cuando se acercó Paco. Los dos periodistas se despidieron con la prisa del que aún tiene que resolver otros asuntos; mientras los otros tres se quedaron rezagados en el vestíbulo, para volver al zurra y dale. Eludieron lo de Güili deliberadamente.

—Sentaos un momento y os explico lo del detonante.

—¿Lo podrás fabricar o no?

—¡Tú te crees que eso es coñac de garrafa, macho! No amueles. Tengo la fórmula.

—Si te llenas los bolsillos de papeles como ese estás perdido en cuanto te enganchen.

—Lo quemará por los dos lados, no te preocupes. (Loren)⁸⁰

—Acaba de una vez.

—La mezcla del fulminante que debe ponerse dentro del tubito de latón del detonador debe pesar cuatro gramos, fijaos bien.

—Fíjate bien tú, que eres el manipulador.

—El ochenta y cinco coma siete por ciento de fulminato de mercurio.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿El mercurio?

⁸⁰ A. B. anota sobre el original «(Loren)», que no aparece en el ed. de 1972.

—¡Las narices! La fórmula.

—¡Ah, confidencial!

—Déjate de chorradas.

—De mi librito mágico. Os lo confieso, viene en el *Espasa* de la biblioteca.

—Venga sigue, rollista.

—El nueve coma cinco de potasio y cuatro coma ocho de fulmicotón.

—Tú sabrás qué es eso.

—Sí, pura dinamita o algo peor.

—¿Y de dónde lo sacamos?

Loren dijo que ni Pedro Luis se creía que le iban a vender esos gramillos en alguna farmacia.

—Güili, prácticamente descartado; pero el padre de Laura es un militarote, ¿no?

—Laura no tiene nada que ver con todo esto.

—Pero sí basta con que nos deje un vale del talonario. Nosotros lo rellenamos y lo compramos en la farmacia militar. ¿No lo hace con el rabro para tu estómago?

—Lo haría, estoy mejor ya; pero yo no se lo pido.

No y no a los argumentos. Pedro Luis pensó que Güili iba a tener razón en eso de que Laura era una burguesa sin sensibilizar.

—¿Tenéis ya el cacharro; se lo habéis mangado?

—Creo que será mejor contárselo al Leo porque hablando se entiende la gente y cuando el viernes volvamos del rectorado o cuando se entere del cacao, como le dé por buscar la granada es capaz de armarla si no la encuentra...

—¿Qué tal es?

—Ni fu ni fa. Si no le pisan el callo no gritará. Muy apocadito, ¿no, Loren?

—Parece de buena pasta. Claro que, a lo peor, te sale rana. Ahora nunca se sabe, en cuanto te descuidas te has metido en la boca del lobo. No creo que se fuera de la lengua.

—Más que de los soplones hay que cuidarse de que nada falle, del plan.

—¿Qué va a fallar?

—Que nos vean, que no podamos escapar, que nos alcance alguna chinita; hay que atar bien los cabos.

—Habría que buscar incluso algún matasanos de confianza por si hay que curarse heridas.

—Mañana concretamos todo.

—Seguro que la bofia está escarbando en lo de Güili, puede que nos sigan los pasos.

—Sigues hecho un flan, Pedro Luis.

—¡Nos ha jeringao! Tú, Loren, con tu sangre de horchata.

Salieron del colegio mayor de uno en uno, cada tres minutos. Paco esperó a Loren. Un guarda de uniforme caqui, cerrado de barba y ojillos rijosos habituados a la oscuridad, desandaba calmosamente la carretera, donde los coches estacionados sin luz solían, a su paso, dar señales de vida y de levantamiento. Los autobuses especiales —el F, el G, el E— habían plegado media hora antes de que Paco y el Rácano cogieran el uno-dos hasta el metro, que les deslumbró como un flashazo.

—¿Llevas taco?

—Sí; ¡coño!

—Por entonces decías ¡jopa!, Loren.

—Eran tacos más económicos; los diez billetes sólo costaban quince pesetas.

En aquel «por entonces» Lorenzo los daba a picar por el lado sin mancha: a los no taladrados les raspaba la tinta violeta con una cuchilla de afeitar y alisaba con la uña el redondelito del agujero a medio descubrir, la lentejilla del papel áspero sin desprender. Cuando se andaba la media hora desde el instituto hasta casa de los tíos —¿por qué decía siempre Loren a casa de mi tía Carmen?— la una cincuenta ahorrada no servía para chicle, ni para una partida solo y otra a medias en el fútbolín, ni para comprar cromos de las maravillas del universo. El señor Antonio le dejaba bucear entre los montones de papel viejo y llevarse, por el importe de un kilo, cuarto y mitad o

cuatrocientos gramos de alguna novela desencuadernada y sin pastas, dos o tres «estafetas literarias», papeles rancios y amarillentos con la numeración trastocada.

Allí le encontró Paco la primera vez que se hablaron, aunque ya se conocían de vista, del patio, de alguna misa colectiva «voluntaria» —a los que faltaban, cero en religión—, de cualquier conferencia en el salón de actos del instituto.

—¿De qué grupo eres tú?

—Del primero, el de Luján.

Papel a papel, hacían de un montoncillo otro, al poco rato con el polvillo, agarrado a la garganta.

—Aquí se acaba siempre con carraspera y no se encuentra nada potable ni por chiripa.

Coincidieron en la chamarilería del señor Antonio en otro recreo.

—¿Te agendas todo aquí?

—No me da para más. Si tuviera, me han dicho que en la calle los Libreros.

—Ahí te clavan.

Paco acercó su pila de revistas para sentarse más cerca;ladeó la cabeza receloso.

—Sé un sitio donde tienen libros hasta de la República. Si quieres vente mañana conmigo, después de literatura.

—¿Es lejos?

—Un viejecito en la cuesta de Moyano.

Tras la plancha inclinada del mostrador, el hombre de guardapolvos color gris-guardia haciendo juego con la caseta, leía silencioso, moviendo los labios. Guardó los lentes en un estuche plateado y dijo mucho gusto cuando Paco le presentó a Loren.

Se ponía contentísimo con la picadura. Cuando el pibe, el hermano de Laura, le proporcionó a Loren (a cambio de que le dibujase tres láminas para un examen) una pastilla de Gener a través de un amigo de su padre, de guarnición en Algeciras, al viejecito se le saltaron unos lagrimones.

—Es la rija, que se me hincha. Tendré que ir al oculista o acabaré viendo menos que un topo. Ya me operaron de cataratas, no creáis.

Recorrió una colección de *La Ilustración Española y Americana* y números sueltos de *La Esfera* para sacar a tuestas de detrás un tomito como un misal; sopló, le palmeó para sacudir el polvo, pasó las hojas con mimo, deslizado la yema del dedo desde el borde de arriba, a la derecha, hacia abajo, limpió el lomo con una rodilla de cocina.

—No os lo presto, os lo regalo: para los dos. Será mejor que os lo envuelva y al llegar a casa lo forráis, con los dobleces pegados; cogidas las tres o cuatro primeras hojas, por lo menos hasta aquí.

Al viejecito le tiraban de la lengua y hablaba de los camiones atestados que el 14 de abril recorrían la Puerta del Sol, cantando «¡viruta, viruta; la reina es una...!», «¡virutón, virutón, el rey es un...!». ⁸¹ Cómo fue lo de Casas Viejas, que tal Azaña y Alcalá Zamora y Lerroux y Casares Quiroga.

—Vosotros mucho de catequesis y de los reyes godos y hasta de Fernando VII. ¿Y lo de ahora no es Historia?

—Siempre se acaba el curso antes de llegar a las últimas lecciones.

—¡Las últimas lecciones, las últimas lecciones!, como si aquellos años se pudieran contar con un par de lecciones.

Las mañanas de los juegos escolares, de las fiestas que no eran fiestas salvo para ellos, del santo del director, del patrón del instituto, de los exámenes para los libres; esas mañanas que, a sabiendas o no, se iba al instituto con la cartera, se reunían los menos formales no para volver a casa sino para vagabundear: Paco y Loren llegaban hasta la caseta del viejo para sonsacarle y ojear gratis los pardos libros de detrás de las colecciones.

Los golfetes, como llamaba el director a los que no sacaban de siete para arriba, se iban a pavonear a los

⁸¹ Suprimido por censura «¡viruta, [...] el rey es un...!».

institutos de las chicas, donde alborotaban el gallinero hasta que las viejas cacatúas, sin problemas mensuales ya, les echaban encima a los bedeles. Las chicas se dejaban robar una cinta, un cuaderno, un libro, un pañuelo, entre protestas débiles y consentidas, y ellos, muy ufanos, pedían como rescate que fueran a las cinco a Sabattini, o a las siete a los corrillos de Rosales. Loren se apuntaba a las incursiones por el Beatriz Galindo, porque allí estaba Laura y cuarenta metros más abajo, nada más pasar la rinconada maloliente de los reguerillos, la caseta del viejito.

Paco prestó a Loren sus escasos libros, tras separar los heredados del seminario; Loren dejó a Paco los que guardaba bajo las cajas de pañuelos en el armario de casa de los tíos, donde no había libros ni sobre el aparador de la entrada, que era donde el padre del pibe y de Laura colocaba los encuadernados de «la vida sexual sana», cuatro o cinco de la Austral y los códigos (el de justicia militar con el canto de las hojas formando la bandera nacional).

Paco y Loren leyeron a salto de mata, sin orden ni concierto, a Joyce y Aldecoa, con entremeses de Ortega, de Marx, de Engels, de Sender. El de literatura, con su aire de poeta romántico y tísico, les dio un diez y les regaló dos tomitos de Cortázar en edición popular. Unas pastas de Historia Sagrada acogían a los prohibidos, devorados a golpes de recreo en el único reconfortante lugar del instituto, escondido y fresco, ideal y aislado. Aquellos cuartitos sin techo tenían un inconveniente, además de otro que cualquiera se olía nada más entrar: no eran tazas sino dos ladrillos posapiés lo que acogían al usuario. Loren se colocaba el rollo de papel higiénico entre muslo y pantorrilla para levantar algo más, aunque siempre salía con punzadas de agujetas o la maldita cadera resentida.

La llamada biblioteca del instituto daba poco de sí para quien quisiera algo más que Cervantes, don Ramón de la Cruz, las Sagradas Escrituras y el reglamento de fútbol comentado por don Pedro Escartún; eso sí, en su veintitantas edición,

corregida, aumentada y puesta al día con un apéndice del último Campeonato del mundo. En los bajos de la Nacional, la pública era asequible con un poco de paciencia y sin exigir «novedades» de menos de treinta o cuarenta años hasta la fecha. Otro que andaba lampando como ellos y que después sacaría beca con Paco, acudía allí para los clásicos.

—¡No me digáis que no conocéis la de Previsión!

La tía de Loren le sacó la raya y bromeó con el traje de los domingos que se ponía un martes y con que si había otra además de esa vecinita que te sigue a sol y a sombra. Paco llegó a la cita con el pantalón de franela⁸² tergal de gala; y los tres cruzaron las aspas de la entrada. La Biblioteca del Instituto Nacional de Previsión estaba medio vacía, bien iluminada, con la sensación de silencio provocado, rasgado por alguna tos o alguna hoja que se pasa.

—Coged sitio, buscad en el fichero de autores y rellenad la ficha.

La señorita recogió las octavillas con la sonrisa de una azafata que cobra por sonreír. Sirvieron rápidamente y los tres se enfrascaron hasta que los dos o tres opositores parapetados en el fondo dieron la hora con la recogida de las notas sembradas por la mesa, y los servidores se llevaron al hombro las torrecillas de volúmenes.

—Llevo cinco meses viniendo y no me atrevo a preguntar si es gratis, si hace falta ser socio o sólo pueden venir los del Instituto de Previsión; no me vayan a decir que no puedo entrar.

—A lo peor, el secreto está en venir bien vestido.

—Ya os lo dije que yo, por si sí o por si no, me pongo lo mejorcito y sonrió a la gordita.

Uno era bueno, y el siguiente mejor; y el otro, ¡qué descubrimiento! Robaban, fusilaban, amolaban las ideas,

⁸² A. B. substituye sobre el original «franela» por «tergal» que parece en la ed. de 1972.

las frases ingeniosas, los mundos insinuados. Las caminatas, no lo parecían. Se quitaban la palabra, nos quitábamos la palabra —se dijo Loren— y ahora desde que hemos dejado el colegio mayor —los quince minutos de la avenida, la espera del metro—, mudos como piedras. Sería la bomba, la maldita bomba a la que alimentaban con todo su pensamiento, con la pólvora de su rabia, agria y ciega.

Allí mismo, sobre aquel vertedero del clínico entonces disimulado de nieve, se habían liado a bolazos con los del Cardenal Cisneros. Alguien sacó un pañuelo blanco y la drea se fundió como una rendición de Breda: ofreciendo tabaco rubio, motejando a catedráticos comunes, buscándose los de los mismos cursos para comentar los primeros trimestrales, frotándose las manos con nieve para sentir las arder. Hubo un concurso de ideas para divertirse juntos la hora que faltaba hasta las dos y ganó la de un golfete que se soplaban el flequillo. Les guió hasta la casa de comidas, entraron de cuatro en cuatro, como si no se conocieran, repasaron la carta y el primero dijo «una sopa» y todos «una sopa». Encendieron más fuegos, colocaron manteles, prepararon sartenes, los huevos y la carne y todo a punto.

—¿De segundo? Yo nunca tomo nada. La cuenta.

Todos igual, cada cual dejó las seis pesetas y al salir se doblaban por la cintura, se agarraban el costado, muertos de risa, despreocupados de la faena para la buena mujer.

¿Quién se reía ahora con ganas, sanamente? Ninguno. No era solamente el miedo ni la tensión, ni la obsesión; era la falta de ganas, el no estar predispuesto, el cerrarse a todo lo de fuera.

Cuando el instituto, motivos insignificantes prendían la carcajada, tiraban de ella enhebrada a una sarta de historias que engordaban el ja-ja-ja hasta que se desinflaba agotado de muerte natural.

Paco y Loren hacían ya buenas migas y se les veía atareados en un ir y venir apresurado, cómplice, de rancho aparte. Pero se añadían a la panda cuando el randa que

se soplaba el flequillo —la pura piel del diablo proponía cualquier barrabasada, en ocasiones no cruel, simplemente entretenida. Un mediodía cortaron la circulación de la calle de Toledo ingeniosamente. Primero llegaron dos del instituto y se detuvieron frente a una casa de cinco pisos y señalaron al último. Se les unieron otros compañeros, serios y con la cabeza hacia arriba; se pararon más y más en un corrillo, con el índice apuntando hacia el mismo balcón. Una mujer, con el carrillo de la compra a rastras, se hizo la remolona y dijo a la que le preguntó que debía de ser alguien que se quería tirar... Una tercera, una cuarta, otras: una que si habían visto a una mujer desnuda a punto de arrojarse, la otra que si el marido la amenazaba con un cuchillo de cocina; lo mejor sería llamar a la policía. «Yo la he visto correr detrás de los cristales», decía una rubia del frasco, que se bajó un palmo fuera de la acera para atisbar mejor.

Paró un taxi en doble fila, dos repartidores de ultramarinos echaron al suelo la cesta de mimbre; un barrendero, con su latita del cogedor, daba explicaciones. Una de las dos bandas de la calle quedó invadida y los pitidos del urbano en el centro de todo fueron un reclamo para los curiosos en celo. Le acompañaron tres personas —los testigos— y por más que aporreaban la puerta, nadie abría.

—Será mejor llamar al cero noventa y uno.

La portera aseguró que el piso estaba en venta desde hacía meses, desde que murió una viuda, pero que no le extrañaría nada porque aquella casa parecía embrujada. «Diga usted que está gafada» aprovechó el flaquito portero para orientar al inspector. Insistieron los del 091 y aún después de registrarlo todo, no se quedaron tranquilos. El agente trinó con el pito. Enfrente, tras las cristaleras de los futbolines los del Instituto se mondaban, «¡que me meo, que me meo!», y el golfete del flequillo ganó muchos puntos.



—En cuanto lleguemos hay que ponerse con la hoja informativa.

La telepatía, la casualidad, la costumbre, o lo que fuera, les llevó la vaharada de Güili en chirona, la bolsa flaca, la cena de la pensión: sopa —con o sin gusarapos—, gordo con nombre de carne y un aguachirle lleno de zurrapas disfrazado de vino. Cuando no, el guiso de chirlas: una de caldo y otra de arena.

—Yo tampoco tengo mucha gana.

«Siempre lampando. Si al menos no se hubiese inventado el dinero, o el comer», se dijo Paco.

—Tú, Loren, ¿qué harías con mil rubias al asalto de Casa Botín?

—Eso tú que eres un sádico glotón.

—Y algunos forrados; comiendo las chuletas con cuchillo y tenedor y sin preocuparse de las sobras. Serán los que más corran.

—Déjate de historias, Paco: corren un rato hasta que pueden cambiarse de chaqueta.

—Eso también es verdad. Como dice ese del PeCé: «toas las revoluciones han parido los mismos nietos reaccionarios». Mientras hay hambre, la gazuza es mala consejera; pero con la andorga llena no hay penas.

—¿Otro refrán?

—¡Qué leche refrán! Hablo con todas las de la ley.

Tiraron la pelotita sobre la rendija del «billetes aquí».

—Eso de saber que siempre tienes un fajo de billetes, Paco, debe de dar gustirrinín. Fíjate, Güili, quiero un coche, lo tengo; quiero irme a Barcelona o a Mallorca, me voy; quiero comer donde se me antoja, allí tiene a tres camareros esperando a que pegue un sorbito para rellenarle la copa; quiero esto, quiero esto otro.

Un mundo sin monedero, sin estanterías prohibidas, sin viajes siempre soñados, sin ganas ahogadas...

—Tú, de poder, ¿cuántos millones pedirías, Paco? ¿Con cuánto te apañabas?

—Por pedir.

—Yo, ninguno.

—¡No jo...!

—Como lo oyes.

—¿De veras se te da igual?

—Tanto me da tener poco que mucho. Lo importante es tener siempre veinte duros de sobra sin echar cuentas.

—¡Toma, claro!

Paco amagó sonreír como si fuera pecado.

—Te ha salido un sarpullido debajo de la nuez.

—Será la bilis, la mala bilis.

—Eres un bendito apático.

Chon le había llamado también apático, con ánimo purgante. Tres semanas después del encuentro en la conferencia, a Loren se le difuminaba ya la cara redondita que tomaba apuntes. Buscó el primer día, sin resultado por el estacionamiento de la facultad, pero al segundo la encontró. Esperó y esperó sentado enfrente, en el banco de piedra, hasta que vio salir a Chon y fue a su encuentro como si entrase en la facultad.

—¡También es casualidad!

Se saludaron, sin saber qué decirse. Chon le preguntó que si bajaba mucho por allí y Loren dijo, como solía Paco, que de Pascuas a Ramos.

—Perdona, ahorita tengo prisa. La niña sale del colegio a las doce y tengo que darle de comer. Si vas al Centro, te llevo.

—Gracias, iba a la biblioteca a buscar a un amigo con el que he quedado. Hasta otra.

Subió escaleras, recorrió pasillos, hizo tiempo y salió por detrás —por la puerta del bar— al pinar raquíico. Una niña que va ya al colegio, ¿a qué edad se casaría? Sin las anchas caderas, nadie la habría echado más de veintidós, a lo sumo veinticinco, la cara tersa, sin patas de gallo, el pecho firme, marcado en la blusa de cuello camisero, con botones en la bocamanga. Veintitrés años y una niña en el colegio.

Llegó el día inolvidable del recital. Al no encontrarla, Loren estuvo tentado de escribir una nota «te espero, no faltes» y clavarla con una chincheta en el tablón de anuncios donde se ofrecían puestos en coches para largos viajes, señas para compartir piso céntrico, avisos dando razón de un libro encontrado en el bar o reclamando angustiadamente unos apuntes de filología románica. Lo pensó mejor y en una de las dos invitaciones puso por detrás «te guardaré un sitio», pintó un monigote recostado en actitud de racanear y se la dejó como una multa en el parabrisas.

El cantante pidió la colaboración de cuatro, o cinco parejas de muchachos que se sentasen a su alrededor, para dar ambiente al escenario del teatro colegial. El delegado de actividades culturales agradeció la colaboración desinteresada, más aún cuando sabían que se cotizaba alto, hasta doscientas mil por una sola actuación. El cantante sonrió y, tras templar, anunció su primera; música de él, versos de un poeta andaluz. Su voz cascada y profunda hablaba de olivos. Con el último rasgueo inclinó la cabeza y entre la marejada sonora de palmas y bravos, Loren se volvió a mirar las puertas encortinadas.

Durante el descanso los colegiales buscaron cocas, botellines con batidos de leche, vainilla y chocolate, que se llevaron al patio del teatrillo. Sonaron los tres toques de chicharra. Loren siguió colocando su gabardina plegada en el asiento de al lado; pero ya un presentimiento de fracaso le aislaba de la sala; para no dejar de conjeturar; empezando por intentar averiguar lo que eso significaba, lo que de verdad representaba el que desease como nunca que una persona, que esa persona de mechass y frente ancha, mirada serena, estuviese a su lado. De acuerdo, podía no ser un fracaso, un compromiso previo, quizás a las siete salía la niña del colegio, quizás por las tardes no trabajaba el marido, quizás cualquiera se había llevado la invitación del coche, quizás el cantante le diera cien patadas, pero Loren no lo admitía como una excusa, lo sentía como una

frustración. No esperaba a un recién conocido en un acto cultural, ni a un amigo del que apenas sabes que toma zumo de pomelo, ni a una chica que estudia Historias; esperaba ver llegar a una mujer bien distinta, borrosa de tanto recordarla, enigmática y entrañable, tentadora como una fruta prohibida que pertenece desde hace años a un dueño único, intuido, pero desconocido, despreciable por el simple hecho de que el cronómetro del mundo no funcionaba y él —ese tipo ¿qué sería?— se había adelantado para apropiársela.

Dijo «hola, lo siento» y Loren feliz recogió su gabardina por una manga; sonrió agradecido con los ojos, pero los de Chon aún no se habían habituado a la oscuridad.

—¿Lleva muchas?

—Creo que quince o quizás más. Va a estrenar dos.

—¿Por qué lo sabes?

—Luego te lo cuento.

Temblaron las yemas de Loren al coger el brazo desnudo para acercar el oído de Chon a su aliento.

—Gracias.

—¿Por?

—Por haber venido.

—¡No seas tontito!, ¿oíste? Gracias a ti por invitarme, me encanta.

—Si seguimos dándonos las gracias vamos a parecer la Sociedad de Bombos Mutuos.

El cantante anunció que iba a estrenar dos composiciones: la una íntegramente suya. Le hicieron repetir la última y cuando se encendieron todas las luces y las cuatro o cinco parejas bajaron del escenario, subió el director para imponerle la banda de colegial de honor. Repitieron la ceremonia para que el del flash lo conectase bien y el cantante descendió por las escalerillas al patio de butacas, cuando ya algunas chicas entusiastas se le acercaban pidiendo una firma en la fotografía repetida que repartía el representante de la casa de discos, con la portada por detrás del último ele pe.

—Si quieres, te lo presento.

—¿Le conoces?

Se abrieron paso. El cantante le abrazó más sincero que de costumbre y le palmeó la mejilla.

—¡Grandísimo golfo! ¿Dónde te has metido?

—Ya no hago reportajes.

—¿Te han nombrado director?

—No; mira te presento a una amiga, Chon.

Le asediaban con fotos, con bolígrafos, a codazos.

—Lo he dejado todo, no hago nada.

—¿Ni escribir? ¡Eres un calamidad, «mismísimo»!

—Estoy intentado acabar Derecho.

—Torcido, y perdona el chiste. ¡Con la de mantas que hay sueltos y tú racaneando! Acabarás de monje contemplativo, si no te apuntas antes a las guerrillas. Si quieres hacerle un favor... Asunción.

—No, Chon de Concepción, de Conchita.

—Hazle un favor, Chon, si tienes mano con él: no le dejes vagar porque todos saldremos perdiendo. Dame el teléfono y cuando vuelva de hacer «bolos» por América te llamo y salimos los tres una noche a cenar.

¿Para qué decir Chon no puede, para qué remover viejos sueños, para qué insistir?

—Te conoce bien.

—Antes de acompañarle en una de sus giras veraniegas por cuenta del periódico me sentaba con una patada, le tenía estomagado. Eso de que hasta no dormir con una persona, no la conoces, es mentira; hasta no pasar muchas noches en vela no empiezas a comprenderla. Acabé ayudándole a organizar las ruedas de prensa y bebiendo juntos antes del comienzo, siempre nerviosos, de escenario en escenario. Hasta le escribí la letra de una canción.

—La del amigo que llega.

—Frío, tibio, caliente, te quemaste.

—¡No te burles de mí!

—Se ve que no me conoces, nunca lo haría.

—Perdona.

—Es una broma, por lo del día de la conferencia.

Farolas, todavía de gas, empalidecían la avenida con castaños de Indias. Loren recorrió de un vistazo los bordillos de las dos aceras.

—No he traído el auto; se lo ha llevado mi marido.

—Si quieres te acompaño hasta el metro.

Bordearon las zanjas de la calzada, marcadas por farolillos-boyas intermitentes que iluminaban picos, palas, seretas, señales y martillos neumáticos.

—¿Por qué dices auto y no coche?

—¿Te gusta la propiedad?

—Privada.

—En serio.

—Es una manía, cuando oigo decir a cualquiera influenciado por influido o aparcamiento por estacionamiento, se me revuelven las tripas. Claro que me las curaría viendo *telefilms*.

—No seas corrosivo.

De refilón atisbaron una sonrisa, sin mirarse. Loren le contó sus preocupaciones chiquitas sobre la lengua, desde que cuando estaba en el instituto era el encargado de poner en solfa a los profes, en papel y retretes. Su primer trabajo impreso, en la revista colegial de Güili, «bueno de Guillermo, un amigo mío un poco pera», fue también una redacción, tomada a pitorreo, sobre una batalla famosa, extranjera por supuesto. Ese primer humor se fue destilando hasta condenarse amargamente, quién sabe por qué.

—Ahora sería incapaz de no escribir... ¿cómo me has dicho...?, oxidado.

—Corrosivo, tontito.

—¿Y por qué te cuento todo esto?

—Me gusta.

—Yo también estoy a gusto.

Deshacían el bulevar, unían las dos calzadas en un río ancho de asfalto y bandas amarillas. ¿Y el marido? ¿Sería guanche o godo; alto o bajo, de su edad o un vejestorio?

¿Cuándo se verían si ella podía salir a clase, o a media tarde? ¿Estaría a gusto con él alguna vez; dormirían en una cama, en dos, en dos habitaciones?

—¿No te ocurre con algunas personas, Chon, que crees conocerlas porque vives con ellas desde hace tiempo y en cambio te resultan extrañas? Y otras que acabas de tratar te resultan amigas de toda la vida, te entiendes a la media palabra porque conectas enseguida.

Chon se miraba la puntera de los zapatos al caminar. Loren hubiera seguido con que si creía en la amistad y también en la posibilidad de que un hombre y una mujer fueran simples amigos. Siempre que conocía a una chica aprovechaba para soltarlo en cuanto se quedaban a solas. Pero con Chon tenía ese indefinido deseo-presentimiento de que era distinto, menos vulgar, más poético, más puro, profundo y denso.

Chon acarició el pelo de un rubito que jugaba solitario al palmo y dao con dos losetas.

—No sé, puede; pienso que sí, ¿por qué no? Apenas tengo amigos; en la facultad los compañeros casi me llaman de usted, como hacía yo en Canarias.

—¡Abuelita!

Loren retorció maliciosamente la pregunta, hurgó estratégicamente como un aduanero que sabe lo que busca.

—No te hacen falta amigos; supongo que tendrás el mejor en tu marido.

—Es distinto ¿cómo va a ser igual? Además, él tiene su mundo de trabajo, sus relaciones en las que yo ni entro ni salgo; porque además, la verdad, no me apetecen. Yo respeto su libertad y él la mía.

Chisporroteaban las sugerencias de un castillo de fuegos artificiales donde se quemaba la duda negra, la oscuridad a tientas, para explotar la noria coloreada de la explosiva luz. El sexto sentido decía que no, pero bien podía ser un militar guapote y talludito que en su colonial canaria cortó la fruta tropical —mango, aguacate, papaya,

Chon— aún verde. Respecto su libertad podía ser aguante su rigidez. En sus relaciones ni entra ni sale, ¿un platanero, un experto exportador? Pero siempre, sin saber por qué narices rondaba la idea, Loren pensaba que era un carcamal.

Chon revivía Las Palmas, el aroma salitroso y acre del pulpo a la brasa que compraba en las escapadas a la verbena de la Isleta; las tardes en las regatas del puerto imaginando vuelos de las velas latinas —gaviotas gigantes medio hundidas—; su diario rosa con mariposas planchadas y tréboles de cuatro hojas en espera de la buena suerte. Los recortables eran muñecas a las que ponía un nombre en la frente, siempre distinto, siempre humano. Y las monjas la castigaban por no llamarlas Lali, Cuqui o Gisela en vez de Rosario, Leoncia o Catalina. Colgó el babis, la cinta roja, los exzapatonos chatos y aquel verano no quiso seguir comprando recortables y, cuando él se lo propuso, la capilla del colegio se llenó de azucenas y cirios y las ya ex-compañeras que empezarán preu en el otoño la envidiaron a la salida, mientras sujetaban el arco de cintas.

—Al año nació María José.

Poco sobre él, casi nada; no congeniábamos, si había alguien parecía una balsa de aceite y en casa se transformaba en un Ogro malhumorado, fracasado, vulgar, sin un detalle con su chacha, con su percha de los golpes, con su pareja hembra, con su desconsolada esposa, que todo eso era yo, inexperta Chon.

—Y claro, después, siempre hay un después, yo sentí ascos. Y tuvimos que llegar al acuerdo de que solamente seríamos marido y mujer de tiempo en tiempo. Quizás no supe, o quizás no fue ni culpa suya ni mía.

Loren acertaba el paso, con la boca del metro a la vista.

—Desde el primer día no conectamos, como tú dices. Llegamos a ser dos tipos casi desconocidos que viven juntos, sin frío ni calor, sin confianza. No he conocido a nadie más y cuando se va y tarda tres días o más por culpa del trabajo siento que le echo de menos, de pronto creo

que va a cambiar, se lo perdono todo, está más cariñoso, pero ya sé que lo hace solamente por tener un hijo, un niño, un hermano de María José. Yo también quiero uno más, pero no así.

Llegó una tufarada cálida de un puesto de garrapiñadas rebozándose en la caldereta de cobre.

—¡Soy una linda sentimental, ya ves! —dos oyitos nacieron al agrisonreír—. En serio, me siento mejor después de contártelo; nunca lo había hecho. Tienes razón, creo que es verdad eso que piensas de la amistad. Gracias por cono-certe de siempre, adiós.

—Se dice: muchas gracias por la atención prestada, amable y gentil oyente...

—Eres un calamidad, como dice tu amigo.

—Sonríe otra vez y me voy con los ojos cerrados.

—No hagas tonterías, ¿oíste? Te dejo que se me hace tarde.

—¿Bajarás el lunes por la facultad?

—Puede.

En la cama, Loren hubiera leído a Alberti de buena gana. A media mañana del sábado giró el disco.

—Alooo, ¿síf?

—Le habla la gaviota encargada de relaciones públicas de los cantantes Joan Baez, Bob Dylan y los Beatles en persona.

—Calamidad, ¿quién te dio mi teléfono?

—Un espía ruso.

—En la secretaría de la facultad, seguro.

—Caliente, caliente...

Corrieron los minutos de tres en tres.



Le dio en la nariz, cuando subían los escalones de madera, ondulados por el centro. Al abrirles la puerta de mirilla con rosetón, Paco se quedó de piedra: la maleta de cartón que había debajo del perchero vacío la hubiera

reconocido hasta en la consigna más grande la estación más grande.

Le esperaba en el cuartucho, sentado en el bordillo de la silla de anea.

—¿Cómo está usted, padre?

Se besaron de verdad en las mejillas.

—¿Viene a que le vean? ¿Sigue con aquella zangarriana?

De suyo, el padre era más bien adusto, de pocas palabras.

Cuando le tiró el macho, allá por los cuarenta —al asustarse del reflejo de la luna en una banderola de las revueltas de la carretera—, vino a la capital la primera de las tres veces. En el San Carlos le sacaron unos líquidos. Después de patearse la calle de Carretas de arriba abajo, de abajo arriba, zigzagueando durante dos mañanas y una tarde, se decidió por un braguero ortopédico que sujetaba la mar de bien, con una almohadilla de importación y sin tirantes.

Su cuñado el fraile, y padrino de pila de Paco, les acompañó a los dos la segunda vez, cuando después de ocurrir lo del seminario, quiso matricularse en la universidad.

—¿Le ha vuelto la hernia?

En la habitación había una zorrera de lo que el padre había fumado esperándole.

—¿En qué malas compañías andas, hijo?

El Rácano aguzaba el oído pero se propuso no escuchar donde no le llamaban; pidió perdón, buscó su libro preferido (Árboles y arbustos) y les dejó con la puerta más entornada que antes.

—Padre, usted no lo entiende.

El padre callaba pero no otorgaba: sufría. Por qué no escribirá, por qué no mandará el resguardo, por qué no habrá venido por Semana Santa; todo eso a la madre, pero a él, a Paco, nada.

—Padre, no se da cuenta de que ya no soy el acarreador. Usted me ve todavía como si fuera el monaguillo que en el verano echaba pastura a los guarros en la zahurda.

Fuera, el Rácano Lorenzo intentaba concentrarse en las láminas coloreadas y llenas de esquemas. Árbol del paraíso, *eleagnus angustifolia*. Hojas oblongolanceoladas. Flores 1-3, brevípecioladas, apretadas, muy fragantes, tubo calicino acampanado, casi tan largo como el limbo, fragante, cuatro-lobo, estambres-cuatro sobre filamentos muy cortos; drupa elipsoide amarilla revestida sobre filamentos muy cortos; drupa elipsoide amarilla revestida sobre fila...⁸³

Loren sentía que no estaba a lo que estaba, que le bailaban los renglones del árbol del paraíso como en un infierno árido. Le desasosegaba la quietud de dentro. Esa sensación depresiva, de estar molido a palos, cansado, doloridos todos los huesos y ninguno en concreto, esa angustia que le inmovilizaba jamás la había sentido antes de que dejase el periódico, antes de que Laura volviese de Ceuta; incluso, antes de dejar de vivir con los tíos, cuando los médicos descubrieron claramente lo de tía Carmen. A poco empezó a cojear de la pierna que no habían operado; sentía náuseas por la mañana, en ayunas. Los análisis, la sangre del brazo y de la yema del dedo, la papilla que se tomó para que la siguieran tras la pantallita de los rayos, la orina del frasquito; los médicos del Clínico, los ayudantes, los estudiantes de prácticas, eran todos aprendices incapaces de diagnosticar si el resultado decía «negativo».

—Tía, sí quieres te voy a buscar malvavisco y te preparo un agua.

—Déjalo, vete a tu cuarto a estudiar; ya sabes cómo se pone tu tío si no estás tres horas.

Los domingos tío Darío le pedía cuentas y le tomaba las lecciones del lunes; al pie de la letra, nada de carrerilla. Salían a misa, hacía comprar un duro de churros a tía Carmen y por la tarde paseaban los tres, sin apenas decir palabra.

⁸³ A. B. anota sobre el original el segundo «drupa elipsoide [hasta] sobre fila...» que no aparece en la ed. 1972.

Tío Darío se sentía algo más humano y contaba que quizás un compañero de la oficina le iba a dejar una chapucilla para antes de ir al almacén, o que sacaría un abono de fondo sur para Chamartín o que iba a pedir un folleto de un curso por correspondencia. Tía Carmen sonreía a los niños que manoteaban dentro de los cochecitos, miraba descaradamente a las parejas jóvenes, empezaba a cojear de la pierna que no le habían operado.

Cada día se levantaba ella para calentarle la leche y prepararle una tortilla francesa o una chuleta dentro de una barra, con dos peras o dos naranjas, dependía de la época; todo dentro de una bolsa de plástico de las del pescado congelado. Era la comida. Tío Darío medio cenaba en una tabernilla antes de ir al almacén y, de vuelta, antes de acostarse, briscaba en el horno lo que tía Carmen le había dejado.

Le pusieron de su orina a una ratita y el resultado fue negativo también.

—Quién mejor que yo iba a saber que los vómitos no eran de eso, ¿no crees, Lorenzo?

—¿Y te duele la otra pierna?

—Cada día más; no valgo un pimiento.

Para Lorenzo los treinta y tantos años de su tía no habían cambiado apenas la imagen lozana, alta y flexible de la señorita Carmen, una de las mecanógrafa-secretaria-recibe-visitas-archivera del bufete de su padre. Si acaso, se había redondeado, se habían apagado sus ojillos.

—Si pudiera, tía, le pasaba tus vómitos al tío.

—¡Qué ocurrencia!

La operaron de la otra pierna. Todas las mañanas volvía a la sala de rehabilitación, donde pedaleaba en una bicicleta fija y la tumbaban en el suelo para patear. La cojera no cedía, cesaron los vómitos pero comenzaron unas continuas diarreas, que ni con tanagel ni con nada se pudieron cortar. Tío Darío escribió a su hermano para que dispusiera de Lorenzo porque nadie podría atenderle en casa si Carmen

seguía tan rara, con sus extraños arrechuchos. Su padre escribió, pero no fue a verle; en eso tampoco se parecía al de Paco. Sandalias nuevas, calzón hasta abajo, la mano en el cerquillo de la frente que la boina y el sol habían trabajado durante años. Bien podía ser el silencio de esa habitación la quietud del dolor.

—Mira, lo trajeron los de la Caja.

La carta de membrete con escudo, donde se comunicaba que la beca era retirada a don Francisco Tal y Tal, estaba amoldada ya al doblez del sobre por medio. Maquinalmente Paco se rascó con la barbilla el hombro y el comienzo del brazo, pensó en la recua de sus siete hermanillos, a los que partirían las tajadas para ahorrar lo que ya no llegaría de la beca.

—Mire, padre...

—Calla.

—Padre, usted no sabe, usted no se da cuenta.

—Tu madre no pudo ir antiguera a escardar; le han dado unas calenturas.

El Rácano escuchaba en el silencio. Paco hubiera respondido a quienquiera que no fuera su padre que lo hacía por ellos y por tantos como ellos. ¿O quizás lo hacía también por el odio que le estalló en la garganta aquellas vísperas, cuando el canónigo le persiguió, le abofeteó y recogió a puñados el dinero que Paco se había ido a repartir a la salida de una tasca, en las afueras del sur? Aquellos dineros, con más papel que moneda, habían salido media hora antes de billetteros lustrosos, durante la colecta tintineada por el seminarista Francisco Tal y Tal en la iglesia-catedral del canónigo.

Joaquina asomó para decir que la mesa estaba puesta. Los que estaban en la pensión, a esa hora, cenaban juntos. Joaquina miraba la sopa con ojos gachos: «te damos gracias, Señor, por estos alimentos que vamos a tomar y que hemos recibido de vuestras manos», amagaba santiguarse, y «¡hale, buen provecho!». Un poco más, échate otra cucharada, no

dejes nada, te comes todo, he dicho: su máxima ilusión, su modo de agradar era cebar, cargar hasta la náusea.

—Échale a tu padre otra raja de merluza, que allí no comerá.

—Ya van vendiendo de todo, ahora que no queda nadie. Y los que quedamos, los más pobres o los más tontos.

Era casi un parlamento; Joaquina no tenía que sacarle las palabras con cucharón. El tiempo se está portando, la cosecha regularceja, mal año para el ganado si no caen cuatro gotas, los civiles sacuden estopa. En el frutero sin peana, Joaquina puso las picotas, cuatro o cinco para cada uno.

—Coged, coged; que no sobre, que se echan a perder.

Con el veranillo apetecía echar la persiana por fuera de la baranda del balcón y sentarse debajo en las sillas pequeñas. Regó primero las macetas...

—Mal que me esté el decirlo, son la envidia del barrio.

Se sentaron Joaquina, Paco y su padre. ¿El Fulano?, murió hace siete años, la chica ha casado con uno del pantano. El zutano se volvió a casar con la hermana de su mujer, la bisoja; ya tienen tres chavales, el mayor para cura (miró a Paco). También murió el Peloticas, el chico del Peloticas, el mediano, de resultas de unas fiebres mal curadas. No sé si se acuerda del Goyo: fue empezar a pagarle el susidio y al mes, camino del camposanto.

—Estaría de parte.

—Lo que Dios diga, qué se le va a hacer, Joaquina.

No, esos pusieron un taxi en Barcelona. ¿Los Toñetes?, ya hace mucho, casi al acabar la guerra, si a Francia, o a Suiza o Suecia, como se diga. Los hijos vinieron el verano pasado con un cochazo que para qué, hablando muy despacico, que casi no se les entendía palotá, con unos chavales rubios como los ángeles; dijeron que por ver la casa donde habían nacido; figúrese, la de leguas por ese capricho. Se portaron, no crea, dejaron sus buenas perras para ver si arreglaban la ermita hundida. Vino el señor obispo y todo, porque el alcalde las quería fundir rápido en hacer un campo de fútbol.

Más listas de muertos, de más que muertos, de desaparecidos, de mozos en quintas («parece que los estoy viendo pintando el año en lo alto del frontón», decía Joaquina) que ya tenían nueras y yernos y nietos que no iban a la escuela porque no había maestra. Entonces, ¿cuántos quedan?

—Vaya contando que yo se los nombro. Empezando por la plaza, el Bubilillo, que son tres; la del tejedor, cerrada; la del Blas, cerrada; la madre del Ramiro, cuatro; luego viene la del callejón de las ranas, nada; bueno, miento, queda la imposibilitada. Dos más de casa el Tanis, que ya no cuentan, porque se irán este otoño...

Dieron la vuelta al pueblo con el recuento; se oyó un chuzo contra el bordillo, el goteo de una mala regadora de tiestos, el murmullo de los que salían de la última del teatro cercano.

—¿Y este perillán?

—Le ha dado por gandulear, Joaquina.

Subía la murga de los rezagados en el bar de abajo, un poco cargados «ahora una por Valderrama, cucha estos fandangos».

—Se arregostan a lo bueno Dimas, y en cuanto se tuercen, no hay forma.

—¡Abuela!, ¿ya está otra vez con el zurra y pego?

—Mira, Paquito, te lo digo delante de tu padre: un día vamos a salir tarifando si no te portas como está mandado. Y pensar que yo era para ti como la purga Benito hasta el año antepasado: Paquito haz esto, Paquito haz esto otro y él, más bueno que el pan. «Vas a enfermar de tanto estudiar, se te va a aguar el cerebro, Paquito», y él me decía «en fin, patatas en latín; bueno, mañana será otro día», y apagaba la luz; que por mí eso era lo de menos. Sí, Dimas, ahora está hecho un respulero, que a todo tiene que poner pegas.

—¡Joaquina!

—¿Acaso miento? Ya ni come aquí la mitad de los días. Dimas; que a mí tanto se me da; inclusive, mira, tanto mejor,

más ahorrancia. Y cuando viene come a mata caballo y se va a todo meter, con el bocado en la boca; seguro que con esos amigotes que le llaman por teléfono.

Enfrascados en la cháchara dieron las tantas.

—... y lo pistonudo es que es de buen corazón, mira tú.

Joaquina sacó un pañuelo rojo de la faltriquera, bajo la saya, y se sonó. Una moscarda atontolinada chocó contra las paredes oscuras y volvió a la claridad de la calle.

—Esa venta carne fresca.

—¡Está apañada! (Susurró Paco).

Dos mariposillas daban la vuelta al ruedo de la farola de mercurio de la calle.

—Mañana, carta.

Retiraron las sillas sin meter ruido.

—Que descanse.

—Igualmente; hasta mañana, si Dios quiere.

Paco y su padre se sentaron uno por cada lado de la cama, de espaldas, para desabrocharse los zapatos.

—Nos matarás a disgustos.

El padre era duro como la carrasca; pelear contra él no tenía sentido; jamás le entendería, lo mismo que no había comprendido el que se saliera, el que colgase la sotanilla.

—Piensa en tu madre.

Si nunca se había disgustado, si nunca habían discutido sobre nada, si nunca había habido entre ellos una voz más alta que otra —apenas habían tenido nada que decirse, nada de qué hablar— aquella noche no fue distinta.

—Padre, lo mejor es que se vuelva mañana, para cuidar de madre. Yo sé valerme, pierda cuidado.

El padre respiró fuerte por la nariz de ternilla abultada, apesadumbrado a su aire. De tener Paco diez años menos, su padre le hubiera arreado un taire o dos cinturazos bien dados, pero ahora... («Ahora tu padre te bebe las palabras», le diría Joaquina. «A veces parece pánfilo de la pachorra que tiene contigo. Siempre se ha dicho: de padre santo, hijo diablo»).

El padre echó mano a la cartera-acordeón que se enrollaba con una trabilla.

—Si hay necesidad...

—Al contrario, padre, ahora doy clases y me sobra; no me falta de nada.

Fue la primera y la última noche que dormían juntos; mejor, que se acostaban juntos. Porque —sin rebullir palabra— ninguno de los dos pudo pegar ojo. Al clarear, cuando se espesaba el hervor mecánico de la ciudad, Paco sé quedó traspuesto.

Jueves

Los estudiosos se quedaban como pasmarotes delante de la nota, repetida en columnas, vitrinas y tablones.

—Se pasa de listo el decano.

—Será cosa del rector.

—¡Valiente iluso! Y aún habrá gilis que se presenten.

La nota, en mayúsculas, con el escudo —*universitas complutensis*—bien centrado decía:

«Ruego a quienes hayan tenido o tengan noticia de quiénes fueron los autores de la provocación o ejecución del asalto al decanato de la facultad, comuniquen los nombres de los que intervinieron en dichos actos de provocación o ejecución, con el objeto de evitar que la facultad sea víctima de una minoría criminal que no está dispuesta a retroceder ante la barbarie, la destrucción o la agresión».

Los curiosos leyeron la letra menuda hasta el final:

«Para evitar que se continúe manteniendo el clima de coacción, intimidación y terrorismo implantado los últimos días, y para asegurar la paz del Centro y proteger la seguridad de todos los universitarios que concurren al mismo, he adoptado la siguiente solución que hago público para general conocimiento:

»1° Quedan prohibidas las asambleas de curso o facultad.

»2° Queda prohibida la fijación de carteles o anuncios de cualquier clase, salvo los oficiales.

»3° Queda prohibida la entrada en el recinto de esta facultad a toda persona ajena a la misma.

»4° Si es necesario se recabará el auxilio de la fuerza pública para hacer efectivas estas prohibiciones.

»Las anteriores medidas se mantendrán el mínimo de tiempo que sea preciso para que retorne la paz a los espíritus y pueda quedar restablecida la normalidad de la vida universitaria.

»Espero que todos los alumnos que no están implicados directa ni indirectamente en los subversivos sucesos ocurridos ayer y que desean proseguir sus estudios con el normal aprovechamiento, sabrán comprender la imperiosa necesidad de las anteriores medidas y que contribuirán por su parte a que se elimine de la facultad esa minoría criminal».

La fecha, EL DECANO, unos garabatos y otra vez el sello —*universitas complutensis*—, ahora de tampón rojo.

Paco reparó en que a los habituales carteles —cita del Sindicato— ¡asiste, no faltes, acude!— se habían añadido unos de fondo negro con letras blancas, y otros de papel de estraza, que daban la vuelta al pasillo del decanato. El más largo hablaba de bases americanas, de muertos habidos, de bajas, de Vietnam, de Vietnam, de Vietnam. Las fotos de revistas extranjeras espeluznaban, con sus pies sarcásticos o abiertamente insultantes para los yanquis. Solamente una coincidencia en todos los murales: a las doce, asamblea antiimperialista de distrito.

Se llegaron hasta la antigua Delegación. Paco y Loren la encontraron patas arriba, faltaba una multicopista y en las paredes del saloncito de juntas había más letreros que en un albergue de montaña. La pintura negra olía a fresco aguarrás. Una inscripción, algo ondulante hacía su mitad, había que leerla girando ante los cuatro tabiques del cuarto: NUESTRO PUEBLO CAVARÁ LA FOSA DEL VERDUGO DEL GÉNERO HUMANO. ABAJO EL CAPITALISMO AMERICANO. HO CHI MINH HO CHI MINH.

Encontraron el bar cerrado por balance. La sala de estudios y la biblioteca no estaban ni medias. Por el vestíbulo, los escasos grupitos charlaban temerosos a medias palabras, en murmullos más apagados que de costumbre;

como pardos nubarrones que se hinchan, oscureciéndolo todo, para descargar de pronto su colitis confundida de relámpagos y truenos.

A una hoja de la puerta principal de entrada le habían echado el pestillo; a derecha e izquierda del hueco de la otra abierta los bedeles pedían ver el carné de los que entraban, menos sorprendidos por eso que por los guardias del casco gris y barbuquejo, vigilantes desde las ocho de la mañana. Faltaba hora y media para la Asamblea.

—¿Seguro que habías quedado aquí?

—Se lo dije bien claro pero la noté nerviosa, como alelada, ¿no lo viste?

—Puede que sin carné no haya podido entrar.

—¿Tienes una ficha?

—Si te apañas con una peseta..., con la peseta.

—Si no, llamaré desde un seminario. ¿Vienen por la mañana en el de Otero?

—Me da que vienen por la tarde. Prueba, aquí estoy.

En cuanto Loren se fue a telefonar a Laura, uno de gafas de culo de vaso y pelo ensortijado —que llevaba la voz cantante en el grupo recostado en la columna del fondo— se fue decidido hacia Paco.

—¿Es verdad lo de Guillermo?

—Parece.

—Viene en el periódico. (Miró por el ventanal hacia el *jeep* del recodo). Son unos cerdos⁸⁴ pero tienen los días contados, las horas, ¿no crees? Claro, que siempre nos falla la solidaridad. Todos juntos, no tenían nada que hacer, ¿no crees?

—Hay mucho blandengue suelto.

—No vosotros, jo. Y los del Sindicato estamos dando la cara; ya ves ayer.

—No me van vuestros métodos; flojuenques y escurriendo el bulto.

⁸⁴ Suprimido por censura «Son unos cerdos».

—Atiende una cosa, Paco: así os quedáis en cuadro; y luego, ¿qué? El Sindicato está organizado y la base responde. Si Guillermo llega a ser del Sindicato, medio distrito en la calle. Y así, ¿qué? Tenemos en Barcelona dos facultades más, y el martes nos reunimos en Valencia en la coordinadora (llamada por Loren «munitoria, coordinadora, preparatoria»). Y la Asamblea de hoy, ¡ya me contarás!

—Os sobran estatutos y mucho papeleo consentidor. Nosotros vamos al grano.

—Queriendo, podemos formar un frente unido, una coalición, ¿no crees? Medios no nos faltan y ahora estamos esperando una «inyección» de Bélgica.

—No hace falta que lo jures, ¡menudo derroche de murales y panfletos!

—Si tú quisieras, ya te digo.

—Demasiadas juntas, demasiadas cámaras, aunque luego dejéis por ahí suelto a cualquier listo que tira piedras contra nuestro tejado.

—Lo de la Delegación no ha sido el Sindicato. Se propuso, pero la votación fue negativa, habrá sido algún prochino.

—¿Lo ves?, papeleo y papeleo; asambleas, ¿para qué? Lo que no sea cortar por lo sano, sobra. Loren se acercaba ligero, dentro de su aire desgalichado.

—Entonces, ¿nada?

—Os lo dije al empezar el curso; para andar de palique perdiendo el tiempo, no contéis conmigo, ni con ninguno de nosotros. Los que sean revolucionarios de pacotilla, con su pan se lo coman. Porque para cargarse esto solamente se ha descubierto un camino, tú me entiendes.

—Allá tú.

—Mañana te lo diré.

El Rácano oyó sin escuchar.

—Dicen en su casa que ha salido pronto esta mañana, antes de las nueve; no me lo explico.

—¿Quién?

—¡Laura! ¿Quién va a ser?

—Jospe, estás encoñao.

Podía haber respondido «aún es mi novia» pero se calló, no por avergonzarse de que esa podía ser una fórmula burguesa. Loren rumió «¿qué querrá esta mocosa?», con curiosidad casi profesional, de novio en relaciones muertas, o aletargadas; indiferente. Desde que Laura volvió de Ceuta, al estar más cerca los dos, todo se había hecho más lejano. Cuando Loren le contaba su ir y venir, en su etapa periodiquera, anotaba en la libretita un guion para la carta siguiente, pensaba en ella; ahora, cuando uno sentía nostalgia del otro, se llamaban; sin romper ni dejar de romper.

Aunque nunca hubieran sido uña y carne, Loren intuía que todo lo poco que les había unido por dentro se había descompuesto para siempre en algún instante, ¿cuándo, cuándo?

¿Al conocer a Chon? Mucho antes. ¿Cuándo? ¿La noche en el apartamento de la prima azafata, recién llegada Laura de Ceuta? ¿O todo lo de ellos había sido una costumbre, una rutina, una cabezonada de la niña que arrastra sin darse cuenta a Loren hasta el fondo del pozo y después queda flotando? Al hablar de mujeres, Paco, que no se encontraba a gusto con el tema, molesto hasta que pasaba, ansioso y perdido igual que todos los que no han tenido adolescencia con chicas, solía decir:

—Acabarás como todos, con el tachín tachín, casándote con Laura, ¿qué te apuestas?

Nunca le confesó que era como si se hubieran casado, desde aquella noche irrepitada en el apartamento. ¿Por qué no lo había contado ni a su mejor amigo? Habían picado por la calle de Barbieri: aceitunas gordas y boquerones fritos en el patio andaluz; champiñón en El Pirata; pote, empanada y lacón sin grelos en As Meigas. Laura llevaba los pantalones violetas, los que le marcaban las dos molletitas por detrás. Golpeaba el cigarrillo en la uña y, con una mano —diestramente—, abría el encendedor, apretaba el botoncillo del gas y hacía girar la ruedecilla.

—Te lo prometo, Loren: en Ceuta te sale el cartón por cien. Bueno, a papá se lo regalaban los caballas en cantidad, pero entre el galleguiño y yo se lo birlábamos.

—¿El galleguiño?

—¿No sabes, y luego? —remedó el acento—. Si te lo he contado un montón de veces. El ayudante de papá. Mira una cosa: luego no resultó tan tímido y tontaina. «Si me descubren, me mandan a un castillo, ¿no sabes?» Y yo le decía, pues si por eso, por robar unos paquetes, te mandan a un castillo, ¡anda qué!

Loren plegó una servilletita, en diagonal, otra vez, otra, hasta cinco, y puso la pajarita sobre la mesa.

—No lo pasaste tan mal.

—Aburridísima, te lo prometo. En cuanto podíamos, nos pirábamos a Tetuán.

Silencios muertos, sin miradas ni amor.

—Por papá, mañana mismo volvíamos. Pero se aguanta en Burgos. «A mí me han castigado y a vosotros os han destinado a Madrid», dice el viejo. En cuanto acabemos y el pibe se coloque, seguro que pide Ceuta otra vez. ¿Qué hacemos?

—Volveros a Ceuta.

—Digo ahora, estúpido.

Melosa, le agarró el brazo desmadejado.

—¿Qué te apetece?

Laura sonrió con un titubeo de párpados, firmemente ensayado.

—Lo que digas; hoy soy toda tuya.

—¿Y la residencia?

—¡Bah!

—Te cierran a las diez y media.

—No te preocupes, vigila la sorda.

Loren deslizó el índice por una cartelera mural.

—Ponen una de Kazan.

—Con este calorón.

—Podemos sentarnos en Rosales y tomamos un blanco y negro.

—Loren...

Entonces Loren comprendió. Primero pensó en la pensión. Tenía medio engatusada a Joaquina, le daría esquinazo, pero habría que echar a Paco de la habitación. Quizás el garaje abandonado del tío del Batallitas, el taxista, pero ¿dónde encontrar las llaves? Un hotel, el Inglés o el Rosalía, un segunda no pasaría de doscientas pesetas. El lío del carné, firme aquí, las fichas, es su mujer, las miradas, eso se nota... Laura, muy gatita, dijo «podemos tomar unas copas» y Loren se sintió aliviado.

—Vamos al Gijón.

—No me seas burgués. Mi prima Luci tiene ginebra de la buena, se la ha traído de Londres. Vamos a su «chabola».

—Si vuela mañana, estará ya durmiendo.

—La despertamos.

Laura paró un taxi, Loren lo pagó delante de un rascacielos gris, con toldo verdiblanco en todas las terrazas y una marquesina en la puerta. Subieron una escalera exterior, con recodo, y les abrió un vigilante adormilado que saludó a Laura. Atravesaron un vestíbulo, con un tresillo mullido, dos lámparas en las esquinas y una fotografía descomunal de un pueblo sobre el mar. Relucían el suelo y los espejos de los lados en el ascensor forrado de rojo con clavitos metálicos. En el descansillo había cuatro puertas, la del apartamento de Luci con un cuadernillo sujeto por una cuerda a una chincheta, junto a un lápiz también atado. Laura leyó en los últimos renglones: «llámame a las ocho», y sonrió. Sacó su llavín, entraron y se besaron. Se fue derecha hacia el frigo, despegó la bandeja del refrigerador, la remojó por detrás con el chorro del grifo y desprendió cuatro cubitos, al tiempo que gritaba: «¿te apetece pepinillos?; no queda ninguna otra cosa».

Laura los comía con los dos deditos más largos, Loren bebía mientras intentaba enmarañarle tímidamente las largas hebras sedosas. Ella lo sacudía en un tic brusco y seguía pescando pepinillos en el tarro. De nuevo se besaron.

—Espera.

Laura repasó el frigo otra vez.

—¿Como no quieras un huevo?

A Loren se le había ido el poco apetito. Leyó los banderines, el diploma del cuadro, descubrió un álbum que empezó a ojear, Laura, medio enfadada medio en serio, le acusó desde la puerta.

—Te lo prometo, no hemos venido para ver fotos de mi prima.

Loren andaba indeciso, se hizo cargo: pegó un salto desde el *puff*:

—He venido a comer: ñam, ñam, dame un brazo, ñam, de gitana, dame el cuello, soy el vampiro.

La empujaba, la empujaba, hasta que Laura se desasió.

—Espera, quita la colcha.

Al volverse, ella se había soltado un broche y el vestido cayó a plomo.

—No te quedés ahí parado, desnúdate.

Ella se descolgó las hombreras, tiró del sujetador hacia abajo, a la altura del estómago le dio media vuelta y se lo desabrochó ella misma por delante. Laura puso la cajetilla del bolso en la mesilla y presintió a Loren fijo, como un espantapájaros, imantado por el bailoteo de los primeros senos que veía al aire.

—Te espero dentro, que cojo frío en los pies.

Él se sentó al lado, subió el embozo hasta tapar los hombros de ella y a besitos cortos, de brazo de pulpo, pasó de la boca a la oreja.

—Verás, no sé... es que.

—¿Te da apuro?

—Sí, bueno no. Te conozco de siempre, entonces, yo tenía una idea, no sé cómo decirte, que esto, que nosotros...

—Te lo prometo chico, ¿tú de qué siglo eres?

Volvió la espalda, que quedó sin sábana; una espalda marcada, por las costillas, con la cintita arriba y el triángulo abajo de piel más blanca, entre la morenez del verano último que ya se difuminaba.

—¿Te cabreas, Lorita? Debería enfadarme yo y darte dos azotes bien dados, así.

Restallaron huecos y pelearon a sabiendas. La excursión al Cerro quedaba muy atrás.

—Prefiero poca luz, Loren.

Dejaron la lamparita encendida y Loren se dio en la espinilla con el comodín. Sintió una piel donde nunca la había sentido.

El ruido ajeno que escuchó después de todo fue el del frigo cargándose. Cuando Loren intentó pasar el brazo por debajo del cuello, Laura dijo, «deja, me das calor». Ella alargó la mano entre las sábanas, cogió un cigarrillo y lo encendió sin incorporarse. Soltó una bocanada larga, como si fuera mentolado. («Todo lo que se le ocurre a esta ahora es fumar; ni palabritas, ni cariñitos, ni lloros. Las mujeres son más complicadas que la puñeta»).

—¿Sabes que más de una vez me fumé un petardo?

—Un, ¿qué?

—Un petardo, de grifa o hachis; no me acuerdo. En Ceuta te los venden a cinco duros.

—Dicen que al pronto te dan náuseas.

—La primera vez, ya se sabe. Todo es acostumbrarse, oye. Luego, como si fuera un Celtas.

Loren preguntó, de medio lado: «¿lo has hecho porque me quieres?». Laura aplastó la colilla y se vistió de frente, sin ningún pudor.

—¿Sabes de qué me reía?

—¿Cuándo?

—Al entrar, con el cuadernillo de la puerta.

Loren se abrochaba la correilla del reloj, se peinaba, se ponía los calcetines, que no entraban por el sudor.

—Todas las primas nos entendemos por el mismo código: llámame a las ocho quiere decir no vuelvo esta noche; estoy en el cine que regreso de madrugada; han puesto conferencia que nadie entre porque se molesta. Lo inventé yo.

—Imaginación no te falta, a veces.

Disimuladamente, con cierta esperanza, Loren retiró un poco más la sábana, pero no encontró motita alguna. Pensó en el ayudante gallego de papá, en muchos ayudantes y prefirió no hacer la pregunta que le ardía, que si era la primera vez o la número cuál.

El vigilante miró a Loren y a Laura, al reloj, se lo llevó a la oreja y sin dejar de oír el tiquitaqui meneó la cabeza, asombrado.

—Y ese ¿qué?

—Lo de siempre. Mañana se va a enterar el Sindicato de quién es el FAT.

—Si quedamos alguno, como tú dices; porque a Pedro Luis no se le ha visto el pelo.

—¿Te vas a acoquinar ahora?

—¡Parece mentira, Paco, pero jopa qué papeleta!

—Jospe, hoy eres tú el optimismo hecho tío.

El Batallitas apareció con la historia de cada día.

—El ministro ha salido para El Pardo, me lo ha dicho un chófer del Ministerio.

Propuso ver el ambiente de la Asamblea.

—Antes hay que arreglar lo de mañana. Pedro Luis, te ha tocado ir a buscar otro material.

—Para eso eres el perito en jefe. (Loren)⁸⁵

—Con tanta coba, debe ser de bigotes. ¿Se ha negado el de la pensión?

—Está conforme en dárnosla, pero como si fuera robada; no quiere saber nada. Él nos ha dicho quién nos puede proporcionar un fulminante de esos, un compañero suyo de milicias, medio chalado, que está por las mañanas en el laboratorio Lys. Vete a verlo de su parte y pídeselo.

—¿Habéis mirado si tiene en condiciones la aguja del percutor?

—No lo sé, mi teniente.

⁸⁵ A. B. anota sobre el original «(Loren)» que no aparece en la ed. 1972.

—¿Me esperarás aquí?

—En la pensión, esta tarde, a primera hora. Dale cualquier excusa al potinguero ese; que vas a volar una tapia de tu pueblo.

—¡Soy de Madrid, macho!

—Entonces dile —imaginó Loren— que vas a rodar una película de aficionados sobre la guerra de Corea.

—¿Y si me pide pasta?

—Que hable con Leo; ya estamos de acuerdo.

El farmacéutico grandón, calvo por arriba pero con greñas por las patillas y algo menos por el cerquillo frailuno, le recibió efusivo, le pidió tabaco y le dijo «eso está hecho». En una caseta; dentro del patio del laboratorio, donde decía que vivía para vigilar por las noches no fuera a ser que alguien se llevase las fórmulas, abrió un baúl de tapa combada, retiró dos mantas y trapos viejos, y llegó al fondo rápidamente. Con un destornillador ahuecó las cuatro esquinas y debajo, hasta el fondo verdadero, sorprendieron a Pedro Luis unos bultos identificables fácilmente, envueltos en bayetas.

—Mi arsenal, vualá.

Los tarritos negros de las granadas, un Astra, dos peines de cetme, balines a granel y «el violín».

—Lo saqué pieza a pieza, va como la seda.

Manejó el subfusil con soltura, quitando y poniendo los seguros, moviendo el cerrojo, palmeándole.

—Dile al Leo, cuando lo veas, que se pase una noche por aquí para engrasarlo a fondo. ¿Le conoces desde hace mucho? Menudo pájaro de cuenta. Le vuelven loco, como a mí, pero le dan miedo, no los cacharritos, sino los demás, ¡Cuidado, coge esta!

Lanzó al aire una granada como un chusco a un perro y Pedro Luis tembló con las dos manos en cazoleta. El calvo prematuro sonrió.

—No hay cuidado, le falta el cebo. Verás.

Fue un *stríp-tease* delicado, ensimismado, el sombrerete fuera, la argollita de un tirón y detrás la cinta que ceñía la

cintura, la seda al aire, desnuda por arriba, por debajo, esto es todo.

—Ni el boxeo, que me gusta un montón, ni las tías ni nada, yo no cambiaba mis juguetes por nada.

Pasó el candado de la tapa por las dos argollas.

—La cacharra no importa, pero con el fulminante no gastes bromas. A un compañero de Leo y mío se le ocurrió tascar con un alfiler y aún se está buscando los dedos.

Se abrochó la bata agujereada por los ácidos, el jefe de turno se levantó ceremonioso y conociendo el percal («sin novedad, don Antonio») y Pedro Luis se despidió algo aceleradete, sin escuchar que el grandón le decía «recuerdos y hasta la próxima». Un gusanito tieso y otro inquieto le quemaban por dentro, en el pantalón y en el estómago. Era su mensaje para la Historia, o poco menos.

Con deliberado aire cansino subió la escalinata que moría en la explanadilla ante el pabellón de gobierno; tras bordear el busto subido a un pedestal de granito, entre tilos, y cruzar la carretera inútil, ahora de tierra reseca y en otro tiempo con los raíles pedregosos del tranvía estudiantil. El chófer del rector leía sentado, la puerta abierta, los pies fuera del coche estacionado en un rectángulo mateado de amarillo. El policía paseaba en un ir y venir al buen tuntún, descuidado pero sin salirse de las sombras. Pedro Luis dio la vuelta por la otra esquina, donde muchachos del preu buscaban en las listas claveteadas del tablón, y se iban. El guarda de caqui de la ciudad universitaria parecía mirar con algo de recelo, en tanto el Batallitas medía mentalmente la distancia del bordillo a las ventanas y a los balcones, apenas cinco metros fáciles de salvar con un cacharro pesado y pequeño, como la granada. Por detrás, a la derecha, cortaban la carreterilla unas puertas metálicas con candado y cerrojo, pero con dos huecos por cada lado —ya en las aceras—, por los que no sería difícil escapar camino del barrio de Argüelles, sin que ningún vehículo pudiera perseguirlos.

El *jeep* permanecía camuflado en la otra revuelta, a la izquierda, sin visibilidad de la parte frontal del edificio ni del lado derecho, por donde deberían salir corriendo Pedro Luis, Paco y Lorenzo, Lorenzo había comentado, como quien planea un itinerario que va a recorrer otro, que la operación no podía fallar si, al aprovechar que el guarda estaba más a la izquierda, los dos del reclamo distraían la atención del guardia, por la parte delantera izquierda; salía de la espesura de los tilos el del artefacto, lo lanzaba cuando los otros dos cruzaban hacia la derecha y al caer en el primer piso escapaban los tres por las puertecillas traseras, a la derecha.

Como el criminal que vuelve al lugar de la tragedia, Pedro Luis, antes, se recreaba en el golpe seco y, casi al mismo tiempo, la explosión, unos gritos agudos, agonizantes, una humareda de polvo y pólvora espesándose en las ventanas, quizás unas grietas en las paredes color vainilla y, ya al rato, oídas desde lejos, unas voces de socorro, una sirena todavía no de ambulancia. El libro aseguraba que el explosivo se desintegraba en más de cincuenta pedazos, con un radio de acción mortal de seis a diez metros; aunque podía alcanzar los cuarenta y cinco.

No podía fallar el golpe con ese ventanal de casi tres metros por dos del primer piso, siempre de par en par, y sin persiana; en una de cuyas hojas, apoyada contra los muros, una secretaria —soltera, 24 años, seis mil pesetas, seis mil ilusiones— se mira ahora en el cristal, atusándose el pelo.

Callarán aquellas vocecillas del parque infantil cercano, los bomberos destrozarán un poco más, coches y coches grises y con rejilla rodearán la zona, un cordón humano alejaría a los curiosos y del Parador de la Moncloa la noticia rebotaría de bar en bar, del Parador a Peñalver de Peñalver, al Quinto Toro, del Quinto Toro al Porrón, hasta que el reguero encendiera en todos los estudiantes, a los que se aconsejaría circular, y no

ir de más de dos en dos. Algún día ese cambio que empezó con la voladura del Pabellón sería una realidad y Pedro Luis, el Batallitas,⁸⁶ el Cachas, se hincharía más aún contándolo, como si aquel viernes de mayo fuera ya el día en rojo que todos los países conmemoran con la misma excusa, con las mismas palabras, en distintas fechas.



Desde el escalón donde se sentaron Paco y Lorenzo se veía más de la mitad de la bandera de Vietnam del Norte, justo hasta donde acababa la estrella del centro. Retratos de Ho Chi Minh, de Mao, y del Che colgaban de las claraboyas, entre pancartas cien veces repetidas. Se apagaron las luces y sobre la pared de estrado se proyectó una película en francés, que recogía escenas de bombardeos de Hanoi, con niños de doce años empuñando antiaéreos. Con la luz parpadeante de los fluorescentes se creció el coro «yanquis, asesinos!». Se pidió silencio desde la mesa que no conocía catedráticos en los últimos días.

—El comité antiimperialista de esta universidad ha redactado el siguiente informe: nuestra patria, nuestra independencia, nuestra seguridad nacional y personal son vendidas por un puñado de dólares y por el apoyo político del imperialismo yanqui, verdadero azote de la humanidad. La oligarquía financiera, militar y terrateniente, ha olvidado los vuelos atómicos sobre nuestro territorio nacional;⁸⁷ pero nosotros reivindicamos nuestra categoría de ciudadanos para oponernos a ser las víctimas de una confrontación atómica. Por la independencia nacional...

⁸⁶ Ver nota 4.

⁸⁷ Suprimido por censura «por un puñado [...] territorio nacional;... ».

El manifiesto ocupaba tres hojas a un espacio y el que leía le daba tan poco énfasis que apenas arrancó a la postre unos palmoteos y el grito solitario —¡yanquis, no!— de cuatro o cinco de los organizadores distribuidos estratégicamente por el aula. Al acabar no sabían si proponer ya lo de la manifestación a las ocho ante la Embajada de los Estados Unidos o leer un informe más, llegado de Hanoi, aunque alguno lo había leído ya en una revista cubana.

—Se cumple hoy el aniversario del comienzo del ataque a la base de Dien Bien Phu llevado a cabo por el vietminh, y quisiéramos que el día de hoy se celebrase en todo el Vietnam con nuevas y definitivas victorias del pueblo vietnamita en su lucha por la independencia nacional, la paz, la democracia y el socialismo. Los agresores yanquis... (continuó el muchacho con las palabras de siempre, para acabar despertando los gritos de siempre).

—Hay ganas de camorra.

—Fíjate, ya no hay ninguno del Sindicato. Cuando huyen de la quema, aquí hay gato encerrado.

Un recién llegado al escalón metió baza.

—Están llegando yips a manta; lo menos hay veinte en el cruce.

—¿Nos largamos? (Loren)⁸⁸

—Arreando.

—Podemos intentar ver a Güili.

—¿Tú crees?

—Echándole cara. Lo peor es si no ha declarado aún, no le dejarán visitas.

—Mira, Loren; ¿me dejas echarle un vistazo?

Por la cajonera de la mesa corrida asomaba un periódico; el que apoyaba el codo para escuchar sujetándose la cabeza, lo movió sin despegarse. Paco pasó las páginas hasta llegar a la de sucesos, donde metían lo de la universidad.

⁸⁸ A. B. anota sobre el original «(Loren)» que no aparece en la ed. de 1972.

—No lo encuentro, y el del Sindicato me ha dicho que lo traía un periódico. Tiene que ser este, ¿no, Loren?, los otros nunca dan nada.

—Si supieras leer..., abajo a la izquierda.

Los dos apellidos sonoros de Güili con una letra más gorda que la del nombre.

—¡Será posible! Y el jeta lo firma y todo, vamos, como para partirle la boca; y Güili confiando, «aquí un amigo», «este amigo mío». Te lo juro, no me cabe en la cabeza. Pedro Luis ha hablado con su madre y dice que el padre llamó a todos. ¡Menudo disgusto al verse así! Tú que sabes más de eso, Loren, ¿será aposta?

—No será el primero; ni el último, por supuesto.

Paco conjeturaba: no será culpa del patilludo, se le habrá pasado al director, el padre hablaría con uno y lo publicaría otro, una casualidad...

—Una casualidad o, a lo peor, con todas las de la ley. Basta que el patilludo supiera que nadie lo iba a publicar para dar el pisotón.

—Si son amigos...

—¿Amigos? Tipos como ese son capaces de vender la piel en tiras de su mismísimo padre.

Paco calló porque desde hacía tiempo a Loren no le brillaban los ojos con esa furia. Se le distendieron los músculos poco a poco y Loren ladeó la cabeza en una mueca.

—Es curioso; por más que crees imaginarte lo imposible, siempre te sorprende algo. En esa profesión cabe todo.

—No seas despechado; supongo que en todas partes cuecen habas.

—Quizás; pero es la que conozco, y a calderadas.

—¿Por eso te saliste?

—¿Te saliste tú por lo del canónigo?

—No sé, fue el colmo.

—Ídem de ídem, ¿se dice así? Llega un momento en el que hay algo por lo que no pasas: o claudicas y entras en

la rueda, o te plantas y dices: hasta aquí hemos llegado y que os den mucho por el mismísimo.

Hasta aquel instante final, tres meses racaneó Loren por el periódico. El director no aprobaba ya con tanta rapidez los guiones de posibles reportajes, aunque de vez en vez le decía: deme más, son pocos; amplíe esa noticia, bien la entrevista, haga lo humano del suceso tal o cual. Con los suceseros se pasaba bien. Se reunían a la una de la madrugada en el cafetín y chalaneaban: dos heridos graves por el incendio de Hermosilla, vendo muerto por accidente, ¿quién sabe algo del toco-mocho de ochenta mil? Se llamaban unos a otros rápidamente en cuanto comprendían que no habría exclusiva. A los veteranos les telefoneaban los enfermeros de las casas de socorro o de los equipos quirúrgicos; les avisaban algunos escribientes de juzgados; les almacenaban detalles incendiarios, heroicos y sencillos, los bomberos de servicio. Les pagaban con un purito por Navidad, con una nota de sociedad cuando se les casaba la hija, con un recuadrillo si les robaban el utilitario, con una visita al periódico para ver vomitar las rotativas.

Escarbaba en el cuerpo de alguien todavía caliente o ya en la nevera del Anatómico. Los días primeros se estomagaba todo, se perdía el apetito, se eructaba aunque no se hubiera comido nada, ni siquiera un bocadillo de caballa. Loren veía al suicida con las piernas tronchadas, a lo único que quedaba de la familia estrellada (un niño de cuatro años que sólo repite: «mamá dice a papá, no vayas a cien, no vayas a cien»); a la chica de servir que tropezó al cruzar las vías y aún cree que el dolor es del pie, ya amputado. Veía el cuartito del juzgado con la espera sin esperanza de un incestuoso, de un escalador palanquista, de un chófer que descerrajó un par de tiros al que le quería quitar el sitio para estacionar.

Y a la semana crecía y crecía el caparazón y ya era una tortuga con conchas que llegaba cansina y malhumorada

a la Redacción si sólo llevaba un par de muertos. Daba pésames por un dato, escuchaba media hora por una foto. Y si no se sitiaba, se atacaba, esperando la rendición. La madre lloraba delante de una cajita donde la hija carbonizada era ceniza encogida.

—¡Era tan buena!

Se decía «resignación, sus compañeros me han contado que la apreciaban mucho».

—¡Diecinueve años, hija de mi alma!

Decía «todos hablan de lo guapa que era, seguro que tiene alguna fotografía de ella». Y el padre buscaba la única en un marco, quitaba las puntas del cartón trasero y enseñaba la cartulina donde la chica, lozana, fresca, de piernas deformes y bofe algo saliente, miraba delante de una caseta de verbena cogida del brazo de otra muchacha.

—Es una compañera, por las fiestas de San Antonio.

La miraba compungido, casi suspirante, pensando que en mate no iba a reproducir tan bien como en brillo y que además estaba algo desenfocada para ampliarla.

—Si usted me permite, quisiera que me la prestara.

Saltaba un hermano mayor: ¡mi hermana no sale en los periódicos!; ¿quién se ha creído que es? El padre dudaba. Vuelta al ataque.

—Lo comprendo, ¿qué quiere que le diga? Yo lo hacía, ¿cómo diría?, como un homenaje, como un ejemplo para que todos sepan el valor de... el valor de...

—Carmen, señor. ¡Hija mía, hija mía!, mi Carmeluchi.

—No es ninguna deshonra —conciliaba el padre.

Volvía a cogerla, enderezaba cuidadosamente las esquinas, prometía devolverla personalmente al día siguiente, daba el pésame otra vez en nombre del periódico. Y la madre, de ojos enrojecidos, levantaba la cabeza.

—¿Y para qué periódico dice usted que es?

Dejaba una tarjeta en la que había puesto a mano el nombre.

—¿Cuándo saldrá?⁸⁹

—Mañana, señora.

—¡Ay, con lo buena que era, mi Carmeluchi!

Pensaba: si pierdo un minuto más me cierran el hueco o se me hace tarde para ir al circo, para un día que me dan dos invitaciones. En la puerta se encontraba con cualquier colega rezagado; sin querer le sonreía, saludaba; nada no hay nada que hacer, y se imaginaba lo que iba a sudar para sacarles otra foto de la chica abrasada en el incendio de la fábrica de pinturas. Se tomaba una caña a su salud.

El titular de sucesos regresaba y otra vez a lo que saliera, a salto de mata en cualquier sección. El redactor jefe hacía señas desde detrás del cristal de la pecera.

—Han llamado del Ministerio para saber por qué no se dieron todos los directores generales. Cuidado con eso. Se quejan de que usted no tomaba nota cuando dieron la lista. No es que importe, pero hay que contentarles y si se puede dar gusto, ¿por qué darles un berrinche? ¿Decíamos? ¡Ah, sí!, sus propuestas las tiene el director, creo que algún reportaje se ha quedado ya viejo. Piense cualquier otro y tráigalo.

«Del Ministerio han llamado y yo no tomaba nota, ¿quién es el chivato? José Luis, o quizás se llamaba Alberto aquel muchacho que se le acercó».

—Yo he cogido la llamada. ¿De eso te hablaba el Boquillas? No te preguntas quién ha sido: ningún periodista. La próxima vez fijate en uno grueso, de gafas y traje cruzado, siempre sudando.

—¿Valeriano?

—¿Le conoces?

—Uno del *Informaciones* me dijo; «la hemos cagado, ahí llega Valeriano, el espía».

Saludaba, sonreía babosamente, se pasaba el pañuelo, contaba los mismos chistes de veinte años ha, cogía por

⁸⁹ A. B. corrige en el original «saldrá» sobre «la darán» de la ed. de 1972

el hombro —confidencialmente— a los más adictos o a los más cínicos y preguntaba por los novatos. Poco antes de que Loren fuera definitivamente el Rácano, antes de la tarde del adiós sin adiós ni follón, asistió a una rueda de prensa en un palacete con perro, césped y guardias de servicio a la puerta. Embajada o cancillería, o residencia del embajador, los mayordomos enguantados recogían abrigos y los camareros hacían tiempo para servir después del acto. Los de la televisión fundieron los plomos al enchufar los focos pesados, pegajosos y penetrantes, mientras todos esperaban. Valeriano sacó de una carpeta una hoja mecanografiada con ocho preguntas y ocho copias. Dijo al primero; «por favor, pregúntale la primera» (¿qué puede aprender su país de la experiencia española?); por favor hazle la segunda (¿qué opina de la labor del gobierno español en este terreno?), ¿quieres esta tercera? De mejor o peor gana todos se quedaron con la hojita, menos el de la agencia *Noticias Press*.

Iba algo mamado, «dos copas de nada» decía él, vendría de alguna reunión, contó Paco a José Luis o Alberto.

—Con eso me limpio yo el ojete, Valeriano.

El de al lado le codeó.

—Tú te callas, ¿estamos? ¿Hay libertad o no hay libertad en este país? Si hacemos caso de lo que dicen los periódicos, ¿verdad que sí?, ¿verdad Valeriano?; anda explícalo tú, y que levante la mano el que diga que no.

Valeriano sonreía con dientes de hiena, llenos de sarro, amarillentos por la raíz.

—¡Sois unos calzonazos todos! —y describió con el índice un semicírculo por encima de la mesa, como si ametrallase.

Se pusieron en pie y se sentaron en cuanto lo hizo el que ocupó el extremo de la mesa. A su izquierda, en un sillón un poco retirado el subsecretario.⁹⁰ El de la agencia cuchicheó:

⁹⁰ Suprimido por censura «A su izquierda [...] el subsecretario».

—Y hago lo que quiero, majete, porque estamos en territorio extranjero; ¡Valeriano, chúpate esa, estamos en el extranjero!

—Señorita, señores; antes de someterme a cuantas preguntas deseen formularme, desearía leerles una declaración. No se molesten en tomar notas porque les tenemos preparada una copia que les repartirán. Al concluir nuestra visita oficial a este hospitalario país...

Al hacerse el silencio, el de la agencia se levantó.

—Antonio Lara, agencia *Noticias Press*. Señor ministro, ¿es cierto que su visita oficial. está pagada por una firma comercial española?

Valeriano tragó algo, quizás saliva, si no se le había resecado; el subsecretario arqueó las cejas y el ministro miró interrogante y acusador al embajador.⁹¹

—Sin duda, un mal entendido, dadas nuestras estrechas relaciones comerciales con una firma española que opera en nuestro país, con un contrato producto de un concurso internacional, es el origen, por supuesto infundado y al que doy el más rotundo mentís, de que, como usted insinúa, se haya querido tergiversar...

Picaron tortilla española, canapés de salmón ahumado, croquetitas, canapés de caviar, y el de la agencia se dejaba oír en un corrillo, saltarín y deslenguado, ingeniosamente sarcástico. El ministro le estrechó la mano, políticamente y con falsa cara de buenos amigos.

Carraqueó el carro de la máquina y Antonio Lara repasó la noticia desde la fecha al punto final, tachó dos frases y, al tiempo que el cerebro cesaba de flotarle, revivía la cara de los demás en la reunión de la Embajada. Se lo explicó al director y acordaron que lo mejor sería pedirles disculpas al subsecretario y al embajador lo antes posible.

⁹¹ Suprimido por censura «el subsecretario arqueó [...] al embajador».

Lara madrugó como en su vida lo había hecho —salvo para unas desgraciadas maniobras en Cádiz— y esperó en el antedespacho. «Sígame», y pisó alfombras donde se clavaba, hasta que el guía le abrió una puerta y se quedó fuera.

—Siéntese, por favor.

—Creo que ayer no estuve muy oportuno; yo quisiera...

El subsecretario⁹² alargó el brazo hasta dos carpetas, como si la visita no estuviera con él o fuera a despachar otro asunto. Abrió la de plástico y salieron tres folios sujetos con clip.

—Antonio Lara de la agencia *Noticias Press* desde hace tres años. Detenido en una ocasión por embriaguez y en otra por conducción temeraria. Se la ocuparon al volver a España de un viaje a Francia el *Libro Rojo* de Mao y dos del Ruedo Ibérico. Un juicio sobreseído.⁹³

Se escuchaba el zumbido del chorro de aire del acondicionador. Guardó los tres folios y empezó con el de la otra carpeta.

—Antonio Lara es el autor del editorial de *La Mañana* titulado «Cuando la dimisión es un bien», expulsado del citado diario por desacato a la autoridad, autor de dos reportajes titulados «Balance fracasado del Plan de Desarrollo»;⁹⁴ firmante de una carta dirigida con ciento cuarenta y dos más al presidente de las Cortes... Un bonito historial, ¿no es cierto?

Loren aún fue después a un par de ruedas no comerciales y todos se desvivían por aparentar atender a Valeriano. Cuando no acudía a Barajas, seguían gastándose bromas archisabidas. Para hacer la prueba de los micrófonos, momentos antes de que llegara el capitoste, cualquiera se subía al estrado de la salita de prensa, delante del tapiz con el escudo nacional, y remedaba los gestos de un ministro,

⁹² A. B. sustituyó «subsecretario», censurado, por «hombre» en la ed. 1972.

⁹³ Censurado en la ed. de 1972 «Se le ocuparon [...] juicio sobreseído».

⁹⁴ Censurado «autor de dos [...] Desarrollo» de la ed. de 1972.

o del Jefe del Estado si era Lucas.⁹⁵ Pero con Valeriano todo iba como una seda...

La última información fue en la Dirección General de Seguridad. Les enseñaban el Astra, la munición utilizada por los atracadores, y les dejaban fotografiarles. El comisario-jefe hizo un relato de los hechos. Maldito dinero también, Loren estaba en las últimas boqueadas y para el recibo del mes faltaban aún seis días. El Boquillas se entretenía en añadir a cualquier noticia un par de frases tontas que después tachaba para que el director advirtiese que peinaba y preparaba los originales concienzudamente. Le llamó desde la pecera.

—Por favor, ¿quiere darle la vuelta a esta información? Un refrito que no se note.

—¿Qué hay de los reportajes?

—Los tiene el director; mañana cuando despache le preguntaré y ya hablaremos. ¿Decíamos? ¡Ah, sí!, no más de una holandesa.

Con los refritos no se cobra, sólo se paga aparte lo firmado «y encima viene un lector como el memo que me escribe el otro día para decirme que estoy vendido al oro capitalista». En el casillero de la correspondencia, sobre con nota del director pidiendo más originales, carta de un enlace del Banesto, carta del pibe preguntándole cómo podría visitar el periódico un amigo suyo.

Se pasó por el Ateneo para curiosear. ¿Cómo podrá sacar tiempo el Boquillas para ser redactor-jefe del periódico, llevar el gabinete en el Ministerio, dirigir esta revista y por si fuera poco tener nueve hijos, que este gana a Chuchi? La revista era técnica, puramente gremial. «Seguro que le dan lo menos diez sábanas por dirigir este tebeo». Campaña olivarera, exportación de grasas, declaraciones del doctor que ha descubierto una sosa sintética... declaraciones del

⁹⁵ Censurado «de un ministro, o del Jefe del Estado si era Lucas».

doctor que ha descubierto... Las palabras no podían ser más textuales; el orden, las preguntas, recordaba los gestos del doctor; la pobreza de vocabulario, recordaban perfectamente aquella entrevista que entregó en el periódico meses atrás y que aún no se había publicado. La entradilla, los ladillos, todo igual, pero el final se alargaba dando las gracias con palabras postizas y chocantes. Y debajo no era Lorenzo Luján el que firmaba sino el Boquillas, el ¿decíamos?, el de la camisa siempre ajada, el redactor-jefe.

Le recomía una furia, un pronto de ideas diabólicas. Le pasaría la copia del reportaje y la revista al director del diario; escribiría a la Dirección General de Prensa; clavaría el recorte en el tablón picota. Pensó que Alberto, o José Luis, le desalentarían.

—No estás en plantilla y además oficialmente eres un intruso. No te harán ni caso, y si el Boquillas se propone «a ese me lo cargo», te hunde.

—Por lo menos me voy a dar un gustazo.

Sin pedir permiso cruzaría hasta el centro de la pecera.

—¿Señor Luján...?

—¿Ha dicho algo el director de lo pendiente?

—Nada; bueno, no he podido despachar todavía.

—Pero ¿nada de nada?

—Nada, ¿de qué?

—Por ejemplo, una entrevista con el doctor que ha descubierto una sosa sintética. Yo también lo he descubierto (le tiraría la revista como el naipe de un malabarista). ¡Eres un sapo vulgar y sarnoso!

—¡Señor Luján, está equivocado!⁹⁶ Yo pensaba decírselo, pensaba pagarle. Nos faltaba un original en la revista y su entrevista era buena, francamente buena. Dice el director que si usted quisiera, un Tico Medina. Pero últimamente, ¡eh, señor Luján!, nos está saliendo un poco rácano.

⁹⁶ Los signos de exclamación no aparecen en la ed. de 1972.

—Eres un negrero, lleno de mierda que te sale por las orejas; un vulgar ladrón para que te saquen en los sucesos. Vete a tomar...

¿El fresco, el viento, por culo?⁹⁷ El Boquillas se tomaría una pastillita rosa, y le llevarían al botiquín. Loren limpiaría de papeles la mesa, colocaría en medio no el tarro de Nescafé lleno de bicarbonato sino la botella de ginebra renovada cada semana, acostada escondidamente en el último cajón, echaría un vistazo de adiós a la sala y el ordenanza del vestíbulo le diría como siempre «hasta mañana».

Ya no habría más mañanas.

Loren no hizo nada de eso. Se puso a pintar bigotes, patillas, perilla y gafas a una reina de las fiestas que la revista comercial y gremial publicaba a media página. Por la frente ancha y abombada debía de ser hija del Boquillas. A pesar de los pesares —de ser hija de quien era y de ser reina— parecía guapa.

A la salida de la Asamblea dos hermosos ejemplares de muchachos bien nutridos y sábanas limpias cada sábado, habían anudado por las cuatro esquinas sendos pañuelos, con la vainica a mano. Los zarandeaban con un tintineo, mientras los alzaban con un «por los hermanos oprimidos del Vietnam», «por los sojuzgados del imperialismo yanqui». Loren sonrió al más melenudo «mejor, lleva cuidado con los sojuzgados grises⁹⁸ no te vayan a cortar la coleta». «¿Por qué no te vas al circo a hacer los chistes malos, listo?». «Porque arruinaba tu número de los osos amaestrados, berzotas; que sois unos enteraos».

Por el vestíbulo vacío las de la limpieza extendían ya el serrín. El olor nauseabundo de sangüichs grasientos, en la plancha del bar, acompañaba hasta la puerta de fuera, donde el sordillo malicioso voceaba los titulares del *Nuevo Diario*.

⁹⁷ Suprimido por censura «por culo» en la ed. de 1972.

⁹⁸ Suprimido por censura «con los sojuzgados grises» en la ed. de 1972.

—¡Dimite el decano de Derecho! ¡Ocupan las facultades!

Y lógicamente las noticias estaban fechadas en Natterre y Tokio.⁹⁹ A la derecha, sobre dos cajas de «trina» puestas de pie, menguaba la pila de *Gaceta Universitaria*. Un sargento dejó el duro donde el montoncillo, bajo el cartel de «sírrete tú mismo», y sonrió al reconocer a los que llevaban el casco en la foto borrosa de la portada. Llamó a un número y estuvieron riéndose un rato. Hojearon de prisa, parándose en las fotos, el chiste no les hizo grada y si lo hubieran entendido, menos; y al llegar al final se encogieron de hombros. Lo dejaron donde el montoncillo, pero el sargento no recogió el duro.

Tomaron el F, silenciosos, sabiendo los dos que cada cual pensaba en Güili, en las barbas del vecino.

—Un grano no hace granero, ¡qué leche!

—Ya, Paco, pero... el pero es lo peor, tú me entiendes. Revolvieron en un puesto callejero, de pasada. Siguieron.

—¿Te quedan...?

—Te pago el metro.

—Necesito diez, Loren.

—¿Pavos o castañas?

—El lunes te los devuelvo, cuando me sacudan la clase.

—Estamos en las ultimas.

—Son para el libro ese del inglés, sobre la revolución estudiantil alemana.

—Aquí, no; en el Palas.

En la pensión el Rácano guardaba siempre veinte duros de «reserva y respiro» entre el forro y el libro *Peñas Arriba* —regalo de su padre al cumplir los quince años—, seguro de que nadie tocaba ni a Pareda ni al Romero de Torres del Banco de España.

—Lo que me manda mi padre es una miseria.

—No jorobes, Loren. Si no lo malempleases los primero días, que te das una vida de pachá.

⁹⁹ Suprimido por censura «Y lógicamente [...] y Tokio».

Una vida de pachá se dio antes de que se llevaran definitivamente a tía Carmen, antes de que Paco le animara, una tarde en la cuesta Moyano, a que se fuera a vivir a la pensión de Joaquina.

—Si le caes bien, ella misma le manda una carta a tu padre y le convence que aquello es más serio que el noviciado de las ursulinas.

Tía Carmen ya no le preparaba su flan de huevo, su compota de manzanas, su sopa de almejas. Ya no le hablaba tampoco de su madre.

—Eras la única que me hablaba de mi madre.

—Todo aquello lo veo cada día más borroso, como si me lo hubieran contado también a mí, y no lo recordase.

El cerquillo de las orejas se oscurecía por momentos.

—¿Por qué no sales y te despejas un poco; siempre estás encerrada?

—A tu tío no le gusta.

—¡Que le den morcilla a mi tío! ¿Qué ha dicho el médico? ¿Y quién sabe más?

—¿Dónde has aprendido esas palabrotas?

Lorenzo intuye ahora que entonces sí vivía como un pachá, porque cada hora vivía a la hora, cada día al día; no como el mediocre y avariento tío Darío, lobón de más dinero para demostrar a su hermano mayor que si él había puesto un bufete, Darío compraría una casa y una parcela y llenaría mes a mes muchas cartillas de ahorros. Por eso no dejaba a tía Carmen que fuera a los grandes almacenes, ni de paseo, por si revoloteaba la tentación de comprar. Por eso y porque una mujer sola, quince años menor que uno —apréndelo bien, Lorenzo, no te cases, te lo dice tu tío—, si es honrada, en casita. La una pierna, quebrada, operada; la otra, también; y una mañana tía Carmen lloró porque llevaba dos días sin orinar y todo el bajovientre parecía el parche de un tambor.

—Me levanto con la cabeza tonta, como si me fuera a caer.

Tía Carmen no sentía nada, acaso una sensación de aburrimiento, sin ganas ni para poner la radio, ni para

hacer el damero maldito. Lorenzo descubre ahora que a él también se le embota la cabeza al tirarse de la cama, y después se encuentra mejor a medida que avanza el día, como le estuvo pasando a tía Carmen. Hasta que un sábado se sintió morir, deprimida, porque llevaba dos días sin hacer ni gota, el vientre abombado. Cuando los de pantalones y bata blancos la bajaron aupándola por encima de la baranda de la escalera para que la camilla no tropezase, tía Carmen ululó y Lorenzo quiso intuir su nombre entre los alaridos.

Al lunes siguiente, Paco le acompañó para ayudarle a trasladar a la pensión los libros y la ropa, todo metido en un maletón. Aquel mes recibió el primer giro con el remite del bufete, la letra descoyuntada de una secretaria escribiéndole «de parte de tu padre». Entre todos juntos pulieron la mitad de lo que sobraba una vez pagada la Joaquina.

Ahora lo mismo se sacaba una butaca en la Gran Vía, que comía a cuerpo de príncipe en Gambrinus, o compraba el último ejemplar de *La vie botanique*. Le duraba seis días, pero ya para él solamente.

—A veces pienso, Paco, que en vez de cargarse los placeres burgueses, habría que conseguir llegar a ellos. Tú fíjate, por ejemplo, ¿cuánto va a comer ese guardacoches en Los Porches, cuándo va a conocer Formentor aquella vendedora?

—Déjate de rollos.

—¿No puedo hablar de coña, o qué? ¿Es pecado...?

—Acáballo, no te dé apuro: es pecado... curita. Hacía tiempo que no lo soltabas.

—Me dejaste chafado con lo del otro día. No te me cabrees como Laura por tan poca cosa.

—Historias; ¿qué decías de Laura?

—Nada. ¿Por?

—Por nada, creía que querías hablarme de ella.

—Está rara.

—Serán sus días, jospe.

—Lleva tres semanas sin apenas vérselo el pelo, ¿no te fijaste las prisas de ayer? Ahora, el día que no sale con su prima se va a ver a su otra tía; y el que no, no puedo verla porque se tira la tarde en no sé qué gimnasio.

—Cosas del casi verano,¹⁰⁰ el tiempo está que amodorra.

—¿A ti te cae bien?

—Hombre, es una chica despierta.

—¿De verdad?

—¿A ti te va? Entonces, todos contentos y déjate de historias. Y si te pasa algo, háblalo con ella; pero no empieces con dudas. ¡Un día como hoy y te pones sentimental! ¡Como para ahorcarte!

Animal sentimental que ni sabe lo que le va, acostumbrado a Laura, pero que esta mañana hubiese llamado a Chon de mejor gana. Un mes y tres días antes fue ella quien telefoneó para decirle que iba a llevar a María José con la abuela, para aprovechar un viaje de su marido. Apenas una semana, y a la vuelta, le llamaría para no abandonar los actos culturales. «Tenme al tanto. Tenme al tanto, llámame, o lo que es lo mismo, ya sabes que me encuentras lunes, miércoles y viernes en la facultad, martes y jueves en el Ateneo». Aprovechando un viaje de su marido a Valencia... Loren se inclinaba por pensar en la carrera militar, pero ¿qué demonios se le había perdido hace siete años, en Canarias? Entonces la fragua imaginativa le golpeó en caliente la idea de un viajante de comercio, de un representante de copete, que pasa largas temporadas fuera, trabajando las plazas, la mujer descuidada y sola. Loren había leído historias novelescas de errabundos viajeros y sempiternos ausentes, marineros o no, que terminaban con cuernos, aunque al marchar hubiesen dejado una santa bajo siete llaves. Sin justificarse,

¹⁰⁰ A. B. anota en el original «Cosas del casi verano» por «Cosa del verano» que imprime la ed. de 1972.

se podría explicar que ellas se aburrieran. Y por si fuera poco, ellos eran vejestorios ajados.

La tercera vez que salieron, poco antes de Navidad, Chon le había confesado, de pasada:

—Cuando le dije que había estado en el recital me contestó que eran manías de niña mal criada.

—¿Le contaste que te había invitado?

—Clarito, le dije que había ido con un amigo. ¿Qué hay de malo?

Para Chon todo eran zapatos nuevos.

—En los siete años de casados no hemos bailado más que el vals de la boda, a trompicones. En la vida me ha llevado a un club; lo encuentra ridículo, porque dice que es un pato mareado con la música.

—¿No conoces ni los mesones?

—¿Los mesones de qué?

El 21 de diciembre la madre joven sin juventud, niña-vieja, esposa de, canaria criada, descolgó el teléfono por cuarta vez.

—Alooo, ¿sí?

—Le habla el bombero jefe del barrio de San Miguel: nos han dado tres horas para pegar fuego a todos los mesones. ¿Tiene usted algo que alegar?

—¡Cómo estás!

—¿Y sabes lo que dijo el chino? Sí señol juez, alego lelojes.

—Muy viejo.

—¿A las ocho?

Menos un minuto. La Guitarra, la Tortilla, las Cuevas no, la Mazmorra. Rescoldos humeantes de juergas de tinto, humos más negros que del alcantarillado escapaban por los enrejados a ras de suelo. Por las paredes pintarrajeadas — algunas bien dibujadas, otras con rumio de roces — rebotaban risas extranjeras y tangos de acordeón vergonzante. Chon se atrevió con una tortilla poco hecha y pidieron media, jarrita.

—Bien, señor.

—¿Te conocen?

—Naturalmente, aquí traigo a mis admiradoras desesperadas para que las encierren en las mazmorras de los sótanos.

—En serio...

—Don din, poderoso caballero. Sonrisa «bien señor», verbigracia, anticipo de propina.

—¿Son de la época?

—Las cuevas, sí, de la época moderna. ¿Y tú has nacido en Madrid?

—Si hay que pedir perdón... Antes en Canarias y luego apenas he salido.

—¿Ni al Museo del Prado?

—Ni al Prado.

—Entonces, sí pareces de Madrid.

En la servilletita Loren dibujó un trébol de cuatro hojas.

—Ahora no me hace falta.

Loren detuvo el bolígrafo sin separarlo —en un gesto inmóvil muy suyo— y alzó la vista.

—En este momento soy feliz.

—Felicitaré al dueño de tu parte.

—¿Por qué aparentas lo que no sientes?

—En serio, como tú dices, Chon. Me alegra saber que eres feliz. Yo no, no sé, pero estoy a gusto.

—La felicidad es eso: sentirse a gusto ahora y aquí. Hacer ya recuerdo de esto que vivimos, ¿oíste?

—Lo malo es que hay siempre un después, un luego; tú lo dijiste. ¿Dónde te han enseñado eso del aquí y ahora?

—Aquí y ahora.

—Por lo tanto reconoces que eres una escéptica. Si no crees que eso se pueda prolongar...

—Depende de nosotros; de cada uno en relación con los demás. Eso de que si alguien te falla, tú fallas, no es verdad. Primero fallas tú.

—Uno nada puede hacer solo; todo está contaminado.

—¿Y piensas que purificando ese todo nos vamos a purificar?

—Yo no. Pero Paco, ese amigo mío, cree que destruyendo esto se podrá construir una sociedad con hombres mejores, menos corrompidos. Yo creo casi como un amigo mío, muy del régimen, que vendrán otros perros con los mismos collares.

—¿No tienes esperanzas en nada?

—Se me han ido entibiando; frío, muy frío, te hielas.

—¿De veras te da igual todo?

—Digo que sí, pero no es cierto: si lo fuera, ya me habría pegado un tiro.

—¡Qué hablas, calamidad!

—Si no me lo pego es porque me molestan los ruidos.

—No lo dirás en serio.

—¿A ti no te fastidian los ruidos?

—No te salgas y no quieras liarme. ¿Me vas a decepcionar?

—Es pose.

—Más vale... No estoy muy segura.

Rellenó de rayitas el rabo del trébol.

—No quiero aguarle la tarde, Chon; y cuando me siento a gusto, me pongo nostálgico, sentimental y bobito. Vámonos.

—¿Ya llegan los bomberos?

—No tengo prisa por «balancearme». Sigue la ronda.

—Yo tengo que estar a las nueve y media en casa; para darle de cenar a la niña.

—Andandito.

Algunas gitanas, las viejas fulanas redimidas, todavía con bríos para no colgarse la caja de cerillera, asaltaban metiendo por los ojos los décimos para el gordo. Loren y Chon cruzaron Puerta Cerrada, bordearon la solitaria calle del Sacramento, bajaron las escalerillas del callejón y, en el recodo, tomaron los dos últimos tintos, dos sardinas escabechadas y un huevo duro con sal.

—Por aquí pasaba la antigua muralla de Madrid.

—Con razón sospechaba yo que habías hecho las oposiciones para guía.

—Si supieras leer, te bastaría con mirar el cartel de tus espaldas.

El coche seguía entre las placas prohibitivas del arzobispado. Chon guardó la multa, bien plegadita.

—¿Las pagas?

—Empapelo el cuarto de baño.

También entonces, como ahora, el dolor de cadera barruntaba cambio. Poco después se echó a nevar lánguidamente, Quedaron en no quedar hasta después de Reyes.

—En cuanto pasen las vacaciones bajaré por las tardes a la biblioteca de la facultad, menos los martes y jueves, que suelo ir a la del Ateneo. ¿Por qué sonrías?

—Recuerdos de abuelito.

—¿Eres socio también?

—Más o menos, como si lo hubiese sido. Me colaba para leer los periódicos.

—Debía ser lindo colarse, ¿no?

—Hasta acostumbrarse; luego una rutina, como todo.

—Todo no; en eso no estamos de acuerdo.

—Como casi todo, si lo prefieres así. Y corramos un estúpido velo, no echemos a perder de verdad los mesones.

—Más vale. Bueno, hasta el año que viene.

—¡Qué mal suena! (el diría: estos días serán un largo año). Loren revivió aquella tarde en muchos viajes del recuerdo, como un animal sentimental al que a dentelladas fuese dejando en los huesos descarnados y crujientes las dos horas extrañas de la tarde-noche del 21 de diciembre.



Les encaminaron al juzgado especial,¹⁰¹ donde encontrarían a Güili si aligeraban, porque en cuanto declarase —les dijo el

¹⁰¹ Censurado «especial» de la ed. de 1972.

de puertas de la Dirección— le soltarían provisionalmente o le pasarían a prisión. En la casa de los Juzgados estaba el hueco, pero sin el portero dentro; bajo una escalera viejísima y sucia, de casi mayor garantía que el tétrico ascensor. En los desconchones de humedad, el zócalo verde enseñaba hasta cuatro capas de pintura. Flechas con números a la derecha y flechas con números a la izquierda dirigían a puertas traslúcidas, con el número del Juzgado, flanqueadas por mesitas de ordenanzas que a lo sumo pegaban sobres.

Algún teclear se escapaba de dentro cuando alguien decía «el siguiente», para que pasara cualquiera con una citación. Se atisbaban estanterías con legajos añosos encintados; suelo de tablas ásperas y cenicientas, desgastadas de tanto pisar. En los bancos de espera, con la pared de respaldo, cada cual contaba su accidente, su pelea por culpa del otro, la denuncia, la mieditis, la calamidad.

Paco y Loren buscaron el número, pero la secretaría estaba en el piso de arriba. Apretaron el paso y Paco fue el primero en ver a Güili, y Loren el primero en ver a Laura. Se cogían la mano con los dedos entrelazados. Güili trató de soltarse disimuladamente cuando ya era tarde. Paco no sabía ni qué decir, mucho más apurado.

—¿Te sueltan?

—Eso creo; pero esta semana tengo que venir todos los días y ulteriormente presentarme el quince de cada mes. Prácticamente estoy fichado (y le dio un tonillo orgulloso).

Sobre el número de la puerta de enfrente, entornada, habían pegado con celo una cuartilla: juez especial. Dentro, a la izquierda, un estrado con una mesa oscura de nogal, cerrada al frente y por los lados. Una tarimilla a su izquierda y otra a su derecha. Y abajo, en medio, en el pozo de la sala, un estudiante solitario respondía a las preguntas amedrentadoras del hombre todo de negro y cara de pocos amigos.

—Usted pertenece a los comandos, reconózcalo.

—No señor.

—¡No mienta!

—Se lo juro, señor.

—Le han visto, hay pruebas de que actuaba con ellos. ¿Quién le daba órdenes?

—No soy ningún soldado, señor.

—¿Qué hacía entonces el domingo sentado en la escalinata de Cibeles, con otros dos estudiantes?

—Nada, señor, esperábamos a otros amigos para ir juntos al teatro.

—A otros amigos de los comandos.

La sonrisa del estudiante solitario y cerúleo desconcertó al de negro.

—Entonces, ¿se niega a confesar lo evidente?

—No sé de qué me está hablando.

El de luto se dirigió a los lados, donde el que tomaba notas y el otro dieron unas cabezadas asentidoras.

—Ustedes lo ven; ustedes son testigos del cinismo de este joven, ustedes están tan maravillados como yo, de la poca palabra, ¿qué digo poca palabra?, ¿de la nula palabra?, ¿de la inexistente hombría...(el oficial y el secretario siguieron cabeceando: sí, señor; sí, señor; sí, señor)¹⁰²

—Acabemos de una vez: ¿reconoce que pertenece a los comandos?

—Lo siento, señor, solamente tengo una palabra.

—Usted lo ha querido, aténgase a las consecuencias. Salga. Llamaron a otro. Paco se desentendió de la misma historia o algo por el estilo, de un exbecario al que, como a él, le había volado la bolsa de ayuda a causa de «un expediente académico por alteración del orden público...» lejos de las aulas.

—Entonces, ¿mañana...?

—Imagínate, ya me gustaría indudablemente.

—Nos arreglaremos (miró al Rácano, algo ausente). Lo que no sabía... (se levantó Güili apaciguador).

¹⁰² Censurado «Ustedes lo ven [...] sí, señor» de la ed. de 1972.

—Verás, todo tiene su explicación, indudablemente.

Loren les miró despectivo, sonrientemente, y dio media vuelta. Extrañamente sentía como una liberación, las piernas le brincaban, bajaba los escalones con un saltito cada tres pasos. Libre, completamente libre, sin ataduras. Pensó en Chon.

Esperando a Paco en el banco de piedra del paseo se alegró más aún de que fuera con Güili, del que sabía con pelos y señales lo que podía dar de sí, o más bien de no. Si algo le redolía era el no saber el tiempo que le habría disimulado, mentido, y se puso a devanar días. Hasta desmenuzar aquella tarde de los tres en El Escorial, cuando convenció a Güili para que le dejase aprender con el seiscientos. Se oyeron acelerones, caladuras y el rascar dentado de la caja de cambios; mientras Loren se alejaba, delante del polvillo, entre recodos de la vereda de acacias (cuyo pan y quesillo, por cierto —se dijo Loren—, es mano de santo para las diarreas). Güili le gritó sin ganas.

—Date una vuelta corta, no cambies alocadamente.

Pronto las chicharras perdieron el susto y cricaron machaconas.¹⁰³ Cuando Loren volvió con el coche hipando (ahora veía todo claro, hasta dejar la escena en una foto-fija) Güili y Laura se miraban ya de otra manera, más queda.



En la pensión les esperaba Pedro Luis; «tu amigote ese, con más palabrería que un sacamuelas», diría Joaquina.

—El zambombazo, hecho; un poco grillao el amigo ese, pero el material a punto. Mirad esto otro: acabo de

¹⁰³ A. B. corrige en el original «machaconas» sobre «machaconamente» que aparece en la ed. 1972.

agenciarme un japonés con frecuencia modulada. Está listo para oír a la bofia.

Puso en marcha el transistor, que sonaba a timbre ronco hasta que todo se aclaraba en una voz andaluza que trasmitía órdenes o pedía novedades a otras voces, en vehículos, sobre el campo de operaciones.

—El invento no es mala idea, mañana nos puede servir de mucho.

—En Telecomunicaciones te lo ponen a punto gratis. Siempre salen por un extremo o por el otro de la banda. Ellos llegan a escuchar hasta las órdenes que mandan con filtro. Según la frecuencia de onda...

El Batallitas explicaba como un técnico lo que media hora antes apenas sabía.

—Mañana lo llevamos camuflado en cualquier cartera, mientras damos el golpe.

—Lo chanchi es que lo lleve Laura, disimulará más. (Pedro Luis)¹⁰⁴

—Borrada de la lista.

—¿No la dejan salir?

—Peor.

—¿También ha caído?

Loren lo contó desenfadadamente, pero Pedro Luis no se lo explicaba, y el que lo dijera así, tampoco.

—Es una faena, por muy demócrata que sea.

—Lo de siempre: quita tú tres, tú cuatro y yo a mi madre y vamos a decir a coro: TODAS LAS MUJERES SON UNAS PU...

—Se conocían de antes; ¿no?

Viejas tardes doradas repetidas sin contornos.

—No le des más vueltas. Si quieres que te diga una cosa, no sabes el muerto que te quitas de encima. Y se lo cargas a Güili.

¹⁰⁴ A. B. anota en el original «(Pedro Luis)» que no aparece en la ed. 1972.

—Paco tiene razón.

—¿Queréis dejarme en paz? No lo entenderíais o yo no sabría contarlo. Me siento más a gusto, no sé cómo decirlo, desatado. Son los recuerdos lo único.

Ahora la coronela estaría agradecida; por fin un marido para su Laura, con tres o cuatro apellidos ensartados, y no un muerto de hambre, raro y medio poeta. No diría «un hijo del primo Jorge», sino «Guiliermito, el del ministro». La pedida sería en Burgos y todos irían de gala, con sus fajines por la barriga y las medallas alineadas.

«Ya era hora de que sentase la cabeza ese muchacho, que andaba últimamente algo levantisco; pero estoy segura de que en lo de la facultad no tuvo arte ni parte. El matrimonio le asentará, hija, casaros cuanto antes y dejaros de perder el tiempo con esas carreras tan largas, que sabe Dios para qué servirán. Que le busque su padre cualquier puestecito, mano no le falta. Sí, hija; invita a Lorenzo, es lo correcto y te ahorras habladurías; la gente tiene una lengua de peluquera, hija».

A dos columnas, una foto a la salida del templo; y en los ecos, galerías, crónicas o notas de sociedad la gentil desposada luciría elegante traje de shantung de seda natural y tocado de organza o puede que de tul ilusión. Todo de blanco, vaporoso; todo virginal, ¡qué cosas!, sin romperlo ni mancharlo, igualito que esos besos de recato aprendido espolvoreados por las mejillas a cambio de enhorabuenas.

Y de postre la radiante-bellísima-gentil Laura guardaría un minuto de silencio por aquella Laura rebelde-trasto que soñaba con casarse en la ermita solitaria de un pueblo; en pantalones o de calle, sin fotografías ni señoras de sombrerito, solamente con cinco amigos invitados. Luego, a tomar unas tapas antes de iniciar el viaje de novios en el coche de línea. Pasados esos sesenta segundos del mal pensamiento, Laura volvería a rubricar la invitación orlada y sonreiría y sonreiría, hasta dolerle los carrillos, a todos esos señores que fueron obsequiados con un espléndido

cóctel seguido de una cena, prolongada hasta altas horas de la madrugada.

—Si no tiene remedio, ¿por qué te preocupas? Y si lo tiene, ¿por qué te preocupas? ¿No dices tú eso?

—La vida de líder es dura, Loren. Laura es otra renuncia más.

—Se puede ir al diablo, y tú con ella, Pedro Luis.

—Prefiero que se vaya con Güili, si no te importa...

Lo malo eran los recuerdos. ¿Amargos? Que le quitasen lo bailado, pensó Loren sin malicia, sin acordarse de la media noche apresurada en el apartamento de la prima azafata. La película ponía un fin, un *the end*, un *fine*, un *konec* lógico, burgués, tranquilizante para todos, incluido Loren. Las dos familias respirarían tranquilas, otra vez emparentadas, sin elementos extraños ni ganapanes como Loren. Laura se haría la manicura, tomaría píldoras, viajaría a Londres o a la Costa Azul y, cuando la ocasión se presentase, usaría el apartamento de Luci.

Rompería las fotos con Loren; quedarían mutiladas las de la excursión y tantas otras de los cuatro: ella, Loren, Güili y el pibe. El enamoramiento por hábito o por cabezonería, el capricho, la casi barrabasada de quererse casar con un futuro plumífero, «*c'est finí*, mamá», sonreiría Guillermo.

Don Jorge salpicaba también sus frases huecas, lejanas y cursis de muletillas francesas. El *va de soi*, el *comme-il faut*, y el *tête-à-tête* no se le caían de la boca; quizás veraneaba en Biarritz desde antes de nacer. Cuando Güili le presentó, don Jorge salía del baño con un albornoz sujeto por un cordón con borlas descomunales; olía a señorita fina. «Es el vecino de los primos, ya te he hablado alguna vez», dijo Güili, y don Jorge «¿Qué hay muchacho?; considérate en tu casa». Loren pensó que ni atado viviría allí; no dijo nada y se secó la palma, que don Jorge le había humedecido, frotándosela con el muslo, la mano en el bolsillo.

En el sillón corrido, dorado, tieso, incómodo, se sentarían Laura y Güili; el director espiritual protestaría porque

las pastas engordan una barbaridad, pero la cogería, y don Jorge no dejaría la palabra declamatoria, en tanto el padre de Laura lo aguantaría como a un general.

Al dismantelar su habitación, Güili tendría también recuerdos de Loren, más amargos. Los banderines, los cartelones, las fotos recortadas, el santocristo en la pared izquierda; toda la librería, con dos dragones de Hong Kong, un pedazo de mala quita y el jarrón, en la de enfrente; sobre la puerta, las dos raquetas cruzadas mohosas y sin estrenar;¹⁰⁵ junto a la ventana, el armario de tres cuerpos —quizás de cuatro, con un espejo tan alto como Pedro Luis—; la mesa, ordenada por la muchacha cada mañana, con su flexo de porcelana y su lupa. «No estudiar aquí debe de ser un crimen», pensó Loren al entrar la primera vez; la luz restallante por la persiana supergraduable.

En el segundo cajón de la izquierda, fíjate bien, Güili, debajo de las tarjetas postales, está el diccionario de latín, el que prestaste al pibe y ella te lo devolvió con los márgenes abarrotados de corazones flechados, con Loren por arriba y Laura por debajo. Tampoco podrán leer a medias *El jardinero* o *Campos de Castilla* porque ella ya los estrenó y no de tu boca. Querrás ser asperón y lejía, querrás restregar con más fuerza y suerte que tu «empleada de hogar», pero la mancha negra redondeada y con flecos de salpicadura que duerme en tu mesa solamente puede recordarte por qué Loren y Laura volcaron sin querer la tinta china.

Podrás quemar la mesa; si mañana no salto en pedazos, si me sueltan después de detenerme, podrás no saludarme o hacerlo fastidiado, pero Laura aprendió los primeros gestos a mi lado; y pensar en antes es como pensar en mí con ella.

—Loren, ¿oímos el cacharro o qué? Estás en la inopia, ¡tú!

¹⁰⁵ A. B. anota sobre el original «mohosas y sin estrenar» que no aparece en la ed. 1972.

Mejor así, cada cual en su sitio, hasta que alguien barra todo de verdad. Y el que esté libre, que no tire la primera bomba. Hace años te hubieras esmerado —ya sé por qué— en sacar el ácido, el nitro y todo eso del laboratorio de tu colegio. En casa guardabas tubitos y probetas, cacharros que yo veía por primera vez. Y los mapas en relieve con las montañitas coronadas de blanco. Vi la televisión con un filtro de color, los pies verdes, la cabeza azul, el medio cuerpo ocre. Supe que lo educado era, como vosotros, lavarse los dientes, mejor después de las comidas; mucho mejor de arriba hacia abajo y al revés, no «tocando la armónica». No entraba por la escalera de servicio porque iba contigo, pero tu madre llamaba a la muchacha cuando yo llegaba con las hojas de morera para tus gusanos de seda; las hojas de un árbol, no «¿de una planta como los tiestos?». (A sus pies señora, ignorante y excelentísima señora que sabe levantar la mano para que la besen). Olerás a mí, Güili, se te meterá hasta los tuétanos («ese amigo tuyo no se debe duchar todos los días, Guillermito»); ¡qué razón tenía, excelentísima señora de! Yo tampoco olvidaré el aroma de tu caserón, siempre encerado; ni el frescor ajado y fúnebre de unas rosas que agonizaban en el jarrón de la consola. ¿Cómo podría decir, ni aún por cumplir, a sus pies, señora, a sus lavados y nudosos pies, señora?

Pedro Luis repitió que si ponía el aparato y Loren, ensimismado, añadió que todo eso de los formulismos ridículos terminaría un día, el día más pensado.

—Venga, so cachondos —cortó Paco— y vamos a ver qué dice este «chivato».

—No metáis ruido.

—Habrá que repasar después el plan de mañana: a lo mejor basta con uno para tirarla mientras los otros dos manejan la radio para seguir sus movimientos.

El timbre cesó al hacerse las comunicaciones agobiantes.

—Cierra la puerta y pon una sábana en la rendija del suelo para que no se oiga fuera.

—Se ve salir mucha gente de todas las facultades, camino de esa asamblea. No sabemos si siguen reunidos. Gritan algo contra la policía, lo de siempre, nos insultan. Se oye dar palmas dentro. Hay muchos en las ventanas; nos tira piedras.

(A esa hora, seis y pico de una tarde más de mayo, las piedras tiradas resonarían en los controles de radio, en los partes para una docena de encargados del orden, en el cacharro transistorizado de tres de los cuatrocientos mil jóvenes de la ciudad; de esta ciudad glotona y dura en la que esas piedras se perderían sin mover la superficie en olas agrandadas, sin un eco, sin un sarpullido de picor molesto).

—Presten atención y estén alertas. Si es preciso que colaboren dos busis con ustedes.

—Desde la puerta nos gritan «policías asesinos» y «fuera policías». Ahora cierran la puerta; nos siguen arrojando piedras y otros objetos. Estamos en medio, pero opino que hay poca fuerza, deben mandar refuerzos. Vienen hacia nosotros. Acaban de dar al coche con algo duro, lo han arrojado con escopeta de aire comprimido.

(A esa hora, escopetas de aire comprimido buscarían tres bolitas de anís por un duro, apuntarían a la cinta que sujeta un monito de serrín, una muñeca de plástico o una botella de sidra barata, calentuzca y agria. Las alinearían en el armero improvisado de la caseta verbenera de San Isidro, aguardando al quinto en hora de paseo que se la echa con otros ceporretes a ver quién sacaba «tirador de primera».

Los gatos buscarían bombillas fundidas; los chuletas y los bien acompañados colocarían a la chica delante y afinarían el punto de mira en el clavito que dispara el flash y la máquina fotográfica

(le dio, señor, pero lo siento, tiene que ser en todo el medio para que funcionen); los borrachines andarían tras el tiro al blanco, al tinto, al anís, a la menta y al coñac venidos del más allá en copitas deslizantes con mejunjes de color meado, de color tintura de calzado, sin color, de color verdín y de color café aguado; los cazadores de licencia ajustarían el culatín al hombro, contendrían la respiración y seguirían la hilera de patitos que se les antojaría pichones recién soltados, codornices de vuelo raso en una tarde sin un pelo de viento.

Otras escopetas de aire comprimido, más lustrosas y engrasadas, escupirían los plomitos-cazoleta entre enramadas de acacias. De vez en vez se desplomarían, atravesados, algún verderón, algún estornino, algún gorrión doméstico, mientras los guardias municipales, con su cartera bajo el brazo, cuando mirasen hacia arriba sería para multar por tener ropa tendida en ventanas y balcones o tener el toldo más bajo que lo reglamentario. Solamente el aire, contaminado o no, que se comprime en una escopetilla de la ciudad universitaria escaparía en un derroche sin alegría).

—Mucha serenidad, ¡nada de armas, nada de armas!

—Se ha oído un petardo. La fuerza está invitando a que salgan pero ellos les abuchean y les gritan. Ahora ha salido uno con un banco y se lo ha lanzado a la cabeza de los cuatro policías de la puerta. Desde el segundo les han volcado un bote de pintura.

(A esa hora, una mano de pintura emborracharía de aguarrás el jardín de algún chaletito de Puerta de Hierro, de El Viso o de Chamartín, donde se darían los últimos toques al fuera horda o a la canoa porque el verano se echa encima. Los más entendidos o pudientes calafatearían con buena estopa.

Un bote de pintura, rociada con pistola, daría coloretes pimpantes a los renqueantes cacharros de segunda mano que algún mercado de coches ¹⁰⁶ se quitaría de encima antes de acabar la primavera.

Pintura comprada en pasta y bien removida blanquearía cualquier comedor, como el de Joaquina hace un año, cuando Loren se puso un gorro de papel a lo napoleón y se llenó de pintitas, brochazo va brochazo viene, sin restregones.

A esa hora un bote de pintura amarilla se vaciaría, hasta rebosar, en la maquinilla que de madrugada reforzaría bandas continuas y discontinuas, pasos de peatones y flechas de servido).

—Ahora van varios coches; serenidad, ya han sido avisados.

—Desde el tercer piso han sacado una pancarta. No la puedo leer, lleva como un retrato a la izquierda, a mi izquierda, a su derecha. La doblan y la vuelven a guardar. Se meten dentro. Cuando abren la puerta de abajo se ve el vestíbulo lleno de muebles y a cada estudiante con un palo.

(A esa hora, los muebles llevados por el camión de mudanzas se alinearían bajo las ventanas, aún húmedas del cemento tierno; atarían la polea al alféizar y la soga izaría cada trasto liado en una manta. La barriada nueva de bloques apretados, todavía con una franjita de césped ante el portal, estrenaría recién casados sin muchos muebles y, con muchos apuros, dichosos porque no les habían estafado. Un cine con el nombre de la urbanización, un templo, el supermercado y la calle —híbrida de campo y ciudad— serán los lugares donde la comunidad

¹⁰⁶ A. B. tacha del original «de segunda mano» que aparece en la ed. 1972.

tratará de arraigarse. Muebles de tente mientras cobro, nudosos y contrachapados, condenados a soportar toda una generación y más, serán pagados en religiosas letras mensuales).

—Poneos de acuerdo todos porque se va a dar orden de entrar.

—Aquí no se ve mucha fuerza, estamos solos.

—Van en camino dos microbuses ya, serenidad.

—Otros quieren cortar el tráfico de la avenida. Cruzan un madero.

—Despejad el camino. Usad buenos métodos, antes de intervenir; ya sabéis, los avisos reglamentarios.

—La fuerza está entrando por la puerta pequeña. Ahora salen corriendo estudiantes. Nosotros vamos para allá.

—Recojan todos los carnés, los carnés de todo el mundo.

(A esa hora el manco de la escalera del metro recogerá las miradas de todo el mundo y algunas perras sobre el pañuelo tendido, del que expurga disimuladamente con el muñón los céntimos que caen y echa un par de duros de reclamo. Compañeros lisiados en la Plaza de Castilla, Embajadores, Cuatro Caminos o cualquier estación enseñarán la carne viva para recoger la compasión y algo más. Alguno acabará en el refugio municipal después de ser desinfectado, se escapará y será de los «habituales» de la Dirección General; donde esta tarde compatriotas más afortunados, sin antecedentes penales, con dos fotografías, la cartilla militar en regla, dos pólizas y un sello voluntario de los huérfanos que le habrán vendido a la fuerza, recogerán su pasaporte de un verde tierno).

—Todos los que salen van hacia la explanada.

—Está bien, es el plan previsto. Ustedes detengan al que corra, el que corre es por algo.

(A esa hora siempre correrá un niño por algo; porque sigue al balón o a otro niño, porque ha visto a su padre que llega al parque, porque la madre patalea de prisa sin moverse del sitio; ¡que te cojo, que te cojo! Correrán, por nada alrededor de las sillas del quiosco del parque, donde las señoras se aburrirán tomando un café con leche en dos horas, haciendo punto, rajando sobre si mi niño esto y mi niño esto otro, subiéndole el sueldo a su marido, rebajándose al de la compañera de cada tarde. Cotillearán sobre las liquidaciones,¹⁰⁷ casi saldo, de una mercería del barrio que en el revoltijo ofrece unas prendas por nada y no nada; piezas desvaídas, comidas por el sol en el escaparate, fajas y sostenes de tallas grandes —¿se ha dado cuenta usted?— porque solamente los maniqués de las corseterías céntricas pueden llevar modelitos pimpantes. Alguna indecente, alguna *snob*, cualquiera sabe qué viciosa de repipi empollona, a una mamá aislada y alfilerada por las miradas de las otras, leerá un libro.

Las colegialas, en tarde de jueves libre, canturrearán «al corro chirimbolo, que bonito es; una mano, otra mano, un pie, otro pie...» Las de muñecas harán amigas al minuto y dirán: te junto, no te junto, mamá: esa niña me ha pegado.

Correrán por algo los niños: un cubo, una pala, el pelotón, un pie titubeante y desacostumbrado se cruzará en el otro, caerán como ranos, llorarán más al verse las rodillas rasguñadas, volverán a las andadas. Por la noche caerán rendidos para amanecer en un día más, plagiado del anterior, igual que papá, igual que mamá).

¹⁰⁷ A. B. corrige en el original «liquidaciones» sobre «rebajas» que aparece en la ed. 1972.

—Nos siguen apedreando desde la terraza. Han puesto una bandera. Es un banderón que va desde el último piso hasta la puerta de abajo.

(A esa hora un banderón blanco, cogido con pinzas, otras sábanas, calcetines y enaguas y ropa sin color perderá el sol en los corredores vecinales. Las mismas frases hechas volarán de garrocha a garrocha, de vecina a vecina, antes de que con la caldereta sobre la cadera cada cual se meta en casa para reparar y planchar).

—A ver si podéis sacar fotos.

—Nosotros no llevamos máquina, es el ka-quince el que tiene.

—Id allí a buscarla. Ellos no pueden sacar fotos porque están recogiendo carnés.

—Empiezan a quemar la bandera, ha sido chamuscada. Entraron otras voces.

—Aquí, al pasar por delante de los comedores, nos han apedreado. Somos el microbús. Parecen muchos, llevan pañuelos por la cara, como cuando van a cortar el tráfico.

(A esa hora llevan pañuelos por la cara unos picapedreros tras las vallas rojas y blancas de la calzada en obras, y también los descargadores del aljibe de alquitrán hirviente. Se lo ponen igualmente muchos empleados municipales para descargar los camiones, de macetitas, con tulipanes amarillos, rojos y cárdenos, que trasplantarán a los paseos céntricos para que alegren la vista y mueran intoxicados a los cuatro días).

—Suben por la rampa, de la facultad de abajo. Vienen a unirse a los otros. Nos tenemos que ir de aquí.

—El tráfico está cortado.

—A ver si nos aclaramos porque estáis hechos un lío (pidió el andaluz de la central). Ustedes, ¿quiénes sois? Serenidad, vamos a ver; denme la situación para mandar refuerzos.

—En la esquina de la avenida han detenido un autobús de la empresa y lo apedrean.

—Hay que llevar la calma, emplear la operación Ícaro.

—Nos siguen apedreando, salen en tropel de la asamblea.

—Que la gente coja autobús. A la empresa que envíen todos los autobuses. Cada coche con su paquete. Que les siga el B-1, las cosas con rapidez.

(A esa hora harán las cosas con rapidez, centenares de empleados de banca, de seguros y de oficinas en jornada inglesa, que acuden por la mañana para prepararse el trabajo de la tarde y justificarse unas horas extras. Los amos lo saben y les pagan menos; los esclavos lo consienten y practican este hermoso, cruel, insólito milagro de estar hasta doce horas al pie del tajo,¹⁰⁸ antes de volver derrengado para quedarse apoltronado ante el televisor, en un duermevela que es ronquido en la segunda serte del programa predilecto de los dueños de la emisora: los anuncios. Por la mañana, las cosas con rapidez; el atosigante locutor machacando la hora minuto a minuto a golpe de gong).

—El decano ha venido a vernos y nos dice que nos da permiso para entrar. Dice que entremos, porque es un desbarajuste.

—Que no crucen los autobuses en la calzada. Desviad el otro tráfico.

—Ya están las fotos; varias, por si falla alguna.

¹⁰⁸ Suprimido por censura «Los amos [...] del tajo».

—De orden del jefe que al entrar se recojan todos los carnés, escolar o de identidad, el que sea, y detienen al que este indocumentado. No sale nadie sin carné, ¿entendido?

(Será con carné, apuntó Paco. A Loren le recordó su cuadernito rayado lleno de burradas: para jóvenes de ambos sexos —pedía el Boletín Oficial del Estado— hay que prever el futuro adecuado¹⁰⁹ de los sindicatos —de un ministro—; de los periódicos: en el entierro del cónsul presidió el duelo el arzobispo, a quien le acompañaba su viuda; el conductor que resultó ileso, sufre heridas graves. Chon le animaba: ¿para qué quieres tu imaginación si la entierras ahí, si no la usas? Escribe, escribe, aunque solamente sea para leérmelo).

—Escapan por detrás, huyen al campo. Lo mismo en la facultad de enfrente.

«Se nos ha estropeado», dijo Paco. «No, eso es que están utilizando el filtro que os decía —contestó Pedro Luis—. Ahora que viene lo bueno, estarán entrando, ¡menuda escabechina!»

—Tenemos a unos treinta detenidos y sería necesario hacer algo porque el número aumenta. Los tenemos en la biblioteca en tanto. Hay un catedrático que responde por unos alumnos que dice que estaban en su clase.

—Les tomáis la filiación a todos y les devolvéis el carné.

—Es que son muchos y no acabamos ni mañana. Son más de cien.

—Bien, entonces les coges el carné y se los pones aparte.

Y no te fíes de nadie. Convendría que estéis preparados para que entréis ahora en la facultad de enfrente. De una pedrada han roto el cristal de un coche. Entráis también en la tercera facultad. Me detienen a todas las caras que sean conocidas. Todas las caras conocidas, ¿entendido?

¹⁰⁹ A. B. anota sobre el original «adecuado» que no aparece en la ed. de 1972.

Los más infelices —comentó Paco—. ¿A que no hay ninguno del Sindicato? Loren pensó que alguno de esos infelices escribiría también versos a solas. En tantos años de estar con Laura, ni media poesía, y en cambio aquella noche, al volver después de la conferencia, escribió C H O N de arriba abajo y en el acróstico añadió:

*C aminas ya dentro de mi
H iriéndome tu golpeteo en las venas
O yendo el ruido del silencioso poema
N acido al andar junto a ti.*

Desde ahí, el cuadernito fue perdiendo hojas en blanco. Chon repetía, «no más vago, tienes madera, ¿oíste?», pero cuando Loren se decidió a mirar a los ojos y comenzó a decir «caminas ya dentro de mí» Chon sonrió y preguntó con cualquier excusa, como las señoritas educadas que echan mano del cansancio o del sueño cuando el galán se pone más osado.

—Los detenidos no paran de aumentar. En la clase de la asamblea está todo destrozado. Hay muchos carteles rotos.

—Me cogéis los trozos que queden.

(A esa hora cogen los trozos que aún pueden servir cuadrillas que escarban sobre los montones de basura en Fuencarral, la China o en el desagüe del río por Vaciamadrid. Los trozos que quedan por los pasillos ministeriales los cogen las mujeres de bata azul, y si saben leer se entretienen en juntar las letras —la eme con la i, mi; la ene con la i y con la ese, nis...—, pero se quedan peor que estaban porque no entienden ni jota; lo echan en el carricoche donde vacían las papeleras y siguen dándole al canto y al estropajo.

Cogen trozos en la feria del libro los que piden folletos y catálogos, cuanto más grandes y con más

colorines, mejor. Cogen trozos de gorros, viseras, bolsas de malla,¹¹⁰ cuerdas finas de bramante y servilletas de papel tela los que vienen de lejos a la feria del campo).

—Hemos hecho el registro. Hemos cogido lo que había que coger.

—¿Ha llegado la sava?

—Ahora viene. En cuanto coloquemos a estos vamos a proceder a buscar a otros que sabemos que se han escondido por el edificio. Lo de la escopeta de aire comprimido es difícil. Suponemos que la habrán guardado. Acabamos de dar con otro. Van ciento cuarenta y siete detenidos. De la facultad de enfrente traen unos doce más.¹¹¹ Se observa movimiento.

(A esa hora se observa movimiento en los que esperan junto a la pared porque se escucha por dentro de la puerta dorada una llave que abrirá la «sala de la juventud, sólo tardes, ambiente ideal, dos orquestas, 85, incluida consumición». Parejas tiernas, con el carné de identidad todavía tieso, de estreno, hacen colas tortuosas, entreveradas hoy jueves de ilustres afiliadas al Sindicato Vertical de la Bayeta).

—¿Habrá suficiente con las savas?

—Sería conveniente que enviaran otra cosa, alguno de los grandes. Todas las facultades han sido registradas. Se observan grandes destrozos. A la puerta de Caminos hay un grupo de unos cuatrocientos que nos grita y nos apedrea.

¹¹⁰ A. B. anota sobre el original «de malla» sobre «finas de papel» que aparece en la ed. de 1972.

¹¹¹ Suprimido por censura «Van ciento cuarenta y siete [...] doce más» en la ed. de 1972.

—Preparaos. Metes al busi por delante funcionando. Enchufas al grupo de la puerta, enchufa bien. No entrar ninguno sin recibir órdenes. Que no entre nadie, con el tanque les obligáis a que se escondan.

(A esa hora no entra nadie ya en el museo. Gitanillos desharrapados con su bandeja del rico parisiense, pedigüeños, vendedores de carteles taurinos, abrecoches, mujeres de greñas y otros seres pegajosos obligan a los que salen a esconderse, a escapar).

—Ya corren, algunos se van en pequeños grupos. La calle es nuestra.

(A esa hora, un puñado de quinceañeras revoltosas del turno de la tarde dejan la fábrica cogidas del brazo, al trotecillo de ¡a tapar la calle, que no pase nadie!

«La calle es nuestra», gritan respondones los que han colocado primero dos montoncitos a un lado, dos al otro, y están echando un partido.

La calle del costado de la Iglesia, vacía y fresca, es de una mujer que, sentada en el arcón de los empleados de la luz, sienta sobre sus rodillas al pequeño y le menea a saltitos: Arre borriquito, vamos a Belén, que mañana es fiesta...)

—Si forman grupos grandes, los disolvéis, cargáis, me los seguís hasta el Arco.

—Voy a apearme para ver de cerquita una impresión del asunto; voy a dar una vuelta por el jol.

—¿Está todo dominado?

—Por completo. Los que salen de Caminos desde luego se ve que son los alborotadores de siempre, que no son de la escuela. Están siendo invitados a disolverse. Se nos informa, según nos dicen aquí, que hay algunos periodistas que se han personado y que observan todo esto.

—Avisen a la fuerza que actúe con discreción. Que entre, que registren y que procedan a detener a los que no están documentados o no sean de la escuela. Todo esto con la mayor discreción.

(A esa hora, con la mayor discreción, trabajarían unos periodistas en traducir guiones de cine, en pegar recortes para el director de la siderúrgica, en redactar lemas para una agencia de publicidad, en recibir visitas como jefe —sin súbditos— de relaciones públicas en una editorial de libros de texto. Otros acompañarían en la presentación del último modelo de tractor, en la llegada de la estrella protagonista de la coproducción en la firma del acuerdo comercial, en la inauguración de los nuevos locales, en la imposición de medallas; todo esto con la mayor discreción, como un elemento más de la coreografía).

—Procedemos a vaciar los últimos reductos. El decano de la facultad de enfrente nos dice que todavía hay algunos más escondidos, en las clases que se están dando, así que vamos a esperar a que terminen y detendremos a los que no tienen carné de esta facultad.

(A esa hora los que no tienen carné se hacen unas fotomatón en Postas o en el vestíbulo de la estación. La manía, la era de los carnés. Los más brujuleadores se sacan diez o doce copias porque sin carné no se puede cruzar la frontera, ni ser socio de nada, ni llevar un coche, no ser ciudadano, ni ejercer como periodista, ni aspirar a cualquier ingreso. Cuantos más mejor; se engorda la cartera y cuando la mediocridad llega al cuello y se está a punto de naufragar, se echa el carné por delante porque «usted no sabe con quién está hablando»).

—¿Queda algún foco más?

—Todo limpio. Al ka-ocho se le ha averiado los fusibles.
—¿Los qué?
—Los plomos. Y nosotros nos estamos quedando sin batería. Tendrían que relevarnos por la radio.

(A esa hora tendrían que relevar a los de la radio, a los panaderos, al turno del metro, a la camarera madrugadora, a los carabineros de aduanas. A esa hora la Hermana relevará a la Hermana, y pondrá del otro costado al de hemorroides, tomará la temperatura, rezará sus oraciones.

Mañana viernes, a esa hora, la ciudad, toda la ciudad apretada y desconocida, quizás endurezca su piel con otro día más, ni peor ni mejor. Seguirá la verbena, el pintado, las mudanzas, el manquillo de la escalera, el chico que corre, los buscas, los que mueven el esqueleto con discos a todo trapo, los pedigüeños, las operarias, los periodistas; todos seguirán en sus puestos para representar una función más de la obra aprendida de memoria. Alguien ya rico lo será más, alguien se habrá casado, alguien será solamente tres líneas sobre un muerto en la página de sucesos. Para la ciudad, que ni se enriquece, ni se casa, ni se muere, un día es como el anterior).

—Si no hay novedad, corto.

—No hay novedad, corto.

El Rácano se estiró en el camastro, la nuca sobre los dedos.

—Han caído como moscas.

—Y, además, tontamente. ¿Qué han conseguido?

—He localizado la lista de todos los correspondientes de fuera. Un segundo después del zambobazo se enterará el mundo entero. Si supieran que el FAT somos los tres. Hace falta huevos para cerrar nosotros solitos la universidad. El otro día...

—Mira, Pedro Luis —se incorporó el Rácano— aún no la hemos cerrado, ni siquiera hemos discutido quien va a lanzar la pildorita ahora.

Prefería que fuera Pedro Luis, pero tampoco haría ascos si los otros dos decidían que fuera él. Al comienzo del curso estaba convencido de la inutilidad de esos hermosos gestos; ahora no lo sabía, hoy jueves, día de gracia, más de un mes después de no saber nada de Chon, todo podía significar poquita cosa, no importarle nada. Sin Laura, y ¿sin Chon? Si no le llamaba ni le buscaba, Loren debía de significar entonces un cero a la izquierda; y más valía no volver otra vez a las andadas; aunque ella le rondase y le revolotease, golpeándole por dentro como una codorniz enjaulada.

Todo sanaría un día, sin apenas cicatrices en la memoria. Cuando quisiera echar mano de *Las ratas*, sabría que Delibes vive prestado con Chon, y para de contar. Quizás no podría pasear en una temporada por Rosales sin ver a Chon —a su fantasma— estrenando primavera, recostada en el respaldo de mimbre, ante un zumo de pomelo, la Casa de Campo de contraluz. Olvidaría el Prado, que por fin lo vieron en tardes diligentes de sábado, cuando nada costaba. Olvidaría aquella gira dentro de Madrid. (—Alooo, ¿sí?— Aquí el servicio forestal de plagas y plantas ratitas. Vieron primero el pino de las Gómez frente al Ministerio del Ejército, los madroños de la plaza de las Cortes, los sauces de las Vistillas...)

Todos los apuntes, desde aquel de la noche de la conferencia, hasta las notas últimas de la visita al museo de América, serían cuidadosamente deprendidos del bloc, delicadamente plegados y, con un tacto extraordinario, les prendería una carrera; renglones apretados escritos con el calor del convaleciente a quien vuelve a entrarle por los ojos el sol limpio y blanco del papel perdido. ¿Por qué engañarse? Eso sí le había costado, eso sí podía tener mérito. Ser corrosivo suponía un estado de ánimo habitual; no decirle que no a Paco cuando contó con él para dar ideas y poner en marcha el FAT tenía bastante de inercia aventurera, de tocador de palillos que repica en uno más, de decepcionado que se deja llevar por lo único en lo

que puede creer: esa fuerza destructora. Escribir no era tan fácil; fue un reto de Chon.

—Tu amigo tiene razón; debes escribir.

—Hablas como un jefe de relaciones públicas, dando la razón por las buenas, como se le da a... Estoy un poco loco pero no soy un niño.

—¿Eres un erizo con todos? Busqué en la hemeroteca todos los periódicos de entonces, cuando la turné. Y encontré tus reportajes. Calamidad, por eso te digo lo que te digo, ¿oíste?

Los sesos se aplanaban, echaba la falleba de la ventana del patio, mordisqueaba el bolígrafo por detrás, se le iba la vista a cualquier hoja de las muchas sueltas, anotaba una idea, le ponía delante un guion, salía a buscar un vaso de agua, intentaba concentrarse, escribía, tachaba, la cadera dolía, tachaba, aspaba la cuartilla de dos trazos, la convertía en una pelotita, y otra blanca esperaba el desentrenado Lorenzo Luján.

La senderita de un renglón de corrido, dos más sin apoyaturas, sin titubeos ni vueltas atrás, el pulso ayer agarrotado se soltaba cada día más firme, arriba las eles, abajo las pes, uno-dos, flexión, carrerita, rápido, ágil, salto de longitud en las eses, triple salto en las emes, el listón de la altura en la te, la jabalina en el punto de las íes; ritmo, uno-dos, aspirar, espirar, pensar, fluir, correr.

Con la excusa de su famoso tema de la felicidad, Loren preguntó de pronto a Chon que si se volvería a casar de poder tener otra vez dieciséis años, sabiendo lo que sabe.

—No sé, es absurdo pensarlo; la ventaja de la soltera es que puede dejar de serlo; la casada, no. Déjame ver... No sé. Entonces era una niña, no sabía bien lo que hacía. Una niña, eso, una cría llena de ilusiones, como hoy.

Loren entró en una farmacia y compró un chupete con florecitas rosas para la niña Chon. Se partieron de risa, se lo pasaron de uno a otro sin hervir, sin miedo a los microbios; y los que con ellos se cruzaban se bajaban de la acera para mirarlos más descaradamente. Chon lo guardó en el bolso, y volvieron por el mesón de las sardinas escabechadas.

Todo eso ardería, como los apuntes. Las cenizas se aventan y años después —en el purgatorio, en la celda, dando clases en un instituto, por los veladores de vagabundos— nada recordaría a Chon. En este momento todo recordaba a Chon; incluso la machada de la bomba. Si a Loren le tocaba tirarla, en el último instante, cuando alumbrara el fogonazo de que algo irremediable va a estallar, se agarraría a lo único hermoso, claro en la oscuridad, lo más desazonante, enigmático y cálido de toda la Tierra, de todos los tiempos: Chon.

—Mañana a las once discutimos quién se los carga y así podemos dormir tranquilos esta noche los tres. Cuidarla con mucho cariño, majetes.

—¿Está lista?

—Le he puesto el fulminante del amigo, de ese amigo vuestro. Cierra a rosca, cuidadito.

—¡Como falle eres hombre muerto!

—No te acalores, macho.

—¿Dónde la has puesto?

—En la estantería, detrás de los diccionarios. Aunque lo mejor será que vaciéis la cisterna, cortéis el agua en la llave de paso y la escondáis arriba. Es el sitio más seguro.

—La Joaquina tardaba dos minutos en descubrirlo. ¿No ves que el retrete es para todos?

Aquel retrete para todos, tan incómodo como el del instituto, colocado de cornijón bajo el ventanillo estrecho, casi una tronera; con una taza desconchada: quizás la única del mundo en la que se hacen aguas menores y mayores por detrás, por el lado de la tubería, para estar de espaldas a la rendija de la luz. Al alcance de la mano, un clavo que atravesaba las hojas del periódico partidas en cuatro; en el rincón de la derecha, una latilla de melocotón con la escobilla de raíces que todos debían utilizar al acabar; en el de la izquierda, un lavabo amarillento que Joaquina desatrancaba por arriba con aguja de ganchillo.

Joaquina hubiera colocado una silla, un tarugo encima y se hubiera subido para meter el brazo a tuestas

y comprobar por qué no corría el agua. Hubiese sido la primera bomba que veía en su vida; la hubiera sopesado, remirado, quitado el capuchón para comprobar si era un matarratas, un frasco de betún de esos modernos que brillantan sin quitar el polvo antes, una pesa de romana. La mañosa Joaquina hubiera tirado de la cinta...

—Allá vosotros, yo me largo ya.

—Habrá que dar los últimos retoques a la hoja.

—Sigo pensando que podíamos repartirlas en los autobuses. Porque mañana seguro que las facultades están con grises armados hasta los dientes. Después de lo de hoy, seguro que meten otra vez a la poli dentro, como si lo viera.

—Mejor, así tenemos vía libre en el pabellón de gobierno. Ya veremos después lo de las hojas.

—Y en el fondo —se volvió a echar el Rácano—, el rector es un tío pistonudo.

—¡Otro títere, un carca reaccionario, un tipo! ¡Se va a enterar ese de lo que vale un peine!

Loren le respondió al Batallitas que Güili también se ponía así de farruco antes de que un gris le echase la zarpa encima, pero que luego, ya ves. Pedro Luis, que no conocía al Rácano ni por los forros, llegó a pensar que lo decía por rencor, por despecho, por resentimiento y por rabia hacia Güili. Lorenzo se sentó sobre el borde del somier.

—Te equivocas en lo que estás pensando, mai diar.

Pedro Luis no preguntó en qué ni por qué sí; sintió transparentes las madejas de su cerebro.

—Güili es un litri que jugará a dar disgustos a papá hasta que papá, o Laura, se cansen, y le den un enchufe para que se deje de historias. En su club «yo fui un revolucionario», y ese progre ¹¹² se volverá para no saludarnos cuando le tropecemos alguna vez, entre otras razones porque tú y yo

¹¹² A. B. anota sobre el original «ese progre» que no aparece en la ed. de 1972.

seremos los chupatintas de cualquiera de las sociedades que él presidirá.

—¿Lo ves cómo le tienes hincha? ¿Dirás que no nos ha ayudado un montón?

—No lo niego. Es cómo irse de vagabundo a la India, vestido de harapos y mezclado con los muertos de hambre, para sentir su dolor, su miseria y sus reivindicaciones. Pero con una leve diferencia: cuando se te antoje mandas un telegrama a papá y te envía un billete de vuelta y un cheque para los gastos.

—No se puede hablar contigo, macho, ¡qué café!

—Tú sabes que sí.

—Déjate de ejemplos chorras y reconoce que Güili ha dado la cara como el primero, aunque yo no le trague.

—¡No me seas iluso, Pedro Luis! Ha sido el primero a la hora de dar el dinero de papá o de prestar el coche que le compró papá; porque eso no le cuesta nada. A la hora de atacar en serio y sin que nadie le arroje, se caga; fíjate ayer.

—Allá vosotros con vuestros líos de faldas.

—Te repito que estás muy equivocado: lo de Laura es otra historia sin historia que no tiene nada que ver con todo esto.

—Si tú lo dices, mutis.

—Dejaos de discutir memeces —cortó Paco—. Tú, Loren, ni que hubieras comido lengua.

—Conviene dejar las cosas claras y en su sitio. Mira, lo mismo te digo una cosa que otra: si yo fuera Güili le partiría la boca al periodista ese.

—¡Es una putada de Bigotes!

—¿Y eso no está castigado por el Sindicato o por quien sea?

—¿El qué? ¿El no callarte algo que sabes porque te lo pidan por favor? Si el padre de Güili quiere y se mueve, quizás llamen al orden al periódico y al periodista, pero en resumidas cuentas, lo escrito, escrito está; no hay quien lo borre.

—Al padre, seguro que le ha escocado más que a Güili.
—A Güili le viene de perlas. ¡No va a fardar ni nada!
—Venga, no saquéis las uñas otra vez; que estáis a la que salta.

—Te repito, Paco, que no deja de ser una faena, conociéndole el periodista como le conocía.

—Podríamos hacer algo.

Paco propuso escribir una carta abierta al director.

—Ya sabes lo que iba a limpiarse con ella.

—¿Se te ocurre algo a ti?

Loren se esforzaba en encontrar una represalia, en que vieran que no le dolían prendas. Dijo Pedro Luis:

—Lo mejor es llamarle cerdo claramente.

—Podemos verle en la Redacción.

—No recibirá. ¿No le dio su número a Güili? Podemos telefonarle, sin decir quiénes somos: llamarle cerdo, soplón y chivato, y colgar. (Pedro Luis)¹¹³

A Paco le pareció un poco un juego de niños, pero se ofreció para hacerlo él primero.

—Al rato llama uno de vosotros, y después el otro.

Pedro Luis aconsejó tapar el micrófono con un pañuelo para desfigurar la voz.

—¿Y el número?

—Yo tampoco lo tengo, pero con ese apellido tan raro vendrán pocos en la guía.

Marcó Pedro Luis pero Lorenzo quiso demostrarle que en lo de Güili un asunto era su señoritismo, otro Laura y otro bien distinto el caso del periodista, al que debían escarmentar como cosa propia.

—Dame.

El zumbido del pilí dos veces más, y descolgaron al otro lado:

—Alooo, ¿Síf?

¹¹³ A. B. anota sobre el original «(Pedro Luis)» que no aparece en la ed. de 1972.

Un sudor de mano exprimida resbaló por el aparato que Loren apretaba.

—¡Díselo y no pongas esa cara, macho!

Con acento más apremiante, tan cálido, tan acariciador, la voz repitió ¿sí?

—¿Está o no está? Venga, Loren no seas un rajao.

Le ardía el oído, quemaba el auricular, escocían los ojos del salitroso sudor repentino.

—¿Está, está el periodista?

—Ahorita no; ¿quién le llama, por favor? ¿Quiere dejar algún recado?

—Dígale... (colgó Loren). Se ha cortado.

—Mañana, a las once, estoy aquí como un clavo, mai diar. Chao a los dos.

Tras el frescor del portal, una bocanada pastosa recibió a Pedro Luis en la acera. Los grandes almacenes habían sacado mesas con saldos, hasta el mismo bordillo; un turista se volvía loco de mirar el plano y el rótulo de la calle; tres niños se enchufaban con sus pistolas de goma que llenaban en una boca de riego; las madres que esperaban el jueves para comprar zapatos, sacudían unos sopapos a sus hijos cuando golpeaban a cualquiera con los globos recién regalados; las parejas no se cogían de la mano por el calor; y los poceros descamisados que subían con el torno las seretas de tierra amarillenta moreneaban por la espalda.

El Batallitas volvía a soñar con veinticuatro horas después, cuando ya podría escribir unas memorias —si tuviera la facilidad de Loren— en las que explicaría con fundamento cómo conseguir el triunfo en la lucha por la libertad. Se sentía con pasta de héroe. Echó a andar decidido, acera abajo, sin saber dónde matar la tarde.

El de paisano, que le había seguido toda la mañana, le adelantó en la esquina y se levantó la solapa izquierda. Era la primera vez que Pedro Luis veía tan cerca una plaquita dorada con el escudo y unos rayos abriéndose desde el centro.

Sin querer, se olvidó de que más de una y más de diez veces había estado perfilando historias para salir de pasos como este. Ofreció sus muñecas a las esposas y se musitó con cuidado avergonzado de que el otro no lo oyera: «La Historia me juzgará».

Un niño estalló un globo rosa al arrastrarlo y la madre le sacudió los últimos cogotazos de la mañana.



Aquella misma noche del jueves, mientras Paco y el Rácano buscaban una coartada para la mañana del día siguiente, un motorista de polainas de cuero y matrícula oficial salía con trece sobres del portalón del Ministerio. Paco pensaba que lo mejor era hacer correr la noticia en cuanto al rector y la mesa de juntas hubiesen volado; pero Loren opinaba que para cubrirse las espaldas podían aparentar estar enfermos por la mañana, decirle a Joaquina que se quedaban en cama y volver a llamarla desde ella en cuanto regresaran.

Por el patio llegaba la musiquilla del último telediario, justo cuando el motorista esperaba el «recibí» firmado de un sobre entregado en un periódico, en uno más. Hizo el recorrido acostumbrado, que siempre remataba en el de General Pardiñas.

A Loren le repiqueteaba el «alooo, ¿sí?». La ventana abierta, la puerta con una silla delante, pero ni una brizna de corriente.

—¿Te vistes?

—Voy a darme una vuelta; aquí se asa uno vivo.

«Busqué en la hemeroteca...», ¿cómo no ha caído antes?; solamente saben su nombre los del oficio. Para qué volver a darle vueltas, olvidemos a Chon.

Bajaban con mucho tiento, cogido con sogas medianas, a un vampiro verdusco, de colmillos exagerados, desde la fachada del Rex a la acera. Pusieron en su lugar a otro drácula más menudillo, con una galería de bustos de

mujeres descotadas. Lorenzo buscó el lunar en el cuello de la tercera por la derecha, la pelirroja sonriente; pero no era pelirroja ni había lunar alguno, y él lo recordaba como si lo hubiera visto hace un rato. Fue seis o siete años antes, una mañana de novillos; andaba triste y la pelirroja del lunar se confundía con un retrato de su madre. ¿Se había confundido entonces o era en estos momentos melancólicos cuando relacionaba una imagen con la otra? ¿Por qué acordarse de su madre si no conocía ninguna foto de ella con lunar?

A tía Carmen también le descubrieron que las náuseas las había sentido antes, aunque no se le repitieron insistentemente hasta el momento en que comprendió que ella no se hubiera casado con el hermano del jefe de no haber insistido, y de qué forma, su madre. Después de sondarla para que orinase, la llevaron a un pabellón siquiátrico; por eso no la localizó en el hospital. «Tu tío ha alquilado la casa; sube si quieres», le dijo la portera. Abrió una gordinflona, de buen papo: «¿Viene a recoger el transistor? Dicen que lo ponía a todas horas. ¿La conocía usted? La portera va diciendo que está chala perdida, medio histérica, y que por eso la han tenido que meter en un manicomio».

También los médicos le dijeron, cuando fue a verla —y les pidió que le explicasen, porque en cuanto acabase preu pensaba hacer medicina—, que todos los trastornos físicos eran de carácter psicógeno. Le hablaron de reacción, de conversión, de neurosis, de descargas emocionales, de situación-límite, de algo triste que palpaba por primera vez. Sintió el primer peso.

La fulana de patorras con michelines y blusita calada aireaba el bolso como una cachiporra mientras que unos ocho pasos detrás se la comía con los ojos el pelón con pinta de tercer imaginaria. Se contoneó despacio como un trasatlántico y se volvió descaradamente: «Guapo, ¿qué?». «¿Qué buena estás, mecachis!». «¡Corta ya, o afloja la pasta de una vez, guapo, y vas a saber lo que es bueno!». «¿Cuánto?». «Trescientas; la cama aparte. ¿Paro un taxi?». «¡Dónde vas, exagera; ni que fueras

la Cardinale!». «¿Hace o no hace? Y si no, carretera y manta, guapo; venga ya, que me espantas la clientela».

Tanto, ¿hace o no hace? «Esa es la condición», sospechó Loren que le diría Laura a Güili. Tanto; es decir: aprende de Loren y de su amigo el paleta que tienen lo que hay que tener, y se la están jugando. Y una vez más Güili cerraría el pico porque el precio de dar gustito a Laura no era muy caro; hasta acostumbrarse, aguantar las ironías de Loren, el vendaval tartaja de Paco; exponerse a tener que echar mano de su padre si el asunto se ponía feo. Pero Laura claudicaría; Laura ya no le hablaba de Loren a todas horas, Laura era más comprensiva con él desde la vuelta de Ceuta. Loren tocó fondo; ya sabía lo que quería cambiar Güili; ni mucho menos cambiar la puñetera sociedad que tan bien conocía, simplemente quería conseguir algo: a Laura.

Lobos de la misma camada. Otra vez Chon, su recuerdo. Sí, el patilludo del mismo pelaje que Güili. «Estaría de bigotes que le pusiera yo un par de adornos»; pero se arrepintió en seguida de haberlo pensado, porque Chon era una pieza aparte que no encajaba en aquel mosaico. Estaba hecha de sinceridad, sin dobleces, dulce como el pulque sacado del tronco de la pita, mustia porque era una planta enclaustrada que ansiaba el sol, que alargaba su corazón hacia la luz. «La llamaré cuando todo haya pasado —pensó Loren— a la semana que viene o así, a ese detestable teléfono y le diré que sé a nombre de quien está, ya sé por qué mientras sigas ahí no perderás nunca la sonrisa a medio camino de Gioconda, ya sé por qué tus ojos azules siguen arenosos; porque solamente puede llamarse infierno a la casa compartida con un sujeto como tu marido». Y empezaría a contarle lo de Güili. Y su motorcillo de maquinar y de hacer feliz se pondría en marcha.

Al fondo del escaparate de la ferretería, tras las sartenes pulidas y las raseras de agujeros artísticos, el espejo le devolvió unos ojos brillantes. «Chantajista». Se justificó con que, lo juraría, ella estaba deseando oír: «¿oíste?, lo

esperaba desde el primer día; siempre he estado segura. ¿Por qué hemos esperado tanto, tontarrón, timidón?». Está bien, olvidemos a Güili, sería una venganza pensando en él y su faena; está bien, dejemos al patilludo, no es el único traicionero del mundo; la llamada no ha existido, Chon sigue siendo Chon a secas y a solas. ¿Qué importa que esté casada o no? Sentiría lo mismo si ella fuera soltera, viuda o manca. La llamaré, no la semana próxima no, mañana, después de todo, confesémonos, a capítulo cerrado. ¿Sabes por qué soy un flan, sabes por qué estoy como una guitarra más que como unas castañuelas, sabes por qué ya no puedo decir que todo me importa un comino; sabes por qué quiero quemar la amargura del tiempo envenenado?

Canto de guitarra o no sé cómo lo titulé, silabeado con los dedos para que fuera de once. Escribí:

*Era sexta cuerda, bordón dormido
sobre el brocal del corazón oscuro.
Me acariciaste, un roce presentido,
y el vado deseo de amor puro
se llenó de tu son, estremecido.*

¿Cómo se puede estar harto de una sola vez de la piel con piel con Laura, y en cambio desear tanto otro roce, el primero, mil caricias, el beso de Chon?

La cadera le punzaba. Ella se colgaba de la nuca para besarle mejor; siguieron fundidos cuando el sereno sacudió bien el chuzo al cruzar el pasaje de Montestoril. La pareja de extranjeros no se espantaba («ni darse por aludidos»), y el de la gorra de plato y el guardapolvos con hombreras remoloneó a unas palmadas para darse una ración de vista más cumplida. Loren se subió a la plataforma, echó la peseta y la aguja cuenta kilos tembló en los 54. «Estás hecho un canijo». En la chapita de detrás se leía *made in England* y en la pared, placas de *second floor, American Visitors Bureau, hauté coiffeure*, y en el cartel con media verónica

y una manola de un escaparate de agenciar *Bullfight and flamenco tours*.

Loren pensó instintivamente en los tres autocares llenos de congresistas de treinta países cuando asistieron a una «juerga flamenca» en un tablao desangelado. Jerez aguado repartido como la leche de los americanos, cuatro pintarrajeadas con bata de lunares, el marica aquel jaleando al guitarrista «¡vamo Manué, que te han traído la Onu!». Una voz desagradable y mandona: «Por favor, diríjense a los autocares correspondientes para seguir la fiesta en otro tablao típico. *Please, ladies and...*». Y tras el último, un poco achispado, que quiere una castañuela de la morena y saca *five dollars*, las luces se apagan, el cuadro flamenco se muda, el encargado deja de dar las buenas noches serviles: «estos de las agendas cada día los buscan más tontos; valiente chusma».

Se harían socios del Hogar Canario, si a Chon le apetecía. O mejor la idea que le rondaba desde lo del periódico: irse fuera —ahora acompañado— y empezar en cualquier país. El martes no, esta noche, sí; ya sé quién es, qué es, por qué sus ojos buscarán mis ojos. El círculo se había cerrado: y ahora soy una balsa para tu naufragio, una balsa sin lastre; Laura en su sitio, yo en el mío, a tu lado; el océano por medio.

Días atrás, en la encrucijada de la Gran Vía con la calle Ancha, ráfagas de cuchillos afilados en la sierra calaban sutiles hasta los huesos; pero hoy mayo era julio y a Loren le hubiera apetecido encontrar ya un puesto de helados —y un duro— porque ardía casi tanto por fuera como por dentro. Loren se entretuvo en el fresco vestíbulo repasando la cartelera de arte y ensayo y los murales del York Club, siempre con su Perla del Caribe, su Zoraida, su Terremoto Antillano. El portero de chaqueta azulita, los taxis en triple fila, Juana la cerillera con el plástico por las piernas y hoy, al ladito del ombligo de una «*vedette* venida directamente del Folies Bergere» (no se sabe si de dentro o de la acera),

una olvidada octavilla pegada con engrudo pide para el 28 de junio «la familia en el corazón de Cristo».

Fueron cerrando cafeterías donde no sirven más tinto que el Paternina ni más blanco que el Motiles. El sereno sesentón apagó el escaparate de la librería donde la foto del último Nadal coronaba una escalinata de peldaños con idéntica portada, y se sentó en un banco municipal, a la luz de una farola-jirafa para seguir repasando ilusionado el código de señales que le habían prestado en la auto-escuela. La mujer del carrito rebosante de libros, a escoger y revolver, sacó de debajo del tablero, como cada madrugada, unos cuantos prohibidos; malos y menos malos. Recogió el de la cortesana Fanny Hill que le devolvía el guardia de servido en los Sindicatos y le prestó el *Trópico de cáncer*.

Unos camareros en camisa esperaban en Callao las primeras camioneta-piratas de la trasnochada: que si el tiro aquel, que si el cañonazo, que si el zambombazo, que pudo ser gol el segundo, que no se cagaba en el padre del árbitro por no darle una pista, que si pudimos ganar, que el partido de vuelta van a ver. Otros, más viejos, despotricaban del trabajo, del sueldo, del encargado, como si fuera una obligación meterse con ellos, convencidos de que era así y seguiría siendo así. Los obreros del camión gris-lechoso del PMM descargaron los mástiles, les clavaron las banderas y los plantaron en los hoyitos de la acera, que otros habían perforado de zancada en zancada.

Loren cruzó hasta los sótanos y echó la otra peseta. Giró un disco, sonó el mazazo y la báscula escupió un cartoncillo con la flecha entre 51 y 51,5 kilos. «Estoy apañado». Por detrás Lola Flores parecía haberle robado los otros tres kilos.

Cuando Loren echaba hacia atrás la colcha desflecada para dormir solamente con la sábana, como en pleno verano (Paco aconsejaba: «encima, en porretas»), los jefes de noche de los periódicos habían llamado a talleres para que dejaran un hueco en primera, habían avisado a los

redactores de universidad o pedido al archivo datos sobre el último cierre, ocurrido quizás —la carpeta lo dirá— antes de la guerra.

En cada sobre, el folio electrocopiado repetía un texto que el viernes reproducirían todos los diarios, después de adatar que la Junta de Gobierno de la Universidad les remitía la siguiente nota:

«Ante la situación creciente de desorden e indisciplina que se observa en la universidad, haciendo imposible el desenvolvimiento de la labor académica, la Junta de Gobierno, en sesión urgente y extraordinaria del día de hoy, ha acordado la suspensión de las clases y demás actividades académicas en las distintas facultades, así como proponer a la superioridad que adopte con toda urgencia las medidas oportunas para garantizar en los centros docentes el orden que haga posible la continuación de las actividades encaminadas al cumplimiento de los fines universitarios».

Viernes

Rascó la hoja —acanalada, treinta servicios, *made in Canada*— en los cuatro pelos remojados en frío de Paco. La tufarada de aceite frito y estomagante de la churrería se arrastró por las paredes del patio, donde dos cotorronas se aconsejaban para que la hornilla les tirase cuando el sol caía de plano. El Rácano decía que se pondría la camisa y los pantalones más vulgares y los zapatos gastados «por si las huellas». Paco buscó una hoja de periódico para liar después el artefacto. Joaquina asomó para encargarles que dejaran recado si iba algún cobrador, porque salía unas dos horas «depende de la cola. Primer viernes de mes en Jesús de Medinaceli, danos la paz y salva a este mundo pecador».

—Me voy, me voy que hoy el que no corre vuela, y luego me toca esperar. Quedad con Dios.

Paco repitió una vez más que era la fe del carbonero; que ni fe ni nada, un modo de estar, una rutina, como responder «Jesús» al estornudar. Guardaba estampas con reliquias en agujeritos, llevaba escapulario, ponía por los Santos una lamparilla, con corcho en las puntas, flotando en el aceite de un vaso de agua. Loren la entendía ahora mejor porque, de carbonero o no, tenía fe; una fe sincera, convencida, sin el paripé de la madre de Güili.¹¹⁴ Tener fe en algo —o alguien, Chon por ejemplo— es sentirse nuevo, es formidable, se dijo Loren.

¹¹⁴ A. B. suprime sobre el original «..., por ejemplo» que aparece en la ed. de 1972.

Paco la sacaba de sus casillas con los primeros viernes de mes, el que quisiera las misas en latín y los curas con coronilla.

—Esos curas que en cuanto cuelgan la estola se tiran a la bartola —dijo Paco.¹¹⁵

Loren buscó entre una montonera de papeles sin ordenar el recorte que le había prometido. Era un estudio científico de una revista de jesuitas, en el que quedaba claro que el celibato «es el único motivo importante que impele al catorce coma dos por ciento de los actuales sacerdotes a dejar su profesión». El estudio se había realizado con ciento quince exsacerdotes, otros tantos exestudiantes de Teología, veinte sacerdotes y treinta y tres estudiantes actuales, además de encuestar a sesenta y un especialistas.

—¿Lo ve, Jo Joaquina?

En el informe se lee: «En mi muestra española algunos sacerdotes dicen haber fallado por «el ejemplo de otros sacerdotes». En un país sajón he entrevistado personalmente a una mujer casada que había hecho caer a nueve sacerdotes, y se comprometía, por una cierta suma de dinero, a hacer caer, en un plazo inferior a mes y medio, a cualquier sacerdote que yo mismo determinase. En su opinión, no hace falta nada especial, sino proponérselo. «Los sacerdotes que tienen una oportunidad fácil —dijo— son tan débiles como cualquier otro y hacen lo mismo que los demás.» Asimismo en otro país sajón he conocido tres sacerdotes participando conscientemente de la misma muchacha, a quien pagaban entre los tres».

Paco la azuzaba con historias parecidas a esa y otras del seminario, que él perdonaba si la carne andaba por medio.

—¡No me lo creo, hereje, que eres un hereje!

—Y el coadjutor, ¿qué?

Joaquina le había visto confesar con sotana y otro día, con pantalón y jersey de cuello vuelto, tomar unos vasos diciendo coño y cacho cabrón, entre unos mecánicos.

¹¹⁵ Suprimido por censura «Esos curas [...] dijo Paco».

—Más valdría que se mirase su conciencia, ese también, ¡que tiene una caradura que Dios nos libre!

—Joaquina, se acabaron los tiempos de conseguir cristianos a lazo, pidiendo con la hucha la cabeza de un negrito.

—Tú qué sabrás, hereje. ¡Qué tiempos, Jesús, Jesús, sin tanta maldad!

—¡Con tantos hipócritas!

—¡Qué lengua! ¿Eso te han enseñado?

Loren apaciguaba. ¿Qué importa el hombre, un hombre, si hay otro hombre convencido de lo que dice y predica con el ejemplo? ¿Por qué esa sensación de querer acompañar a Chon el domingo cuando fuera a misa? ¿Sabría siquiera cómo se responde ahora, cuándo arrodillarse, cuándo cantar, si es que se cantaba?

La pelotera solía acabar siempre igual: con aquellos tiempos en que por una peseta comías a tutiplén, dos pesetas un viaje en simón, con tan pocos coches, tan a gusto.

—Tan a gusto para los que tenían coche, para los señoritos. Ahora les seguimos manteniendo, pero se tienen que aguantar, la calle es de todos.

Joaquina se lo tomaba a pecho; al día siguiente, todo olvidado: si el calor apretaba, aconsejaba «chapotéate con agua las venas por dentro de los codos», si no había gaseosas de papelillos, sabía prepararla con agua, bicarbonato y vinagre; si decía: «es que no cunde nada» ya se sabía que pedía ayuda. Lorenzo echaba una mano, esta noche del viernes remover con el mango de la escoba el jabón que harían en el barreño, lo echarían al cajón, lo dejarían endurecer y lo cortarían después con un alambre.

—Entonces, si te viene bien esta noche, Lorenzo, luego compro la sosa.

Esta noche todo sería posible ya: la bomba desgajada, el pabellón volado, ellos detenidos, ellos muertas, ellos tan tranquilos, la obsesión aflojada, estas pequeñas tonterías con otra dimensión.

Una emisora dio la temperatura, en sus estudios, de las nueve de la mañana. El Rácano abrió su libro: el nabo: hojas glaucas, rugosas, lampiñas, Chon llenaría la terraza de macetas, partidas en tres lóbulos oblongos las radiales, compraría un rosal, y enteras, lanceoladas y algo envainadas las superiores, las regaría, buscaría esquejes. Aún puso más nervioso a Paco: «Primero te confiesas, y ahora, tan tranquilo, ahí me las den todas». Rin-rin.

—Cógelo, será Pedro Luis con alguno de sus chismes.

Loren escuchó como si le hubieran sacado de la cama otra vez, la nuca almohadillada, las sienes tirantes, ardiéndole el cielo del paladar. Era Chon.

—¿Eres tú?

—¿Quién si no, calamidad?¹¹⁶ ¿Tienes un ratito libre, ahora?

—Ahora, bueno, sí y no. A las once tengo una reunión, pero todavía son las nueve y cinco. ¡Sí, claro!

—Necesito verte.

—Yo también pensaba llamarte. ¿En los buzones, dentro de un cuarto de hora?

—Te estaré esperando.

Se puso el pantalón sin abrochar la bragueta, los zapatos sin calcetines, cogió la llave, el tacón-monedero y un pañuelo limpio —«enseguida vuelvo, no os vayáis»— y saltó de descansillo a descansillo en dos zancadas. Subió a contramano, por la izquierda, entrechocando. Montera arriba. Tomó por la red de San Luis, ¿qué se habría puesto?, Caballero de Gracia abajo. Lo único cierto es que había llamado, lo demás son suposiciones calenturientas. Descabelladas o no, alguna de ellas sería verdad; tenía fe, ese motorcillo que todo lo mueve, incluidas montañas, se ponía a funcionar. Si anoche había reconocido su voz, si el marido le había contado lo de Güili —y Loren por medio—, podía significar despedirse con las cartas boca arriba: Chon

116 A. B. anota sobre el original «calamidad» que no aparece en la ed. de 1972.

no defendería al periodista traicionero, pero trataría de que Loren le comprendiese, de que para lo bueno y para lo malo, lo unido por Dios no lo van a separar los hombres.

Era el temor, temor estúpido. Porque ¿si ella lo había pensado bien, si ella sentía por Loren un come-come creciente desde hace un mes, si por fin rompía con todo y se le echaba al cuello?

Oficinistas, burócratas que habían firmado la lista de puntualidad una hora antes bajaban a las cafeterías —solos, en parejas, en tropel, cortado por el mismo patrón— para desayunar lo de siempre. Cruzó delante de Dólar hacia el Círculo de Bellas Artes; con sus ventanales todavía velados, sin sillones ni viejos de zapatos blancos a la puerta. Si ella también estaba enamorada, todo se arreglaría, podrían alquilar un piso en uno de esos barrios-dormitorio casi más cercanos a Segovia o Ávila que a la Puerta del Sol. Buscaría trabajo o andaría de francotirador ofreciendo a los redactores jefe sus propios reportajes, como un chico de agencia; Chon trabajaría de bibliotecaria, dando clases en alguna academia de barrio, serían señor y señora, iniciarían el largo proceso de la Rota.

Colas en el despacho de la Renfe, jóvenes de macuto oliváceo reposando el polvo del camino sobre bancos castaños; turistas tempraneros —ellos comprando periódicos, ellas ojeando postales—, vendedores de planos de Madrid en acordeón, viejecitos repartiendo el manojito de octavillas para ir al El Escorial y al Valle de los Caídos por 300 pesetas. Le contaría lo de la bomba y ella diría que sí, adelante, empecemos con un deseo limpio, hermoso, de algo mejor. O Chon diría que no, piensa en sus familias, suponte que muere la secretaria, a la que ni le viene lo que allí se está tramando, ¿oíste?

Rompería los pensamientos contenidos desde la tarde de la conferencia, saltarían a borbotones, como estos viandantes cuando el semáforo amarillea para los coches. Entre los limpias adormilados sin nadie sentado en la

silla de tijera porque la mañana anda encapotada y, de no despejar, adiós negocio; entre los dos quioscos con colas de autobuses entrecruzadas; delante o detrás de los urinarios-refugios; junto a la cabina de teléfonos sin guías; en cualquier sitio de la acera-plazoleta de Cibeles hubiera podido colocarse una señora con cestillo repleto y Loren hubiera comprado sin reparos una flor cortada.

Una cabecita entre todas se aupaba para distinguirle entre la avalancha del cruce; dio unos pasos hacia él y esperó como una Gioconda de ojos ya brillantes. Loren retuvo la mano y con la izquierda le sujetó el brazo.

—Quiero hablar despacio; si te da tiempo, vamos a dar una vuelta por el Retiro.

Dejaron el utilitario en el paseo de coches y echaron a andar hacia el estanque por el sendero con la costra de tierra acabada de mojar.

—¿Te acuerdas cuando decía que dudabas de todo porque no creías en nada? Han sido unos días terribles, pero ahora estoy segura, creo que estoy segura. Ven, siéntate.

A Loren le hubiera apetecido declararse como en los folletones, la rodilla en el suelo, las manos juntas, los ojos en blanco, te quiero, ¿me quieres?, te amo, mírame, tesoro, te juro amor eterno, oh, oh. Chon se echaría a llorar y el guarda, color café con leche cargado, andaría al acecho.

—De verdad que todo ha cambiado en el viaje a Valencia. Te hubiera llamado, quería llamarte pero, no sé, no estaba segura, tenía que esperar.

Aquella mano del meñique chiquito sobaba un botón, mientras una algarabía de gurriatos, gorriones y jilgueros sin domar bajaba de las copas; y el guarda del barboquejo a lo picador seguía de palique con un barrendero de escobón desmochado. Loren pensó que para cogerle ese dedito con un dedito, como un eslabón, bastaba con que le insinuara que significaba para ella más que un simple amigo.

—A ratos quisiera estar sola, otras veces contárselo a todo el mundo. Desaparecer, porque me da una vergüenza

terrible, como si fuera una mujer de cincuenta años y me señalasen por la calle, ¿te lo explicas?

—Pero, ¿realmente? —tembló Loren.

—Estoy segura, soy como un despertador de regular. Y desde hace cinco días... Tener otro hijo, ¿oíste?

Los montoncitos de cartas repletos de proyectos y encarrilados al futuro se empujaron como en una oleada vertiginosa y racheada que barría el cerebro de Loren hasta ser todo él un punto blanco, una mancha difuminada de ojos deslumbrados, cerrados y apretados.

—Realmente, verdaderamente, es hermoso, Chon. Debo darte la enhorabuena, ¡es fabuloso!

—No seas cumplido, Loren, te sienta como un tiro. Ya sé que te alegras, eres el primero en saberlo; no se lo digas a nadie.

—¿A quién se lo iba a decir?

—¡Es verdad, perdona! Quiero que él lo sepa cuando yo tenga yo los análisis.

Los pinos de Alepo, desgarbados como Paco; tiesos y achaparrados como Güili; chulillos y acenefados como Pedro Luis; tiernos como Loren, empezaron a sombrear el suelo con su follaje tenue, en forma de encaje.

Mayo no mayeaba; tiraba ¹¹⁷ casi a sofocar; bochornoso ahora, las nubes espesadas anunciando la tormenta de temporal, Loren sentía un sudor frío por las canillas, el pecho pesado, pequeño y punzante, la cadera vacía.

—No se lo hubiese contado, a nadie antes, ¿oíste? Tú es que eres un caso, eres sensacional; nunca pensé que hubiera personas tan desinteresadas, tan amigas como tú; desviviéndose por los demás pero sin darle importancia, amigo sobre todas las cosas. En el viaje a Valencia se lo decía a mi marido y me daba cuenta de que os parecíais, de que él necesitaba como tú alguien en quien volcarse, que le cuidase.

¹¹⁷ A. B. suprime sobre el original «a juniear,» que aparece en la ed. de 1972.

La motora pasó de vacío junto al quiosquillo del recodo.

—Os parecéis tanto que ni sospechas qué es.

Loren intuyó una espera interrogante, anhelante, despistada.

—Quizás militar, o puede que viajante, representante o algo así. ¿Ingeniero?

—¡Ni soñarlo, mi niño! Siempre ha querido escribir, como tú; pero lleva unos años que no tiene un minuto libre. Quizás le conozcas, es periodista.

—Estuve un año de negro en un periódico, ya te conté; pero no tengo el carné, «no soy de carrera».

Un chaval pescaba a mano junto al monumento, dos más enmarcaban con tiza los pezones de las estatuas de bronce y después se subieron a la barquichuela con la que habían abordado lejos del embarcadero.

—Me ha prometido que se pondrá dos horas cada día. Cuando le diga lo del hijo se va a volver loco de contento. Todo cambiará. Vendrás por casa, ¿oíste?

—Seguro, claro, ¿por qué no?

—Ahora os entiendo mejor, sé que su mundo es ese, andar todo el día de acá para allá, conociendo a unos, tomando una copa con otros; buscando noticias o crónicas o cómo les llaméis. Me lo prometió cuando volvíamos del Salern y le creo, palabra: dos horas para escribir. Y me llevará por ahí alguna noche, y a los actos que pueda; me presentará amigos. Me lo prometió, palabra. Te estoy contando tonterías, ¿verdad?

—Te escucho, es fabuloso.

Laura lo decía cuando no tenía nada que decir: es fabuloso.

—Me lo prometió. Porque a mí no me gusta, por ejemplo, que dé una palabra y luego no la cumpla. Yo le digo, la noticia es la noticia pero eso es una cerdada, perdona; y se reía. Pero en Valencia, palabra, Loren, me ha dicho que pedirá otra sección, que cambiará, que se acabaron los líos.

Lo contaba como el que se desahoga de una necesidad.

—Los hombres sois muy especiales; hay que dominaros con mucha mano izquierda. Sabes, me había dado la nivea por la espalda, fue muy gracioso.

—¿Sí? ¿El qué?

—Dije: bueno, pero si me prometes recortarte esas patillas de bandolero; las lleva por aquí. Dijo: vale, pero cuando tenga un hermano María José. Ahora no tendrá más remedio.

—Eres una niña, también.

Pensó «¿cómo todas?».

—¿Cómo «también»?

—Como María José.

—¡Si no la conoces!

—Si dices que no ha hecho la comunión.

—Pero ya es una mujercita.

—Entonces: eres una niña, sin también; sino más pequeña que tu hija.

—¡Gran invento, bobito!

El barquillero, aburrido, se puso a tiro de la pareja.

—¿Sabes otra cosa?

—Di.

—A lo que nazca le podría poner una etiqueta de garantía: *made in Valencia*. ¿Echamos a la ruleta?

—Si es un antojo, no tienes más remedio.

Ti-ti-ti-ti la lengüetilla recorrió la cerca numerada.

—Dos más, son tres tiradas, señorita.

Al acabar, el hombre de la chaquetilla blanca se hundió en el fondo del bidón rojo y ensartó una torre de cucuruchetes¹¹⁸ de barquillo.

—¿Por qué no te casas, Loren? ¡Es fantástico!; compensa, en serio.

—Es verdad; voy a preguntarle al barquillero a ver si quiere.

¹¹⁸ A. B. anota «cucuruchete» sobre el «cucuruchillos» que aparece en la ed. de 1972.

—¡No empieces! Te sobrarán a puñados, a las chicas nos encantan los tímidos.

—Sí, las que encierro en las cuevas de los mesones.

—Si fueras a Canarias te daría la dirección de algunas compañeras de colegio. Es verdad... los mesones, ¡fue estupendo! Sin ti no conocería ahora ni la mitad de Madrid.

—Decididamente, haré las oposiciones de guía. Señoras y señores, vean a su derecha una señora feliz, raro y curioso sentimiento traído de Jauja por los Trastámara y que se extingue de año en año. A su izquierda, síganme por favor, el árbol más venerado por los humanos, porque todos quisieran ser como él aunque son cobardes, mezquinos y debiluchos. Ese hermoso ejemplar plantado en este parque del Retiro, del Buen Retiro quiero decir, se llama roble; simboliza a Zeus o Júpiter y gobierna el trueno y la lluvia.

—¿Hablas en serio?

—En serio, siempre en serio. ¿A que no tenías ni idea de que los Druidas cortaban el muérdago del roble con hocecillas de plata? Al hombre le recortan las alas con tenacillas de plata para que no vuele y para que ¹¹⁹ su oscuridad y su miedo dure siglos, como un roble.

—¿Vive siglos?

También explicó lo del árbol del amor que acababa de echar flores color sandía, lo del aligustre venido del Japón; distinguió abedules de álamos blancos, olmos de pinos carrasco. Desmenuzaron el último barquillo para las palomas, que se olvidaron de seguir blanqueando al general Martínez Campos y bajaron del quepis para picotear hasta en la mano de Chon.

—No se te haga tarde, para la reunión esa.

Loren se esmeró en ser complaciente, en mimarla como a una leucémica ignorante de todo.

—Me esperarán, no hay cuidado.

¹¹⁹ A. B. anota sobre original «para que» que no aparece en la ed. de 1972.

Chon ansiaba algo más, oír la confianza por la confianza, sin importarle demasiado si la reunión era de esto o de lo otro. Pero, como una navajita fina, el encuentro había pinchado a Loren por el costado, y la coraza entreabierta, la concha, la lapa hipersensible se había cerrado sobre sí, soldada en silencio. Debajo quedaba la bomba de una hora más tarde, quizás menos; certera o fallida, principio o fin, algo suyo y de nadie más. Por fuera, ser roble servía de poco, todo lo estropearía y no recompondría nada; serían dos los desgraciados. Mecerse en la cobardía era cómodo, mentira va, mentira viene, hasta que todo pasase y se amodorrara el vaivén bajo la tetilla izquierda.

—Nos vamos a estudiar a casa de un amigo; los finales están encima.

—Y este año, con los líos seguro que tiran a degüello. ¿Cómo sigue la facultad?; ¡no me cuentas nada! Quizás me presente a alguna para no perder el curso del todo, pero, con esto...

—Los primeros meses me siento fatal... Bueno, eso la primera vez, ahora ya no eres una cría.

—¡Sí aún llevo el chupete; mira!

—Al único que le puede servir será a tu hijo. Tú eres ya un rato mayor.

—¿En serio?

—En serio, palabra, oíste mi niña.

—¡Eres un trasto! Me tenías que contar algo, ¿no?

—Sí: uno, dos, tres, cuatro...

—¡Venga!

—Me has pegado un pisotón; la tuya es noticia de primera plana. Te quería contar algo, pero no me acuerdo, algo de plantas, seguro. Pero lo tuyo ¡es fabuloso!

Chon insistió en que se sentía más segura. Repitió las gracias, por todo, porque ya creía en que dos personas conectaban, en la reciente amistad de toda la vida, como la de ellos. Y no seas vago, tienes madera, no dejes de escribir, un día te vienes por casa a comer y nos traes

los originales. Y si para febrero te has arrepentido de esa manía de los curas, me gustaría, me ilusionaría, en serio, que fueras el padrino.

Y Loren dijo: Descuida, ¡es fabuloso!



Paco releyó el panfleto sin concentrarse.

—¿Quién ha pasado esto?

—Pedro Luis, creo.

—Cuando venga me va a oír. Escucha a un universitario: «de ahí que nos hallamos planteado la necesidad de destruir para construir, antes de que construyamos nuestra autodestrucción».

—Ya se explica que es de Josué de Castro.

—¡No jorobes!; lo digo por el «hallamos», es con y griega.

—Eres un pijadas, Paco.

—Eso desprestigia al FAT, ¿no lo entiendes? Valiente panda. Quedamos a las once, ¿eh?; y aún no ha resollado con nada.

—Si estás nervioso, date una vuelta.

—A ti no te ha sentado muy bien, estás pálido. Lo mejor será irnos sin esperarle. Esos de la Junta suelen ser puntuales, los puñeteros.

Loren salió al pasillo y marcó en el teléfono mugriento.

—¿Que no ha vuelto desde ayer? No, no señora. () Soy un amigo suyo pero no sé de qué amigos ni de qué grupo me habla. Conozco a su hijo del bar de la facultad, señora; no es de mi curso, no sé más. Sí, algunos amigos de ese tipo tenía. () ¿Qué sé yo, señora? No será nada de cuidado.

Paco estalló en palabrotas como una torrentera; más decidido que nunca a dar la cara y cargarse la universidad.

—¡Cu cuanto antes, porque co como sigamos así va vamos a hacer un pan pan como unas hostias!

Llamó miedica al Rácano cuando propuso dejarlo todo porque estarían vigilados. Sonó el timbre y golpearon la

puerta. «A Joaquina se le ha olvidado el misal». «Será la pobre de cada viernes». Loren vio, a través de la mirilla, siete caras, alguna bien conocida de la entrada de la facultad.

—Traemos una orden de registro, ¡abran!

Paco hizo señas de que no. Loren improvisó: «¡Ustedes son ladrones; no llevan uniforme!».

—¡Abra he dicho! ¡¡Policía!!

Echaron el cerrojo y se encerraron en la habitación.

—Ra rápido, hay que quemar las hojas.

—Y los demás panfletos.

—¡Y algunos li libros; el de Mao y el del mi mito de la Cruzada! Retira la cama y hagamos un mon montón.

—¿Qué hacemos con el cacharro?

—¡Tíralo!

—¿Qué dices, don¹²⁰ Nervios?

—Escóndelo, en el retrete, abajo. No no puedes salir...

En el jer jergón.

—¿Dónde guardas aquel trozo de recuerdo de la tarima del paraninfo?

—¡El teléfono, co¹²¹ corre!

Loren tapó el micro.

—Es uno del Sindicato, creo que el gafas: dice que es urgente, que quiere hablar contigo. Ponte.

—Voy (se chupó una uña requemada). Sí, soy yo. ()
¿Por qué no? Si han detenido al Batallitas, razón de más para hacerlo. ¿Por qué no? (La voz del otro lado habló como una viejecita al reírse: «desde luego os costará mucho menos cerrarla. Los revolucionarios, ácratas o lo que seáis, ¿ya no leéis los periódicos? Han cerrado todas las facultades por lo de ayer»). ¡¡Son unos cerdos!!¹²²

¹²⁰ A. B. anota sobre original «don» que no aparece en la ed. de 1972.

¹²¹ Mismo caso con «co» que no aparece en la ed. de 1972.

¹²² Suprimido por censura «¡¡Son unos cerdos!!».

Volvió como una furia. Tiró el cristal por la ventana. Cer cerdos, mamones;¹²³ han cerrado, han ce cerrado. Arrancó el flexo, que voló al patio (¡os vais a enterar!); le siguió la silla ya descolada del todo, en un espolvoreo de la madera aquerada al chascar contra el suelo. Y papeles y recortes que zigzaguearon hasta el tejadillo del portero. Paco espumeaba (¡burgueses, oli oligarcas, car carcas!); lanzó la mesilla (¡me niego, me niego, me ni niego!); desenchajó de las bisagras una hoja de la ventana que se estrelló en un estrépito de cristales.

—Lo mejor será llamar a un abogado, Paco.

—¡Una mi, una mi para su boca!

Aporreaban la puerta de entrada. En el descansillo, tras el sofoco de la patrona, relucían dos calvas entre los siete inspectores y algunos cascos de crin dorada sobre bomberos de servicio. Loren se echó en el sofá-cama sin perder de vista la puerta que empezaba a ceder. Paco buscó su carné de identidad para rasgarlo a mordiscos en dos, en cuatro, en ocho pedacitos.

¹²³ Suprimido por censura «Cer cerdos, mamones».

Documentación¹²⁴

¹²⁴ La documentación siguiente, compuesta en su mayoría por panfletos, en tamaño folio —superior al actualmente normalizado A4—, impresos mediante ciclostil, recogidos por Andrés Berlanga en la Universidad Complutense, durante 1968 y primera mitad de 1969. Aparecía en un sobre anejo al original, corregido por la censura, y constituye parte del material documental que nutrió, con las vivencias del novelista, la escritura de la *Pólvora mojada*.

Nota del autor

La información universitaria comienza tras la Ley de Prensa e Imprenta de 18 de marzo de 1966. Portillo.

—Los periodistas dedican atención.

—Como contrapartida, se crean GABINETES DE DES-INFORMACIÓN encargados fundamentalmente:

- Desmentir a medias. (Dicen: no es que se había prohibido tal acto, sino que no ha sido autorizado).
- Para hacer publicidad. (Al margen de que por ley es obligatorio publicar las notas de centros oficiales remitidas con la indicación de inserción obligada).
- Para prevenir «golpes periodísticos».

—A la hora de hacer información el periodista está sometido, además de a la jurisdicción ordinaria, como cualquier ciudadano:

- A la citada Ley de Prensa e Imprenta.
- Al Código Penal en sus apartados específicos.
- Al decreto sobre represión de bandidaje y terrorismo, cuando dice VER 5.
- Al tribunal de Orden Público, tribunal especial dentro de la jurisdicción ordinaria.
- Al jurado de ética profesional, cuyos miembros son designados por el ministro de Información y Turismo.
- Al propio ministro en vía administrativa.
- A la jurisdicción castrense.

La censura más sutil: la presión indirecta, telefónica casi siempre.

FUENTES DEL PERIODISTA:

—La noticia es lo raro, excepcional, no que un hombre estudie o investigue. Por eso los decanos, y el rector, impiden el acceso a la facultad cuando sospechan que es por un conflicto.

Enlaces: PNN, catedráticos, autoridades académicas, ministeriales, gubernativas, informadores de estos medios y Fundamentalmente:

—Alumnos (algunos medios pagaban por noticia). Poco fiables por ser casi siempre parte interesada.

—También ruedas clandestinas, panfletos, carteles...

Por último el trabajo de recomponer el rompecabezas teniendo en cuenta la intuición y la costumbre: Los síntomas se repiten y como consecuencia el resultado también. Se sabe cuando va a haber follón, cierre, etc.

A LA HORA DE ESCRIBIR:

Prohibido dar información de reuniones, incluso de asambleas autorizadas. Recurso al eufemismo. El caso de los bedeles-policía:

Huelga es inasistencia.

Paro es inactividad.

Asamblea es reunión.

Acuerdo es han decidido.

Lucha o refriega es enfrentamiento.

Cuartilla sin encabezamiento

Hoy lunes, 30 octubre 67, antes de las seis de la mañana hubo una llamada telefónica al Pabellón de Gobierno que fue atendida por el sereno que queda en él todas las noches. Se dijo que se iba a producir una explosión y que no hicieran nada por evitarla.

El sereno lo comunicó a la pareja de Policía Armada que presta servicio en el Pabellón, para custodia de la Caja de la Universidad y vieron que en la puerta norte del edificio ardía una mecha. Con evidente riesgo lograron apagarla cuando aún quedaba como medio metro y con las debidas precauciones extrajeron un cartucho de dinamita de unos cien gramos. Poco después cuando hubo luz otro de los guardias del relevo encontró en el mismo lugar otros cuatro cartuchos de explosivos de unos 20 cm. cada uno, que se hallaban empotrados y amasados con arcilla en el hueco entre dos piedras donde fue hallado el primero.

¡¡Que llega san Fermín!!

El *Diccionario Larousse* dice: circo «es el lugar destinado a los juegos públicos». Más adelante comenta: «los romanos de la decadencia no pedían a sus emperadores sino pan y los juegos del circo». ¿Tendremos que decir dentro de algunos días «los estudiantes de la decadencia no pedirán a su decano sino asambleas y los juegos del circo»?

Dicha sea la verdad, lo de los «juegos del circo» nos resulta chistoso, cómico, hasta cierto punto, incluso gracioso...

Los que acostumbramos a ver la «función» desde escaleras y ventanas de facultades, los que hemos tenido «primera fila» —en términos circenses «silla de pista»— no nos hemos aburrido. Vimos de todo: desde el «baile de los leones», pasando por los «cazadores de pedruscos» y al final la «ballena echando agua». ¡Todo un espectáculo!... de circo; no de universidad.

Hemos conocido muchos circos. En cursos pasados, las «funciones» no eran tan atrayentes como ahora. Este año han pasado de *tounée* Circo Económicas, Circo Derecho, Circo Ciencias, etc... Según parece, la empresa rectora de la «pista» ha decidido rescindir el contrato a Circo Económicas. ¡Qué lástima! ¡Con lo divertido que era! ¡Todo un espectáculo!...

Los Señores del SDEUM, representantes en la V Reunión Coordinadora y Preparatoria (¿Que tejemaneje traen con ese nombre que no lo vemos claro? ¿A qué tenemos que «prepararnos»? ¿A una revolución?...) celebrada en Madrid a principios de diciembre nos han «elaborado» para este segundo trimestre un «atractivo» y completo programa de «festejos». Para que a nuestros compañeros no les coja de sorpresa lo vamos a transcribir:

1. «Ocupación de Centros desde los primeros días de curso y celebración de actos, como “asambleas” y otras “acciones”».

2. Celebración de una «Jornada reivindicativa» a nivel nacional, que se denominará «Jornada por la autogestión» o «Jornadas por el control/universitario».

3. Presentación de contraplanes de estudio (Esto es para despistar y que no se les vea el «plumero»).

4. Celebración de otra Jornada en la que participarán otros sectores (obreros) y se planteará la actual problemática universitaria. Este acto será a nivel de distrito, y finales de enero.

5. Celebración de la semana de Renovación Universitaria preparada por el DEU a nivel nacional. Se hará a finales de febrero.

Hay quien dice que el SDEUM está como Folledo: acabado, sonado y quemado. Lo curioso del caso es que ninguno de los dos sabe a dónde irán. Pero nosotros sí, porque sabemos de dónde vienen. En lo dicho compañeros:

¡¡¡¡ATENTOS!! ¡¡¡¡QUE SU FUNCIÓN VA COMIENZAR!!!

19 de enero de 1968

Declaración de principios del SDEUM

1. El SDEUM surge para la defensa, gestión y promoción colectivas de los intereses y derechos de los estudiantes por los propios estudiantes en el plano académico, profesional, sindical y social.

2. El SDEUM afirma el derecho a la **libertad de asociación** de cuyo ejercicio él mismo es resultado.

3. A este fin el SDEUM afirma su independencia de todo tipo de autoridad política o académica, es decir, su necesaria **autonomía**. Por tanto, el SDEUM sólo será responsable ante los propios estudiantes.

4. Los Estatutos del SDEUM y Centros que lo integran están hechos por y para los estudiantes en función del principio de *autoorganización* sindical.

5. SDEUM sólo podrá funcionar sobre la base de una *representación* auténtica. Entendemos esta no sólo como la elección sino además como la **participación activa** de todos los estudiantes en el buen funcionamiento del Sindicato. El contenido de esta participación activa consiste en el control colectivo de la actuación de los representantes, la intervención directa en decisiones fundamentales, y su integración en las actividades del Sindicato.

6. El Sindicato afirma el derecho a la **libertad de expresión** de sus componentes tanto de forma individual como colectiva. Al mismo tiempo considera necesario para el ejercicio de la libertad de expresión y de opinión disponer de **información objetiva y veraz** sobre todos los acontecimientos de la vida universitaria y de la actividad socio-económica del país.

7. El SDEUM considera el **derecho de reunión** como necesario e inherente a toda asociación para realizar sus fines y por tanto la libre celebración de Asambleas, Cámaras, Actos Culturales etc., etc.

8. El Sindicato considera que el desempeño de sus funciones está condicionado a la efectiva consecución de los hechos que ha afirmado. En consecuencia, el SDEUM reconoce el **derecho de huelga y manifestación** como instrumentos de reivindicación.

9. El SDEUM considera necesaria la participación estudiantil en la resolución de los problemas que afecten a los diversos estamentos universitarios a través de órganos de **cogestión universitaria**.

10. El Sindicato considera imprescindible participar en todas las asociaciones sindicales democráticas de estudiantes a nivel nacional. En este sentido, el SDEUM, ya integrado en las RCP (Reuniones Coordinatorias Preparatorias), estima necesario integrarse en el permanente Nacional, y contribuir a través de un proceso autoorganizativo a la consecución del Congreso Democrático de Estudiantes.

11. El SDEUM explica que su objetivo fundamental es el logro de la Reforma Democrática de la universidad. Entendemos esta como la exigencia de una Universidad democrática, abierta a todas las clases sociales, que mantenga el carácter representativo y democrático del Sindicato de Estudiantes, que asegure el ejercicio de las libertades de enseñanza, investigación, expresión y asociación. Una universidad capaz de dominar los problemas técnicos y sociales de la época y por tanto al servicio de la sociedad y no de intereses minoritarios sino de los núcleos productivos que constituyen la mayoría de la misma.

SDEUM: Sindicato Democrático de estudiantes de la Universidad de Madrid.

Filosofía y Letras; febrero de 1968

Al pueblo de Madrid

Nuestra Patria, nuestra independencia, nuestra seguridad nacional y personal, van a ser nuevamente vendidas por un gobierno que se dice «nacional», y que sólo pretende un puñado de dólares y el apoyo político del imperialismo yanqui, verdadero azote de la humanidad, con la renovación de los acuerdos sobre las Bases atómicas en España.

La humanidad sabe de los horrores que supone la presencia militar de los imperialistas. Vietnam está en la mente de todos y a todos nos horroriza.

Nosotros, españoles, sabemos las consecuencias que para nuestra Patria han supuesto los «acuerdos» económicos y políticos. La venta de nuestra soberanía a su imperialismo militar, implica convertir a los españoles en las víctimas de una confrontación atómica. Todos los pueblos civilizados del mundo se manifiestan contra el imperialismo nosotros, españoles, tenemos, el doble deber de hacerlo:

PRIMERO. PARA REIVINDICAR NUESTRA CATEGORÍA DE CIUDADANOS Y OPINAR SOBRE ALGO TAN VITAL COMO ES LA PRESENCIA DE LAS BASES ATÓMICAS EN TERRITORIO ESPAÑOL. Tema sobre el que el gobierno ha actuado desconociendo una vez más, los más elementales derechos ciudadanos.

SEGUNDO. Ejercitando el sagrado derecho POR LA SUPERVIVENCIA inalienable de la persona humana. Recordad Palomares, recordad los vuelos atómicos sobre nuestro territorio nacional.

Por estos motivos, EL DÍA 28 DE MARZO, EL PUEBLO DE MADRID REALIZARÁ (cómo único cauce que puede y

debe ejercitar libremente) UNA MANIFESTACIÓN PACÍFICA,
A LAS 8 DE LA TARDE EN LA EMBAJADA DE LOS EEUU.

EL PUEBLO ESPAÑOL MOSTRARÁ, UNA VEZ MÁS,
CON SU PRESENCIA QUE ES DIGNO DEL FUTURO QUE LE
CORRESPONDE Y QUE LABORIOSAMENTE ESTÁ CREANDO.

¡POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL!
¡POR LA SOBERANÍA DE NUESTRA PATRIA!
¡POR EL DERECHO A LA SUPERVIVENCIA!

¡YANQUIS, FUERA DE ESPAÑA!

Comités antiimperialistas de Madrid.
Ciencias, 25, III, 68 Hoja informativa nº 25.

Las conversaciones de paz sobre el Vietnam.

Ha pasado mes y medio desde que el presidente Johnson afirmara su decisión de presentarse a candidato a las elecciones presidenciales de noviembre próximo, a la par que anunciaba una reducción de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. A nadie se le escapó entonces las verdaderas motivaciones que han llevado a Johnson a esta decisión:

1º Las elecciones presidenciales se anunciaban como caóticas para Johnson en momento en que solo el 25% de la población norteamericana apoyaba su política en el Sudeste asiático.

2º Los EEUU se han mostrado incapaces de conseguir la victoria total que anuncian desde hace desde hace cinco años en Vietnam del Sur. A pesar de sus 550.000 soldados y sus efectivos por todos conocidos, el pueblo survietnamita, dirigido por el FNL ha llevado siempre la iniciativa. La ofensiva del «Tet» de enero último cogió totalmente desprevenidos al ejército *USA* a sus titeres survietnamitas demostró la falsedad de las optimistas informaciones de Westmoreland sobre la inoperancia del FNL.

3º Sus famosas operaciones de limpieza (el mando norteamericano utiliza la palabra «limpieza» como si se tratara de desinfectar la jungla, cuando en realidad se trata de incendiar las aldeas, bombardear con *napalm* hospitales, escuelas e iglesias, asesinar a mujeres y niños), denominadas pomposamente «Victoria total» han sido totalmente ineficaces. El mismo resultado han dado los criminales bombardeos sobre el Norte, que no han paralizado su actividad económica y ni minado la moral de su pueblo.

4° Wall Street está volviendo la espalda a Johnson. A pesar de que la guerra del Vietnam les sirvió a EEUU para descargar sus «stocks» almacenados, activar su poderosa industria bélica —la más poderosa del país— y emplear unos tres millones de obreros que de acabar el conflicto se verían en paro, cierto que la economía *USA* aboca a una inflación. Los monopolios yanquis van viendo que la guerra no es rentable, puesto que no la van a ganar, y no podrán dominar todo el mercado del Sudeste asiático. Por otra parte, los contribuyentes *USA*, que son los que realmente pagan la guerra con sus impuestos no están dispuestos a que estos aumenten. Las leyes que tratan de elevarlos son acogidas con muestras de descontento y a duras penas pueden avanzar en el Congreso.

5° Las crecientes zonas de fricción en el mundo Oriente Medio, Hispanoamérica, como resultado de los movimientos de liberación nacional, impiden al gendarme internacional yanqui acudir a todas partes. Así en la agresión sionista los países árabes de junio pasado, los EEUU no pudieron intervenir directamente. En la captura del buque espía «Pueblo» los EEUU no pudieron emprender una acción bélica y la orden de movilización de 40.000 reservistas fue motivo de grandes protestas en los EEUU.

6° El movimiento contra guerra del Vietnam crece día a día en los EEUU La opinión pública mundial es totalmente contraria: p.e., el sábado 11 treinta mil personas se manifestaron en Bonn a los gritos de Ho Chi Minh.

En este marco y en el de la gran ofensiva que el FNL ha lanzado contra las ciudades contraladas por los agresores yanquis —Da Nang, Dang Hoa, Quang Tri— y sobre todo Saigón, donde desde hace siete días es dueño de la situación, se inician en París las conversaciones de paz. El pueblo vietnamita ha sabido imponer estas conversaciones con su abnegada y diaria lucha contra los agresores yanquis. Nosotros, aunque sabemos que las conversaciones serán

largas y difíciles, tenemos confianza plena en que a la postre serán beneficiosas para el pueblo vietnamita, puesto que este ya ha vencido moral, política y militarmente al gobierno *USA*.

Comité Antiimperialista de la Universidad de Madrid.

Ciencias, 13 de mayo de 1968

Hoja informativa n° 25, artículo publicado en n° 1 de *Action* (7-V-68).

Realizado por UNEF; el «Movimiento 22 de Marzo» y el CAL (Comité de Acción de los Liceos)

¿Por qué luchamos?

LAS RAZONES DE LA REVUELTA.

No es por gusto que los estudiantes se enfrentan a los guardias móviles, con casco y armados hasta los dientes. No es por gusto, por lo que en pleno tiempo de exámenes los estudiantes responden a la violencia policial. Por gusto, uno nunca lucha contra alguien más fuerte.

Durante años, los estudiantes han protestado contra las medidas autoritarias que el Gobierno quería imponerles. Pacíficamente, han protestado contra la Reforma Fondet, contra las medidas Peyrefitte. Pacíficamente, pero también ante la indiferencia general durante años el gobierno ha ignorado sus protestas, como ha ignorado la de los trabajadores. Durante años esta protesta ha sido vana, no ha sido oída.

Hoy, los estudiantes resisten.

Su único crimen es rechazar una universidad cuyo único fin es formar los patronos de mañana, los dóciles instrumentos de la economía. Su único crimen es rechazar un sistema social autoritario y jerárquico que rechaza toda oposición radical; es rehusar ser los servidores de este sistema.

Este único crimen les hace reos de la porra y de la cárcel. Si los universitarios y los bachilleres se han movilizado, si han afrontado la represión, es porque quieren defenderse contra la represión policial y el poder burgués, los estudiantes obran en legítima defensa.

Lo que se os quiere hacer creer es que lo único que pasa es que un puñado de agitadores aislados quieren

desfogarse, agitadores que, desde luego, vienen de Nanterre; es de Nanterre de donde vienen todos los males. El recurso al “nanterrorismo” no explica nada. El poder se tranquiliza falsamente si los agitadores de Nanterre no están aislados, nunca lo han estado. Si no, que en toda Europa se manifiesten los estudiantes, ¿cómo explicarlo?... A un malestar general, corresponden causas generales.

EN TODA EUROPA

No bastaría con decapitar Nanterre para parar la revuelta estudiantil: lo que hoy nace en París no conoce fronteras; en Berlín, millares de estudiantes han puesto en jaque a un poder fuerte y reaccionario. Tampoco el SDS era más que un puñado de agitadores: hoy en día representa el único gran movimiento de oposición al fascismo de Alemania. En Italia, millares de estudiantes han impuesto su derecho a poner en tela de juicio el sistema social. A una represión violenta, han respondido con manifestaciones aún más violentas. En España, en Inglaterra, en Brasil, en Lovaina, por toda Europa y por todo el mundo, los estudiantes se han enfrentado en la calle con las fuerzas del orden burgués. En todas partes, incluso París, la violencia de las represiones han mostrado que los gobiernos tienen miedo de estos movimientos, tan débiles en apariencia y que sin embargo, han empezado a resquebrajar el orden existente. Y sin embargo, las campañas de prensa han intentado aislar, desacreditar los movimientos: si las revueltas estudiantiles ocupan la primera plana de los periódicos, no es debido a la especial ternura de los periodistas; por el contrario, no se busca más que proporcionar una campaña de odio contra el peligro potencial que corre el orden social.

UNA MISMA LUCHA

En París y en Nanterre no luchan solos; no luchan por ellos sólo. En Alemania, el 1 de mayo, decenas de millares de estudiantes y obreros se han encontrado, juntos, por

iniciativa del SDS en la primera manifestación anticapitalista que ha conocido Berlín después del nazismo. El «puñado de agitadores» se ha convertido en movimiento de masas. Los que luchan contra la universidad capitalista se han encontrado, codo con codo, con los que luchan contra la explotación capitalista.

En Francia, también sabemos que nuestra lucha acaba de empezar; sabemos que la juventud es sensible a la crisis capitalista, a la crisis oprimiente de Vietnam, en América latina, en todo el «tercer mundo». En Redon, en Caen, los jóvenes obreros se han rebelado violentamente, más violentamente que nosotros. Por esto, la prensa que hoy nos ataca lo ha silenciado. A pesar del ESTADO, a pesar del silencio y las manipulaciones de una prensa a su servicio, nuestras luchas se unirán a las suyas.

Hoy, los estudiantes, toman conciencia de lo que se quiere hacer de ellos: los cuadros del sistema económico existente, pagado para hacerle funcionar lo mejor posible. Su lucha concierne a todos los trabajadores porque es también la suya: rechazan el convertirse en profesores al servicio de un sistema que selecciona a los hijos de la burguesía y elimina a los demás; en sociólogos fabricantes de *slogans* para las campañas del gobierno; en psicólogos encargados de hacer «funcionar» los «equipos de trabajadores» según el interés del patrón; en cuadros encargados de aplicar contra los trabajadores un sistema al que ellos mismos están sometidos.

La juventud, colegial, obrera, estudiante, rechaza el futuro que le ofrece la sociedad actual; rechaza un paro cada vez más amenazador; rechaza la universidad que no le da más que una formación ultra especializada, sin valor que, bajo el pretexto, de la, «selección», reserva el saber para los hijos de la burguesía; que no es más que un instrumento de represión contra las ideas no conformes con los intereses de la clase dominante.

«Cuando la juventud se rebela con violencia, tiene conciencia de que hace más evidente y claro ese rechazo;

tiene conciencia de que no puede triunfar más que si los trabajadores comprenden su sentido y los hacen suyo. Es por esto que hoy continuamos; es por esto que nos dirigimos a vosotros».

Departamento de Información
de la Facultad CC.PP.EE.

SDEUM

20-V-68.

Sello de la Universidad

BALANCE DE UN FINAL DE CURSO

DIFUSIÓN RETIGINDA
(Para información interna)

(Historia breve de la Universidad de Madrid,
desde el 1 de mayo de 1968)
Madrid, septiembre de 1968

BALANCE DE UN FINAL DE CURSO
(Historia breve de la Universidad de Madrid,
desde el día primero de mayo)

INTRODUCCIÓN

Son de todos conocidas las causas, que motivaron el cierre de la Universidad de Madrid con fecha 29 de marzo. Después de treinta y ocho días de cierre y después del atrevimiento de un nuevo equipo ministerial y el nombramiento de un nuevo rector, cuya posesión tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad de San Bernardo el día 23 de abril, se decidió la apertura de la universidad fijándose la fecha del 6 de mayo.

Es difícil comenzar una exposición de la problemática estudiantil, sin hacer antes una introducción que por su mismo contenido sería muy extensa. Nos limitaremos por lo tanto a enumerar los hechos más significativos, adjuntando algunos documentos que pueden servir —para un mejor conocimiento de estos—. El documento número 1 sus anexos son útiles para que el lector comprenda el marco de la actual problemática. Es también muy importante consultar dicho documento, para la interpretación de las diferentes siglas, que designan las organizaciones estudiantiles, oficiosas o clandestinas.

Hay que hacer la salvedad, de que la mayoría de los documentos que se adjuntan, tienen una tendencia política

definida. Esto se debe a que en la universidad española y con rarísimas excepciones solo existe hoy día una forma de propaganda planificada. La contraria al actual ordenamiento jurídico.

Cuando en 1966 se constituyó en Barcelona en el Convento de los Capuchinos de Sarriá el SDEUB ya estaba planeada la actual temática universitaria en toda su crudeza. Ya anteriormente, y por la acción clandestina de las reuniones del RNC (véase documento nº 1), se intentaba unificar la lucha en pro de un Sindicato de carácter revolucionario. Un año después en 1967, se constituyó en Madrid el SDEUM¹ (Sindicato Democrático de Estudiantes y Universitarios Marxistas con ámbito nacional) (Documento nº 2) esto hizo que todos los elementos revolucionarios unieran sus fuerzas sobre el distrito de Madrid, que ya antes de comenzar el curso 1967-68 se conocía como un año de algaradas y desordenes públicos, precisamente dirigidos y planificados contra Madrid (véase documento nº 2).

Es importante por lo tanto hacer constar, que no cabe ni a este ni a anteriores rectorados de la Universidad de Madrid, la responsabilidad, de que los hechos revolucionarios se hayan centrado sobre nuestra universidad.

La historia del curso 1967-68 es de todos conocida, pero —primeramente queremos hacer una enumeración cronológica de los hechos acaecidos desde el 6 de Mayo día en que la universidad fue abierta— después de un largo periodo de inactividad y, en segundo lugar, incluimos una selección de textos difundidos por periódicos y agencias nacionales donde se refleja el impacto informativo que han tenido las cuestiones universitarias.

¹ «Sindicato Democrático de estudiantes de la Universidad de Madrid. Con ámbito local y referido a la Universidad Madrileña».

MAYO

El mes de mayo comenzó con las anunciadas manifestaciones de obreros y estudiantes. En el Campus Universitario, debido a la clausura de los centros académicos no se produjeron alteraciones de ningún tipo. Sin embargo, en los CC.M.M. se hicieron reuniones y la actividad de algunos grupos de estudiantes fue constante enviando hojas informativas a sus compañeros.

El día 4 de mayo hubo un conato de manifestación junto a los comedores de la Ciudad Universitaria, que se disolvió debida a la poca concurrencia de estudiantes (unos 25).

Día 6: Cuando comenzaron las clases, se repartieron unas cartas, bien por correo o en mano de los distintos decanos (documento 3 y 4). Se había anunciado la celebración de sendas cámaras en las Faculta desde CC.PP.EE. y Filosofía y Letras, siendo los temas principales los nombramientos por el Gobierno del Sr. ministro de Educación y Ciencia y del Sr. rector y las actividades realizadas el día 12 de Mayo por las Comisiones Obreras.

En la Facultad de Farmacia, continuaba el paro académico iniciado antes de las vacaciones de Semana Santa.

Día 7: Se colocaron en la Facultad de CC.PP.EE. unos murales insultantes para el jefe del Estado Español. Transcribimos los textos íntegros:

«No olvidemos que España es una república y que el fascista asesino Franco, con la ayuda de Hitler y Mussolini, implanto la dictadura fascista» «Franco asesino».

«El fascismo rabioso por su destrucción enseña sus actuales garras. Han sido detenidos y algunos arrestados en sus domicilios, los considerados como monárquicos liberales tales como: teniente general García Valiño, Muñoz Yerro, teniente general

castrense; Muñoz Grande (se rumorea que está arrestado en su domicilio), Fernández de Córdoba y otros. En las últimas jornadas de lucha han sido detenidos varios sacerdotes, estudiantes y obreros».

Día 8: Con motivo de los carteles colocados el día anterior se produjo un altercado en la Facultad de CC.PP. EE. entre los grupos de estudiantes —anarquistas de un lado y falangistas joseantonianos de otro—.

En esta facultad se celebró en el salón de Grados una cámara presidida por D. Jaime Pastor Verdú, D. Arturo Camarero González, D. Carlos Hernández Montero y D. Joaquín Arango Villa-Belda, donde se discutió si el Sindicato mantenía o no la libertad expresión, y si era conveniente el permitir los murales que provocaban a unos grupos minoritarios. Se publicó una hoja informativa (documento nº 5).

Día 10: se celebró una asamblea en el aula 5, de la Facultad de CC.PP.EE. En ella apareció un grupo extrema izquierda, ácratas, entre ellos D. Vicente Aguilhaume y D. Miguel López Peláez, que hizo retirarse a los miembros del SDEUM que presidían dicha asamblea, para ocuparla afirmando que el sindicato democrático hasta el momento había sido reaccionario.

En una asamblea celebrada en la Facultad de Filosofía y Letras, se aprobó una moción en la que los Delegados de Curso pedían a sus compañeros que renunciaran a los exámenes, por tratarse estos de «simples satisfacciones personales, ante la lucha por la libertad».

Día 13: tiene lugar una tribuna libre, en la Facultad de Ciencias, Sec. Física, aula 111, con la asistencia de miembros de las Comisiones Obreras, acto que no contó con excesiva asistencia de público (documento nº 6). Se convoca un festival del cantante valenciano Raymon.

Día 14: se celebró una asamblea en la Facultad de Medicina titulada: «anti-prensa» y en la cual hicieron uso de la palabra, D. Manuel Desviat Muñoz, D. Luis Pérez Mencheta, D. Pedro Giral Pascualena y D. Jaime Pastor Verdú. Al finalizar esta, tuvo lugar fuera de la facultad una quema de periódicos, de un aparato de radio y una TV. A continuación, un grupo de estudiantes alborotadores, se dirigieron a la carretera existente frente a los comedores universitarios, donde formaron una barricada impidiendo el tránsito a los vehículos. Intervino la fuerza pública que llegó hasta el *ball* de la Facultad de Medicina. A primeras horas de la tarde estos incidentes habían concluido (Documento n° 7).

Día 16: En la Facultad de Filosofía y Letras había anunciada una conferencia del profesor García Calvo. Dicha conferencia no pudo realizarse, por inasistencia en principio del Sr. García Calvo, lo que motivo que los estudiantes de las distintas facultades que se habían reunido allí, procedieran a la celebración de una Tribuna Libre, en la presidencia estaban D. Pedro Giral Pascualena, D. Jaime Pastor Verdú, D. Manuel Desviat Muñoz y D. Samuel Igualada. En este acto se dijo que la conferencia del Sr. García Calvo había sido suspendida por el Sr. rector, motivo por el cual el Sr. Pastor Verdú solicitó se procediese a una marcha de protesta hacia el rectorado. A la salida de los estudiantes de la facultad se encontraba la Fuerza Pública situada en el Campus. No se produjo enfrentamiento pero la manifestación quedó disuelta. Los estudiantes intentaron formar una barricada con bancos y botellas vacías que sacaron de la facultad. A primeras horas de la tarde habían terminado estos incidentes, pero debido a una serie de desperfectos que se habían producido, la facultad tuvo que ser cerrada durante aquella jornada.

Día 17: Tiene lugar en la Facultad de CC.PP.EE. una tribuna libre con asistencia de los siguientes señores: D. Blas de Otero, D. Alfonso Sastre, D. José María Moreno Galván, D. Alfonso Grosso y D. Antonio Menchaca (Documento nº 8) durante la celebración de esta tribuna libre un estudiante enarboló una bandera roja con la hoz y el martillo que fue retirada a los pocos minutos. Fue repartida una hoja informativa firmada por la «Organización Universitaria del Partido Comunista de España, Comité de CC.PP EE.» (Documento nº 8 y 9).

Día 18: A las 18,30 horas, tiene lugar la celebración de un recital de canciones a cargo del cantante Raymon en el *ball* de la Facultad de CC.PP.EE., que fue autorizado debidamente por el Sr. Decano de la facultad. Dentro del centro había colgada una bandera roja, en unión de una serie de carteles entre los que destapamos los siguientes:

«La universidad para el Pueblo».

«Obreros y estudiantes contra la oligarquía».

«Por una democracia popular».

«Pueblos Ibéricos por la libertad».

Al terminar el recital fueron repartidas unas hojas en «Frente socialistas universitario» invitaba a los estudiantes y obreros asistentes al acto, a manifestarse a continuación en la calle de la Princesa. (Documento nº 10).

Día 20: Se piden carnés en todas las facultades.

En la Facultad de Ciencias tiene lugar una asamblea para informar de los hechos acaecidos el día 18 del presente mes en la Facultad de CC.PP.EE.

En la Facultad de CC.PP.EE. se celebra una asamblea en el aula 5 presidida por D Jaime Pastor Verdú, D. Arturo Camarero González y D. Pedro Giral Pascualena, en donde se da cuenta de los sucesos estudiantiles de París; un estudiante pide la inmediata expulsión de la policía del recinto de la universidad, moción que es aprobada con

unanimidad. Se reparte a continuación una hoja firmada por la organización universitaria del Partido Comunista (Documento n° 11).

En la Facultad de Filosofía y Letras un grupo de estudiantes precedentes del exterior penetraron en el *ball* golpeando la lápida conmemorativa de la inauguración del centro por S.E. jefe del Estado, quedando totalmente destrozada.

Los estudiantes de la Facultad de Farmacia se reintegran a sus clases en tanto que los estudiantes de Veterinaria se levantaban en paro académico, al considerar que sus derechos se veían dañados en favor de los farmacéuticos.

Día 21: En la Facultad de Filosofía y Letras y como consecuencia de los incidentes ocurridos en el día de ayer, relativos al destrozo de la lápida inaugurativa de la facultad, un grupo de estudiantes colocó un cartel en el *ball* condenando estos actos vandálicos. Este cartel fue retirado inmediatamente. En esta misma facultad había convocada una asamblea de distrito que no llegó a celebrarse. El alumno D. Inocencio Sánchez propuso a los allí reunidos que se procediera a realizar una «sentada» que duró tan sólo unos minutos.

A las 17,30 horas en esta misma facultad se celebró una asamblea en primer curso, donde el Sr. Giral Pascualena expuso a los asistentes que el alumno de primer curso D. José Ramón Cabal Riera le sería permitido salir de la prisión a fin de ir a la facultad a examinarse. Una vez empezados los exámenes en que tenía que participar el Sr. Cabal y comprobar que este no estaba, algunos alumnos se levantaron y salieron del aula, dirigiéndose al lugar donde se estaba celebrando la asamblea y expusieron el hecho de la no asistencia del citado estudiante. A propuesta de la presidencia se votó hacer boicot a los exámenes e intentar suspender los que se estaban celebrando para lo cual se organizó un grupo encabezado por D. Pedro Giral Pascualena, D. Ricardo Cantalapiedra, D. Juan Carlos García

Prieto y D. Julio Bizcarra que se dirigieron a las aulas 001, 005 y 315 obligando a salir de las mismas a los profesores y alumnos que realizaban los exámenes.

Día 22: En la Facultad de CC.PP.EE. se celebró una tribuna libre con asistencia de miembros de las Comisiones Obreras. (Documento nº 12).

Día 27: Es detenido D. Pedro Giral Pascualena delegado de la Facultad de Filosofía y Letras, al salir, en la plaza de las Salesas, de declarar ante el Juez especial Sr. González Alegre.

Día 28: En la Facultad de Filosofía y Letras tuvo lugar una asamblea de facultad para tratar sobre el tema de la detención del Sr. Giral Pascualena. Se acordó hacer el boicot a los exámenes hasta que fuera puesto en libertad. A las 12 horas se reúne otra asamblea en el *ball* de la facultad con asistencia de unos cuatrocientos estudiantes y presidida por D. Castro Fernández, D. Inocencio Sánchez, D. Santiago Castillo en donde se aprueba, entre otros, el acuerdo de permanecer enclaustrado toda la noche y boicotear todo acto académico que se celebre. Sobre las 13,15 horas se dio por finalizada la asamblea.

A primera hora de la tarde, en esta misma facultad, un grupo de estudiantes irrumpieron en el aula 15, donde, estaba dando clase el profesor Sr. Millán Bravo, obligándole a salir y a suspender la clase. Este grupo de alumnos iba encabezado por D. Julio Bizcarra y D. Jorge Aguado Bicin.

Día 29: En la Facultad de Filosofía y Letras se celebró una asamblea de universidad para tratar de las medidas a tomar por no haber sido puesto en libertad el delegado Sr. Giral Pascualena, siendo la primera de ellas, el ocupar la facultad indefinidamente. A las 12,45 horas se dijo en la asamblea que todos aquellos alumnos que desearan salir de la facultad lo hicieran cuanto antes, debido a que las

puertas iban a ser cerradas por dentro con barricadas. Más tarde los alumnos que salían de clase mostraron su deseo de salir, no pudiendo hacerlo porque las puertas habían sido ya cerradas y atrancadas con mesas y sillas del bar de la facultad. El número de estudiantes que quedo dentro de la facultad fue el de unos 500, entre los que se encontraban como dirigentes D. Cayetano López Martínez, D. Inocencio Sánchez, D. Joaquín Arango Villa-Belda, D. Manuel Lloredo, D Román Oria y Fernández de Muniain D. Fernando Valero Gómez, Sra. Aurora Elosegui, D. Miguel Rodríguez López Peláez. Sobre las 13,30 horas un grupo de perturbadores se dirigieron al Decanato pasando dentro y pisoteando un cuadro donde estaba reproducido el rostro de S.E. Francisco Franco, colocando a continuación una pancarta en una de las ventanas del primer piso donde se leía «ocupada por la comuna de la universidad». Los estudiantes acordaron también esperar a que llegara el decano a la facultad para cogerlo como rehén.

Fue acusado un individuo que había dentro de la facultad de ser miembro de la Brigada Social, siendo llevado a la Delegación de alumnos y atado a una silla. Alrededor de las 15 horas miembros de la Fuerza Pública hicieron su entrada en la facultad, desalojándola. En los días sucesivos quedó clausurada la facultad para reparar los daños causados, (Documento nº 13 y 14).

En la Facultad de CC.PP.EE se convocó una asamblea con carácter urgente, a las 17,30 horas, a fin de tratar los sucesos acaecidos durante la mañana en la Facultad de Filosofía y Letras, fue presidida por D. Luis Peris Mencheta y el Sr. Fabra Utray acordándose escribir una carta de protesta que sería entregado al decano para que la llevara a la Junta de Gobierno de la Universidad que se iba a celebrar esa misma tarde, también se acordó la suspensión de toda actividad académica en tanto no fueran puestos en libertad las personas que habían sido detenidas durante la mañana. La asamblea se acabó sobre las 19,15 horas.

Día 30: En la Facultad de CC.PP.EE. tiene lugar una asamblea de distrito, aula 5, con asistencia de alrededor de un millar de estudiantes, presidida por D. Francisco Alburquerque Horens, D. Arturo Camarero González, D. Luis Peris Mencheta, D. Joaquín Arango Villa-Belda, D. Manuel Desviat Muñoz, D. Juan Ignacio Herrero Isern, D. Jaime Pastor Verdú, D. Carlos Hernández Montero y D. Hilario López Luna. Como primer acuerdo la asamblea aprueba ocupar la facultad, cerrando las puertas con piquetes y barricadas, para que no puedan salir los estudiantes ni el personal administrativo. Un grupo de estudiantes se apoderaron del bar, manifestando que los productos que se encontraban en aquel momento en el establecimiento quedaban en disposición de los que habían realizado la ocupación.

A primeras horas de la tarde parte de los estudiantes reunidos, mostraron su deseo de salir de la facultad lo que produjo una fuerte discusión en el vestíbulo lográndose que hacia las 15 horas, y a pesar de la oposición de parte del alumnado, fueron abiertas las puertas de la facultad, saliendo de las mismas cuantos estudiantes los desearon. Alrede...

(Hasta aquí llega este documento)

Nota del decanato

Ruego a cuantos hayan tenido o tengan noticia de quienes fueron los autores de la provocación (en el sentido del párrafo tercero del art. 4º del Código penal) o ejecución del asalto al decanato de la Facultad de Derecho el pasado día 31 de octubre, que comuniquen los nombres de los que intervinieron en dichos actos de provocación o ejecución al Juzgado de Orden Público donde se sigue sumario por los referidos sucesos.

Igualmente ruego a cuantos tengan noticia de amenazas e incitaciones a desobediencia o falta de respeto a las autoridades académicas o a funcionarios subalternos que lo pongan en conocimiento del decanato para aplicar las medidas que autoriza el vigente Reglamento de Disciplina Académica, en la inteligencia de que los expedientes académicos que se instruyan no tienen más objeto que evitar que la facultad sea víctima de una minoría criminal que como lo demuestran los acontecimientos del día 31 de octubre no está dispuesta a retroceder ante el incendio, los daños o la agresión personal. Dichos expedientes académicos se instruirán con toda objetividad y sólo serán sancionados los verdaderos autores de las contravenciones a las normas que tratan de asegurar la paz del centro.

Para evitar que se continúe manteniendo el clima de coacción, intimidación y terrorismo implantado los últimos días y proteger la seguridad de todos los universitarios que concurren a esta facultad, he adoptado la siguiente resolución que hago público para general conocimiento.

1. Quedan prohibidas las asambleas de curso o de facultad, quedando autorizadas solamente a nivel de grupo con expresa exclusión de los estudiantes que no pertenezcan al grupo, siempre que se respete el horario de las clases.

2. Si se infringiera la anterior prohibición y llegara a reunirse alguna asamblea a nivel de curso o de facultad, se utilizará la fuerza pública para identificar a los asistentes a quiénes se someterá a expediente escolar, sin perjuicio de la responsabilidad en que hayan podido incurrir por el delito o falta de desobediencia o el delito de desórdenes públicos.

3. Queda prohibida la entrada en el recinto de esta facultad a toda persona ajena a la misma, por lo que los alumnos deberán exhibir al entrar, su carné escolar o documento que acredite que se hayan matriculados.

4. Las personas que no siendo alumnos de la facultad tengan que diligenciar algún trámite en la Administración deberán entregar en la portería su Documento Nacional de Identidad, que recogerán al salir.

5. Queda prohibida la fijación de carteles o anuncios de cualquier clase, salvo los oficiales, y los relativos a Ayuda a los Estudiantes, y Deportes. Quedan suspendidas las actividades de los Departamentos de Actividad Cultural y Teatro Universitario. Si es necesario se recabará el auxilio de la fuerza pública para hacer efectiva esta prohibición.

6. Las anteriores medidas se mantendrán el mínimo de tiempo que sea preciso para que retorne la paz a los espíritus y pueda quedar restablecida la normalidad de la vida universitaria en nuestra facultad.

Espero de todos los alumnos de esta facultad que no están implicados directa ni indirectamente en los criminales sucesos ocurridos en los últimos días de octubre y que desean proseguir sus estudios con el normal aprovechamiento que sabrán comprender la imperiosa necesidad de las anteriores medidas y que contribuirán por su parte a que se elimine de la facultad esa minoría criminal que no ha venido aquí a estudiar sino con el propósito de impedir que los demás nos dediquemos al estudio.

Madrid, 4 de noviembre de 1968.

El decano

Destruir la política de la santa alianza.

Desde el lunes 4, la universidad está ocupada por la Policía Armada, que ha entrado ya varias veces en las facultades.

¿Por qué esta ocupación por los grises de la universidad? Simplemente, porque los estudiantes estábamos llevando una lucha por la destrucción de algunos de los instrumentos que la oligarquía tiene montados en la universidad, para defender sus intereses de clase (expulsión de los bedeles-policías, destrucción del decanato de Derecho y manifestación posterior...).

Esta lucha no es nueva; para verlo, nos basta con hacer un balance del curso pasado en nuestra universidad: expulsión de la Policía de Orden Universitario, desbordamiento de decanos, rectores, ministros, claustros y miniclaustros, choques con la Policía Armada, palizas a miembros de la Policía Política, cortes de circulación, barricadas, etc.

El movimiento de la lucha espontánea desbordó el año pasado el marco del SDEUM. Los que estábamos en las barricadas no luchábamos por una «reforma democrática de la universidad» (cuyo contenido ni siquiera se había explicado), ni por la «autogestión universitaria», ni por un sindicato más o menos autónomo, representativo o legal.

Otra cosa es que el movimiento estudiantil se apoyase, en parte, en la estructura formal del SDEUM circunstancia que supuso, debido al carácter corporativo de este, un freno a la lucha en muchas ocasiones.

Es decir, **el crecimiento del movimiento espontáneo produjo un vacío político y organizativo que el SDEUM no podía llenar.**

Los dirigentes oportunistas que se hallaban a al cabeza del SDEUM eran conscientes de este hecho y Reunión General de Universidades que montaron recientemente

en Valencia tenía como objetivo, teóricamente, el eliminar la contradicción y el desfase entre el alto nivel de lucha alcanzado y la política reformista y liquidacionista de unas estructuras organizativas corporativas y paralizantes.

¿Qué respuesta dio en Valencia a este problema la Santa Alianza carrillista-felipista (FLP)?

A. Ante la tarea de dar una dirección política revolucionaria al movimiento estudiantil, ante la tarea de desarrollar una lucha contra las instituciones políticas, ideológicas y represivas de la oligarquía en la universidad, los revisionistas-oportunistas se dedican a hablar de «concreción práctica de la Reforma Democrática»..., «del control de profesores, medios económicos, bares y comedores», de «colaboración y autogestión del estudiantado con el profesorado».

B. Ante la tarea de eliminar las estructuras paralizantes del SDEUM, de poner en pie una organización de dirección de la lucha y mandar al Museo a unos órganos muy «representativos» muy pequeño-burgueses de todos los estudiantes, la Santa Alianza habla de «democracia sindical», de un «auténtico funcionamiento democrático», de «revocabilidad de cargos».

C. Ante la necesidad de llevar la lucha contra los instrumentos del Estado en la universidad, al nivel de la lucha general contra el Estado burgués, los revisionistas-oportunistas hablan de una «coordinación con Comisiones Obreras».

¿Cuáles han sido los resultados de esta política revisionista oportunista?

En primer lugar, confundir los objetivos de nuestra lucha. Hacer una estéril diferenciación entre objetivos a largo plazo y objetivos a corto plazo, oscureciendo y velando aquellos y mixtificando estos.

La «crítica constructiva» o el «control» de la enseñanza del profesor Castañeda fue un buen ejemplo de ello.

Quedó allí bien claro (y la prensa se encargó de pregonarlo) que el objetivo que tratan de dar a la lucha

estudiantil es el «diálogo» «constructivo», la «crítica sana» con los catedráticos. Por otra parte, también se aprendió que los profesores como el señor Castañeda no son ya terribles mandarines, «ultras» incorregibles, sino liberales «evolucionistas» partidarios de la cogestión y de la participación del alumnado en la cátedra y que, por tanto, el diálogo «abierto» con los catedráticos.

Es el camino para la reforma de la universidad «ya». En suma, que su objetivo es la consolidación y perfeccionamiento de la universidad de la oligarquía.

Por otra parte, en lugar de ofrecer unas perspectivas políticas y organizativas al movimiento espontáneo, se le liquida. Y esto, se hace bajando el nivel que había alcanzado la lucha el pasado curso a reivindicaciones de «control», de «universidad crítica», etc. Y finalmente la «coordinación» con Comisiones Obreras se plasma, por ejemplo, en participar el día 24 en esa pseudomanifestación en la que se defendió tímidamente y con unas cuantas piedras de estudiantes y Comisiones Juveniles, movidas por los oportunistas de todo tipo lo que son hoy los intereses de la oligarquía: «negociación» inmediata entre la patronal y los trabajadores, «democratización» del sindicato Vertical, etc.

A pesar de esta política liquidacionista, la capacidad de lucha del movimiento estudiantil impidió que en un principio lo sofocaran. A pesar de unas asambleas soporíferas, los bedeles-policía fueron expulsados sin rodeos y el decanato de Derecho destruido.

Los intentos liquidacionistas del revisionismo-oportunismo no han logrado éxito hasta la llegada de la policía a la universidad. Con la llegada de refuerzos, la política de la Santa Alianza se consume.

La «sentada» en el Decanato de Económicas, (¡tan distinta a la destrucción del Decanato de Derecho!), la última miniasamblea de facultad en el mismo centro, son hechos que evidencian el **hundimiento** del movimiento espontáneo, falto de una dirección, de una organización.

En estas condiciones el revisionismo aprovecha la ocasión para lanzar, en estrecha colaboración con la prensa fascista y del OPUS y las autoridades académicas, sus elecciones —«de nuevo tipo» (?)—. Así, nos explican que en las actuales circunstancias: el objetivo no es agrupar a todos los amigos para luchar contra nuestros enemigos, sino elegir representantes de todos los estudiantes que permitan **en los cursos** «ejercer el control estudiantil». Ahora, se evidencia también como el oportunismo es el más sólido punto de apoyo del revisionismo y su política. Cuando el movimiento espontáneo estaba en auge, estos señores **se empeñaron** en «ignorarlos»; entonces, se burlaban de los que hablaban de boicot a las lecciones. Ahora que, gracias a su catastrófica política, las elecciones son inevitables y **se están ya celebrando**. ¿Qué propugnan?; «ignorarlas». Ignorarlas (cuando son una realidad) para facilitar mejor la puesta en pie de unos organismos, que dirijan a los estudiantes por el camino de la oligarquía, de la reforma universitaria. Y así como el 24 de octubre arengaban a ir a los estudiantes a Callao con la clase obrera a hacer «guerrilla urbana», para sofocar el fracaso de la política revisionista en el seno del proletariado, pretenden ahora que dejemos al revisionismo (y a la derecha clásica: FES OPUS, etc.) la dirección y el control de las estructuras sindicales, mientras que los estudiantes revolucionarios nos dediquemos a «hacer anticapitalismo o antiimperialista» (o lo que sea, según el matiz del oportunista de turno), con tal de que abandonemos la tarea inmediata y urgente de dar a la lucha práctica una dirección política acorde con los objetivos del movimiento obrero y popular.

Pero en la lucha de clases, en su actual estado de desarrollo, los «éxitos» frente al proletariado sólo pueden ser provisionales. No vamos a dejar que un puñado de revisionistas y oportunistas, ayudados por los «grises», sofoquen a los movimientos estudiantiles y lo conviertan en un arma de la oligarquía para llevar a cabo su política de «Reforma Universitaria».

En este momento de liquidacionismo se impone la agrupación de los estudiantes revolucionarios para organizar la lucha por la destrucción y desbordamiento de los instrumentos de poder de la oligarquía en la universidad, de la universidad misma, y elevarla paralelamente al nivel de la lucha por la destrucción del aparato del Estado.

En este sentido, se nos presenta como inmediatas las siguientes tareas:

1. La lucha contra las corrientes que en el seno de los estudiantes defienden los intereses de la oligarquía. Esto va desde eliminar a grupos como el OPUS, democracia cristiana, carlismo o como el FES (que campan por sus respetos, arrancando y censurando murales, en facultades tan en vanguardia como CC.PP.EE), a neutralizar y destruir las corrientes revisionistas y oportunistas de todo tipo. Esta tarea implica la lucha contra todas las concepciones que hacen del movimiento estudiantil el movimiento de **todos** los estudiantes (incluso de los fascistas), y que, en consecuencia, defienden el que la dirección y objetivos de la lucha ha de hacerse **en los cursos**; frente a eso hemos de defender el trabajo en la base, entendido como agitación, y politización sistemática, al mismo tiempo que de dirección de una lucha de masas por los objetivos del proletariado, cuya mejor expresión se hallará a niveles de facultad y universidad. La realización de esta tarea pasa por afianzar y desarrollar la política proletaria de nuestro partido en la universidad.

2. Desarrollar hasta el fondo una acción dirigida contra toda manifestación de la política y de la ideología de la oligarquía en la universidad.

—Impedir la formación de asociaciones en el marco legal. Combatir las que se formen. Boicot a la universidad autónoma, denuncia de los profesores que colaboren.

—Desbordar y reprimir continuamente a las autoridades académicas. Impedir la formación de todo órgano de gestión del tipo comités mixtos, etc.

—Desprestigiar, expulsar y reprimir a los profesores

que sustentan posiciones ideológicas reaccionarias (especialmente contra el equipo de economistas —Rojo, Tamames, Velarde y Sampedro— que esconden, bajo un falso progresismo, su servidumbre a los intereses imperialistas en España). Boicotear las asignaturas que supongan un atentado contra los intereses de la clase obrera. Divulgar la ideología y la teoría del proletariado en todos los aspectos de la enseñanza.

—Denuncia del sistema de enseñanza en general y del mercado capitalista a que son lanzados los universitarios al acabar la carrera (paro, pluriempleo, emigración, etc.)

3. Organizar la violencia revolucionaria con formas permanentes que actúan como base de apoyo para las acciones estudiantiles. Para ello, crear comités especiales para la defensa de murales, la identificación y eliminación de la policía secreta, el acabar con los controles de identidad en las puertas, el enfrentamiento con los grises, la expulsión de profesores y decanos, el formar piquetes de huelga, manifestación, ocupación, etc.

4. Ligar toda esta esta lucha con el nuevo movimiento obrero, que surge del hundimiento del revisionismo, y la de otras capas que escogen la vía revolucionaria. Esto exige el seguir atentamente el desarrollo de la lucha de clases y el denunciar sistemáticamente la situación de crisis capitalista y la política represivo-mixtificadora de la oligarquía y sus lacayos. Prever y organizar acciones conjuntas. Impulsar fuera de la universidad la formación de nuevos movimientos revolucionarios en las capas ligadas a la enseñanza y a la intelectualidad, que contrarreste la influencia del revisionismo y de los grupos neoligárquicos que integran las comisiones cívicas.

Para la realización de estas tareas es necesario consolidar órganos de dirección de la lucha **Comisiones de Estudiantes**, (sobre la base de la política proletaria), estrechamente ligadas a las bases universitarias a través de asambleas a todos los niveles y **a través de Comités**

de Base (o plataformas), y que engloben a todos aquellos estudiantes que se sitúen en la lucha de clases al lado del proletariado y frente a la oligarquía capitalista. Frente a las elecciones, las Comisiones de Estudiantes y los Comités de base deben utilizarlas para consolidar y afianzar su dirección política y para impedir, donde sea posible, la puesta en pie de un aparato «representativo» que sea un arma en manos del revisionismo y de la oligarquía. No hay «ignorancia» posible de las elecciones: o participación activa con estos criterios u organización del boicot. Hoy ya sólo es posible la primera alternativa.

COMISION DE ESTUDIANTES DEL PARTIDO
COMUNISTA DE ESPAÑA (internacional)
Madrid 18 de noviembre de 1968

Folios sin encabezamiento

Este testimonio de una jornada memorable que, en conjunto, a pesar de las muchas detenciones, puede considerarse un éxito, sale a la luz no solo como la idea de un informe objetivo de unos hechos ocurridos, sino para que, a través de su lectura y de su análisis, saquemos enseñanzas para acciones futuras. La síntesis ha sido hecha procurando conservar al máximo aquellas frases que reflejan una situación. En ella a veces nos permitimos algún comentario que colocamos; entre paréntesis o el subrayado de una frase.

Consideramos un deber decir, a los que no lo saben, que no es difícil oír lo que habla la policía en sus radios. Basta un sencillo aparato que tenga frecuencia modulada (FM) y buscar, según el modelo, en uno u otro extremo de la banda. La policía, que no ignora esto, utiliza, para estas operaciones «más delicadas» lo que ellos llaman «Lucero Verde», tratando así de burlar a las posibles escuchas. Pero esto aparte de suponerles un enorme trastorno de acomodación —en todos los vehículos tienen que colocar aparatos nuevo— y una serie de dificultades técnicas que dan como resultado un pésimo funcionamiento, resulta, en último caso completamente inútil pues se trata de un mecanismo que cualquier experto en telecomunicación puede corregir sin dificultades. Esto ha hecho posible que en este documento se recojan párrafos enteros dichos en «Lucero verde».

Consideramos esencial decir esto y estimular a que se emplee siempre que ello sea posible. Obligaremos así al enemigo a buscar nuevos métodos de comunicación, cosa que le será muy difícil porque el teléfono resulta insuficiente. Es una pequeña forma de entorpecer su trabajo y que puede ser el inicio de otras muchas que habrá que ir ensayando.

¡Frente a un enemigo esclerótico que emplea métodos

tradicionales nosotros utilizaremos la agilidad y la imaginación revolucionarlas! ¡Adelante, compañeros, contra la represión policiaca en la universidad!

Durante la mañana del viernes, 29 de noviembre de 1968, ante la decisión tomada el día anterior por los estudiantes, de celebrar asambleas en las distintas facultades y manifestar luego su protesta por la permanencia de la policía en el recinto universitario, numerosos *jeeps* de grises, caballería, coches de la social, tanque, microbuses etc., circulan la Ciudad Universitaria. Antes de la una empiezan las llamadas frecuentes:

—De Físicas se ve salir mucha gente. Están en la puerta, expectantes, Gritan algo contra la policía.

—Presten atención y estén alertas. Por ahí está la Policía Armada, si es necesario que colaboren con ustedes.

—Aquí, en Filosofía, se les oye dar palmas. Hay muchos en las ventanas. Nos arrojan piedras. Vienen muchos hacia el campus. Nos gritan, lo de siempre, insultos a la policía.

—Hay mucha gente en ciencias. Desde químicas nos arrojan piedras.

—Ya van policía armada.

—Desde Derecho nos gritan «policía asesinos». Desde filosofía nos arrojan piedras y otros objetos. Ahora han cerrado la puerta. Nos siguen arrojando cosas. Estamos en medio pero opino que hay poca policía, deben mandar refuerzos, vienen «hacia nosotros» Nos siguen arrojando cosas. Acaban de dar al coche con algo duro. Lo han arrojado con escopeta de aire comprimido.

—Mucha serenidad, **nada de armas**, nada de armas.

—Ahora se ha oído el impacto de un petardo. La policía armada invita a salir pero ellos abuchean y gritan. Ahora ha salido uno con una mesa y se la ha lanzado a la cabeza de los cuatro policías de la puerta. Hay poca policía. Lo siguen arrojando objetos.

—Mucha serenidad. Ahora van varios coches. Ya han sido avisados. Serenidad. Ahora son los de derecho. Han

sacado una pancarta. No la puedo leer. La doblan y la vuelven a guardar. Se meten dentro. Cierran la puerta. En Filosofía han cerrado por dentro y en el vestíbulo destrozan muebles, cada estudiante tiene un palo.

—Poneos de acuerdo con todos porque se va a dar orden de entrar en las facultades.

—Aquí no tenemos mucha policía. Estamos solos.

—Van en camino dos microbuses ya. Serenidad.

—Acaban de arrojar desde Filosofía una bomba Molotov que no ha dado a nadie. Está aquí ardiendo.

Policía A. Actúa rápido. Lo dejo a tu criterio pero «la calle es nuestra». Aquí no tiene que pasar nadie. Que no corten el tráfico en la Complutense. A tu criterio lo dejo. ¡Ánimo, venga! Quiero la Complutense despejada. Usar buenos métodos antes de intervenir, ya sabéis, los avisos reglamentarios y si hay que llegar a donde sea se llega.

—Desde aquí vemos que en Telecomunicaciones hay una pancarta que dice «Fuera policía de la universidad». Y no dejan de arrojarnos cosas. Están, ya digo, todos provistos de palos y siguen gritando y arrojando piedras y palos ¿No entra policía armada? **¡Que entre cuánto antes! ¡Aquí hay poca policía; poca policía!**

—El microbús, ya para donde ustedes. El comandante Polavieja va a dar una orden (En estos momentos entran en Filosofía, mientras desde las otras facultades siguen atacando a la policía)

—Han entrado los policías por la puerta pequeña. Ahora salen corriendo estudiantes. Nosotros vamos para allá.

—Recojan todos los carnés. Los carnés de todo el mundo.

—Policía armada actúa. Todos los que salen de filosofía van para Paraninfo.

—Está bien. **Es el plan provisto.**

—Nos arrojan objetos, insultan, **es un desbarajuste.** En Paraninfo deben estar cargando a los que echan de Filosofía.

—**Detener a todo el que corra.** El que corre es por algo.

—Aquí en Físicas han puesto una bandera roja y nos apedrean.

—Eso a la superioridad. Use el B-1 (tanque)

—Efectivamente aquí hay un banderón, porque es un banderón. Va desde el último piso hasta la puerta de abajo.

—A ver si podéis sacar fotos.

—Nosotros no llevamos máquina. Es el de Filosofía el que tiene.

—Ir allí a buscarla. Ellos no la pueden llevar porque están recogiendo carnés.

—Aquí al pasar por delante de los comedores nos han apedreado, somos el microbús. Parecen muchos. Llevan pañuelos en la cara como cuando van a cortar el tráfico. Se va a armar el lío.

—Prepárense todos los microbuses, a la Facultad de Medicina, otros a Física, otros al Paraninfo.

—De Políticas suben por la rampa. Vienen, a unirse a los otros. Nos tenemos que ir de aquí. Estamos solos. Vienen corriendo.

—El tráfico está cortado.

—**A ver si nos aclaramos porque estáis hechos un lío. Serenidad.** Vamos a ver, dadme situación para mandar recursos.

—Aquí en Económicas han detenido un autobús de la empresa y lo apedrean.

—Vamos a emplear la operación Ícaro, hay que llevar la calma a Físicas.

(Esta operación consiste en rodear y penetrar en la facultad)

—Nos apedrean, nos pueden, tienen que venir más policía.

—Vamos a irnos al otro sitio para actuar. Preparados porque a lo mejor al pasar nos apedrean. Que la gente coja autobús. A la empresa que envíen todos los autobuses. Cada coche con su paquete. Que lo siga el tanque. Las cosas con rapidez. Todo lo que queda a la altura de comedores está a tu cargo. Patrulla. «La calle es nuestra» Tenme todo preparado.

—El director de Caminos ha venido a vernos y dice que nos da permiso para entrar, dice que entremos porque es un desbarajuste.

—A Económicas, interceptan la circulación. Se refugian detrás de los autobuses.

—Ya están las fotos. Varias por si alguna falla.

—Aquí el microbús uno para que dé orden del jefe que al entrar en Ciencias se recojan todos los carnés, escolar o de identidad, el que sea y detienen al que esté indocumentado. No dejad salir nadie sin carné. ¿Entendido?

—En Caminos salen por detrás, huyen por el campo.

—Diríjense a Económicas, para allá van tres *jeeps* más. Colaboren con ellos.

—Estamos en fachada de Ciencias Físicas y en estos momentos va a entrar policía armada.

—Tenemos a unos veinte detenidos en Filosofía y sería necesario hacer algo porque el número de detenidos aumenta. La mayoría son caras conocidas por los sociales y otros «que no se pueden identificar» Están en la Biblioteca.

—En Económicas hay un catedrático que responde por unos alumnos que dice estaban en su clase.

—Les tomáis la filiación y les devolvéis el carné.

—Es que son muchos y no acabamos ni mañana. Son más de cien.

—Bien, entonces les coges el carné y se lo pones aparte. No te fíes de nadie.

—Convendría que estéis preparados para entrar en Caminos. De una pedrada han roto un coche, el cristal.

—Ahora policía armada quita la bandera roja de Físicas.

—Indique instrucciones para que se proceda a la recogida de todos los carnés y a la detención de todas las caras que sean conocidas. Todas las caras conocidas.

—En Ciencias ya está todo normal pero hay muchos cristales rotos y objetos...

—Nos han alcanzado con una piedra.

—En Físicas están todos los carnés recogidos. En el aula 25 hay una reunión de unos señores que dicen que no tienen que ver nada con eso. ¿Qué hacemos?

—En Caminos hay quince o veinte detenidos. Tenemos ciertas dificultades...

—Aquí tenemos a los detenidos de Filosofía, muchos ya son vistos del primero de mayo.

—Ya llegó la «saba» para los detenidos pero vamos a proceder a buscar a otros; que sabemos que se han escondido, por el edificio. Con relación a la escopeta aire comprimido, es difícil. Suponemos que ya la habrán escondido o se la habrán llevado. Acabamos de encontrar a otro. En total van diecisiete detenidos.

—En Ciencias hay algo todavía. Se observa movimiento. Ahora traen a cuatro, detenidos más. Otro más.

(A las tres de la tarde rodearon Políticas y Económicas donde había varios estudiantes refugiados) (El cerco siguió varias horas).

A las seis treinta:

—Ya se ha rodeado esto. Nosotros estamos en la puerta y cuando llegan estudiantes los decimos que no hay clase y se van. Todo normal. Dentro habrá unos quince o veinte. Los bedeles dicen que en el bar no están. Estarán refugiados en algún aula. En la saba tenemos 18 detenidos. Hace unos momentos ha llegado el decano y nos ha preguntado por lo ocurrido. Se lo digo por si le interesa a la superioridad. Ha entrado dentro.

—Bueno ya se ha realizado la operación (penetración y registro de toda la facultad) y tenemos a sesenta detenidos. No habrá suficiente con las sabas, sería conveniente que enviaran otra cosa.

—Al pasar con las sabas y los detenidos, la Policía Armada de escolta está siendo apedreada por unos cuatrocientos estudiantes que se encuentran en apeadero de Caminos. Avisen.

(A las ocho treinta:)

—Vamos a realizar la misma operación en Caminos.

—Avisen al señor Salavert (social que dirige la operación) para que el director de Caminos se dirija a los estudiantes.

—Hemos hecho el registro en Económicas. Hemos cogido lo que había que coger.

—El microbús de la social ha sido apedreado ha sido en Caminos. Se va a repetir la misma operación en Caminos.

—Las pedradas aumentan. Hay un grupo numeroso en la puerta de Caminos que nos grita y nos echan piedras. ¿Qué se hace?

—Prepárate. Metes el tanque de agua por delante funcionando. Enchufas al grupo de la puerta, enchufa bien.

—No entrar ninguno en la facultad sin recibir órdenes. Que no entre nadie. Con el tanque los obligáis a que se escondan. Ya corren. Yo voy detrás. Se han metido dentro. Arrímate, bloquea a los que corren. Quedarse ahí hasta que acabemos. Se van algunos en grupos pequeños. Ahora están dentro y ya no nos pueden apedrear. Los que se van que lo hagan en grupos pequeños. «La calle es nuestra». Si forman grupos grandes los disolvéis, cargáis, me los seguís hasta La Moncloa.

—Voy a prepararme para ver de cerquita una impresión del asunto, voy a dar una vuelta por el *hall*.

—Ya no tenemos batería. Se nos oye poco. Tendrían que relevarnos por la radio.

—Hemos situado coches detrás de Caminos. Está todo dominado. Aquí, en Caminos se han empezado a pedir carnés a todo el que sale y, desde luego, se ve que son los alborotadores de siempre, que no son de la escuela, porque no salen. Se refugian en el interior.

—¿Quién pide los carnés?

—Funcionarios de la brigada social.

—En estos momentos el señor Salaver está hablando con el director de la escuela que ha autorizado a que salgan los que tengan carnet y ha dicho que entremos a detener a los otros, que son alborotadores y que los detengamos. ¿Qué hacemos?

—Diga al señor Salaver que puesto que están autorizados por el director y es él quien lo pide, la superioridad los autoriza a que entren. Avisan a Policía Armada.

—Se nos informa, según nos dicen aquí, que hay algunos periodistas que se han personado y que observan todo esto.

—Avisen a Policía Armada que actuó con discreción. Que entren, que registren y que procedan a detener a los que no estén documentados o no sean de la escuela. Todo esto con la mayor discreción.

—Procedemos a vaciar la facultad.

—Se han detenido a cinco. Uno de Económicas y cuatro de Caminos. Son reconocidos por algunos como los agresores de las piedras.

—El **director nos dice** que todavía hay algunos más escondidos en las clases que se están dando en estos momentos, así que vamos a esperar a que terminen y detenemos a los que no tienen carné de esta facultad.

—Bueno, eso ya está. Tenemos nueve detenidos en total, cinco de Caminos, cuatro de Económicas. Vamos para allá.

(A las nueve treinta, aproximadamente)

—Vayan para la antigua facultad de San Bernardo. Según nos dicen está ardiendo un aula, la número dos.

—Pregunten al capataz de bomberos, pregunten si el incendio se ha producido por el mismo sistema de los otros.

—Hay muchos coches, no ven las llamas. Al abrir unas tejas ha formado tiro y arde más.

—Estoy sin batería, Al k8 se le han averiado los fusibles.

Ciencias Políticas, diciembre 1968

Enrique Ruano ya no existe

Ayer, 20 de enero, nuestro compañero de facultad Enrique Ruano Casanova ha muerto cuando estaba detenido por la Brigada Político Social.

Tras su detención, después de cuarenta y ocho horas de interrogatorio, con el tristemente célebre sistema de focos, golpes, amenazas, etc., fue conducido a su casa del número 60 de General Mola, para verificar una prueba.

Allí echó a correr debido a la tensión nerviosa y a la debilidad de ocho horas de detención con numerosos interrogatorios con focos y golpes. A consecuencia de esa tensión y debilidad cayó en un falso movimiento desde una altura de tres pisos falleciendo en el acto.

Enrique Ruano vivió intensamente sus 21 años entregado a una meta que siguió desde varias perspectivas. Esa meta era una sociedad nueva, una sociedad en la que no haya hambre, injusticia y opresión, una sociedad que es perfectamente realizable.

En nuestra facultad, desde su trabajo el pasado curso en el Departamento de Iniciación, intentó hacernos ver a los que llegábamos, la necesidad y posibilidad de una sociedad diferente y mejor. Enrique, los que lo tratasteis lo sabéis, fue un hombre de espíritu abierto, con un afecto real, crítico para él, y para nosotros sus amigos, sin que esa crítica menoscabase su amor a los hombres, Enrique fue en el buen sentido de la palabra, bueno.

Enrique fue, ha sido, y ha muerto, por una idea que sigue y que hombres en todas las latitudes defienden o dejaron de defender en una sierra en tierra americana con una bala a quemarropa.

Enrique fue un hombro, uno más en la lucha, pero hoy es un símbolo, una antorcha patética que nos recuerda

donde estamos. Y esa antorcha no puede apagarse, ese recuerdo debe tomar forma del modo que queramos, recordándole y actuando en consecuencia.

Olvidando hoy diferencias de criterio, estratégicas o tácticas, todos los que comprendemos el sentido de su entrega, la importancia de su actuar y la necesidad de esa sociedad auténticamente libre, agrupémonos para mantener ese fuego de libertad.

Hoy nosotros sentimos su muerte pero podemos movernos, ya que libres nos somos, pero su novia y compañera nuestra Loli González Ruiz, sigue detenida y enferma.

Con ira y con dolor sugerimos, para decidir en asamblea colectiva que se realice una huelga de inasistencia a clase con cinco minutos de silencio cada día en el *ball* hasta que suelten a Lola y se abra una investigación sobre las causas de su muerte que, cuando menos es un homicidio y se retracte la Dirección General de Seguridad del libelo que a través de la prensa nos ha lanzado.

Departamento de Información
de la Facultad de Derecho
21 de enero de 1969

Nota de la junta de gobierno de la universidad de Madrid:

Ante la situación creciente de desorden e indisciplina que se observa en la Universidad de Madrid haciendo imposible el desenvolvimiento de la labor académica, la Junta de Gobierno, en su sesión del día de hoy, ha acordado la suspensión temporal de las clases y demás actividades académicas en las distintas facultades, así como proponer a la Superioridad que adopte con toda urgencia las medidas oportunas para garantizar en los centros docentes el orden que haga posible la continuación de las actividades encaminadas al cumplimiento de los fines Universitarios.

24 de enero de 1969

Compañeros:

El ascenso de la lucha popular fundamentalmente de la clase obrera y en el sector estudiantil que hacía prever al régimen una respuesta los acontecimientos de vital importancia para la continuidad como la proclamación de la Ley Sindical, la presentación del *Libro Blanco* sobre la educación y la renovación de los tratados yanquis obligaron a este a acentuar bárbaramente el único argumento que es capaz de esgrimir la represión.

Detenciones masivas, de estudiantes, deportaciones de profesores (Muguerza, Morodo, Trías, Garagorri, López Cachero, etc...) Encarcelamiento de gran número de dirigentes de la clase obrera, torturas dentro de la DGS, detenciones de abogados, médicos, sacerdotes etc..., son los hechos que concretan en la práctica el estado de excepción.

No son las minorías de estudiantes agitadores las «culpables» del Estado de excepción como Fraga y Carrero quieren hacer creer al país, los intereses del pueblo español que para nada quiere una ley sindical al servicio de la oligarquía y en contra de los intereses de la clase obrera. Ni la renovación de los acuerdos entre el puñado de financieros españoles con los imperialistas yanquis para aumentar más la dominación que actualmente se ejerce sobre nuestro pueblo. Ni una falsa reforma de la enseñanza, como pretende el Libro Blanco, cuyo verdadero significado es el de poner la enseñanza aún más al servicio de la banca y la industria privada en donde, los grupos opusdeistas tienen grandes intereses.

Compañeros, la lucha sigue. En Vizcaya hay 40.000 huelguistas, cierran los altos hornos de Bilbao, están parados Backox-Willcox, la Naval, Euzalduna, etc... En Cataluña, Madrid, Sevilla y Guipúzcoa, paros ocupaciones y manifestaciones. En Asturias, el gobierno cierra Hunosa.

Dentro de la lucha popular el movimiento estudiantil ha verificado acciones importantes como la ocupación y enfrentamiento con la policía por 2.000 estudiantes en la universidad de Zaragoza, donde murió un estudiante de un tiro. Huelgas y disturbios en Valencia, Santiago, La Laguna, Deusto, Pamplona, Madrid (escuelas técnicas) que demuestran el alto nivel de la lucha que los estudiantes mantienen contra la dominación oligárquica y por la consecución de una universidad popular dentro de un Estado democrático y popular libre de monopolios, latifundios e imperialistas, en donde la enseñanza en todos sus aspectos responda a intereses de las amplias masas y en donde se imparta una enseñanza científica.

El régimen, ante un intento de tranquilizar a la opinión pública que carente de toda información desconoce la realidad del país, ha decretado la apertura de la universidad para la celebración de los exámenes de febrero, intentando aparentar así la normalidad dentro del medio estudiantil que reintegrándose a la vida académica, acata la represión cultural del examen, verificándolos bajo un absoluto control policíaco.

¡CRITIQUEMOS A TRAVÉS DE TODO TIPO DE AGITACIÓN LA SITUACIÓN DEL PAÍS!

¡FORCEMOS A LOS CATEDRÁTICOS A DEFINIRSE INEQUIVOCAMENTE SOBRE LA NUEVA SITUACIÓN Y SOBRE LA REPRESIÓN EJERCIDA SOBRE NUESTROS COMPAÑEROS!

¡NO ACEPTAMOS EL CONTROL POLICÍACO A QUE NOS SOMETEN AL ENTRAR A LOS EXÁMENES! ¡¡SIGNAMOS EL EJEMPLO DE LOS CURSOS QUE SE NEGARON A EXAMINARSE BAJO ESTA SITUACIÓN!!

¡¡¡LAS CONTRADICCIONES ENTRE LOS ESTUDIANTES Y LA OLIGARQUÍA NO SE ACALLAN NI CON UNOS EXÁMENES REPRESIVOS NI CON UN ESTADO DE EXCEPCIÓN!!!

¡¡¡¡POR UNA UNIVERSIDAD AL SERVICIO DEL PUEBLO!!!!

Sindicato Democrático de Estudiantes
de la Universidad de Madrid
Medicina 21-II-1969

Declaración del Partido Comunista
de España (marxista-Leninista)

Contra la monarquía borbónico-franquista

La oligarquía militar, financiera y terrateniente proyanqui que usurpó el Poder hace más de treinta años por la fuerza de las armas fascistas, al designar ahora como sucesor del criminal testafarro Franco, al engendro yanquifranquista Juan Carlos de Borbón, se propone restablecer en España la degenerada monarquía borbónica con objeto de asegurar la continuidad de su odiada dictadura.

El eventual restablecimiento de la anacrónica y decadente monarquía borbónica en contra de la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo español, que ya en abril de 1931 se pronunció rotundamente en contra de ella, solo acarreará nuevos y mayores sufrimientos y penalidades para las masas populares de todo el país, las cuales tendrán que pagar con su sudor y su esfuerzo los palacios y carrozas, la pompa y el boato de la cohorte de degenerados y reaccionarios aristócratas, príncipes, marqueses, duques y condes que forman parte del grotesco aparato monárquico.

Además, de colocar como testafarro sucesorio y continuista al muñeco Juan Carlos, la oligarquía proyanqui en el Poder pretende asegurar su continuidad bajo el signo de la más negra reacción. Nadie ignora que los aristócratas en España son los más grandes terratenientes y que un puñado de ellos posee la mayor parte de la tierra cultivable de todo el país. Son por ello los más odiados explotadores de las masas de braceros y campesinos pobres, a los que condenan la mayor parte del año al hambre y la miseria con su desalmada rapacidad y explotación.

El engendro yanquifranquista Juan Carlos de Borbón ha declarado ya y ha prometido pomposa y oficialmente

acatar y respetar las «Leyes del Movimiento» (La Falange) y ha jurado fidelidad a las instituciones y leyes franquistas. No se trata pues ni siquiera de una farsa de cambio de fachada, sino simplemente de garantizar la continuidad en el Poder de las castas más reaccionarias corrompidas y antipatrióticas. La diferencia de forma surgida con el padre del designado «príncipe heredero», consiste esencialmente en que el primero hubiera preferido que se efectuara por lo menos una farsa de «democratización» al restaurarse la monarquía.

La manifiesta apremiante necesidad de asegurar la continuidad de la dictadura, y la forma brutal de efectuar la maniobra monárquica, pone al desnudo la extrema debilidad del régimen, que no se atreve a correr el menor riesgo ni puede permitirse siquiera el lujo de una ficticia monarquía liberalizante.

Así pues, una vez más se pone de manifiesto que las falsas ilusiones sembradas por los revisionistas del equipo de Carrillo e Ibárruri sobre la evolución de la dictadura hacia «formas no fascistas de poder», no tenía fundamento alguno. Asimismo, es de señalar que repetidamente, Carrillo y su equipo ha dicho respecto al eventual restablecimiento de la monarquía que las masas decidirán en el momento oportuno, ¡cómo si tuvieran posibilidad bajo el franquismo de expresar su opinión y deseos! De hecho, la política carrillista, al sembrar vanas y traidoras ilusiones con su política de «reconciliación nacional», solo ha logrado desmovilizar y desorientar a una parte de las masas populares que creían en la tradición revolucionaria del PC de España, y de cuyo pasado prestigio se sirvió Carrillo y su equipo de burócratas para llevar a cabo su infame labor desmovilizadora.

Pero las masas revolucionarias están aprendiendo ya con su experiencia que el fascismo, por su propia naturaleza, es un callejón sin salida en el que se abocan las castas reaccionarias cuando no ven otra solución para defender sus intereses de clase contra el pueblo. El fascismo solo puede mantenerse en el Poder por la fuerza

y la represión contra la clase obrera y el pueblo, y toda evolución de carácter democrático de dicho régimen es totalmente incompatible con su propia naturaleza.

Por eso, las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, los jóvenes estudiantes y obreros, los intelectuales honrados, deben sacar de esta nueva ignominia de la dictadura yanquifranquista contra la inmensa mayoría de la nación española, las lecciones y conclusiones que se imponen. La primera es que la dictadura yanquifranquista pretende resolver el problema de la sucesión del criminal testafarro Franco y el de la continuidad de su odiado régimen, bajo el manto de una monarquía posible [es evidente que falta algo en la redacción del panfleto y sin embargo no hay muestra de ello] derribar y aplastar a las aplastar a las castas reaccionarias y arrojar al ocupante yanqui, su principal sostén económico, político y militar.

Por eso el Partido Comunista de España (m-l) que ha inscrito en su banderas de combate que el primer deber de un Partido Comunista es el de hacer la revolución y en su Línea Política, la necesidad de forjar un amplio y poderoso Frente Democrático Nacional Revolucionario que movilice y organice a las masas populares para derribar mediante la lucha armada a la dictadura y arrojar al ocupante yanqui, considera que ha llegado el momento de crear, comenzando por la base, toda suerte de órganos, de juntas populares patrióticas y antifascistas, comités, etc..., en el campo, en la ciudad, en las escuela y universidades, (utilizando y transformando también muchas de las organizaciones clandestinas de diversa índole ya existentes), para poner de manifiesto mediante todo tipo de acciones, luchas y manifestaciones, que el pueblo trabajador y partidista lo que desea desde hace más de treinta años (durante los cuales no ha dejado de luchar ni un solo día pese a la feroz y sangrienta represión) no es una decadente y corrompida monarquía yanquifranquista, sino un régimen auténticamente democrático y popular que de soluciones

a los agobiantes y apremiantes problemas que tiene hoy planteados el país, que expulse de nuestro suelo al ocupante yanqui, y que abra el camino del socialismo.

Que en toda España resuene al unísono el grito de:

¡Ni Franco ni monarquía y franquista, DEMOCRACIA POPULAR!

¡Fuera los yanquis de España!

¡UNIDAD Y LUCHA DE TODOS LOS ANTIFASCISTAS Y PATRIOTAS!

Madrid, 23 julio de 1969

Comité ejecutivo del Partido Comunista de España

(Marxista-Leninista)

Índice

Prólogo (por Soledad Alcaide)	5
Pólvora mojada	13
Martes	15
Miércoles	41
Jueves	131
Viernes	199
Documentación	213

